

# Crónicas balcánicas

———

Axel Torres

CONTRA



# Crónicas balcánicas

Axel Torres

CONTRA

Para Violeta, aunque no vaya a estar de acuerdo con muchas cosas.

## PRIMER VIAJE

ANTES DEL PRIMER VIAJE

ESTAMOS EN 2013. ACABO DE SUPERAR —o empiezo a remontar— mi primera crisis psicológica realmente seria y tengo muchas ganas de hacer cosas. He publicado *11*

*ciudades* con un éxito notable. Hemos lanzado *marcadorint.com* y dedico las veinticuatro horas del día al periodismo. Es literal: me despierto a mitad de la noche porque no puedo dormir, siento la necesidad de producir más, se me ha ocurrido en sueños una idea brillante y no puedo esperar a mañana. Me preparo otro café y redacto un artículo a las cuatro de la madrugada. Solo cuando esté subido me calmaré. Entonces, ya saciado, los músculos se relajarán por fin y me van a permitir descansar. Es la época de mi vida en la que me siento más autorrealizado. No es muy sostenible a largo plazo, pero eso aún no lo sé. El caso es que cada semana se me ocurren cinco proyectos nuevos y tengo en cartera veinte ideas de posibles libros. Aprovecharé las vacaciones de verano para documentarme sobre uno de ellos. Me iré a los Balcanes.

Escribo a Edu, el único amigo que me queda de mi paso por la universidad. Siempre habíamos fantaseado con la idea de ir a dar la vuelta al mundo y contarlo. Yo escribiría y él haría las fotos. No le puedo ofrecer eso aún, pero los Balcanes son muy fotogénicos.

En verano, además, hay muchos partidos por la zona: rondas previas de competiciones europeas y ligas que empiezan pronto. Me dice que adelante. A él el fútbol no le interesa, pero acaba de dejar un trabajo estable para ser fotógrafo *freelance* y le parece una magnífica oportunidad. Además, nos llevamos muy bien: nuestra amistad es realmente íntima, de aquellas de conversaciones profundas y emociones sinceras. No llegan a cinco las que he tenido así. Me da carta blanca para que configure la ruta y el hilo conductor. Consulto mapas, leo mucho, escribo correos electrónicos. Todavía no tengo muy claro lo que quiero, pero me apetece algo muy desconocido. Quiero contar historias que la gente no conozca, porque esa es la gracia de comunicar.

Quiero visitar lugares únicos, pasear por calles que no sean reproducciones de las de las grandes ciudades del mundo. Busco autenticidad, busco sentirme viajero de nuevo, quiero sufrir porque no me entiendan cuando hable en inglés, quiero que lo que vean mis ojos me resulte extraño, ajeno. Persigo los últimos refugios de tradiciones centenarias. Y me pregunto si es posible mantenerlas sin pelearse con el vecino. Si el

precio que tenemos que pagar por vivir en paz es un mundo global con una única cultura que devore las especificidades y aniquile la diversidad. Quizás porque este debate irresoluble me obsesiona, los Balcanes son, desde que empezó a interesarme el mundo, mi lugar favorito de Europa. Me atraen, me fascinan, me interesan, me inquietan. Me apasionan. Los amo, los envidio, y al mismo tiempo me apenan. Llevo mucho tiempo queriendo escribir sobre ellos, y ahora, ahora que me atrevo con todo, ahora que me siento capaz de emprender cualquier proyecto, ha llegado el momento.

Quiero impregnarme de su espíritu, trasladar su poesía y sus enigmas a las hojas de papel. Y hacerlo a través del fútbol, que es mi campo y debo aprovecharlo porque me abre muchas puertas.

Me imagino pueblos perdidos entre montañas. Aldeas. Humo de chimeneas por las noches mientras se cocinan caldos usando recetas milenarias que jamás saldrán de esos valles. Farolas de baja intensidad interrumpiendo la oscuridad. Albania. ¿Quién sabe algo de Albania? ¿Qué equipos de Albania conoce la gente? Investigo un poco. Los clubes no tienen página web, o no está actualizada, o nadie contesta al correo. Lo que está más al día son las páginas de Facebook, y en ocasiones las llevan aficionados que viven en los Estados Unidos. Es perfecto: una historia sobre la que casi no hay información, que exige viajar al lugar de los hechos para comprenderla. Consigo un contacto de la televisión nacional. Si viajamos a Tirana, nos recibirá.

Bombardeo cuentas de correo electrónico de territorios colindantes. La respuesta más diligente llega desde Kosovo. La federación nacional de fútbol está encantada de colaborar con nuestro proyecto y nos asegura que el presidente mismo nos puede recibir en Pristina. Hay algo en Kosovo que me parece especialmente interesante: juegan una liga que no está reconocida internacionalmente. El campeón no va a ninguna parte.

Los equipos no se clasifican para competiciones europeas. ¿Qué aliciente les mueve si no hay progreso en el horizonte? Su liga no se ve fuera de su territorio, sus jóvenes no disputan campeonatos juveniles de selecciones, nadie que juegue allí al fútbol aparece en los escaparates clásicos que sirven de trampolín. Jugar por jugar. Jugar sin perspectivas. Necesito hablar con esa gente y que me cuenten cómo es vivir en la oscuridad, marcar goles asumiendo que no van a trascender, comerse la hierba pese a que el esfuerzo no lo va a detectar ningún ojeador extranjero.

Preparo el viaje. Consulto opciones de vuelo. No es fácil, y eso me

gusta. Me decanto por la que se me antoja más aventurera, más de reportero de los de antes. Volaremos a Bari, casualmente la ciudad en la que ganó la Copa de Europa el único club balcánico que la ha levantado, el Estrella Roja de Belgrado. Y allí nos subiremos a un barco para cruzar el Adriático y llegar a Durrës. Entraremos a Albania por mar. Recorreremos el trayecto inverso al que tantos migrantes hicieron buscando una vida mejor, como los

quince mil que huyeron en 1991 en el carguero *Vlora* tras la caída del comunismo y sufrieron una pesadilla al llegar a Italia. Viajaremos de noche. Con camarote.

Llegaremos al amanecer.

## JIMMY

JIMMY VA TODAS LAS MAÑANAS AL PUERTO de Durrës a esperar a que llegue el barco de Bari. Para él, que no existan vuelos baratos a Tirana es una suerte. Los viajeros ahorran dinero volando a Bari y cruzando el mar para llegar a Albania. Y él lo gana transportándolos luego con su coche a la capital. Intenta agruparlos, juntando a varios aunque no se conozcan, para sacar así un mayor beneficio de un único trayecto.

Nosotros compartimos vehículo con un albanés que vive en Italia y que, como tantos otros, regresa a casa para pasar las vacaciones en familia. Jimmy en realidad no se llama Jimmy, porque los albaneses no suelen llamarse Jimmy. Jimmy se ha puesto un nombre americano porque los albaneses, más tarde lo descubriremos, siempre están mirando a América. Nos entregamos a él para intentar lograr el primer objetivo del viaje: llegar a Korçë a tiempo para ver por televisión el partido de fútbol que el Skënderbeu juega en Kazajistán.

«¿Korçë queda muy lejos, no?». «¿Korçë? ¿Por qué queréis ir a Korçë?». Es mejor no decirle la verdad. No lo entendería. «Si podemos llegar a Korçë antes de las tres de la tarde, queremos ir a Korçë».

Jimmy frunce el ceño. «Hay unas seis horas hasta Korçë». Son las ocho de la mañana.

«Podemos llegar a las tres, entonces», concluyo. «La carretera está muy mal a partir de Elbasan. La están renovando y todavía no está asfaltada. En muchos tramos solo se puede circular por un carril». Suena bastante emocionante. «¿Tú nos llevarías a Korçë?».

Jimmy es honesto. Por eso le hemos elegido a él y no a ningún otro de los seis o siete taxistas ilegales que nos han abordado al desembarcar. Porque nos ha parecido honesto.

Porque hemos querido creer que lo es. Porque necesitamos que lo sea.

«Os va a costar cien euros. Quizás os podría llevar a una parada de furgonetas que van a Korçë. Eso es muchísimo más barato. Vais a tardar más que conmigo, pero creo que llegaríais a tiempo».

Jimmy, el primer héroe de nuestro viaje por tierras de habla albanesa, está a punto de protagonizar su gran escena. Tirana ha despertado, imagino, como cualquier otro día.

Bulliciosa, decadente y moderna a la vez, incoherente, fantástica. Callejera. Viva.

Los conductores de furgonetas están esperando en una esquina al lado de unos cuantos contenedores de basura. Jimmy estaciona su coche delante de la parada. Baja y se va a hablar con ellos. La conversación va subiendo de tono. Gesticulan mucho y la palabra «Korçë» se escucha pronunciada con un énfasis especial —también es la única que puedo descifrar—. Jimmy regresa para traducírnosla. «Podéis ir con ellos, pero no van a salir hasta que la furgoneta se llene». «¿Y cuándo se va a llenar?». «Cuando lleguen suficientes personas que quieran ir a Korçë». Dudamos. Uno de los conductores se acerca. Sugiere que también podemos comprar todas las plazas de la furgoneta si queremos partir de inmediato. Jimmy empieza a discutir con él. Los otros conductores también vienen hacia nuestro coche. Edu y yo asistimos como espectadores a una pelea de la que somos el objeto de la discusión pero de la que no entendemos ni una palabra.

Jimmy se enfada muchísimo y se mete en el coche. Cierra la puerta con fuerza y arranca el motor mientras los conductores de furgonetas lo increpan. «Nos vamos a Korçë. Estos estafadores os querían hacer pagar lo mismo que yo para ir con su furgoneta lentísima.

Y encima no tienen aire acondicionado».

De repente, no hay otro horizonte que Jimmy, nosotros y seis horas de viaje en coche por carreteras secundarias albanesas no asfaltadas. Me pongo cómodo en el asiento.

Hemos venido a esto.

El Skënderbeu de Korçë ha ganado la liga albanesa las tres últimas

temporadas y este verano ha logrado progresar hasta la penúltima ronda clasificatoria de la Champions League. Se enfrenta al sorprendente Shakhter Karagandy de Kazajistán, que contra todo pronóstico ha dejado fuera al BATE Borisov bielorruso en la ronda anterior. La eliminatoria empieza hoy a las tres, pero el Skënderbeu juega a miles de kilómetros de Korçë. Sin duda, habría tenido más sentido viajar a Albania cuando se jugara la vuelta, pero el calendario de Edu y el mío solo coinciden esta semana. Así que, sin estar muy seguros de qué podemos sacar de ello, nos ha parecido una buena idea visitar la ciudad el día del partido e intentar captar el ambiente que se respire en los bares en los que se pueda ver el encuentro por televisión. ¿Qué objetivo perseguimos? Hacer fotos, vivir experiencias, conocer gente, descubrir lugares. Nada en especial. Pero algo que sea muy especial.

El camino no parece tan terrible hasta que dejamos atrás Elbasan. Es, de hecho, una carretera bastante normal. Una carretera hasta bonita. Rodeando algunas colinas, bordeando la naturaleza, ofreciendo paisajes de una Albania más verde y bella de la que

nos habían vendido. Una Albania que no se parece en nada al relato de mi madre, de cuando eran jóvenes ella y mi padre y cogieron el coche y condujeron hasta Yugoslavia, y un día se les ocurrió acercarse a la frontera con Albania y obviamente no pudieron cruzarla, pero sirvió aquello para que ella pudiera repetir cada vez que se mencionaba a Albania que no había nada más recóndito ni más oscuro, nada más perdido ni cerrado, nada más hermético ni hostil. «A los policías no les entendimos, pero supimos claramente que nos decían que no». Y bueno, ¿qué iban a decir? La Yugoslavia de Tito y la Albania de Enver Hoxha se enemistaron en 1948, cuando el primero rompió con la Unión Soviética de Stalin y fue acusado por el segundo de haber intentado anexionar su territorio. ¿Cómo iba a ser su frontera sino malhumorada, desapacible, incómoda? Tenía que ser un paraje que invitara al alejamiento. La carretera albanesa de nuestro verano de 2013 es otra cosa. «¿Es bonito, eh?», comenta orgulloso Jimmy mientras nos conduce hacia ese camino de arena y piedras que une Elbasan con Korçë. A estas alturas, dos horas después de habernos conocido, yo ya he interiorizado que Jimmy es el nuevo Florian, un conductor que me abordó del mismo modo en el aeropuerto de Bucarest en 2011 y que acabó dándome una vuelta por casi toda Rumanía, eligiendo con buen tino los lugares en los que parar a comer —aunque no tanto los museos a visitar, si tenemos en cuenta que no aprecio la observación de animales disecados—. Al igual que con Florian, con Jimmy empezamos en inglés y acabamos en italiano o mezclando ambas lenguas, algo que de entrada no parecería muy

lógico cuando se juntan un tipo de Durrës y dos de Barcelona. «¿Eres hincha del Teuta Durrës?», le pregunto. «No, no. Sé que existe. Pero no sé cómo van». Bueno. ¿De qué conversar entonces? «¿A dónde iréis luego?». «Volveremos a Tirana y luego iremos a Kosovo». «¿A Kosovo? Os divertiréis».

«¿Sí?». «En Kosovo todo está permitido. Todo el mundo va a Kosovo para disfrutar de la noche. Kosovo es libertaria. Encontraréis lo que queráis. Discotecas, prostitutas, droga, restaurantes… Es el lugar de moda. Muchos albaneses van a Pristina para salir de fiesta». Se me pasa por la cabeza preguntarle si hay *más* fiesta que en Belgrado, mi paradigma de capital mundial del tecno-pop psicodélico, pero al final desisto. En algún momento habrá que atreverse a hablar de Serbia con la gente de estas tierras, pero no hace falta que sea el primer día. «Comeremos en Pogradec», declara de repente, tras un silencio no demasiado prolongado, cambiando radicalmente de tema, o quizás no, porque en realidad acaba de mencionar la palabra *restaurantes*. «¿Dónde está Pogradec?». «En el lago».

Nunca llegamos a pisar Elbasan. Solo la cruzamos. O mejor aún: la evitamos. Nos aproximamos, la divisamos, y tomamos un desvío a la izquierda, donde empieza a complicarse el camino y a ralentizarse la marcha. Entonces Jimmy, señalándola desde la lejanía, pronuncia unas palabras que se me quedarán grabadas y que, irónicamente, constituirán una especie de *leitmotiv* de esta *road movie*. «Esto es Elbasan. Se supone que es una ciudad importante. Pero no hay nada. Es muy fea. No vengáis nunca».

Llegar a Pogradec por carretera resulta una experiencia extraordinaria. Especialmente si, como en nuestro caso, no forma parte de una rutina mil veces repetida y solo se nos ofrece como una pintoresca aproximación a un territorio por descubrir. Lo que a los demás viajeros les resulta insoportablemente molesto, a mí me supone un regalo, pura poesía visual de una Europa oculta. Brilla la luz solar de manera intensa en el tórrido mediodía del agosto albanés. Se multiplica el ruido de las bocinas de los coches, cuyos conductores, cansados de arrancar y detenerse, arrancar de nuevo y circular a una velocidad exasperante hasta volver a detenerse, llevan dos horas intentando alcanzar la ciudad del lago. Ya sabían que la carretera está en obras y que solo hay un carril: lo sabe todo el mundo aquí, ni se recuerda cuándo empezaron a trabajar en ella y menos se conoce cuándo van a terminar. Pero el saberlo no significa que lo acepten de buen grado. Yo, en cambio, lo agradezco, y Edu todavía más: lo que yo saboreo con la mirada, él lo retiene con su cámara. Y hay mucho por capturar: la agitación de los pescadores vendiendo unidades de

*koran* en mesas improvisadas, en sillas incómodas, en tenderetes sin protección solar, las manos de los niños que las ofrecen con una sonrisa que no se parece a la nuestra. Las pizarras y sus garabatos que anuncian que aquel *koran* es el auténtico, el recién pescado, el más sabroso del lugar, y que ni se te ocurra introducirte en la selva de restaurantes caros y sus trampas para aprovecharse de los forasteros que visitan sin precauciones la masificada urbe turística de Pogradec.

Pero Jimmy sabe a dónde va. Jimmy resiste estoicamente ante mi inocencia, mis «eh, parémonos en este, pone que es el mejor del pueblo», mi creciente ansiedad por degustar por fin ese pescado único en el mundo que solo existe en el lago Ohrid. «No habréis probado nada igual», añade él, para aumentar la expectativa. Edu le cuenta que ya ha estado en el lago, pero en la parte macedonia. «No es lo mismo», sentencia Jimmy, porque al final, para él y para su gente, nada es lo mismo. Ni el mismo lago es el mismo lago si una parte está en territorio albanés y la otra en territorio macedonio. «Se veía más arreglada la parte macedonia», me apunta Edu entre susurros.

Pogradec es un lugar peculiar: una especie de destino vacacional para aquellos albaneses que no quieren o no pueden irse al mar, a las playas de Vlorë. Los apartamentos de veraneo lucen aquí una estética que imaginamos muy parecida a la de los tiempos de la Albania socialista. Un lago, montañas, bloques grises y antenas parabólicas gigantescas con la pintura gastada, gente haciendo *footing* en el parque y una combinación caótica de cafés a la última moda con *free wifi* anunciado en inglés y casas de comida de toda la vida, con su indisimulado aroma de negocio familiar. Jimmy aparca el coche cerca del lago y procura de manera escrupulosa que la ubicación de la terraza del restaurante al que quiere ir le permita controlar visualmente en todo momento su vehículo. Entra y saluda a los dueños con efusividad, dejando claro que no es la primera vez que visita su negocio. Hace hincapié en que somos amigos suyos y en que deben darnos el mismo *koran* que le darían a un albanés; nada de trucos para

engañar a extranjeros. Sí, somos amigos de Jimmy, al que hemos conocido esta misma mañana en el puerto de Durrës. Viajar es así de intenso.

Que el camino puede resultar más gratificante que la meta se manifiesta en momentos como este de Pogradec, justo cuando acabamos de degustar el *koran*. En este instante me importa un pimiento si llegamos a Korçë antes de las tres o no. ¿A quién le preocupa el Shakhtar Karagandy-Skënderbeu tras haber comido

pescado autóctono albanés a orillas del lago Ohrid? ¡De haber saboreado una especie endémica que solo existe en este lugar! La eternidad podría sorprendernos en esta terraza y aprisionarnos para siempre en el encuadre de esta escena y no levantaríamos la voz para protestar.

Levanto la mirada y me fijo en un balcón cercano en el que intuyo que un rótulo informa, en albanés, que el apartamento se alquila o se vende y me planteo un futuro en Pogradec. Los julios que vendrán, en esta especie de ensoñación, transforman mi infancia mallorquina en paseos entre tenderetes de truchas siguiendo el curso del Drin negro. Sigo construyendo mentalmente estos planes irrealizables en el bar que elegimos para tomar el café: un local moderno de estética exageradamente occidental con televisores de última tecnología emitiendo videoclips americanos de la MTV. Jimmy me devuelve a la realidad: se ha comprometido a que lleguemos a Korçë a la hora acordada y piensa cumplir con su cometido. Retomamos la ruta, y el trayecto de después de la sobremesa es apacible: disminuye el calor según vamos ganando altura y aunque la carretera sigue siendo de un solo sentido y el terreno es muy irregular, no hay atascos ni contaminación acústica. Nadie parece querer ir de Tirana a Korçë esta tarde. Ni de Korçë a Elbasan.

El paisaje comienza a parecerse más al de las zonas forestales de Sant Llorenç del Munt por las que le gusta perderse a mi padre cualquier lunes cuando empieza a amanecer que al del puerto de pasajeros y mercaderías que nos ha dado la bienvenida a Albania esta misma mañana en Durrës. Nadie podría adivinar que pronto aparecerá *una ciudad importante*. Korçë es la sexta localidad albanesa en número de habitantes y la más poblada de todas las que están en las montañas. Las cinco que la superan (Tirana, Durrës, Vlorë, Elbasan y Shkodër) están al nivel del mar o a una altitud que como mucho alcanza los ciento cincuenta metros. Korçë está a ochocientos cincuenta, y esto constituye un sello distintivo importante. Mal comunicada, culturalmente cercana a Grecia, tradicionalmente ortodoxa y con cierta influencia del sistema educativo francés debido a la apertura de un Liceo en los tiempos de la *Entente*, podría estar en un planeta distinto al de Tirana y, si no fuera por la lengua, nadie se daría cuenta. Sin embargo, nuestra primera impresión no la percibe tan sofisticada. Jimmy nos deja en la parte más inhóspita de la ciudad. Algunas casas están abandonadas; otras, en un estado que evidencia que las condiciones para vivir no son sencillas; unas cuantas son prácticamente chabolas. Le pagamos la cantidad pactada y su coche nos abandona en

una construcción medio derruida que quiere parecerse a una rotonda. «No vayáis hacia esa parte; el resto de la ciudad no es así». Se aleja Jimmy, camino de Tirana y de Durrës, de Pogradec y Elbasan, camino de lugares que en este momento nos parecen mucho más civilizados que Korçë. «Por aquí deberíais encontrar algún hotel», ha sido su despedida. «Y si no, tenéis mi tarjeta. Llamadme». Miro a Edu y ambos entendemos que, menos de diez horas después de poner nuestros pies en Albania, estamos solos por primera vez. Y en un lugar más desolado de lo que quizás imaginábamos. Nos encontramos ya ante una de esas situaciones que sabíamos que se acabarían dando y que habíamos aceptado como alicientes necesarios del viaje. Al fin y al cabo, no hemos venido hasta aquí para pedir *cheeseburgers* en un McDonald's o *espressos* de *double shot* en un Starbucks.

## EL PADRE DE DON JURI

LLEGAMOS A KORÇË SIETE DÍAS DESPUÉS de que la ciudad haya sido escenario de un partido histórico. Estas mismas calles, hoy abandonadas y entonces repletas de gente, festejaron que el Skënderbeu acababa de superar una ronda de la Champions League por primera vez. El Neftçi de Bakú había sido la víctima: 0-0 en Azerbaiyán y 1-0 en la vuelta con un gol en la prórroga del nigeriano Nurudeen Orelesi. Las eliminatorias posteriores ya no se podrán jugar en Korçë: la UEFA exige mejores instalaciones y la vuelta contra los kazajos se tendrá que disputar en Tirana.

Pero para esto aún queda una semana. Hoy la actividad se traslada a cinco mil trescientos kilómetros al Este. Aunque nuestra mente, moldeada por más de medio siglo de conflictos geopolíticos, tienda a pensar lo contrario, Albania está mucho más cerca de España que de Kazajistán. No parece probable que ningún aficionado, más allá de los que forman la expedición del club, haya recorrido esa distancia por su cuenta para acompañar al equipo. Así que sospechamos que, de algún modo, en Korçë la gente se tendrá que juntar para seguirlo. «¿Dónde se supone que darán el partido?», le pregunto a Edu, como si él fuera a saberlo. Como es lógico, él jamás ha oído hablar de los dos contendientes. Edu no está puesto en el *mundillo,* así que piensa que quizás un Shakhter Karagandy-Skënderbeu sea un acontecimiento similar a un Barcelona-Real Madrid en versión Europa del Este. Le explico que no es el caso, pero que sí espero una cierta expectación en las calles de Korçë. Al fin y al cabo se están jugando quedarse a una ronda de disputar la fase de grupos de la Champions League. No se trata de una broma ni de una pachanga. Caminamos un poco, pero no

vemos bares, o si los vemos, no parecen estar atentos al partido. Tampoco estamos en la zona de la ciudad más adecuada. «¿Por qué no le dijimos a Jimmy que nos dejara en algún *sports bar*?», pregunta él. «Porque no me atreví a decirle que el único motivo de nuestra visita a Korçë es intentar ver un partido de fútbol por televisión. Y porque tampoco sé si aquí existe el concepto de *sports bar*».

Temo que pronto empiece a configurarse una escena tragicómica propia de los viajes absurdos, de los destinos equivocados, de las expectativas frustradas: dos europeos occidentales torpes pretendiendo llegar a un lugar y que la realidad se parezca mucho a

lo que imaginaban, o por lo menos de una manera opuesta a lo esperado —porque si es opuesta al menos, por contraste, se puede entender—. Pero la esperanza aparece al poco rato en un local diminuto en cuya fachada cuelga una bandera descolorida del Inter de Milán. Es algo similar a un bar y en él hay una pequeña muchedumbre alrededor de cuatro pantallas. En una de ellas, con un formato que recuerda al de los teletextos de los noventa, van apareciendo resultados actualizados de todos los partidos de competiciones deportivas que se están disputando en este momento en el mundo con las correspondientes cuotas de las apuestas actualizadas al instante. Encima de este monitor está el que realmente importa: un televisor con varios cables conectados a un ordenador situado en la barra del bar, donde el propietario se está peleando con varias webs de *streaming* para intentar encontrar la señal del partido. Tomamos asiento y contemplamos el intermitente espectáculo futbolístico —la imagen se va cortando cada dos por tres— y el que no se detiene: todo lo que está aconteciendo a nuestro alrededor.

Hay niños, niños que sufren por el Skënderbeu, niños que sueñan con ver a Cristiano Ronaldo o a Messi en Korçë —aunque en realidad sería en Tirana— y que saben que todo ello depende de un partido de fútbol que se está jugando en un lugar muy lejano y que encima no se puede ver por la televisión normal. Ningún canal albanés lo transmite. Al parecer, los kazajos, dueños de los derechos de emisión del encuentro de ida, pidieron mucho dinero. Tomamos cerveza local, Edu hace algunas fotos, yo sugiero al dueño una página web alternativa que se usa mucho en España para piratear fútbol

—y que obviamente no funciona; no va a llegar el extranjero yendo de listo a enseñarles a los albaneses cómo ver al Skënderbeu— y, mientras tanto, en algún momento, el padre de Don Juri se sienta justo detrás de mí.

Podría haberse convertido en uno más de los lugareños con los que compartimos dos horas sin establecer ningún tipo de comunicación verbal en esta caseta a la que le faltan varias capas de pintura y que hace las veces de bar en la zona de rostro más hostil de Korçë, pero su dominio de las lenguas extranjeras distingue al padre de Don Juri y le permite romper una barrera y acercarse a nosotros. Habla italiano e inglés, y desde el primer diálogo se crea una especie de idioma que combina frases en cualquiera de los dos sistemas, imponiéndose en cada momento el que nos resulta más sencillo para expresar una idea concreta. En la Albania de las montañas que ya acarician Grecia y la Antigua República Yugoslava de Macedonia, el *italglish* crea vínculos que ya jamás se van a romper entre dos jóvenes reporteros barceloneses y un veterano aficionado del Skënderbeu.

El padre de Don Juri tiene ganas de conversar y, especialmente, de conversar con gente de fuera. Su sueño siempre ha sido reunir a toda la familia en América, y al mismo tiempo ama Korçë con esa emoción tan intensa y tan irracional que se da en algunos seres humanos que nos sentimos íntimamente ligados al paisaje de la película

de nuestra vida. Edu, aún no recuperado del impacto que le ha causado la decadencia del barrio en el que nos ha dejado Jimmy, desconfía de entrada. A mí, en cambio, el padre de Don Juri me gana con la pureza de su mirada y con la suavidad de sus expresiones faciales. Con la ilusión que transmite por reunirse con un mundo que anhela alcanzar y, al mismo tiempo, porque el mundo que anhela alcanzar visita el lugar en el que han ocurrido todas las cosas importantes de su existencia. El Skënderbeu acaba de ser goleado por el Shakhter Karagandy por 3-0 y el sueño de la Champions League se evapora, pero esta no es una tarde a la que se pueda renunciar. El padre de Don Juri, cuyo nombre nos resulta complicado de memorizar y del que aún no sabemos que tiene un hijo que en Facebook se hace llamar Don Juri, asume la derrota con la resignación propia del aficionado que está acostumbrado a perder. Ha vuelto muchas veces a casa tras partidos con final infeliz; regresa, de hecho, casi todas las tardes tras haber perdido la combinada casi imposible de cinco *lekis* que se ha jugado en el bar con el objetivo de ganar el dinero suficiente para financiar la carrera cinematográfica de su hijo, pagarle un alquiler en Tirana y comprar después un billete de avión a los Estados Unidos. Pero esta noche la derrota será más dulce. Nos pregunta si tenemos donde dormir, y nosotros, que aún no sabemos si nos quedaremos en Korçë o partiremos hacia algún otro lugar, le decimos que no, que le seguimos, que nos lleve sí por favor a ese hotel americano que está a la vuelta de la esquina y que es el único «internacional» de toda la ciudad. Evidentemente, hay habitaciones

libres, y el cuarto amplio en el que nos acomodan, una estancia decorada sin alardes y parecida a esos dormitorios con la pared empapelada que abundaban en la vivienda de mi abuela en la trastienda de la juguetería familiar, nos reconforta por primera vez desde nuestra llegada a la ciudad. Y

aunque Edu aún no ha renunciado a la idea absurda de la emboscada, estas dos camas, este cuarto de baño, esta puerta de madera con pestillo, estos enchufes para conectar el teléfono, le dan un poco más de seguridad. Aquí debemos construir nuestra fortaleza mientras estemos en Korçë. Una fortaleza imaginaria e innecesaria; el tipo de fortaleza que construye el hombre ante lo desconocido por mucho que lo desconocido le entregue una sonrisa y múltiples gestos de buena voluntad.

El padre de Don Juri quiere ir con nosotros a cenar. Se ha quedado esperando en la recepción, y nos habría esperado el tiempo que hubiésemos necesitado para asearnos o para descansar. Las siguientes horas van a representar para él el aliciente de la semana: nos va a mostrar la Korçë luminosa, la Korçë admirada por su cultura y su apertura al conocimiento, la Korçë de la que se siente orgulloso. Su Korçë.

En viajes como este, el tiempo es hoy y como mucho es mañana. No se puede planificar más allá, ni pensar en los días que vendrán. El tiempo es «dónde dormiré esta noche», y, una vez resuelto el misterio y superada la incertidumbre, las horas que le quedan a la jornada se tornan más suaves y permiten relajar ese instinto de

supervivencia que te acompaña siempre activado y sumido en una reconcentración sin descanso. Entonces sí está permitido un rato de placer casi hasta despreocupado, un delicioso paréntesis para disfrutar de la ciudad que te acoge como si fuera la única que existe en el mundo. La única que existe, hoy, es Korçë.

El padre de Don Juri camina lentamente, cojeando, pero su escasa energía la regala a su entorno. Señala edificios y avenidas, explica anécdotas de infancia, relata cuentos y leyendas de familiares y conciudadanos que se marcharon a Boston cuando él era joven.

Se detiene ante la gran catedral ortodoxa para contarnos que acompaña a su mujer de origen ruso a rezar, aunque él es musulmán y reza a otro Dios, pero rezan juntos y esto nunca ha sido un problema, y además su hijo fue bautizado en el catolicismo. «Ningún problema», repite, «ningún problema», cuando nos ve extrañados por su historia,

por esa mezcla, por esa convivencia entre religiones en un lugar al que acudíamos pensando que todo estaba muy claro y definido, y que nos sorprende demostrándonos de nuevo que este universo está repleto de matices. «Por aquí estaba el colegio francés…», menciona, y luego nos habla de la educación griega cuando Korçë fue helena, porque Korçë fue muchas cosas: otomana, griega, francesa, italiana, albanesa… Korçë fue muchas cosas, pero en Korçë algo no cambió nunca: Korçë fue siempre Korçë, aunque en ocasiones le cambiaran el nombre. Al padre de Don Juri le entusiasma poder mostrarnos la avenida principal llena de gente, con niños paseando y mucha luz por todas partes. Tanto en las palabras que elige como en la ruta que decide trazar se distingue su empeño por ofrecer una visión abierta, acogedora y receptiva de la ciudad que tanto ama. Cenamos en una terraza de un teatro al aire libre en una plaza escuchando música albanesa. Él no pide nada: prueba algo de nuestros platos, pero afirma no tener más hambre. Nunca sabremos si se debe a una especie de deferencia hacia sus invitados o a una reacción de su organismo ante lo excitante del momento.

Suena una melodía de marcado carácter balcánico con ciertos dejes arábigos y la noche no puede ser más agradable. Probamos la cerveza local de Korçë y el padre de Don Juri nos empieza a hablar de equipos de Segunda División B española a los que conoce por las apuestas. «¡El Sabadell! ¡Me hace ganar dinero el Sabadell, porque casi siempre gana en casa!». Estupefactos, le escuchamos pronunciar L'Hospitalet, Eibar o incluso Formentera, y se me pasa por la cabeza que quizás en esos locales albaneses que son una mezcla extraña de bares, cafeterías y casas de apuestas y en los que muchos ciudadanos —como el padre de Don Juri— se pasan tardes enteras viendo partidos y consultando resultados en los teletextos hay más gente pendiente de algunos marcadores del fútbol semiprofesional español que en la propia España. Albania, y más tarde lo comprobaremos de manera definitiva, es el primer lugar en el mundo fuera de mi entorno geográfico en el que puedo decir que soy hincha del Sabadell sin tener que especificar qué es eso y dónde está. Los niños siguen corriendo arriba y abajo mientras brota agua de una fuente, y la noche en Korçë tiene más luz que la media tarde

tenebrosa que nos había asustado en ese cruce de caminos en el que nos había dejado el taxi de Jimmy.

El padre de Don Juri se detiene en medio del paseo que nos retorna a la zona de la ciudad en la que nos habíamos conocido. Se sienta en un banco y pide que descansemos un minuto. «Solo uno». Tiene problemas de espalda desde hace años, y cada vez que camina una

distancia considerable debe pararse unos instantes antes de seguir. «¿Y por nuestra culpa hemos ido tan lejos?». «Ha sido un gran placer para mí. Tranquilos, enseguida se me va a pasar. Siempre ocurre lo mismo. Es un minuto y ya se me va».

Es la última vez en la que Edu sospecha; yo siento cierta intranquilidad. Al regresar a la habitación, cualquier mal pensamiento ha desaparecido y ambos estamos ya convencidos de que la locura de acercarnos hasta Korçë, pese a la experiencia un tanto fallida del visionado del partido, ha merecido la pena. No, no solo eso: todo el viaje, aunque en el futuro nos depare fracasos y soledades, habrá merecido la pena.

Revigorizado, mi amigo madruga la mañana siguiente para ir a fotografiar el estadio del Skënderbeu mientras yo saboreo la placidez de un amanecer en una cama extraña y los primeros rayos de sol que logran superar la barrera geológica que constituyen las montañas Morava que rodean la ciudad.

Cuando nos reencontramos y bajamos a desayunar, el padre de Don Juri nos está esperando en la recepción. Es amigo del encargado, un señor que pasa mucho tiempo en los Estados Unidos y que nos invita a tomar *raki* a las nueve de la mañana. Bebemos *raki*. Brindamos con *raki*. Lo hacemos en una sala apartada del comedor en el que se sirve el desayuno para el resto de huéspedes, aunque creo que no he visto a ningún huésped más. Nos trata como a visitantes especiales y casi ilustres, y al padre de Don Juri le brillan los ojos. Se siente orgulloso. El encargado del hotel luce un reloj que parece muy caro y viste como visten los señores poderosos en Albania. El padre de Don Juri lleva la misma ropa que la noche anterior y Edu luce su clásica indumentaria de fotógrafo *freelance* del Eixample barcelonés, con ese puntito bohemio y ese aire juvenil que le dan los diez años menos que siempre ha aparentado. La escena es pintoresca.

Jamás me habría imaginado desayunando copiosamente con alcohol y alrededor de una mesa configurada por comensales tan variopintos. Me acuerdo de aquella canción de Sidonie que dice algo así como «tú eres la diva que almuerza con ginebra en el Berlín del 32». La escena se parece, pero esto es el Korçë del 13, y nadie hará nunca una canción sobre el Korcë de 2013. De vez en cuando entra una camarera y el encargado la trata de un modo que evidencia que ella es la empleada y él es el que manda. «¿Qué planes tenéis para hoy?», quiere saber el señor, antes de levantarse y marcharse porque su agenda, al parecer, está repleta de cuestiones importantes. «Volver a Tirana. De algún modo, volver a Tirana». En realidad, pisar Tirana por primera

vez.

Mientras pagamos, o más concretamente mientras a Edu le dan problemas todas sus tarjetas de crédito —en realidad es la máquina la que está estropeada—, el padre de Don Juri me habla por primera vez de su hijo. «Quédate con su nombre y búscalo en Facebook: allí se llama Don Juri. Será la manera de mantenernos en contacto. Él estudia cine en Tirana». «¿Y tu nombre cuál es? Nos lo puedes repetir para que podamos memorizarlo?». Nos lo dicta, y aunque no sé muy bien si lo escribo correctamente, anoto «Sibyl», supongo que porque el único nombre similar que he leído o escuchado jamás es el de Sibyl Vane, la joven cantante de la que se enamora Dorian Gray en los primeros capítulos de la obra de Oscar Wilde.

Nos despedimos como tantas otras veces me he despedido de gente hacia la que he desarrollado un aprecio profundo tras conocerla lejos de casa y pese a haber compartido solamente unas pocas horas. Son despedidas que, cuando eres joven, estás convencido de que no serán definitivas, que la vida os volverá a brindar la oportunidad de sentaros juntos alrededor de una mesa y de un Jameson en una taberna dublinesa, o de unas cervezas en Derry, o de un no-me-acuerdo-muy-bien-qué en la noche de Belgrado. Pero superados los treinta, cuando nunca más he vuelto a ver al amigo irlandés de mi prima, ni al mochilero bávaro del museo del Bloody Sunday, ni al escritor de *Serbian Psycho*, la sospecha de que esa es la última vez que contemplas un rostro —y, peor aún, la sospecha de que a los pocos meses vas a olvidar las facciones de ese rostro, y será tu imprecisa memoria la que le dibujará unos trazos aproximados pero no exactos—, convierte la despedida en un acto más cercano a la asunción de la pérdida, a la conciencia de dejar atrás un lugar al que nunca vas a regresar. Conviene entonces más un «gracias» que un «hasta la próxima», o al menos el primero parece más realista.

Luego, cuando Edu repase todas las fotografías tomadas en Korçë —que no son pocas—

, se dará cuenta de que en ninguna aparece el padre de Don Juri —solo se le adivina, tapado por otros rostros y otros cuerpos, en una panorámica general del café en el que nos conocimos—. Y aunque no lo hayamos hecho a propósito, cuando tantas veces hablemos sobre él de regreso a Barcelona, empezaremos a creer de verdad que no hemos guardado su imagen en la cámara para darnos una excusa para volver algún día.

Para volver a Korçë a fotografiar a un señor de mediana edad que no

va a cambiar el mundo, pero que en una sola noche ha cambiado nuestra imagen de Albania.

## ENDI

«ID A LA PLAZA. ALLÍ HABRÁ FURGONETAS que vayan a Tirana. No os costará encontrarlas».

El hotelero y el padre de Don Juri tienen razón. Es imposible no advertir qué vehículos se dirigen a la capital y buscan viajeros para llenar todos sus asientos. «¡Tirana!

¡Tirana!», grita un chiquillo que no para de moverse, que corre de un lado para otro, que abre la puerta lateral del vehículo y baja a la calle para que su voz sea aún más audible. Cuando levantamos la mano, nos hace un sitio en la parte de atrás y, a los pocos segundos, ya está de nuevo pisando el asfalto o adentrándose en las plazas para seguir con su misión. El proceso se va reproduciendo hasta que ya no cabe nadie más.

Entonces, el niño cierra la puerta de golpe y su padre acelera definitivamente hacia la carretera.

No hay, por supuesto, ni billetes ni formalismos. En un momento dado, el conductor se detiene a hacer la compra en una gasolinera en medio del trayecto y nos tiene esperando cinco minutos porque su madre le ha encargado que le lleve leche. Nadie se queja. Unos kilómetros más allá, la furgoneta se para en la cuneta en un punto en el que se diría que no vive nadie, y sin embargo se monta con toda la naturalidad del mundo un hombre que parece conocer a los que llevan el negocio: se queda de pie a su lado, porque no hay más asientos, y se pone a hablar con ellos de sus cosas mientras retomamos la marcha. En la parte trasera, el calor del agosto balcánico parece aún más exagerado por la música albanesa a todo volumen —estilísticamente muy similar a la que se puede escuchar en Turquía—. Pese a que entendemos que la ambientación pretende hacernos el viaje más agradable, en realidad, por alguna extraña razón, lo convierte en aún más sofocante. Es como si nos transportara mentalmente a un desierto lejano, sureño, tórrido. Añoramos la comodidad del taxi de Jimmy, aunque nuestra cuenta corriente agradece que en esta ocasión hayamos optado por un medio de transporte veinte veces más barato. En realidad, todo sigue más o menos su curso: al llegar, uno busca protección y que lo introduzcan en el nuevo entorno; cuando ya cree

que empieza a dominarlo, se mueve con mayor autonomía y se lanza sin miedo a seguir las costumbres de la población autóctona.

La furgoneta nos deja a dos calles de la plaza Skanderbeg. Es el indiscutible centro del país; el lugar más emblemático, aquel en el que las multitudes se agolparán si algún día

—no tiene mucha pinta— su selección nacional de fútbol consigue una gran victoria.

Aquí se erigió, y más tarde se derrumbó en medio de las manifestaciones estudiantiles del 91, una estatua de Enver Hoxha (en su día también hubo una de Iósif Stalin). Los países vecinos acostumbran a llamar a estos lugares «Plaza de la República» o, si les ponen nombres de héroes nacionales, eligen a personajes ilustres más recientes.

Albania, en cambio, sigue rindiendo pleitesía máxima a un luchador de la Edad Media, al líder de la rebelión contra el Imperio Otomano a mediados del siglo XV, a la figura elegida para articular un movimiento nacionalista durante el XIX y principios del XX para unir a las gentes de los territorios que compartían la misma lengua. Esta devoción se reproduce en todas sus ciudades —incluso en ciudades que quedan fuera de los límites geográficos del Estado pero que se sienten albanesas—. Venimos, de hecho, de ver un partido —o de intentar verlo— en el que jugaba un equipo llamado Skënderbeu en honor a él, y eso que Skanderbeg no había nacido ni había vivido jamás en Korçë: no tenía más relación con Korçë que la que pudiera haber tenido con Durrës o con Vlorë.

Pero, desde hace muchos años, los albaneses de cualquier parte nombran a sus clubes, asociaciones, calles, avenidas o plazas «Skanderbeg».

Skanderbeg, evidentemente, no pudo derrotar al Imperio Otomano, del que desertó tras veinte años de servicio tras ser enviado a su corte de Edirne como rehén siendo un niño y escolarizado en sus instituciones, en las que recibió formación militar. Tras abandonar sus filas, unió a los principados albaneses y luchó de manera estoica para reconquistar ciudades como Krujë, en la que resistió durante veinticinco años tres asedios distintos con una notable inferioridad numérica. Considerado un estratega de gran talento, alimentó con su épica la esperanza de su gente, pero su esfuerzo solo sirvió para contener y retardar la expansión del enemigo, que continuaría después de que él muriera —probablemente de malaria— en Lezhë mientras

intentaba reorganizar a sus tropas en momentos de dificultad. No son pocos los que piensan que su elección como leyenda cultural albanesa ha moldeado el carácter de la nación y ha ayudado a construir un pueblo sufrido, orgulloso, perseverante, sacrificado, luchador… y al mismo tiempo un cierto complejo de víctima, como si fuera consciente de que le aguarda un destino fatal contra el que se rebela con escasas posibilidades de éxito.

De todos modos, el fútbol albanés ha competido históricamente con bastantes menos honores que Skanderbeg. Sus derrotas han sido siempre mucho más claras. En verano de 2013, su registro histórico es difícil de empeorar: nunca se ha clasificado para un Mundial ni para una Eurocopa. Nunca ha estado, de hecho, ni cerca de lograrlo. Pero algo parece estar cambiando ahora. El italiano Gianni De Biasi, conocido en España por la dignidad con la que dirigió en la temporada 2007-2008 a un Levante desahuciado en

la tabla y cuyos jugadores habían dejado de cobrar, asumió el cargo el año pasado y tiene al equipo segundo en su grupo de clasificación para el Mundial 2014 de Brasil. Por primera vez, el sueño es posible. Sobre esa renovada esperanza queremos que nos hable Endi Tufa, el periodista al que encontré a través de Facebook y que contestó amablemente a mis requerimientos. Nos ha citado la mañana siguiente «al lado de la pirámide».

Encontramos alojamiento en un hostal a dos calles de la plaza Skanderbeg. La habitación es muy espaciosa, y aunque la instalación es más modesta que el Hotel Americano de Korçë, nos proporciona más sensación de confort y seguridad por su proximidad con la zona más transitada de la capital del país. Salimos a dar una vuelta.

Tirana está animada. Hay bullicio, cafeterías abiertas hasta muy tarde con gente apurando sus bebidas en las terrazas en animadas conversaciones. Gente fumando.

Mucha gente fumando. Mucha gente mayor de tertulia, pasando la tarde en la calle.

Cuando anochece, la agitación se traslada a una zona un poco más alejada en la que abundan los locales con música extranjera a un volumen considerable. Luces de colores, máquinas tragaperras, vicio que se percibe y que busca presentarse como tentador. En mi opinión, no acaba de conseguirlo. Regresamos caminando y las calles que antes estaban tan vivas ya lo parecen menos: solo siguen abiertos algunos garitos de apariencia menos amable. Y también un restaurante con un

patio amplio en el que un televisor retransmite partidos de la liga neerlandesa jugados hace muchos meses. Nos decidimos a entrar. En la mesa de al lado unos hombres viejos juegan a cartas. Pedimos carne, que parece ser la especialidad de la casa, o al menos eso se diría por la parrilla que se ve desde la entrada. Huele de cine y está riquísima. Desde ese preciso instante me declaro fan absoluto de la cocina albanesa. Y nunca me va a defraudar. La mitifico en mi cabeza y en el futuro, cada vez que en casa me ponga a preparar un plato caliente a fuego lento, aquellos que hay que elaborar con mimo y paciencia, me imagino entre frías montañas albanesas o cerca de una hoguera en un restaurante rústico como este de Tirana. Aunque ahora estemos en verano y no haga frío. Esta carne la han aprendido a cocinar en los inviernos más duros.

Tras el desayuno del día siguiente, preguntamos en la recepción por la pirámide. Nos piden un taxi y nos dirigimos hacia allí. La pirámide, descubrimos investigando de camino, es un edificio controvertido. La diseñó la hija de Hoxha y se abrió al público en 1988 como un museo dedicado a la memoria de su padre, fallecido tres años antes. En ese instante, la prensa publicó que se trataba del edificio más caro jamás levantado en territorio albanés. Tras la caída del comunismo, se transformó en un centro de conferencias, y más tarde la OTAN lo usó como base durante la guerra de Kosovo.

Ahora, en su interior están las oficinas de un canal de televisión. El canal en el que trabaja Endi. Por eso nos cita en una cafetería justo delante del recinto.

A Endi le extraña que escribamos sobre Albania, pero está dispuesto a ayudarnos. Es un señor corpulento, de entre treinta y cuarenta años. Luce barba de tres días y sus movimientos denotan una consciencia de la propia popularidad. No sabemos si es una estrella, pero desde luego no es un periodista anónimo. Confirma que De Biasi ha transformado al equipo, que por fin parece que hay un horizonte de luz, y destaca el papel que están teniendo los jugadores de origen albanés reclutados por toda Europa tras un intenso trabajo de rastreo en países nórdicos, donde muchos compatriotas suyos emigraron décadas atrás. Pero todo eso, más o menos, ya lo he leído, así que quiero que me cuente lo que no sé. Interioridades del fútbol de clubes del país. Qué equipos tienen más hinchas. Quién pelea contra quién.

«Aquí en Tirana había tres grandes equipos. Pero todo ha cambiado mucho. Esta temporada, solo uno ha jugado en primera división, el KF Tirana, y ha acabado lejos de la cabeza». Dificultades financieras, gestiones dudosas, nuevas realidades con las transformaciones

políticas… Las explicaciones de las caídas en desgracia de los gigantes de antaño no resultan extrañas para cualquiera que haya seguido con cierta curiosidad el fútbol de los Balcanes, y en general del Este de Europa, desde los noventa en adelante. «Pero el año que viene recuperamos el derbi. Ha subido el Partizán. ¡Dos ascensos seguidos! Había caído hasta tercera. Y después de la caída del comunismo, el Tirana-Partizán es el encuentro que levanta más pasiones, así que volverá a haber cierto ambiente de fútbol en la ciudad. Al Dinamo, en cambio, ya le sigue menos gente. Era el club de la Policía secreta». Y claro, a la Policía secreta se la suele temer, y una vez cayó el régimen no tenía mucho sentido seguir apoyando a su equipo. «El Partizán es históricamente el equipo del Ejército. Del Ejército que se creó para luchar en la Segunda Guerra Mundial contra la ocupación italiana y alemana. Fue un Ejército victorioso, y por lo tanto el equipo recabó muchas simpatías por toda Albania. Al fin y al cabo, en todos los pueblos y ciudades había gente enrolada en el Ejército». El Tirana, en cambio, es el equipo más arraigado en la propia ciudad, y claramente el menos vinculado con el régimen en los tiempos del comunismo. De hecho, el periodo en el que levantó más títulos de liga fue el que transcurrió entre 1994 y 2009. Y el segundo más exitoso, en los años treinta, justo antes de la Segunda Guerra Mundial.

La cafetería está concurrida. Hay quien entra, pide un *espresso* muy corto, lo engulle en menos de un minuto y sale de inmediato para regresar al trabajo. Y hay quien, como nosotros, ocupa una mesa y se lo toma con calma. Tirana posee una fascinante mezcla entre algunas costumbres italianas y una mentalidad marcadamente balcánica. Y luego, por si esto no fuera suficiente, es el escenario en el que convive una generación que vivió aislada del mundo, en un Estado hermético, y una nueva hornada que ha crecido mirando al exterior, jóvenes que han tomado como espejo cualquier comportamiento de las sociedades más occidentales pero que no dejan de ser hijos de sus padres. A Endi, el

cambio debió de pillarle en su adolescencia. Fue un niño de la Albania cerrada y es ahora un periodista que sale en televisión en la Albania moderna. Me está dibujando con precisión el panorama de los clubes de la capital. Pero yo ahora quiero que me cuente por qué gana el Skënderbeu.

«Hay mucho dinero. Políticos locales, empresarios… Una apuesta muy fuerte.

Invirtieron para ganar. Entraron cuando el equipo iba último en la temporada 2009-2010. Ya habían vivido un descenso dos años antes y

corrían el riesgo de convertirse en un club ascensor. Con esa nueva junta tan poderosa, consiguieron la permanencia y la campaña siguiente ya fueron a por todas. Y ganaron la liga. Y ya llevan tres». Le digo que esto suena a nuevo rico, a proyecto artificial. «Es complicado. Es verdad que esta inyección económica ha transformado al club. Pero el Skënderbeu, en los inicios del fútbol en Albania, fue uno de los equipos más importantes. Diríamos que ahora, con este proyecto, han recuperado la grandeza que vivieron antes de la Segunda Guerra Mundial. Habían sido campeones en 1933. En esa época aún no existían los clubes creados por el régimen: ni Dinamo ni Partizán. La liga se la disputaban los equipos que representaban a las ciudades más importantes. El KF Tirana, el Vllaznia de Shkodër, el Teuta de Durrës… y el Skënderbeu de Korcë. La guerra detuvo el fútbol y cuando se reanudó ya se había perdido esa generación del Skënderbeu que estaba entre las mejores del país. Sufrieron descensos, jugaron en Segunda… y no volvieron a ganar la liga hasta 2011».

Edu está satisfecho: como hiciera en Korcë, se ha levantado esta mañana antes que yo y ha estado sacando fotos por la ciudad, recorriendo campos de fútbol y buscando escudos y emblemas que nos permitan ilustrar las historias que nos cuentan nuestros protagonistas. Me comenta que tenemos material de los clubes de Tirana. Endi mira el reloj. Se le hace tarde. «¿Tenéis algo que hacer? Yo debería ir al hotel de concentración del Kukësi. Juegan esta noche la previa de la Europa League y tengo que grabar una pieza para el informativo. Si queréis me podéis acompañar. Y luego os puedo entrar en el partido». Yo ya sabía que se jugaba un Kukësi-Metalurg Donetsk esta noche en Tirana, y de hecho programamos la fecha de nuestra estancia en la capital para intentar asistir al encuentro. Ahora Endi nos va a permitir entrar acreditados, por lo que encontrarnos con él habrá resultado doblemente productivo. «Te acompañamos, sin duda».

Salimos de la cafetería, cruzamos la calle y entramos en el aparcamiento subterráneo de la pirámide. Endi se reúne con el operador de cámara y nos montamos los cuatro en un coche. El Kukësi se ha concentrado en las afueras, a unos veinte kilómetros al norte de Tirana. Como le ocurrirá al Skënderbeu la semana que viene, se ve forzado a disputar su compromiso europeo lejos de su ciudad, en el exilio de la capital. Endi nos

sitúa. «Kukës está en el norte, en las montañas, muy cerca de la frontera con Kosovo. El año pasado quedaron segundos en la liga, y eso que era la primera vez que jugaban en primera en toda su historia. Es un club que está mejorando mucho, está siendo una gran sorpresa». ¿Un caso parecido al Skënderbeu? «También tienen apoyo de políticos

locales y una inversión fuerte, sí. Pero Kukës es una zona más pobre, más deprimida.

En eso hay diferencias con Korçë». Empezamos a comprender que, pese a esa impresión inicial muy influenciada por la zona concreta en la que nos dejó Jimmy, la ciudad albanesa en la que dormimos en nuestra primera noche es, en realidad, una de las que menos dificultades económicas sufre. Según vamos saliendo de Tirana, Endi profundiza en su explicación futbolística para que entendamos la importancia del partido. «Nunca ningún equipo albanés ha superado tres rondas en una competición europea. Si el Kukësi eliminara a los ucranianos, haría historia. El único que consiguió pasar dos turnos fue el Flamurtari Vlorë en la temporada 87-88. ¡Os tiene que sonar, porque jugó contra el Barcelona! Había vencido al Partizán de Belgrado y al Aue de la RDA, y luego perdió 4-1 en el Camp Nou. Pero en la vuelta ganó 1-0 en Vlorë. Ese partido es famosísimo en Albania. El Barça derrotado por el Flamurtari. Lo piensas ahora y no te lo crees…». Desde luego, suena a ciencia ficción. A una agradable ciencia ficción: una realidad utópica en la que esas cosas pueden pasar, en la que súperclubes convertidos en marcas globales visitan ciudades de provincias de países periféricos y, aunque solo sea de manera parcial y sin consecuencias en el desenlace del cruce, pierden. Me suena vagamente ese partido del que habla Endi: algunos mayores lo mencionan a veces en Barcelona. Pero no: en nuestra tierra no forma parte de la cultura popular como sí parece que sucede en Albania.

El conductor se desvía por una salida a la derecha de la carretera principal y nos detenemos en un hotel-restaurante situado a pocos metros. Es un edificio espacioso, más ancho que alto, y recuerda a un balneario. Los salones para comer son tan extensos que podrían albergar convites de bodas multitudinarias. Endi graba un *stand-up* desde fuera y cuenta, supongo, que el Kukësi descansa antes de la batalla. Solo comprendo nombres de equipos de fútbol. Cita al Flora Tallin y al FK Sarajevo, los dos rivales a los que apeó en las dos rondas anteriores. Y, por supuesto, al Metalurg Donetsk, el que tendrá en frente esta noche en el estadio nacional Qemil Stafa. A diferencia del Skënderbeu, el Kukësi ha tenido que jugar en Tirana desde el principio de su aventura.

Así que será la tercera vez en un mes que su hinchada se desplace desde las montañas del norte hasta la capital para apoyarle en la primera participación europea de su historia. Endi acaba su intervención y me señala un pueblo que se ve en la ladera de un monte cercano. «Es Krujë. Es el pueblo en el que gobernó Skanderbeg. Allí se hizo fuerte y resistió tres sitios del Imperio Otomano durante

más de veinticinco años. Antes ya había sido la capital de lo que se podría considerar como el primer Estado albanés en la Edad Media. Ahora es una ciudad de unos sesenta mil habitantes. Su equipo de

fútbol se llama Kastrioti Krujë. Kastrioti es el apellido de la familia de Skanderbeg. Y en el escudo del equipo está su cara. Están en primera división».

Skanderbeg aparece por todas partes. Skanderbeg, cristiano, que luchó contra el Imperio Otomano, musulmán, es el héroe nacional de Albania. De la Albania presentada a grandes rasgos en los retratos de brocha gorda como un país indiscutible y uniformemente musulmán. Entre esta aparente paradoja y las distintas confesiones que se profesan en la familia de Don Juri, empiezo a comprender que, como suele ocurrir en todas partes, la realidad es mucho más compleja de lo que a menudo pensamos. Solo adentrándose en las culturas con la mente abierta y con más voluntad de escuchar y entender que de proclamar y juzgar se puede aproximar uno a un retrato más cercano a la verdadera naturaleza de las sociedades, de sus gentes, de sus conflictos y de sus historias.

Entramos en el salón donde come el equipo. Nos ubicamos en una mesa algo apartada, pero al poco rato Endi se acerca con el entrenador, que toma asiento junto a nosotros. Se llama Armando Cungu, habla inglés y se interesa por nuestra visita. Parece un tipo preparado, muy profesional, y es optimista de cara al encuentro ante los ucranianos: cree que tienen posibilidades. En un momento dado, cae en la cuenta de que tiene a un jugador argentino, y que por lo tanto este podrá comunicarse con nosotros en castellano. Pide que lo llamen, y al poco rato tenemos con nosotros a Lucas Malacarne. Su historia nos asombra: el Kukësi es el tercer equipo en el que juega en Albania. Tras pasar por las categorías inferiores de River Plate y realizar una prueba en los Estados Unidos, vio que difícilmente podía llegar a ser profesional en su país, donde militaba en un conjunto de tercera división, y se lanzó a la aventura. Un representante le consiguió la oportunidad de fichar por el Dinamo de Tirana, con el que ganó la liga el año que llegó. De ahí pasó al Kastrioti Krüje, el club del pueblo del monte cercano que acabamos de ver desde fuera, y esta será su segunda temporada en Kukës. «Me vine con mi novia, vivo con ella. Las costumbres son muy diferentes y al principio me costó, pero ahora me manejo bien, incluso me atrevo con la lengua. Y es un lugar tranquilo, se vive cómodo». Se abren dos conversaciones paralelas: Endi intentando sacarle en albanés el equipo titular al entrenador y nosotros charlando en español de rutinas diarias en una ciudad del norte de Albania.

De regreso a Tirana, buscamos detrás del Hotel Internacional una empresa de turismo para comprar los billetes para viajar a Kosovo. Nos la han recomendado con insistencia, pero no encontramos nada que se parezca a una agencia de viajes. No debería haber pérdida: el hotel preside una de las esquinas de la Plaza Skanderberg y es inconfundible con sus quince plantas y su majestuosidad. Lo han renovado, sin duda, aunque se le adivinan rasgos de la arquitectura de la era comunista. Justo detrás hay una callejuela y

en ella debería estar nuestro objetivo. Por descarte, entramos en un local viejo en el que un hombre, de pie en el centro de la estancia y fumándose un cigarro que por la atmósfera que se respira resulta evidente que no es ni el primero ni el segundo de la tarde, grita a la gente que tiene alrededor. Por lo que me enseñó mi familia de pequeños comerciantes, a los clientes no se les trata así, pero los mapas gastados y descoloridos de la pared no dejan lugar a la duda: es el dueño de la agencia y está enfadado por lo que le piden unos turistas que se dirigen a él en inglés. Él no lo habla bien y se los quiere quitar de encima. La perspectiva no es nada halagüeña, pero a nosotros nos trata mejor: quizás es que lo que queremos es menos complicado, o quizás lo aplaco con mi intento de italiano. Ahora bien, hay que salir a las cinco de la mañana. Tocará dormir poco: después del Kukësi-Metalurg habrá que ir rápido hacia el hostal.

El estadio Qemal Stafa necesita un lavado de cara urgente. Es el estadio nacional, donde juega la selección, y por lo tanto se esperaría de él que fuera el recinto con mayor capacidad y comodidad del país. Sin embargo, está destartalado y en algunas zonas abundan los asientos de plástico con la pintura gastada. Y eso en el mejor de los casos: por todo el estadio se aprecian agujeros que denotan que las sillas fueron arrancadas y nadie las sustituyó, dejando a la vista puro cemento. La remodelación de los años noventa ha quedado obsoleta. Está prevista otra más profunda, con demolición completa y construcción moderna. Pero no se sabe cuándo va a empezar: ha habido disputas y batallas legales entre la federación y el Gobierno que han detenido el inicio del proceso, que según los planes iniciales ya debería estar completado, ya que la idea era hacer coincidir la inauguración con el centenario de la declaración de independencia de Albania del Imperio Otomano (1912). Pienso que, en realidad, para nosotros es una suerte: si se hubieran puesto de acuerdo y hubieran cumplido los plazos, nunca habríamos pisado el Qemal Stafa original.

Qemal Stafa, he aprendido en el hostal antes de partir hacia el campo, fue uno de los estudiantes que fundó el Partido Comunista Albanés en 1941, un año antes de ser asesinado por las tropas fascistas italianas

que habían ocupado el país. Tras la Segunda Guerra Mundial se le declaró héroe nacional, pero circula la leyenda de que fue traicionado por alguno de sus camaradas y la rumorología apunta al mismísimo Enver Hoxha. ¿Cuántos partidos habré visto desde mi casa disputados en este estadio sin conocer nada de esta historia?

Tras alguna dificultad para entrar con la que ya contaba, me instalo en la tribuna de prensa, que viene a ser un palquito con mesillas de madera reconvertidas en pupitres. A mi lado se sienta un periodista de la televisión ucraniana. Me empieza a preguntar por los jugadores del Kukësi. Imagino que cree que soy albanés. En el Metalurg juega Darren O'Dea, que en su juventud apuntaba a gran promesa como central del Celtic de

Glasgow. Sus primeras intervenciones en el encuentro son espantosas y lo cambian antes del descanso. No sé si tiene problemas físicos, pero ha estado terrorífico.

Malacarne marca el 1-0, juega un primer tiempo portentoso y luego se retira en camilla en lo que parece una lesión seria. El Kukësi acaba ganando 2-0 con un poco de suerte, aunque me ha parecido un equipo mucho más maduro y trabajado de lo que esperaba.

Bajo al vestuario, me encuentro de cara con el entrenador y lo felicito. «No hemos hecho nada, aún queda la vuelta», anuncia, y comprendo que no le basta con la noche para la historia que acabamos de vivir. Tengo un mensaje en el móvil: a Edu, que estuvo tomando fotografías desde el césped, lo echaron del campo en el segundo tiempo de malas maneras porque no llevaba un chaleco de prensa. Me dice que vuelve al hostal y que ya nos encontraremos allí. Me toca regresar solo y sin taxis a la vista. Pero camino, camino siguiendo las caravanas de coches que desfilan haciendo sonar el claxon y agitando banderas de Albania por las ventanillas. Guiado por la intuición y un poco por la euforia, pronto intuyo dónde está la plaza Skanderbeg. Es una fiesta. A la riada de coches atascados en su intento de abandonar la ciudad y regresar a Kukës se incorporan los viandantes capitalinos, que se suman a la fiesta. Es una victoria de toda Albania.

«¡Kükesi! ¡Kükesi! ¡Kükesi!», grita la marabunta. Y yo me dejo llevar. Y les imito.

«¡Kükesi! ¡Kükesi! ¡Kükesi!». La plaza está iluminada, el héroe nacional también parece festejar encima de su caballo. Es una manifestación espontánea de orgullo nacional por parte de los que siempre pierden. Asisto fascinado al espectáculo. Es mi primera

experiencia de carne y hueso en medio de una expresión patriótica masiva en los Balcanes. Y me impresiona. Mucho.

## VULLNET, FADIL Y LABI

LA INTENSIDAD DE LAS EMOCIONES proporcionadas por la gesta del Kukësi y la consciencia de la excepcionalidad de lo vivido me dificultan conciliar el sueño. Descanso poco, y toca levantarse pronto. Por todo ello, me paso el trayecto de autobús durmiendo, y me pierdo los paisajes del camino que une Tirana con Pristina. Me despierto unos segundos cuando sube la Policía para pedirnos los pasaportes en la frontera. Es un trámite que se salva sin dificultades, y en ese relajamiento en la vigilancia de las líneas divisorias se percibe ya la hermandad entre Kosovo y Albania. Si no hubiera vuelto a cerrar los ojos, me advertirá Edu después, la habría seguido comprobando en las innumerables banderas de Albania que ondean en patios, viviendas, restaurantes de carretera, descampados y rotondas que dan la bienvenida en las entradas de núcleos urbanos ya en territorio kosovar. Cualquier observador pensaría que Albania continúa más allá de los últimos metros cuadrados del territorio de su Estado. No suelo querer perderme espectáculos de este tipo, pero supongo que, en mi fuero interno, ya sé que volveré. Y

que tendré otra oportunidad de hacer ese mismo trayecto.

Edu me despierta. «Ya hemos llegado. Estamos en Pristina». Todo el mundo ha abandonado ya el autobús. Bajo apresurado, porque el conductor nos apremia. No hay preámbulos en mi aterrizaje kosovar: de repente, sin maniobra previa de aproximación, estoy en el epicentro del país más joven de Europa. En un lugar en el que menos de quince años atrás todo era caos, sufrimiento y destrucción. En un territorio en disputa.

Sin darnos cuenta, aparece Vullnet. Un chico de unos veintipocos años, vestido con una camiseta chillona, el pelo largo y una pequeña mochila como equipaje. Se diría que viene de un concierto de rock y que ha pasado la noche en la estación de autobús. Sus facciones, pronunciadísimas, nos llevan a pensar que se trata de un habitante autóctono del lugar. «Hola, parecéis extranjeros. Os he estado observando en el autocar. ¿De dónde sois?». «De Barcelona». «Ah, catalanes… España no nos reconoce por culpa vuestra». Es la primera vez que ocurre, pero no será la última. Venir de Barcelona, en Kosovo, supone ser bien recibido por lo que sus habitantes consideran una

hermandad de pueblos oprimidos y al mismo tiempo tener que cargar con la responsabilidad de su falta de reconocimiento pleno. «Lo sentimos por la parte que nos toca», nos excusamos.

«Estoy bromeando. Bienvenidos a Pristina. ¿A dónde vais? Os puedo enseñar la ciudad».

Vullnet estuvo en el estadio en Tirana la noche anterior. No le interesa demasiado el fútbol, pero pensó que «había que estar allí, era un acontecimiento sociopolítico impactante». Es periodista, pero no de deportes. Es, dirían mis profesores de la facultad, periodista de verdad. De los que investigan, de los que descubren escándalos, de los que escriben para remover conciencias y cambiar cosas. Es, luego lo sabremos, un provocador nato. Y es nuestro primer anfitrión. El mejor posible.

«Kukës fue una ciudad importante durante la guerra para el pueblo kosovar. Está cerca de la frontera y muchos kosovares se refugiaron allí en la época más dura, cuando trataban de escapar del terror sembrado por el Ejército serbio. Hemos pasado por allí esta mañana con el autobús, aunque supongo que no te diste cuenta porque estabas durmiendo. Ha sido increíble, estabas roncando, ha subido el policía, te ha pedido el pasaporte, se lo has dado, y has vuelto a dormir. Eso me ha llamado mucho la atención.

¿Cómo se puede pasar de un estado a otro así, indistintamente, de manera tan rápida y natural?». «Era muy temprano», le digo. «Allí ha sido cuando he pensado que tenía que conoceros. Y estaba tan obsesionado con eso que al final he perdido a mi amigo, no sé dónde está. Fui con él al partido. Y después estuvimos de copas por Tirana. La verdad es que yo tendría más motivos que tú para quedarme dormido en el bus…». Vullnet es un huracán, no para de hablar, su inglés no es demasiado bueno, pero es musical, posee un acento que jamás he escuchado antes. Es la mezcla, la *albanidad* en contacto con el eslavismo, es algo muy bello, es algo que atrapa. Él atrapa. Y no se detiene.

«Ahora vamos a pasar por el bulevar Madre Teresa. ¿Sabéis que era albanesa, no? El bulevar está dividido en varios sectores que nos definen bastante bien como nación. El primero homenajea a Zahir Pajaziti, héroe de guerra del Ejército de liberación kosovar; el segundo, a la propia Madre Teresa; el tercero, a Skanderbeg, el símbolo nacional albanés, el legendario luchador del siglo XV que combatió contra la ocupación otomana en la zona. Y a lo largo de la calle puedes encontrar también monumentos a Ibrahim Rugova, el

político que apostó por la vía pacífica durante todo el conflicto, o a la KFOR, la misión de la OTAN en Kosovo… La guerra, la paz, la bondad, la lucha, la universalidad, el nacionalismo… Todo junto y revuelto. Un caos para volverse loco. Así estamos. Así somos. Un pueblo que tiene las cosas claras. Y si volviéramos hacia atrás, caminando un poco más allá de donde nos ha dejado el bus, llegaríamos a la calle George Bush: le pusimos ese nombre para agradecerle que reconociera nuestra independencia. Aunque lo escribimos en albanés: Xhorxh Bush. ¿No te lo crees?

También tenemos una calle Tony Blair, no te preocupes. Y una Bill Clinton. Ya ves, son nuestros héroes».

Hay un tono irónico en su discurso que convierte esta presentación en un documental satírico. Nuestro anfitrión no parece el más devoto defensor del nuevo Estado kosovar.

Ni el más nacionalista de los albaneses. «Y claro, aquí tenemos los ministerios. Creas un país nuevo y tienes que construir veinte edificios para dar trabajo a veinte ministros que antes no existían. Mira, allí trabaja la de Cultura. No me puede ni ver por un artículo que escribí. Luego me llevaron a la televisión y empezaron a debatir sobre la homosexualidad. Les parecía terrible, decían que no se podía permitir. Entonces yo me levanté y dije que yo mismo era homosexual. Lo inventé solo para provocar, pero fue muy gracioso. Fue un día divertido. Desde entonces ya no me han vuelto a llevar a ese programa».

Vullnet nos acompaña hasta el hostal, y al despedirse nos pide que lo agreguemos a Facebook para no perder el contacto. «Tenéis que conocer la noche alternativa de Pristina». Sin haber hecho nada, ya conocemos a un local. No tiene nada que ver con el fútbol, pero sí con todo lo demás. Y pertenece a una generación que vivió la guerra en la infancia y la independencia en la posadolescencia. Sin tiempo para procesar toda la nueva información y digerir un encuentro tan afortunado, suena mi teléfono. «Soy Fadil Vokrri, el presidente de la federación kosovar de fútbol. Escribisteis un e-mail diciendo que llegabais hoy, ¿verdad? Yo acabo de llegar a Pristina y os puedo recibir de inmediato. ¿Cuánto tiempo necesitáis para encontrarnos en la puerta del Grand Hotel?

¿Sabéis dónde está?».

Hemos pasado por delante del Grand Hotel con Vullnet. Nos ha comentado, de hecho, que es donde se hospedaron todos los

periodistas extranjeros que cubrieron el conflicto. En una Pristina que empieza a sorprenderme por su modernidad, aquel edificio parece haberse mantenido en el mismo estado que en esos días lejanos de crónicas bélicas y gritos de terror. Ofrece una imagen decadente, perteneciente a otra época, ajeno a una renovación estética conectada con el nuevo estatus del país. Pero para los habitantes de Pristina que vivieron en Yugoslavia, sigue siendo un punto de referencia para los encuentros. Fadil Vokrri no solo vivió en Yugoslavia. Triunfó en ella.

Pero eso aún no lo sé. No esperaba, de hecho, ninguna respuesta. No la tuve con los correos que mandé a clubes de Albania ni de Montenegro, y llegué a pensar que en los Balcanes nadie chequea el e-mail. La federación kosovar no solo tomó nota: el presidente en persona ha interrumpido sus vacaciones en la costa para regresar a Pristina para atendernos. Y nos ha llamado directamente. Al saludarle, no soy consciente de la magnitud de la personalidad que nos recibe. Las siguientes horas esparcirán todas las dudas.

Nos comunicamos en francés. Fadil jugó en tres equipos galos, y de hecho acabó su carrera allí y aún tiene una casa en la zona de los Alpes, cerca de la frontera con Suiza.

Mis cursos en la Alliance Française acuden al rescate, ya que nuestro interlocutor no se atreve con el inglés. Nos sentamos en una terraza y pedimos café. La mañana es soleada y muy agradable en Pristina, y el resto de cafeterías de la callejuela cercana al Grand Hotel que elegimos para instalarnos están también llenas. Fadil nos cuenta que se encontraba en Budva, la zona más turística de la costa montenegrina. Siempre veranea allí. Esta mañana ha cogido el coche y ha recorrido las cinco horas de trayecto que le separaban de Pristina. Nos sorprende el esfuerzo realizado solo para reunirse con dos jóvenes reporteros españoles. Pero Fadil tiene ganas de contar su historia. Kosovo necesita contarla.

«Creo que todo se va a solucionar pronto. Necesitamos que se solucione. El propio fútbol lo necesita. A nadie le puede interesar que en un territorio europeo se juegue al fútbol en las condiciones en las que se juega aquí. Al estar fuera de las federaciones internacionales no recibimos dinero para invertir en infraestructuras, en formadores, en academias… Los campos en los que se disputan los partidos, incluso en primera división, son muy precarios. Y eso afecta a los jóvenes jugadores. Creo que a la propia UEFA, y a la FIFA, les interesa mejorar la situación. Al final, esos niños quieren jugar al fútbol, quieren tener las mismas oportunidades que los que han crecido en otros lugares… Ellos no tienen la culpa de haber nacido en un lugar en conflicto. En

un lugar en el que el fútbol no se reconoce. Incluso si se produjera el milagro de que un club extranjero quisiera ficharlos, necesitarían visados especiales para viajar, o tendrían que intentar sacarse el pasaporte albanés, porque el nuestro no es válido para entrar en muchos países. Es una situación que no se puede eternizar, porque no es justa para ellos…».

El optimismo de Fadil me sorprende. Vengo de un lugar en el que se han dibujado tantas veces sueños de selecciones oficiales, con plataformas recogiendo firmas e incluso iniciativas políticas que siempre han chocado contra la realidad de una UEFA y una FIFA inflexibles, que no me acabo de creer que el presidente de la federación kosovar vea tan cercano un reconocimiento que supondría un terremoto diplomático. Se lo hago saber: «Pero sin un Estado independiente, plenamente reconocido por todos, las federaciones internacionales no suelen dar el paso». Él, impasible, da otro sorbo al café, no se altera, y pronuncia las palabras con una tranquilidad sobrecogedora. Está realizando pronósticos de gran calado y los suelta en una terraza en la mañana de Pristina como aquel que habla sobre sus quehaceres cotidianos. «Eso también se va a solucionar. Creo que a Serbia le interesa entrar en la Unión Europea. Y que, al final, va a reconocer el Estado kosovar a cambio de poder ingresar en ella. Y una vez nos reconozca Serbia, ya no habrá vuelta atrás. Nos van a reconocer todos. Fíjate en que los

acuerdos de Bruselas que se han firmado en abril de este año ya han sido el primer paso hacia esa normalización de relaciones entre los dos Gobiernos. Yo creo que vamos hacia el entendimiento».

Ese entendimiento deseado, esa conciliación definitiva, ese pactismo útil para todos, suena natural pronunciado por Fadil. Y me doy cuenta de que quizás ese sea el gran as en la manga que posee Kosovo: el presidente de su federación de fútbol no es un nacionalista radical, no es un militante extremo de su propia identidad ni esparce odio contra el enemigo. Es un exjugador del Partizán de Belgrado. Que dejó buen recuerdo allí y que sigue siendo muy bien recibido cada vez que visita Serbia. «No tengo ningún problema cuando voy allí. Tengo muchos amigos en Belgrado». Fadil Vokrri, un exfutbolista retirado, un señor de mediana edad carismático, que defiende sus posiciones con una media sonrisa amistosa, ve la luz al final del túnel mucho más clara y diáfana que todos los demás. Veníamos a ver cómo era el fútbol en un lugar enterrado en la sombra y el olvido y lo primero que nos cuentan es que saldrá de las profundidades y se situará, más pronto que tarde, en el mismo nivel que todos sus vecinos.

Y, en efecto, Pristina parece un lugar cualquiera de la Europa ultracivilizada. La gente va y viene, se dirige al trabajo, sale a hacer la compra, queda con los amigos en el café.

Nadie podría adivinar que quince años antes fue el escenario de un infierno. Todo el mundo saluda a Fadil. No hay transeúnte que no lo conozca. No es solo el presidente de la federación kosovar. Es el mejor jugador kosovar de la historia. Formó parte de un FC

Pristina legendario que ascendió a primera división yugoslava en 1983 y que se mantuvo en la élite durante cinco años. Cuando volvió a bajar, él ya no estaba: lo había fichado el Partizán. Se convirtió en el único kosovar de origen albanés en jugar con la selección yugoslava. Y acabó haciendo carrera en el extranjero: en el Nîmes y en el Fenerbahçe. La admiración con la que los habitantes de Pristina se dirigen a él explica, incluso mejor que su currículum, cuán grande es Fadil Vokrri en esta tierra. Él devuelve todos los saludos con amabilidad e invita a sentarse a todos aquellos que pueden ayudarle a explicarnos la situación. Sin darnos cuenta, acabamos rodeados de personas influyentes en el fútbol kosovar que han ido apareciendo y se han sumado a la conversación. Compartimos mesa con presidentes de clubes de la liga local y con periodistas que la transmiten para el canal albanés que emite por satélite. Fadil los ha atraído a todos y todos se apuntan al *tour* que nos va a organizar. Nos llevarán a un par de partidos amistosos que se disputan en los próximos días para que veamos el ambiente y la pasión que despierta el fútbol en aquel territorio que la FIFA aún no reconoce.

Después de comer, nos montamos en un coche organizado por la comitiva. Salimos de Pristina y nos dirigimos hacia el norte, atravesando carreteras que dejan atrás la pretendida modernidad de la capital y empiezan a dibujar un paisaje más humilde, más pobre, más rural. Allí confirmo por qué siempre se habla de Kosovo como de una llanura. No hay desniveles, no se perciben montes en la lejanía. Viajamos en una línea recta que podría parecer inacabable, pero que en realidad nos llevaría, si no nos detuviésemos, a un territorio inhóspito para los habitantes del lugar: Serbia. Pero paramos mucho antes, en Vushtrri.

El campo de fútbol del lugar, destartalado, con gradas sin asientos que obligan a los espectadores a intentar apoyarse en barras de hierro, está repleto de gente. No se juega ningún partido oficial, pero un joven talento local se despide antes de marcharse a Bélgica a realizar una prueba en el Gante, de primera división. Parece que todo el pueblo haya acudido a verle jugar en su maltrecho césped por última vez.

Recostado en una silla de plástico al lado del pequeño edificio que ejerce a la vez de vestuario y de oficinas del club, el presidente me saluda. Nos hemos visto por la mañana en la cafetería con Fadil. Pero ahora él va a ejercer de anfitrión. Es un poco mayor que yo.

Sobresale por su vestimenta más formal, aunque no especialmente clásica, en un ambiente de pantalones cortos y camisetas gastadas. Lleva gafas de sol y pronto me cuenta que durante la guerra se marchó a estudiar a Alemania. Forma parte de la nueva generación de kosovares que lograron tener una educación en el extranjero y que han regresado para levantar el país. Su nombre es Labinot, aunque todos lo llaman Labi.

Nos hace un pequeño recorrido por las instalaciones que acaba consistiendo en sentarnos entre los niños locales en las maltrechas gradas, e insiste, cada vez que resalta algún aspecto de las instalaciones que requiere evidentes mejoras, que Kosovo necesita que alguien se tome en serio su fútbol. Que alguien invierta dinero. Un dinero que difícilmente se podrá invertir en la oscuridad de la extraoficialidad. Cuando el joven prodigio toca el balón, Labi nos asegura que llegará a jugar en una gran liga. Tiene diecisiete años y es la mayor promesa de Kosovo. Le pedimos hacer una sesión fotográfica con él cuando acabe el encuentro, y el chaval posa durante quince minutos para Edu en el propio césped de Vushtrri. «¿Cómo te llamas?», le pregunto, para retener su nombre por si efectivamente acaba triunfando. «Milot Rashica».

Antes de marcharnos, Labi nos invita a conocer el pequeño restaurante que se encuentra casi anexo a las oficinas del club. Es un local diminuto en el que prácticamente nos sentamos en el suelo alrededor de unas mesas bajas con cojines y alfombras. Está puesta la televisión y se sirve café turco, además de carne cocinada al estilo balcánico. Suena música de la zona; música muy similar a la que acompañó nuestro viaje en furgoneta desde Korçe a Tirana. Labi quiere saber si soy del Barcelona y le hablo por primera vez del Sabadell. Como estamos en Segunda y aparecemos en las

páginas de las apuestas presentes en todos los bares del país, el club le suena. Le comento que tengo cierta proximidad con el vicepresidente y sugiere que deberíamos explorar algún tipo de colaboración. Que me quiere enseñar una academia de la que salen talentos extraordinarios. «Tienes que pensar que más de la mitad de la selección albanesa ha nacido en Kosovo. Los dos porteros, sin ir más lejos. El titular, Ertrit Berisha, salió de la academia que te quiero enseñar. Es posible que sea ahora mismo el mejor guardameta de la Serie A italiana. Y el suplente,

Samir Ujkani, es de aquí, de Vushtrri. Shefki Kuqi, el delantero estrella de la selección finlandesa, también. Este es el pueblo con más afición al fútbol en todo Kosovo, por eso han salido tantos jugadores profesionales. Aunque creo que Rashica los va a superar a todos. No hay otra aldea con esta pasión. El ambiente que se respira en este estadio está muy por encima incluso del que se genera en los partidos del FC Pristina. O en los que juega el Trepça en Mitrovica».

El primer día en Kosovo ha cundido. Y nos espera mucho más. La mañana siguiente Fadil nos abrirá el estadio del Pristina para hacerle fotos en las gradas y en el césped mientras recuerda su época de jugador en ese mismo recinto. Y por la tarde veremos otro partido amistoso en un pueblo aún más cercano a la frontera con Serbia. Pero antes de todo ello, no podemos desaprovechar la primera noche en la ciudad. Y yo sé quién quiero que me la muestre. Escribo a Vullnet y quedamos en la pequeña estatua de María Teresa de Calcuta en el céntrico bulevar. Nos va a llevar al «jardín de los artistas».

«Hay una casa abandonada en una callejuela interior. Esa es la Pristina que más me gusta, la que se aleja de las grandes avenidas y de los nuevos edificios. Allí nos juntamos la gente joven rebelde y creativa. Hemos montado un pequeño bar en el interior y tomamos copas en el jardín mientras damos rienda suelta a nuestra imaginación». Los amigos de Vullnet son, en efecto, gente muy especial. El patio está repleto de instrumentos que no parecen tener mucho sentido: juguetes para niños, sillas decoradas de forma estrafalaria, tambores y pianos viejos preparados para que los haga sonar cualquier voluntario de forma improvisada. Nos sentamos en sofás de distintos colores con una chica que es aspirante a actriz y que imita a la presidenta del país, Atifete Jahjaga, extendiendo los brazos como si fuera un águila, el símbolo nacional de Albania. Vullnet la imita. Se recrean emitiendo frases que intuimos grandilocuentes en un albanés que, pronunciado por ellos, me parece que posee una musicalidad exquisita.

«Nos reímos de la presidenta. Y del primer ministro. Nos reímos de todos. Nos reímos de la albanidad, de Kosovo, de las banderas… Son cosas que me hacen mucha gracia».

El ambiente es distendido, casi cómico, pero su última frase me da pie para preguntar por una cuestión trascendente que requiere el regreso a un registro más serio. «¿Pero vosotros, de dónde os sentís? ¿Queréis ser albaneses o no? He leído que mucha gente en este país pretende que Kosovo se integre en Albania». Vullnet, cuando

quiere, es capaz de abandonar la sátira y reflexionar como un intelectual. «Nosotros pertenecemos a una generación que ha crecido en un entorno muy condicionado por los distintos Estados en los que han vivido nuestros padres y abuelos. Procedemos de una cultura común con los albaneses. Hablamos albanés. Compartimos la lengua y algunos símbolos. Pero hemos pasado por procesos muy diferentes. No podemos ser iguales como sociedad los que han vivido más de cuarenta años en la Albania de Enver Hoxha, que era un régimen muy particular y muy aislado, bunkerizado, muy cerrado al mundo, que los que nos hemos desarrollado en la Yugoslavia de Tito. Nosotros hemos compartido Estado con eslovenos, serbios, croatas… Estábamos en la Europa del Este, pero mucho más cercanos a Occidente. Venían turistas de Occidente e incluso nosotros podíamos viajar, teníamos contacto con gentes de todo el continente, disfrutábamos de unas mayores libertades y sabíamos qué ocurría en el planeta. Todos esos años viviendo de manera tan diferente han condicionado nuestras formas de ser. Creo que, hoy en día, un albanés y un kosovar poseen mentalidades distintas y no podrían unirse en un mismo modelo de Estado. Creo que nosotros poseemos unas peculiaridades que hacen mucho más aconsejable que caminemos solos. Más de la mitad de la población aquí tiene menos de veintiséis años». «¿Y serbios? ¿Ya no hay serbios en la ciudad?». «En Pristina hay muy pocos. Nosotros, los de nuestra edad, no hemos vivido ya en una Pristina de convivencia entre las dos comunidades. Desde la guerra, prácticamente el único núcleo de población mayoritariamente serbio que queda en el país está en el norte de Mitrovica». Aparecen nuevos amigos de Vullnet y le invitan a otra cerveza. En algún momento podremos seguir con esta conversación, pero la noche es un momento de fiesta. La Policía se presenta unos minutos más tarde y nos advierte de que estamos haciendo mucho ruido y de que la música tiene que parar. «Siempre vienen a tocar los cojones», suelta Vullnet, «pero me encanta encararme con ellos. Son servidores de este Estado que ha nacido podrido». «¿Por qué podrido?». «¿Conoces a nuestro primer ministro, Hashim Thaçi? Investiga un poco sobre él… ¿Qué país podemos construir con este tipo de gente en el poder?».

Nos trasladamos a un bar que hace esquina, en otra parte de la ciudad. Está abarrotado, prácticamente no se puede ni entrar. Por la estética y la música que se escucha desde el exterior resulta sencillo situarlo en la misma escena alternativa que frecuenta Vullnet. Nos lo confirma. «Aquí vienen unos tipos muy divertidos que han fundado un partido para reírse de la política local. Son unos cómicos muy buenos. Yo creo que los voy a votar a ellos. Porque votarlos a ellos es decirles a todos los demás que son una puta mierda. En este bareto, y al que os llevaré

después, encontraréis a mucha gente que piensa lo mismo que yo». Vullnet está desatado y no para de hablar. Va de un tema a otro, pretende que absorbamos todas las nociones del *underground* kosovar, quiere ejercer de contrapunto con respecto a todo lo que él cree que nos van a enseñar

los representantes oficiales con los que nos encontramos para nuestra investigación sobre el fútbol local. Y se describe a sí mismo como una especie de representante máximo de lo prohibido y lo escandaloso, de la Pristina con la que no soñaron los padres de la patria. «Mira, no sé si os ha pasado nunca, pero yo tuve a un jefe tan inteligente que incluso dudé sobre si me estaba enamorando de él. La admiración intelectual que sentía por él era tan profunda que, ufff…, no sé, no sé si habéis sentido una fascinación tan fuerte a partir de lo mental. Eso se puede dar perfectamente con una persona de tu mismo sexo, ¿sabes? Y a mí, con ese jefe, me ocurrió. Escribía de manera tan brillante… Es una pena que ya no trabajemos juntos. Él sí representaba lo mejor que tenemos en esta tierra».

Edu empieza a estar cansado. Venimos de dormir muy poco, hemos tenido un día agitado y es normal que le entre el sueño. Pero su agotamiento no es solo físico. «Creo que ya tengo suficiente. No puede ser todo tan guay. Este chico es muy intenso y muy cargante», me suelta. Yo, en cambio, no tengo ganas de irme al hotel. A mí Vullnet me atrae, me fascina, necesito unas cuantas dosis más. Él es mi historia, es el gran hallazgo del viaje, ha abierto un camino insospechado. El mundo se pregunta si Kosovo es o no es Serbia, pero Vullnet me ha enseñado que en la Pristina en la que solo se habla albanés las cuestiones existenciales sobre su propia naturaleza abarcan dimensiones más profundas. Incluso en un Kosovo que sí es conviene preguntarse si hay motivos para sentirse orgulloso de lo que es. «Yo me quedo. Quiero más».

Y la noche me lleva a una antigua estación de tren por la que ya no circula ningún ferrocarril. Está abandonada, y la juventud crítica de la ciudad la ha convertido en un bar. Es un lugar muy especial, un lugar del que no tendré fotografías porque Edu no ha venido, pero un lugar que voy a retener en la memoria. Pierdo de vista muy pronto a Vullnet y me quedo sentado con unos amigos suyos que son, de largo, mucho menos interesantes que él. Van borrachos y creo que empiezan a reírse de mí: de qué hace este chico extranjero solo en esta mesa con ellos, de dónde lo ha sacado Vullnet, qué historia tan rara la del periodista español que se interesa por el fútbol kosovar. Cuando ha pasado más de una hora y comienzo a sospechar que Vullnet no volverá, me despido y me voy. Yo también he bebido y no sé dónde estoy. Camino

por las afueras de Pristina y, cuando logro observarme desde fuera y soy consciente de mi situación, la trascendencia existencial que percibo en el momento y sus circunstancias me eriza la piel. Me emociona mi seguridad. Estoy en un punto concreto de Europa al que no va nadie, un destino que suena peligroso y demacrado, y sin embargo no me asusta caminar por sus calles en la más absoluta oscuridad de la noche. En algún momento encontraré el camino: lo sé. Porque Vullnet me ha dado esa fuerza, porque ya sé que todo el viaje ha valido la pena, porque aunque la selección de Kosovo no nazca nunca esta aventura estará justificada y habré encontrado alimento para satisfacer mis

inquietudes, mis ganas de contar historias, mi vocación de explicar algo nuevo. Me siento autorrealizado.

Me despierto en el hostal y Edu no está. Tengo resaca y se me ha pasado la hora del desayuno. Las imágenes de la noche anterior reaparecen como un sueño. No sé dónde está Vullnet, pero necesito volverlo a ver. Le escribo, casi obsesivo, deseando que no se evapore mi único nexo con la generación alternativamente combativa que cambiará el espíritu del pueblo kosovar. Edu llega unos minutos después: ha estado haciendo fotos al campo del Flamurtari de Pristina. Desconozco por completo la existencia del Flamurtari de Pristina y le digo que se confunde, pero luego lo busco y descubro que efectivamente mi amigo ha estado donde dice haber estado. Él anda eufórico por la fotogenia de las calles de la ciudad y de su gente: por los hombres en las terrazas tomando café, fumando, leyendo el periódico, viendo la vida pasar, compitiendo en juegos de mesa. Tenemos cita con Fadil a la una, pero Vullnet responde antes. Me pide perdón por su desaparición, el alcohol apagó su magia. Propone quedar en un bar situado en un patio interior, es donde le gusta refugiarse cuando quiere estar tranquilo las mañanas después de las noches del fin del mundo. Edu se borra de nuevo: quiere trabajar editando su material fotográfico y Vullnet ya le ha aportado todo lo que le podía aportar. Camino solo, una vez más, por una Pristina que reanuda su actividad y me congratula descubrir que ya me conozco el camino para llegar al centro. Estoy casi cerca de considerarme un habitante autóctono.

«Perdona, ayer fue una locura». Tengo muchas preguntas que hacerle. Le quiero contar todo lo que el ambiente festivo de la velada me hizo guardar para un momento de mayor pausa y reflexión. Entre la gente de fútbol que nos acompañó al partido había opiniones divergentes. Todos se sentían kosovares, pero algunos entendían que eso solo podía significar ser albanés, y otros trazaban paralelismos con Austria y

Alemania para defender la posición de los dos Estados. Uno de ellos, un señor que chapurreaba palabras en castellano porque había trabajado de camionero en España, llevaba tatuado el escudo de la OTAN en el bíceps. «Hay que agradecerles para siempre que bombardearan Belgrado», me dijo cuando le pregunté por sus razones. Cuando volvíamos de Vushtrri en coche y entrábamos de nuevo en Pristina, él mismo nos enseñó la gran base militar de la KFOR que se extendía a las afueras de la ciudad.

Aunque en ella hay militares de distintos países, se refirió a ellos como «los americanos». «¡Es enorme!», dije con asombro. «Pues claro. Son nuestros liberadores.

Merecen esto y mucho más». Vullnet suelta una carcajada al escuchar el relato. «¡Por favor! ¿Cómo no van a tener una base de miles de hectáreas? ¡Entreguémosles a los americanos toda Pristina! No, mejor aún, ¡todo Kosovo! O no, espera, ellos merecen más aún, ¡démosles Albania entera!». Se divierte con el fanatismo de sus compatriotas: le da alimento para sus creaciones satíricas. Aunque, en realidad, el humor es su manera de

sobrevivir a una situación que en el fondo le apena: estar rodeado de individuos que justificarían cualquier atentado a los derechos humanos y a la justicia social por el águila bicéfala de Albania.

«Pero no todos son así», le cuento. «Hay algunos que coinciden contigo. Me han dicho que ya les parece bien que los americanos tengan tanto poder porque así no lo tienen los mafiosos dirigentes kosovares». «Bueno», contesta, «solo coinciden conmigo en una pequeña parte de la oración. Que los nuestros sean un desastre no justifica que manden los de fuera, usándonos para sus intereses particulares. Además, toda esta gente del fútbol está bien situada en este Estado… No creo que te los encuentres nunca en los lugares que yo frecuento».

Me despido de Vullnet, temiendo que sea la última vez, y me acerco andando al City Stadium de Pristina. Paso por la avenida peatonal en la que una inmensa escultura tipográfica celebra la juventud del nuevo Estado kosovar: es el Newborn (recién nacido en inglés), un monumento que se inauguró el mismo día de la declaración de independencia, el 17 de febrero de 2008. En su quinto aniversario, hace unos pocos meses, se repintó con las banderas de los países que han reconocido la oficialidad.

Busco, sabiendo que no estará, la española. Llego a la entrada del

campo y ahí está Edu esperándome. A los pocos minutos aparece Fadil. Iniciamos entonces un recorrido por el epicentro del fútbol kosovar: por el viejo templo que vivió los días de gloria del FC

Pristina. Pisamos el césped, subimos hasta las alturas de la tribuna principal, nos sentamos en viejos asientos que ya estaban ahí cuando Fadil goleaba en primera división yugoslava y cuando incluso los gigantes de Belgrado caían derrotados en este recinto, entonces abarrotado. Nuestro anfitrión recuerda partidos y acciones concretas, especialmente de la temporada 85-86, en la que el Pristina solo perdió un partido en casa y venció tanto al Partizán como al Estrella Roja. Señala el lugar en el terreno de juego en el que, en una memorable jugada de uno de esos duelos, recogió la pelota y empezó a esprintar. Y mira las gradas. Y vuelve a decir que no cabía ni un alfiler. Hay nostalgia en sus palabras, porque jamás se ha vuelto a ver el estadio tan lleno. Primero llegó el descenso a segunda, después la guerra. Y ahora, con una liga kosovar de nivel prácticamente amateur y ninguna posibilidad de enfrentarse a conjuntos del exterior, el interés de la gente por el equipo de la capital ha decrecido considerablemente. Me cuenta que está prevista una remodelación e insiste en que es más que necesaria. No se ha hecho nada nuevo desde aquella época dorada. Algunos asientos están rotos y la mayoría necesita capas extra de pintura. «Por cosas como esta necesitamos la oficialidad», remata.

Antes de irse, Fadil se ofrece a ayudarnos a organizar el viaje de vuelta. Le hemos dicho que regresaremos en un vuelo directo Dubrovnik-Barcelona, y él contacta con un

familiar que regenta una pequeña agencia de viajes para consultar cómo podemos desplazarnos hasta la turística localidad de la costa croata, donde tenemos un modesto apartamento reservado para dormir antes de la partida. «¿Os viene bien salir mañana por la noche? Tendréis que hacer un par de cambios de autobús en Montenegro, pero por la mañana estaréis ya en Dubrovnik».

Por la tarde conocemos un nuevo campo de fútbol, el del Hysi de Podujevo, y vemos otro partido amistoso entre equipos de la liga local. Es mucho menos auténtico que el de Vushtrri y, sobre todo, hay menos gente. Ninguna estrella local se despide antes de labrarse un futuro en Europa. Sin previo aviso, el periodista de la televisión albanesa y el antiguo camionero con el brazo tatuado nos comentan que nos llevan a cenar al mejor restaurante del país. En efecto, se trata de un comedor amplio repartido en varias estancias y al que se accede tras superar dos controles de seguridad. Está decorado como una lujosa sala de reuniones de un edificio gubernamental de los que salen

en las series sobre la Casa Blanca. El blanco impecable que predomina en el local solo lo rompen pequeños ornamentos de color dorado. Todo es pulcro, limpio e impecable.

«Aquí viene a cenar Madeleine Albright cuando visita Pristina», apunta el del tatuaje, que en realidad ocupa un cargo importante en un club de fútbol de primera división. Lo dice con un tono que nos invita a valorar la magnitud de la invitación de la que estamos disfrutando. La conversación nos dibuja una realidad muy alejada de aquella a la que aspiran Vullnet y sus amigos. Para nuestros interlocutores, Kosovo forma parte de la nación albanesa, pero sería muy útil tener dos Estados separados plenamente reconocidos por todas las instituciones porque supondría poseer el doble de votos en la ONU, en la OTAN, en la UEFA y en la FIFA. «Dos votos albaneses en vez de uno».

Bebemos vino, pregunto cosas, no me gustan las respuestas y deseo regresar al jardín de los bohemios. Me imagino al camionero festejando, una a una, las bombas que caen sobre Belgrado. Empiezo a marearme y escucho que aún nos falta lo mejor: descubrir a las mujeres kosovares. De repente pienso que esto podría degenerar en algo parecido a un soborno y temo que la guinda final sea una visita a algún lugar turbio y desagradable. Por fortuna nunca lo sabré: al terminar de comer, digo que no me siento muy bien, agradecemos la invitación a la cena y nos marchamos al hotel a dormir.

La última jornada kosovar empieza con Labi. Según lo vamos tratando más, el presidente del Vushtrri se revela como la más aparentemente honesta e interesante de todas las personas que fueron apareciendo poco a poco la primera mañana en la terraza del café junto a Fadil. No es un antisistema como Vullnet, pero coincide en que en su nuevo país hay demasiadas cosas que no funcionan. Y está desesperado por hacer crecer al fútbol local. De hecho, ese es el motivo de nuestro encuentro. Nos recoge en el centro y conduce hacia las afueras de la ciudad, hacia una zona de viviendas situada en una pequeña colina desde la que se puede contemplar Pristina en toda su inmensidad.

Allí está el campo del 2 Korriku, un pequeño club de barrio que, según Labi, es el que mejor trabaja con las categorías inferiores. Su primer equipo está en segunda división porque, fundamentalmente, se trata de una entidad formadora. Él mismo jugó allí en su infancia y la mayoría de sus amigos son antiguos compañeros de vestuario. La describe como una institución familiar, gestionada por auténticos amantes del juego que no poseen más pretensiones que transmitir ese cariño y permitir que los jóvenes habitantes de la capital se diviertan y

progresen. Nos presenta al presidente, que nos está esperando desde hace un rato. En una mesa de la cafetería al aire libre contigua al terreno de juego tenemos una reunión: Labi traduce porque el señor, de mediana edad, no habla inglés. No sé quién le ha contado que soy, pero el hombre dice que están deseando firmar un convenio con un club extranjero. No piden demasiado, solo lo suficiente para mejorar las instalaciones. Quien les pueda mejorar el campo y los vestuarios tendrá la opción de poder fichar a los talentos que salgan de la cantera del 2

Korriku. Me pregunta si veo posibilidades de que el Sabadell esté interesado. «Yo, claramente, lo veo muy apetecible», contesto. «Es un mercado que en España nadie contempla y un club como el nuestro, que está en inferioridad de recursos con respecto a sus competidores, tiene que buscar este tipo de soluciones originales. Pero yo no formo parte de la dirección del club. Tengo amigos allí y se lo puedo comentar. Les voy a explicar la idea y las ventajas que puede tener; luego serán ellos los que tendrán que decidir». Cuando nos marchamos, Labi apunta que habrá que actuar con celeridad: al parecer, el señor le ha dicho que el Ajax de Ámsterdam también está interesado. Pienso que, si eso es verdad, no tendremos ninguna posibilidad; pero en realidad me cuesta creerlo. Antes de dejarnos de nuevo al lado del Grand Hotel, Labi empieza a blasfemar.

Le duele mucho la cabeza, justo alrededor de la oreja. Tiene tanta prisa por llegar a casa y tomarse un analgésico que la despedida es menos calurosa de lo que cabía esperar.

Quedamos en escribirnos si consigo que el presidente japonés del Sabadell vea con buenos ojos un acuerdo con el 2 Korriku.

Después de comer nos quedan unas cuantas horas muertas antes de dirigirnos a la agencia de viajes del pariente de Fadil, desde donde saldrá el primero de los autobuses que nos llevarán hasta Croacia en una larga travesía nocturna. Las aprovechamos para callejear, para conocer más cafeterías, para observar a nuestro alrededor. A última hora de la tarde, cuando el insoportable sol del verano balcánico ya se ha escondido detrás de las montañas, la avenida principal se llena de niños jugando, de jóvenes parejas paseando, de gente normal que disfruta de una ciudad que por fin se ha convertido en algo mucho más habitable. Es la hora en la que empiezan a recoger el tenderete los libreros instalados a pocos metros del Grand Hotel. Venden novelas en inglés para turistas y una colección de obras mucho más variadas en albanés. En la Pristina que hace veinte años era Yugoslavia, en la Pristina que hace una década era Serbia a todos los efectos, no se

encuentran libros en serbocroata. Al final, medio escondido, aparece

uno. Solo uno. Es la biografía de Josip Broz «Tito». *Vida y obra*, reza la portada de un volumen de más de cuatrocientas páginas y de dimensiones gigantescas. Los libreros me muestran el contenido y las fotografías y se aprecia en sus palabras que el respeto hacia Tito aún se mantiene entre algunos habitantes de Pristina. «Si él no hubiera muerto, nunca habría habido guerra», comenta un señor de avanzada edad que pasa por allí y que me ha oído preguntar. «Nosotros no queríamos entrar en Yugoslavia, pero Tito procuró que todas las identidades nacionales se sintieran cómodas en su República Federal. Mantuvo muchas escuelas en lengua albanesa en Kosovo y en los últimos años de su mandato nos dio una autonomía política prácticamente idéntica a la del resto de repúblicas. Se esforzó mucho en controlar los nacionalismos extremos, especialmente el serbio. Belgrado era el centro y la capital, pero Tito nunca quiso que Serbia se apropiara de Yugoslavia». Decido quedarme el preciado ejemplar. Me parece una auténtica reliquia.

Consumo mis últimos minutos en la ciudad discutiendo a través del móvil con un amigo que siempre se ha opuesto a la independencia de Kosovo. Le cuento lo que he visto y lo que me he encontrado: un lugar por definir, pero en el que ya no queda ni rastro de eslavismo. Él contesta que ese es el asunto central: cómo se llegó hasta un escenario en el que la comunidad serbia desapareciera del mapa. No tengo respuestas y me temo que, como en la mayoría de conflictos de esta índole, cada uno explicará su versión: unos dirán que, tras todo lo ocurrido, los serbios no quisieron seguir viviendo con ellos; los otros, que incluso antes de la guerra los albaneses los discriminaban y los fueron expulsando poco a poco. Trataré de escucharlos a todos, de leerlos, pero no he venido hasta aquí para determinar quién tiene razón. Sí pienso que el futuro será más pacífico si se extiende por el mundo la doctrina de los Vullnets que bromean acerca de las sacrosantas identidades nacionales y aspiran únicamente a una sociedad más justa para todos. O si casos como el de Fadil, idolatrado también en la enemiga Belgrado, fueran más comunes y no representaran solo reseñables excepciones. O si toda la energía de las generaciones más preparadas, como la de Labi, se centrara en hacer progresar aquello que se ama. Me subo al autobús pensando en ellos tres. Son los representantes de mi Pristina. De una Pristina que me ha conmovido con tanta fuerza que resultará obligatorio volver.

SEGUNDO VIAJE

ANTES DEL SEGUNDO VIAJE

INTUÍA QUE REGRESARÍA A PRISTINA, pero nunca pensé que tan pronto. No hace ni un año de la primera visita: estamos en marzo de 2014. Los acontecimientos se han precipitado a un ritmo vertiginoso, y sospecho que Fadil sabía algo más de lo que nos contó cuando nos recibió el verano pasado. Empiezo a entender su seguridad, su confianza, su firmeza. Hablaba casi de utopías, pero su voz sonaba tan real, tan perteneciente al mundo cotidiano, que no podía estar solo formulando sueños. La FIFA ha dado el permiso a la selección kosovar para disputar partidos internacionales amistosos. No podrá lucir símbolos nacionales ni sonará el himno, pero esos encuentros serán reconocidos, por primera vez, como compromisos oficiales. Un avance que podría considerarse diminuto, pero que en la llanura balcánica se ha recibido como un paso gigantesco: la expectación por el duelo frente a Haití es máxima y se espera con la ilusión propia de las primeras veces.

He mantenido contacto regular con Labi durante todo este tiempo. Me reuní con el presidente del Sabadell, el japonés Keisuke Sakamoto, para proponerle que explorara un acuerdo de colaboración con el 2 Korriku. Conseguí que me recibiera pese a que en el pasado habíamos mantenido discrepancias en alguna Junta de Accionistas repleta de tensión ya que yo me había opuesto públicamente a una maniobra con la que echó del club a la directiva anterior tras haber trabajado conjuntamente con ella durante el primer año de su mandato. La idea de poder descubrir a jóvenes promesas le parecía buena, pero que costara dinero no le hizo tanta gracia. Me ofrecí para acompañar a Pristina a las personas que el club designara para hacer las presentaciones pertinentes, pero la economía arlequinada no parecía soportar los gastos de los billetes de avión y menos aún las mejoras de las instalaciones que solicitaba el conjunto kosovar. Me acabó diciendo que explorara si se podía estar atento a ese mercado tan interesante sin tener que gastar nada; allí murió la posibilidad del convenio.

Transmití las malas noticias a Labi y seguimos hablando los meses posteriores cada vez que salían nuevas noticias sobre la posibilidad de que Kosovo pudiera empezar a disputar partidos amistosos. Consulté la agenda y, aunque no tengo tanto tiempo como la otra vez, descubrí que podía escaparme y estar presente en el histórico encuentro ante

la selección caribeña. Edu también me va a acompañar. Labi se ha

encargado de tramitarnos las acreditaciones y también nos va a llevar al partido, que se disputará en Mitrovica. Me apetece visitar esta ciudad: está dividida por un río, y al otro lado del puente, al norte, vive la comunidad serbia más numerosa que queda en territorio kosovar.

Hace algunos meses, cuando el runrún sobre una pronta oficialidad de la selección empezaba a circular, la emoción por poder ver cumplidos los sueños de Fadil me llevó a escribir un tuit de cuatro palabras: «Xherdan-Granit-Adnan. Ojalá». Hacía referencia a la posibilidad de ver jugar juntos a los tres grandes futbolistas del momento de origen kosovar. Adnan Januzaj era la aparición de la temporada: David Moyes lo había promocionado desde las categorías inferiores del Manchester United y el impacto que estaba teniendo en la Premier League era casi tan fascinante como la cantidad de opciones que tenía para elegir a qué selección representar. En los distintos medios de comunicación se llegaron a mencionar siete: Bélgica —que es donde nació—, Inglaterra

—que es donde juega y vive—, Kosovo —que es donde tiene sus orígenes—, Albania —

porque muchos kosovares juegan con Albania—, Serbia —porque a efectos de la UEFA y de la FIFA, Kosovo aún es Serbia—, Turquía y Croacia —por conexiones remotas que nunca quedaron muy bien explicadas—. A mí, enternecido por la experiencia en el campo de fútbol de Vushtrri, me apeteció de repente imaginar que la gran estrella de la Premier regresaba a la tierra de sus padres y se juntaba con los dos reconocidísimos talentos del Bayern Múnich y el Borussia Mönchengladbach (Xherdan Shaqiri y Granit Xhaka) para llenar de orgullo a aquellos mismos niños que en mi primera visita asistían con ojos de admiración a la despedida de Rashica. Mi tuit fantasioso, ciertamente escrito desde una inocencia casi infantil, activó el sistema nervioso de un joven español con ascendencia serbia con quien a veces charlaba sobre fútbol balcánico: la extrema hostilidad de sus múltiples respuestas marcó un antes y un después en mi aproximación a la temática. Lejos de la burbuja de raíces albanesas que es hoy casi todo el territorio kosovar al sur de Mitrovica, en el mundo global —el de carne y hueso y el de las redes— la cuestión se seguía viviendo y sufriendo con un dramatismo que no invitaba a la frivolidad. Entendí, más allá de parecerme desproporcionada su contestación —que sobrepasó los límites del respeto—, que a partir de entonces debía ir con cuidado con todo aquello que publicara sobre este asunto que empezaba a apasionarme. Con esa advertencia en la cabeza me encamino hacia el segundo viaje: escrupulosamente centrado en

contar lo que vea y en explicar lo que me digan, sin expresar a los cuatro vientos simpatías más o menos casuales por unos y otros en una pugna de la que yo soy un observador muy externo, alejadísimo de las emociones a flor de piel de aquellos que aún sienten el conflicto como una guerra con afectaciones personales.

El tuitero proserbio me aseguró que jamás vería a Kosovo plenamente reconocida, algo que sin duda entra en colisión frontal con el escenario de futuro que plantearon las palabras pronunciadas en su día por Vokrri. Pese al disgusto anímico que me supuso la discusión, en cierto modo este duelo en la red añade alicientes a mi tarea: una especie de desafío por confirmar que mis fuentes son buenas y están en lo cierto. Y que me contaron una verdad que desde Belgrado se sigue considerando, erróneamente, imposible.

Esta vez volaremos hasta Pristina aunque tengamos que hacer el triple de kilómetros que se necesitarían en línea recta: la escala más rápida nos obliga a pasar por Estambul.

No pisaremos Albania. Por si alguien se pregunta cómo acabaron las dos eliminatorias que seguimos con fruición en el primer viaje: el Skënderbeu fue incapaz de remontar ante el Shakhtar Karagandy, aunque rozó el milagro por momentos (tras ir ganando a la media hora de la vuelta por 3-0, un resultado que igualaba la eliminatoria, acabó concediendo dos goles y venciendo solo por 3-2); el Kukësi resistió en Ucrania, cayó solo por 1-0 y se convirtió en el primer conjunto de su país en superar tres cruces europeos (luego, en el cuarto, fue apeado por el Trabzonspor). A pesar de ser el artífice de un hito histórico, el entrenador Armando Cungu, que tan bien nos había tratado en el restaurante horas antes del choque frente al Metalurg, fue destituido en octubre por los malos resultados en la liga. En eso, Albania no es distinta a su entorno: la paciencia con los técnicos es escasa.

Saldremos por la mañana y nos vamos a pasar casi un día entero volando para llegar cuando anochezca. En el regreso, para el que disponemos de más tiempo, pasaremos un día de apacibles paseos por el Bósforo. Al fin y al cabo, Turquía influyó decisivamente en las tierras que estamos visitando. Ni Albania ni Kosovo pueden entenderse sin su pertenencia al Imperio Otomano durante siglos. Aunque, a decir verdad, nos hemos reservado esas horas para el puro placer y la relajación tras lo que entendemos que serán dos jornadas frenéticas de gran actividad. Las que dedicaremos a cubrir un partido que jamás hubiésemos pensado que íbamos a presenciar. El que Haití va a jugar en Mitrovica.

## UN KOSOVO-HAITÍ EN MITROVICA

EL TAXISTA QUIERE SABER SI ES LA PRIMERA VEZ. Espera un «sí», pero le sorprende el «no».

Me enorgullece ser un veterano, alguien que ya conoce el terreno, que sabe dónde está la estatua de María Teresa y puede ir desde allí hasta el Newborn caminando sin preguntar. Es de noche, hemos venido en un avión pequeño en el que hemos identificado a unos cuantos haitianos. ¿Jugadores? Lo parecían, pese a ser solo tres o cuatro, al margen del resto de la expedición, a la que imaginamos en Pristina desde mucho antes. La ciudad está casi desierta. No se percibe la agitación del verano, hace mucho más frío y cenamos prácticamente solos en un moderno restaurante del centro que no recordamos haber visto la vez anterior. ¿Será nuevo? Esta ciudad cambia cada día. Pedimos pasta. La nueva identidad kosovar, este acercamiento cultural a sus socios occidentales, se acaba notando en este tipo de cosas: abundan los negocios de restauración que ofrecen los mismos platos que encontraríamos en delicadas *trattorias* milanesas y en cuya carta no aparecen las especialidades de carne balcánica. En otros rincones de la ciudad será diferente, pero el epicentro parece preparado para que lleguen extranjeros como nosotros y se sientan como en casa. No sé si es algo que me gusta o que me disgusta: me enamoró de Albania su autenticidad, pero no puedo negar que el confort que me ofrece Pristina ayuda a que me encuentre bien, seguro, feliz, arraigado. He dicho arraigado, que es una palabra muy fuerte, muy inapropiada para relacionarla con un lugar al que se acude solo por segunda vez, pero es extrañamente así como lo percibo.

El hotel del viaje anterior está completo, así que nos hemos instalado en uno más céntrico, muy cercano a la oficina de Labi, con el que he estado permanentemente en contacto y al que veremos por la mañana. La habitación es más amplia que en nuestra estancia veraniega, y permite incluso que Edu y yo trabajemos en dos espacios bastante alejados. En la noche previa al gran duelo, escribo un artículo para *marcadorint.com* sintiendo que por fin estoy explicándole al mundo noticias nuevas —siempre me ha parecido muy significativo que, en inglés, las noticias se llamen *news*, igual que las novedades; es como si el propio concepto diera a entender que solo es noticiable aquello que es nuevo, aquello que antes no se conocía—. Mi carrera periodística, de la que no puedo quejarme, me ha llevado demasiado a menudo a contar lo que veo por la

televisión o lo que leo en los periódicos extranjeros. Soy un reciclador o, en el mejor de los casos, un interpretador. Pero en el origen de mi vocación está esa necesidad de explicar aquello que es absolutamente desconocido por parte del receptor, de ser el portador de una información en el sentido exacto del verbo portar: salir a buscarla, desplazarse al lugar en el que se produce y traerla al mundo del que escucha. Esta noche, escribiendo desde una mesilla junto a una ventana con vistas a una callejuela de Pristina, me siento más periodista que nunca. Y mi pequeño y humilde medio digital es el único de España que está aquí, que estará mañana en el estadio y que pisará el césped de un acontecimiento histórico. Estar plenamente vivo de verdad tiene que parecerse mucho a esto.

Es imposible escribir una previa de este Kosovo-Haití sin referirse a Januzaj. El nuevo talento del Manchester United no va a venir, pero se lleva hablando de él toda la semana. Hasta hace unos días, se mantenía la esperanza de que se incorporara a última hora y le diera más luz, más brillo, al debut de la nueva selección. Incluso se quedó fuera de una convocatoria en un partido de la Champions League frente al Olympiacos del Pireo y corrió el rumor de que David Moyes le había dado descanso para que pudiera reflexionar con mayor tranquilidad sobre un futuro internacional que le estaba generando una presión asfixiante. En realidad, su decisión no iba a ser vinculante aún: el partido contra Haití es un simple amistoso, e incluso jugándolo, podría luego elegir representar a otro país. Pero su padre, que es quien parece llevar sus asuntos, ha preferido que se quede al margen y que todas las puertas permanezcan igual de abiertas, sin establecer el primer vínculo que habría supuesto acudir a la llamada de Vokrri y vestirse de azul en Mitrovica. Decido titular «Kosovo se estrena sin Januzaj» y lo ilustro con algunas de las mejores fotografías que Edu realizó durante el primer viaje.

Tampoco estarán ni Shaqiri ni Xhaka. Con el Mundial de Brasil a la vuelta de la esquina, no han querido generar un conflicto con una afición suiza que ya les tuvo que perdonar declaraciones acerca de corazones divididos cuando el conjunto helvético se enfrentó a Albania en los clasificatorios disputados en 2012 y 2013. En Pristina se les ama, y se cuenta que ayudaron a mediar con el presidente de la FIFA, el suizo Joseph Blatter, para que este accediera a aceptar que Kosovo pudiera disputar partidos. La esperanza, aquí en la capital, es que cuando los rivales sean más fuertes y las batallas más oficiales y competitivas, los dos grandes portavoces de la causa kosovar en el mundo del fútbol dejen de representar a la patria que los acogió y se conviertan en los estandartes de la tierra de sus padres y de sus orígenes, la que nunca han disimulado que llevan en el corazón. Con

ellos existe un amor recíproco, absolutamente correspondido: los habitantes de la pequeña llanura balcánica han aprendido a apoyar primero al Basilea —donde ambos debutaron como jugadores profesionales— y después a los equipos alemanes que los contrataron. Y el combinado nacional suizo, en

el que además de ellos dos hay más hijos de kosovares y de albaneses, lleva años siendo la selección de cabecera en Pristina y alrededores en todas las grandes citas para las que se clasifica.

Sin estas figuras, la convocatoria del seleccionador Albert Bunjaki está repleta de futbolistas muy desconocidos, incluso para el público kosovar. Solo hay dos elementos de un cierto prestigio: el portero del Palermo Samir Ujkani, que ha decidido abandonar la selección albanesa para jugar con la de su territorio de nacimiento, y el delantero Albert Bunjaku —que no tiene ninguna relación de parentesco con el entrenador pese a la asombrosa similitud de sus nombres—. Bunjaku, nacido en la misma ciudad que Shaqiri, Gnjilane, le da un cierto glamur al partido: se trata de un jugador que ha estado en un Mundial. Su nombre aparecerá en una referencia diminuta en los libros de historia de las Copas del Mundo, pero, al fin y al cabo, aparecerá: disputó los últimos trece minutos de un Suiza-Chile con el combinado helvético en Sudáfrica 2010. Ahora juega en el Kaiserslautern, en segunda división alemana, y al ver que Suiza no le ha vuelto a convocar desde ese ya lejano 2010, ha decidido sumarse a la aventura kosovar para liderarla. El resto de integrantes de la lista pertenece a conjuntos de ligas del norte de Europa, fundamentalmente de los países escandinavos, a donde llegaron muchos kosovares que huyeron de su patria cuando estalló la guerra. Entre ellos, el seleccionador Bunjaki, que en 1991 rechazó una llamada del Ejército Popular Yugoslavo y escapó a Suecia. Allí se labró una modestísima carrera en el fútbol que ahora resulta provechosa para Kosovo: conoce a varios compatriotas que juegan en territorios cercanos y de este modo ha podido elaborar una convocatoria más o menos competitiva.

La mañana del partido arranca con un buen desayuno albanés en una amplia terraza cubierta a pie de calle. En eso hemos mejorado: el hostal de la vez anterior no disponía de la ubicación ni de la amplitud para convertirse en un ajetreado nido de vida social a la hora en la que la ciudad despierta. Los periódicos locales cubren con grandes titulares e imágenes a todo color el partido de la tarde. En realidad, es el partido de sus vidas para varias generaciones de kosovares. Edu carga una batería adicional porque sabe que le aguarda mucho material susceptible de ser fotografiado: se esperan muchas banderas e incluso vestimentas folclóricas para celebrar el nacimiento de una

época.

Labi me llama por teléfono y me manda la ubicación de su oficina: está, literalmente, a tres minutos andando. Es un despacho moderno desde el que él y dos compañeros dirigen una agencia de márquetin y comunicación. Nos ofrecen el segundo café del día mientras esperamos que nuestro anfitrión acabe una tarea pendiente. En una de mis ensoñaciones habituales, me imagino residiendo en Pristina gestionando *marcadorint.com* desde un local como este.

Nos subimos al coche de Labi y nos anuncia que pararemos en Vushtrri. Quiere presentarnos a la gente que invierte dinero en su club y aprovecharemos para comer en el mismo lugar en el que degustamos un fantástico plato de carne local sentados en el suelo tras presenciar la despedida de Rashica el verano anterior. La caravana de vehículos que se dirigen al norte hacia Mitrovica es impresionante, aunque un observador externo no sabría discernir si el que va a jugar como local es Kosovo o es Albania. Las banderas de ambas naciones, si es que a Kosovo podemos llamarla nación

—y esta, me he dado cuenta ya, es la cuestión y el debate interno más interesante que uno percibe en su aterrizaje en la Pristina de 2014—, aparecen por la carretera, ondeando desde las ventanas de los coches, a veces juntas, a veces separadas, a menudo entendidas como idénticas, como equivalentes, como la misma cosa. Las oficinas de Llamkos, una empresa local pero filial de un grupo de capital británico que se dedica a la galvanización de acero, sobresalen en medio del decorado rural y algo decadente de Vushtrri: constituyen una isla de modernidad y sofisticación, como si un tentáculo de la Pristina más occidental hubiera alcanzado una de esas zonas del interior del país que aún viven varias décadas por detrás. El alto ejecutivo que nos presenta Labi tiene una visión diferente a la de nuestro anfitrión: Kosovo es Albania, acabará siendo Albania, todos vienen del mismo lugar, todos son descendientes de Iliria, y la reunificación es el objetivo último de todos los albaneses que viven en Kosovo. En el ínterin, tener dos votos en las instituciones no es una mala idea y hay que saberlo aprovechar. La visita a la empresa propietaria del Vushtrri dura poco, pero es muy útil para que me reafirme en mi pensamiento: mientras el mundo todavía discute si Kosovo es o no es Serbia, aquí, entre la gente que la habita, casi todos tienen claro que no lo es, pero en cambio debaten con pasión sobre qué tiene que ser. Y la respuesta no está tan clara.

La discusión en el rústico restaurante contiguo al campo del Vushtrri es otra: hay incredulidad y enfado porque en la convocatoria de

Kosovo no hay ningún jugador de su club, que lidera brillantemente la liga. Ismet Munishi, el entrenador, está tan disgustado que ha decidido renunciar a su invitación y no acudir a Mitrovica. Labi comparte su indignación, pero estará presente en las gradas. Llego a plantearme si solo irá porque nos tiene que acompañar. «Esto debería ser una fiesta para los que hemos mantenido el fútbol kosovar en pie durante todos estos años de oscuridad», se escucha en la cantina. Querrían una selección de la liga local, pero en cambio leen en los periódicos nombres de futbolistas de ligas escandinavas que jamás habían escuchado.

«Si vinieran Xhaka o Shaqiri se entendería que no fueran los nuestros… Pero estos…

¿Quiénes son? Hay algunos que ni sabían dónde estaba Kosovo». En la televisión, Lorik Cana habla en rueda de prensa antes del partido entre Albania y Malta que se jugará en Durrës. Quiero saber qué dice. «Cree que Albania y Kosovo deberían tener una selección conjunta. Los albaneses ahora tienen miedo de perder a muchos jugadores si

Kosovo puede empezar a competir. ¡La mitad de su selección ha nacido en Kosovo!», me cuentan.

De hecho, el propio Lorik Cana nació en Pristina. Su padre era jugador del FC

Pristina y él se declara aficionado de ese equipo, pese a que nunca pudo vestir su camiseta. A los nueve años, cuando estalló la guerra, se marchó con su familia a Suiza.

Su distinguida carrera, en la que ha representado como defensor central a equipos de enorme peso en el continente, como el PSG, el Marsella, el Sunderland, el Galatasaray o la Lazio, le ha erigido en una especie de embajador de la nación albanesa. Es el capitán de la selección de Albania, y su condición de kosovar de nacimiento lo convierte en una voz tremendamente autorizada en esta cuestión. Sin embargo, en el bar rebaten sus palabras: «La selección de Albania no aspira a nada. ¿Por qué deberíamos jugar con ellos? No tienen ningún futuro». Le digo a Labi que han mejorado desde que el italiano De Biasi es el entrenador. «Nada. Habrán mejorado un poco. Pero no tienen nada que hacer. ¿Has visto sus resultados en las fases de clasificación?». En la pantalla aparecen imágenes de Samir Ujkani, el portero que ha decidido abandonar la selección albanesa para pasarse a la kosovar. «Si todos los nacidos en Kosovo hicieran como él, pronto los ganaríamos», comentan los presentes.

Tras la comida, continuamos el camino. Mitrovica está cerca. Vushtrri, de hecho, forma parte del distrito de Mitrovica, uno de los siete en los que está administrativamente dividido el territorio. Según nos vamos acercando, debemos reducir la velocidad: la caravana de vehículos que intenta entrar en la ciudad para presenciar el partido ralentiza la marcha. «Este trayecto suele hacerse en treinta minutos y llevamos ya dos horas en el coche», comenta Labi en uno de los repetidos momentos en los que el atasco nos obliga a detenernos. Cuando por fin conseguimos entrar en la ciudad, nos explica que tendremos que aparcar lejos del estadio y busca un hueco en las primeras callejuelas mal asfaltadas que encontramos. Pregunto por el puente que divide el municipio en dos y que da paso al pequeño universo serbio que resiste en el nuevo Estado. Queda lejos, muy lejos, y el tráfico no aconseja que nos acerquemos más. Confío en que quizás tras el partido tengamos la oportunidad de pasar al otro lado. Dejamos el coche cerca de una tienda que vende un poco de todo y que busca sacar tajada de la presencia masiva de compatriotas llegados de todas partes. El día no acompaña, hace un poco de frío y Labi parece agobiado por la multitud, como si tener que aparcar tan lejos fuera el segundo agravio cometido contra el Vushtrri tras la no convocatoria de ninguno de sus jugadores. Ha llovido no hace mucho y los zapatos se nos llenan de fango. En las calles, todo el mundo pide entradas, y nuestro acompañante, vestido de forma elegante, parece poseerlas: acelera el paso para no tener que andar dando explicaciones. El caos organizativo se acentúa en los aledaños del estadio, donde el gentío celebra el acontecimiento histórico con cánticos, banderas, bufandas y pancartas.

Le gritan al mundo, quieren que el planeta sea consciente de lo que va a ocurrir, pero no somos tantos los que hemos venido desde fuera para escuchar su euforia. Labi da con la puerta por la que tiene que entrar y nos separamos sin ser muy conscientes de lo que nos va a costar encontrar el punto de recogida de las acreditaciones. Edu, sin embargo, no parece preocupado: el material fotográfico que se agolpa a las afueras del campo es de un valor incalculable. Yo levanto la cabeza y me quedo mirando un rótulo: el estadio se llama igual que el aeropuerto. Adem Jashari. Mientras mi compañero hace su trabajo, y a la espera de que se nos revele de manera espontánea la dirección que debemos tomar, leo un poco sobre el hombre que da nombre al recinto deportivo en el que Kosovo se va a enfrentar a Haití y al aeropuerto en el que aterrizamos la noche anterior.

Jashari está considerado el padre de la UÇK, el Ejército de Liberación Kosovar.

Condenado por terrorismo por Belgrado por su papel como líder de una guerrilla que combatió al Ejército Popular Yugoslavo, aquí es un símbolo de la independencia, un héroe nacional indiscutible. Su final acrecentó el mito: la Policía serbia lo mató, a él y a cincuenta y seis miembros más de su familia —niños incluidos—, en un ataque a su casa en el pueblo de Prekaz en 1998. Al otro lado de la frontera, Serbia proclama que Kosovo homenajea a un asesino. Pero en este, la gente está orgullosa de rendir tributos al liberador que se levantó contra la opresión.

Es imposible encontrar la puerta de las acreditaciones. Llamo por teléfono al número que Labi me ha dado de su contacto en la federación. El responsable de prensa me pide disculpas, me dice que están sobrepasados, y que busque un coche con el maletero abierto donde reparten los pases para la prensa. Me ubica más o menos: tiene que estar cerca de una de las entradas principales, en una pequeña explanada alejada unos doscientos metros del estadio. En efecto, un viejo vehículo, un turismo convencional, ejerce de oficina para el reparto de credenciales. Las tienen todas esparcidas por el portaequipajes junto a una lista en la que van tachando los nombres de aquellos a los que ya se las han entregado. Un señor comprueba que efectivamente estamos inscritos y nos da el preciadísimo cartelito que nos permitirá acceder al recinto: miles de kosovares harían cualquier cosa por él. Nos indica también por dónde hay que ingresar en el estadio.

Pese a que la multitud de personas que hay fuera haría pensar que el interior estaría vacío, la muchedumbre que observo al asomar por el único vomitorio que da acceso a la tribuna es impactante. El ambiente es festivo, con una euforia desbordada: el resultado del partido no va a tener ninguna importancia, aquí se festeja el acontecimiento, el hecho, la posibilidad real de que se dispute una contienda. Se celebra el existir. Inicio un trayecto de casi un cuarto de hora para llegar a mi localidad. Justo cuando camino por las tripas del estadio me cruzo con Fadil: acompaña a las autoridades y al mismo

tiempo saluda a los aficionados, que lo veneran. Le estrecho la mano y lo felicito. Creo que, abrumado por la inusitada expectación, no me reconoce. Sigo ascendiendo y finalmente ocupo la posición que tengo asignada. No hay pupitres de prensa, ni cabinas, ni filas reservadas. Los periodistas nos sentamos en sillas de plástico que no se distinguirían de las destinadas al público general si no fuera porque están arriba del todo, casi en un costado. Echo la vista atrás para comprobar el recorrido que he seguido para llegar hasta aquí y me pregunto por el camino inverso que en algún momento tendré que

realizar. Para salir, debería recorrer toda la longitud del campo sorteando a una hinchada que se agolpa desordenada y bajar entre empujones unas escaleras desde el punto más alto hasta el terreno de juego. Si me cogiera un apretón en medio del encuentro, me lo haría encima. Celebro no haberme excedido esta vez con el café.

Los prolegómenos del encuentro parecen los de la final del Mundial. Fadil baja al terreno de juego junto a las máximas autoridades políticas y les presenta, uno a uno, a los once jugadores que escribirán esta página para la historia. Las grandes personalidades que ostentan este privilegio son la presidenta de la República, Atifete Jahjaga, y el primer ministro, Hashim Thaçi, los mismos de los que se mofaban Vullnet y sus amigos en nuestra primera visita a Pristina. La megafonía del estadio cambia del albanés al inglés para decirle cuatro veces gracias a Joseph Blatter, presidente de la FIFA, considerado el gran artífice de que este partido se vaya a poder jugar. Su opinión favorable se impuso a la de Michel Platini, que estaba en contra —como también lo estuvo del ingreso de Gibraltar en la UEFA, pese a no poder evitarlo—, y de hecho él logró el pacto de Fadil Vokrri con el presidente de la federación serbia, Tomislav Karadžić. En ese acuerdo se explicitaba que el conjunto kosovar no podría lucir símbolos nacionales en su equipación y que tampoco podría sonar ningún himno. Con esta medida, Belgrado quería evitar otorgarle al duelo un carácter político y rebajar el grado de representatividad del combinado futbolístico local. Observándolo desde la tribuna, parece evidente que ese objetivo no se ha cumplido. Estamos ante una manifestación de puro orgullo nacional, y la presencia del primer minsitro Hashim Thaçi, que fue líder de una de las facciones más importantes de la UÇK, refuerza la percepción de que la mera celebración del acontecimiento se siente como una victoria contra Serbia, como un episodio más de la sucesión de enfrentamientos entre las dos naciones en los últimos tiempos.

El partido en sí no tiene demasiada historia. El gran aliciente, saber quién se convierte en el primer goleador de la selección en un partido autorizado por la FIFA, se queda sin resolver. Kosovo es mejor que Haití, tiene más fases de dominio, pero no abundan las oportunidades claras de gol. Una de las mejores llega en el tiempo añadido, pero acaba con un disparo desviado. El espectáculo, sin embargo, está en los alrededores. En los cánticos de la gente, en los rótulos y las pancartas. Una, muy elaborada, con los rostros

de sus destinatarios dibujados, lanza un mensaje al contingente suizo de los Xhaka y Shaqiri y les comunica que los están esperando para cuando puedan disputar por fin partidos oficiales. A mí la vista se me

va hacia los montes lejanos que se observan a la izquierda. Por alguna razón, pienso que aquello es el norte y que en esas casitas los serbios de Mitrovica intentan aislarse y no percibir el ruido que viene del estadio, esperando que la comitiva que ha multiplicado el nacionalismo albanés se marche de una vez. El 0-0 final supone una cierta decepción para todo ese público apasionado que esperaba cantar un gol como si se tratara de uno que vale un título. A mí me ha gustado el mediocentro, y decido que será el protagonista de mi crónica en la web. La titularé

«Anel Rashkaj se exhibe en el histórico empate de Kosovo ante Haití en Mitrovica».

Antes de una semana le estaré escribiendo al director deportivo del Sabadell sugiriéndole que visione vídeos de Rashkaj: será mi segundo intento fallido de nutrir a mi club de talento kosovar. Mientras espero que el estadio se vacíe, busco la biografía de mi nuevo jugador favorito de la selección más joven de la FIFA: nació en Prizren, se fue a los catorce años a Suecia y ahora milita en el Sandnes Ulf de la primera división noruega. Espero que Edu le haya hecho fotos para ilustrar el artículo. Me congratula comprobar que en cualquier lado, incluso en los escenarios más insospechados, se descubre a algún futbolista que sobresale y reclama un hueco en algún nivel superior.

Bajo al césped con la intención de recoger declaraciones de algún protagonista.

Espero a que Samir Ujkani acabe de atender a los medios locales. Me parece sin duda el portavoz adecuado: además de ser el capitán y exjugador de la selección albanesa, habla italiano, con lo que la comunicación será sencilla. Reconozco entre el grupo de periodistas a Endi Tufa, que ha venido desde Tirana, y al corresponsal de la televisión albanesa con el que cenamos en el famoso restaurante que le gusta a Madeleine Albright. Finalmente llega mi turno, y aunque le pregunto a Ujkani por las palabras de su excompañero Cana, no quiere polemizar. «He venido porque nací aquí. Ha sido bellísimo ver la ilusión de la gente en este estadio. No quiero polémicas, ni hablar mucho sobre el futuro. Respeto a Lorik Cana y agradezco mucho al presidente de la federación albanesa por todo. Les deseo muchos éxitos.» En su discurso se percibe que, efectivamente, la federación kosovar no piensa haber llegado ya hasta el final: persigue el reconocimiento pleno, y en algún momento esto podría provocar un conflicto con Albania. Esa misma idea también sobrevolaba en las palabras que nos habían traducido de Cana en el bar de Vushtrri: incluso él, que había solicitado a la FIFA que permitiera a Kosovo

disputar amistosos, ya no veía tan claro un futuro en el que sus dos patrias, o, mejor dicho, dos partes de su única patria dividida en dos, compitieran entre sí. Para los que observamos todo este asunto desde fuera atrapados por su indudable atractivo histórico, vienen tiempos apasionantes.

Cuando Edu y yo salimos del estadio, Labi tiene mala cara. Le duele la cabeza, se toca permanentemente en la zona cercana a la oreja, justo en el mismo punto del que se quejó cuando fuimos a ver la academia 2 Korriku en el viaje anterior. Suelta varias palabrotas por la boca: está hasta el gorro de ese malestar y encima no se acuerda de dónde dejó el coche. Nos pregunta a nosotros, que tenemos menos idea aún: todas las calles nos parecen iguales. Su mal humor va en aumento y comprendo enseguida que no podré cruzar el puente que lleva a la Mitrovica serbia. Nuestro anfitrión quiere volver pronto a casa, pero ha perdido el vehículo que necesita para lograrlo. Le seguimos a paso rápido: nos sentimos culpables por todo y no sabemos cómo ayudar.

«El partido ha sido horroroso, en mi equipo hay cinco o seis jugadores que podrían haberlo hecho mucho mejor», añade, como si todo formara parte de una misma confabulación cósmica: el coche olvidado, el dolor en su cuerpo y Kosovo sin jugadores del Vushtrri.

Finalmente encontramos el automóvil. El viaje de vuelta es silencioso. Me intereso por su dolencia y quiero saber si los médicos la están supervisando: dice que sí, pero que no acaban de darle una respuesta. Le recetan calmantes que le ayudan poco, y ahora necesita uno y los tiene en casa. La incomodidad que se vive en nuestro vehículo contrasta con la euforia de los coches que nos cruzamos por la carretera: se repiten las escenas del viaje de ida y se confirma que el resultado no era lo más importante. Se celebra que Kosovo ya ha debutado, que Kosovo ya ha participado, que Kosovo ya está en el mundo FIFA. Esta vez no paramos en Vushtrri, y de hecho Labi nos advierte de que nos tendrá que dejar en la puerta de su domicilio porque necesita con urgencia tomar la medicación. Si es necesario, afirma, nos paga un taxi hacia el centro de Pristina.

Edu se queda en el hotel a trabajar, y yo me cito con Vullnet en la misma cafetería de la otra vez. Está radiante y da lo mejor de sí. Primero me suelta que no ha visto el partido al considerarlo «una expresión nacionalista insoportable», y después me cuenta que había quedado con una compañera macedonia del trabajo con la que empezó a enrollarse e interrumpió la escena de pasión cuando en la televisión pusieron el himno kosovar en los prolegómenos del encuentro. «Este es un momento muy importante, no nos lo podemos

perder», le dijo antes de levantarse solemnemente, y ella, enfadada, se marchó del apartamento mientras él se partía de risa. La anécdota, inventada o no, quizás una provocación más de su amplio repertorio, la relata ahora como un triunfo, como si constituyera la prueba definitiva de su capacidad inigualable para regatear el impetuoso forofismo balcánico. Le cuento mi día, y le interesa especialmente mi reunión con el alto ejecutivo de Llamkos que defendió la unión de Kosovo con Albania.

Lo desprecia, y me repite que mi amigo Labi no puede ser tan contracultural como lo pinto si se asocia con este tipo de gente encorbatada que es incapaz de disimular los sueños húmedos que les produce la idea de un gran imperio liderado desde Tirana. Edu

aparece más tarde e iniciamos una ruta de garitos contestatarios a la que se va uniendo cada vez más gente. En algún momento de la noche entramos en una discoteca bastante más glamurosa porque corre el rumor de que los jugadores de la selección están de camino y acabarán viniendo al local. Cuando ocurre, el alboroto es tan estresante que huimos hacia la calle, donde Vullnet se sube a un coche con unos nuevos amigos que van muy bebidos y que no parecen demasiado interesados en seguir la fiesta con nosotros. La despedida es apresurada, demasiado fría para la que podría ser la última vez que nos vemos. Pero, eso aún no lo sé, no va a ser así: cuando nos reencontremos, unos cuantos años después, Vullnet ya no será un chico maldito y gamberro que quema las noches de Pristina. Su imagen de posadolescente inconsciente se evapora en aquel vehículo que nos deja solos, casi a oscuras, en un callejón estrecho cerca de los nuevos ministerios del Estado que celebra enloquecido un 0-0 en un amistoso contra Haití.

La resaca del partido genera mucho contenido en Belgrado. La prensa serbia se queja de la aparición de una fotografía en la que los jugadores kosovares posan ante la cámara armados y vestidos como guerrilleros de la UÇK para un reportaje en la previa del encuentro. La federación también protestará al entender que no se respetaron los acuerdos pactados: entiende que en el uniforme kosovar sí se lucieron símbolos nacionales y lamenta los cánticos antiserbios que se escucharon en la grada e incluso la quema de algunas banderas. En su opinión, el partido fue pura propaganda política y se usó para promocionar la independencia de Kosovo, desafiando los principios de neutralidad política que defiende la FIFA. En consecuencia, solicitará que no se disputen más encuentros como ese. En Pristina, en cambio, se mira hacia el futuro, hacia una oficialización total, hacia una competitividad análoga a la de las demás naciones europeas. En las

horas muertas hasta el vuelo de vuelta, de nuevo con escala en Estambul —aunque esta vez pernoctando y disfrutando de paseos por la capital turca—

, recorremos las grandes avenidas bajo una llovizna que nos parece incluso placentera y descubrimos más cafés para conversar y escribir. Intento citarme con Fadil Vokrri, pero me contesta que ya está regresando a Francia, y nos emplazamos para un próximo partido. Esa es, de hecho, la gran conclusión que hemos interiorizado y que degustamos más tarde en un aeropuerto Adem Jashari tan renovado como desértico: esta historia no ha hecho más que empezar y ahora que nos hemos agarrado a ella no pensamos soltarla hasta el final. Van a ocurrir muchas más cosas y dar continuidad a este seguimiento es ya prácticamente nuestra principal vocación periodística en la Tierra.

## TERCER VIAJE

### ANTES DEL TERCER VIAJE

KOSOVO TARDARÁ AÚN ALGO MÁS EN PARTICIPAR en las fases de clasificación de la UEFA para las grandes citas futbolísticas, pero su sombra, su simbolismo y sus heridas hicieron acto de presencia mucho antes. Jamás me perdonaré haberme perdido el capítulo más espectacular de toda esta saga, el que me ha empujado ahora, en octubre de 2015, a prepararme para volver a Tirana. Pero hace un año, cuando todo sucedió, yo estaba en casa, o en la televisión, comentando fútbol, lejos del periodismo de verdad, a punto de presentar mi segundo libro. Y no, no sirve como excusa considerar que no podíamos saber que iba a ocurrir. Porque estábamos sobre aviso. Porque nadie mejor que nosotros, tras todas esas visitas a Pristina, podía calibrar el significado de un partido de fútbol entre Serbia y Albania, y entender que iba a usarse como excusa de algo más profundo, de algo político. Pero, al menos, aquello que no vivimos nos marcó una nueva fecha en el calendario y nos entregó una segunda oportunidad. La que nos tiene que llevar, contra todo pronóstico, a Elbasan, aquella ciudad sobre la que Jimmy, el conductor de nuestra primera ruta albanesa, dijo una vez que no había que visitarla nunca.

La UEFA impide, mediante una serie de condicionantes que dirigen en cierto modo sus sorteos, que se den emparejamientos entre naciones directamente involucradas en conflictos diplomáticos o bélicos. No

permite, por ejemplo, que Rusia juegue contra Ucrania, o que Armenia lo haga frente a Azerbaiyán, o que España se mida a Gibraltar.

Sin embargo, en ese listado de choques a evitar, no encontramos un Albania-Serbia ya que, siendo estrictos, las dos naciones no están actualmente enfrentadas. Serbia lo está con el Gobierno de Kosovo, al que considera ilegítimo y rebelde al entender que su antigua provincia sigue formando parte de su territorio. Que una gran mayoría de kosovares se sientan cultural y étnicamente albaneses no involucra a Albania en la ecuación a ojos del máximo organismo futbolístico europeo. Distinto sería si Albania, oficial y públicamente, reclamara el territorio kosovar y pretendiera anexionárselo, pero el Gobierno de Tirana no se ha expresado en esos términos por mucho que los habitantes de uno y otro lado de la frontera puedan desear esa unión. A efectos prácticos, y pese a que sus simpatías no son un secreto para nadie, Albania es ajena al conflicto entre Serbia y Kosovo, y por lo tanto la UEFA permite que sus equipos de

fútbol se puedan medir a los serbios. El destino y el azar quisieron que, en un momento especialmente sensible tras la autoproclamada independencia de la llanura, Albania y Serbia cayeran en el mismo grupo de la fase de clasificación para la Eurocopa 2016. Y en octubre de 2014 iban a enfrentarse en Belgrado.

Albania, además, llegaba eufórica al partido. Había sido capaz de ganar en Portugal en la jornada inaugural con un gol de Bekim Balaj, un resultado que le costó el cargo de seleccionador luso a Paulo Bento. Luego empató contra Dinamarca en casa, en un encuentro disputado en Elbasan debido a las obras de remodelación del estadio nacional de Tirana —aquel que visitamos para ver un Kukësi-Metallurg Donetsk y que efectivamente nos pareció que pedía a gritos un lavado de cara—. Contra los daneses se le escapó la victoria muy al final, rozando el pleno de seis puntos en un estreno que parecía de máxima dificultad. Cuatro unidades no era un botín nada desdeñable, y el sueño de alcanzar por primera vez un gran campeonato había empezado a expresarse en voz alta. El italiano Gianni De Biasi, exentrenador del Levante, le había insuflado a Albania un nuevo entusiasmo repleto de esperanza. Además de fortalecer al equipo con conceptos defensivos de una escuela superior, había rastreado Europa entera persiguiendo apellidos albaneses en campeonatos del norte del continente, entendiendo que la enorme emigración esparcida por todo el mundo podía aumentar el nivel de su combinado nacional. Estaba convencido de que existían hijos de albaneses jugando profesionalmente al fútbol en otros lugares y que poseían un potencial mayor que el que la propia federación tenía controlado entre los límites de sus fronteras.

Este reclutamiento de nuevos talentos, además de su maestría táctica, explicaba por qué Albania había arrancado la nueva fase con resultados tan positivos. El examen de Belgrado, en un ambiente hostil y frente a una Serbia que solo había disputado un encuentro en Armenia y lo había empatado, iba a determinar si se podía tomar en serio la candidatura albanesa a participar en Francia 2016.

Lo que ocurrió en el estadio del Partizán, absolutamente abarrotado por un apasionado público local, no tenía precedentes en la historia del fútbol. Las autoridades decidieron prohibir la entrada de aficionados visitantes para evitar disturbios, por lo que todos los asistentes eran, en principio, hinchas de la selección anfitriona. Era la primera vez que Serbia, como república independiente separada del resto de Yugoslavia, se enfrentaba a Albania. La tensión fue patente desde el calentamiento, con la delegación visitante quejándose de haber tenido que soportar cánticos racistas desde mucho antes del inicio del duelo («¡Matad a los albaneses!» fue el más repetido).

Durante el primer tiempo hubo varios amagos de suspensión debido a los objetos lanzados al césped. Pero lo realmente extraordinario ocurrió alrededor del minuto cuarenta de la primera parte. De repente, la excitación creció en la gradería. Los vigilantes de seguridad tuvieron que intervenir para evitar invasiones del terreno de

juego. Bengalas encendidas alcanzaron el césped. La realización televisiva no lo había mostrado aún, pero el público había visto ya un dron que transportaba una bandera nacionalista albanesa sobrevolando el estadio. En ella aparecían los rostros de los fundadores del Estado moderno albanés, Ismail Qemali e Isa Boletini, junto a la fecha de la declaración de independencia y un mapa de la Gran Albania: pintaba del mismo color todos los territorios que el nacionalismo albanés reclama como propios y los dibujaba unidos, formando parte de un hipotético mismo Estado (con Kosovo y partes de Serbia, Macedonia, Montenegro y Grecia configurando junto a la Albania actual los límites del país de sus sueños). Para los serbios se trataba de una provocación en toda regla: no solo les negaba Kosovo y el valle de Preševo como parte de su Estado, sino que además los agregaba a Albania. Stefan Mitrović, el central serbio que en aquel momento pertenecía al Friburgo pero que antes había jugado como cedido en el Real Valladolid y que años más tarde fichará por el Getafe, cogió la bandera de la Gran Albania cuando el dron fue descendiendo y se aproximó al césped. Se la dio a Nemanja Gudelj, el que acabará siendo jugador del Sevilla, mientras él seguía tirando de la cuerda con la intención de hacer caer el dron. Inmediatamente, los futbolistas visitantes fueron corriendo a por ellos, y Bekim Balaj

consiguió arrebatarles aquel trozo de tela que se acababa de convertir en el desencadenante de una batalla campal. Balaj corrió con ella, huyendo de sus rivales, intentando protegerla. Los serbios, sin embargo, también la querían y fueron a por él. Mientras en un rincón del campo se originaba una pelea por la bandera, en el punto donde había descendido el dron, Taulant Xhaka, el hermano de Granit —que, a diferencia de él, juega con la selección albanesa y no con la suiza—, confrontaba a Mitrović. Algunos espectadores lograron llegar al césped, cada vez más poblado por personas que no estaban disputando el partido. El colegiado inglés Martin Atkinson indicó la suspensión provisional del encuentro y los albaneses salieron a la carrera hacia el vestuario, pero el túnel que conducía hacia él estaba pegado a la grada y tuvieron que esquivar varios objetos lanzados por un público enfurecido. El duelo jamás se reanudó.

Quince mil personas se juntaron en la plaza Madre Teresa de Tirana durante la noche posterior al partido y cinco mil fueron al aeropuerto a recibir al equipo. Hubo concentraciones similares de aficionados albaneses en Pristina, pero también en las ciudades macedonias de Skopje, Struga, Kumanovo y Tetovo. Se produjeron incidentes de violencia étnica en distintos puntos de la región balcánica, especialmente en las zonas en las que convivían las dos comunidades. Las reacciones políticas no se hicieron esperar. El ministro de exteriores serbio, Ivica Dačić, consideró que el mensaje del dron era «una provocación política» y afirmó que «si un serbio hubiera hecho volar un dron con una bandera de la Gran Serbia sobre Tirana o sobre Pristina, el asunto ya estaría encima de la mesa del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas». El primer ministro, Aleksandar Vučić, aseguró que no aceptaría «que se compartiera la culpa ni la

responsabilidad del incidente» y declaró que «algunos miembros de la delegación albanesa llegaron al partido con bufandas de la UÇK, por lo que su intención inequívoca fue la de provocar a sus anfitriones».

Llegados a este punto, conviene presentar al primer ministro albanés, Edi Rama, una personalidad de la que se habla poco en los medios de la Europa occidental, pero cuya importancia en los Balcanes ha ido creciendo con el paso del tiempo hasta convertirse en un actor político cuya influencia trasciende las fronteras nacionales. Rama, hijo de un escultor que trabajó para el régimen de Hoxha, fue pintor y jugador de baloncesto en su juventud. Crítico con el comunismo en los últimos años antes de su caída, ingresó en el Partido Democrático, pero acabó abandonándolo por disputas ideológicas. Se marchó a Francia en los noventa y, cuando regresó, fue propuesto como ministro de Cultura, Juventud y Deporte por el Gobierno socialdemócrata. Sus formas

peculiares, rebeldes e innovadoras lo convirtieron pronto en una sensación que las urnas confirmaron: primero como alcalde de Tirana y después como primer ministro de Albania.

La reacción de Rama a la batalla del estadio del Partizán se esperaba con gran interés, ya que su política exterior se estaba enfocando hacia un acercamiento a Serbia con el objetivo común de que ambos países acabaran ingresando en la Unión Europea. De hecho, una semana después del partido estaba prevista una visita oficial del propio Rama a Belgrado, la primera de un máximo mandatario albanés a la capital serbia en casi setenta años. Tras los incidentes, el viaje se aplazó, y finalmente se llevó a cabo el mes siguiente.

«Albania y Serbia deben dejar atrás décadas de hostilidad mutua y centrarse en los importantes objetivos que comparten. Eso tiene que ser prioritario por delante de las diferencias de visión que se tengan acerca de un partido de fútbol. La política internacional no puede ser dirigida por un partido de fútbol», declaró Rama. Aun así, lanzó un par de mensajes que desde Belgrado se entendieron como menos conciliadores. «Cuanto más pronto Serbia reconozca la independencia de Kosovo, mejor será para la propia Serbia y para toda la región balcánica. En realidad, siento y creo firmemente que ya la han reconocido aunque no lo hayan dicho». Y se acabó refiriendo al mensaje de la bandera del dron: «La Gran Albania es una pesadilla serbia. No es un proyecto albanés. No lo es ni en Albania ni en Kosovo. Lo que nos tiene que unir es mayor que lo que nos puede separar: queremos una Europa más grande, no una Albania más grande. Esto es en realidad por lo que estamos luchando».

Las declaraciones de Edi Rama tenían un especial significado porque su hermano, Olsi Rama, fue en un primer momento el principal sospechoso de haber pilotado el dron desde su localidad en el palco vip del estadio del Partizán. Se llegó a publicar que

había llegado a ser detenido e interrogado, pero él lo negó todo cuando regresó a Tirana.

Tras las reacciones a los hechos en sí arrancó luego la batalla legal. ¿Qué sanciones cabía imponer y a quién? ¿Qué resolución se tomaría a efectos clasificatorios? Que el partido se volviera a jugar o continuara desde el minuto cuarenta parecía descartado. La UEFA tardó diez días en tomar una primera decisión, que pretendió ser salomónica. Le daba el partido por ganado a Serbia por 3-0 al entender que había sido Albania quien se había negado a jugar lo que quedaba de encuentro, pero al mismo tiempo le quitaba tres puntos a

Serbia y le obligaba a jugar sus dos siguientes compromisos como local a puerta cerrada al entender que no había sido capaz de controlar la seguridad en su estadio, permitiendo el lanzamiento de objetos y bengalas, la invasión de campo y los tumultos en las gradas. A efectos prácticos, el partido se daba por terminado, pero ninguno de los dos equipos sumaba ningún punto. Hubo sanción económica para las dos federaciones, y a la albanesa también se la hizo responsable de que se hubiera mostrado una pancarta no lícita —la bandera del dron —. A ambas federaciones les pareció una resolución injusta y apelaron a instancias superiores. Albania argumentaba que se había negado a jugar porque nadie garantizaba su seguridad y porque su delegación se había sentido amenazada por el comportamiento violento de los hinchas y los jugadores locales, e incluso de algunos de los guardias contratados para mantener el orden. Las protestas de sus dirigentes y personalidades asociadas al fútbol fueron vehementes, y sus hinchas incluso organizaron manifestaciones en Nyon frente a la sede de la UEFA. Michel Platini fue acusado de haber tomado una «decisión política».

Fadil Vokrri, desde Pristina, también se posicionó, y consideró que la resolución era

«escandalosa».

El asunto llegó al Tribunal de Arbitraje Deportivo (TAS, en sus siglas en francés), que dictó sentencia el 10 de julio de 2015, nueve meses después de los hechos. Esta institución, con sede en la ciudad suiza de Lausana, desestimó el recurso serbio y mantuvo todas las sanciones a su federación. Sin embargo, sí modificó la resolución con respecto a Albania, ya que entendió que la suspensión del partido se había dado debido a lagunas de seguridad por parte de los organizadores y a la violencia ejercida sobre los jugadores albaneses por parte de los aficionados serbios y de como mínimo un vigilante de seguridad. De este modo, el resultado final del partido pasó de ser considerado un 3-0 a un 0-3. O lo que es lo mismo: Serbia salió del choque con una penalización de tres puntos y Albania sumó tres. El TAS agitó la clasificación del grupo y le dio la vuelta casi por completo: el equipo de De Biasi se encontró de repente con una magnífica oportunidad de clasificarse para una fase final de una gran cita futbolística por primera vez en su historia.

Los incidentes de Belgrado, de hecho, habían tenido un efecto radicalmente contrario en los dos contendientes. Entre ese 14 de octubre de 2014 en el que el dron encendió la polémica y la resolución final del TAS en julio de 2015, Serbia jugó tres partidos y

los perdió todos: 1-3 ante Dinamarca en un estadio del Partizán ya sin público debido a la sanción, 2-1 en Lisboa frente a Portugal, y 2-0 en Copenhague. Sus posibilidades de acudir a la Eurocopa de Francia se habían esfumado. Albania, en cambio, contó con la fortuna de poder descansar en dos jornadas debido a la composición del grupo, que era impar, y solo jugó un encuentro durante ese periodo: lo ganó frente a Armenia por 2-1

remontando en los últimos minutos ante una afición extasiada en Elbasan. Solo cabían doce mil trescientos espectadores en el estadio de aquella ciudad de provincias, pero se volcaron y generaron un ambiente que llevó en volandas a su equipo. Recuerdo ver ese partido íntegro desde casa de mis padres una tarde de domingo, alentando desde la distancia con el único propósito de tener una historia que contar, deseando que el guion que empecé a escribir tras un viaje de verano diera un nuevo giro y se volviera aún más apasionante. De Biasi parecía tocado por una varita mágica: adorado por su implicación y su acercamiento a la cultura albanesa, devolvía el cariño y la idolatría de la gente con decisiones repletas de inspiración, propias de mentes en su estado de máxima lucidez.

El doble cambio que hizo en el descanso alteró por completo el curso del partido.

Armenia, que estaba logrando atascar a una Albania frustrada, empezó a sufrir ante la profundidad de Ermir Lenjani, un carrilero zurdo del Rennes al que introdujo en el intermedio. Suyo fue el centro del 2-1 definitivo, un balón delicioso para que lo rematara Shkëlzen Gashi, que había ingresado junto a él en la pausa.

El día después de la sentencia del TAS, la clasificación del grupo quedaba de la siguiente manera:

Equipo

Pun

Partidos

tos

jugados

Portugal

12

# 5

## Albania

10

# 4

## Dinama

10

# 5

## rca

Armeni

1

# 5

## a

Serbia

-2

5

Los dos primeros del grupo se clasificaban directamente para la Eurocopa de Francia 2016. El tercero tendría que jugar una repesca. Armenia y Serbia estaban ya fuera de la ecuación, por lo que Albania sabía que, como mínimo, tendría la oportunidad de disputar un histórico partido de desempate. Pero llegados a ese punto, el equipo de Gianni De Biasi quería asegurar el billete sin tener que ponerlo en riesgo en un enfrentamiento ante un rival que, probablemente, sería superior sobre el papel. Tenía margen de error, pero su calendario hasta el final era sumamente complicado: primero tenía que viajar a Dinamarca, después recibir a Portugal, y en la penúltima jornada…

disputar la revancha frente a Serbia. La última bala, un desplazamiento ante una Armenia que ya estaría eliminada y que, sin duda, supondría una gran oportunidad de sumar.

Lógicamente, el compromiso que más se esperaba era el duelo de vuelta frente a los serbios. Y a esa cita, me dije, sí que no podíamos faltar. Y si hacía falta algún aliciente más, algún empujón para acabar de decidirme, me lo dio Raimon, un compañero de trabajo del departamento de documentación que siente un interés por los asuntos balcánicos y sus rivalidades nacionales similar al mío. Su posición con respecto al conflicto era mucho más cercana a la causa serbia, y desde el principio jugueteó con la idea de viajar juntos y tomárnoslo casi como una batalla particular. Supeditamos la decisión final a que Albania realmente llegara al partido con posibilidades reales de clasificarse. Así que vivimos las siguientes jornadas del grupo con una tremenda intensidad. Fueron meses de incertidumbre, de documentación permanente, de dudas sobre el escenario final del partido. Edi Rama declaró que el partido se jugaría en Shkodër, al norte del país, cerca de la frontera con Montenegro, en un estadio que estaba siendo reconstruido y que tendría capacidad para veinte mil espectadores. Sin embargo, según se acercaba la fecha, las informaciones que llegaban desde los medios albaneses hablaban de

retrasos severos. Con Tirana aún descartada, si las obras no terminaban en el plazo previsto le tocaría de nuevo a Elbasan ser la sede del equipo nacional. Esa posibilidad me encantaba, hasta el punto de sopesar la idea de llamar a este libro *Road to Elbasan*, marcando como claro desenlace y punto culminante de la acción el reencuentro entre Serbia y Albania tras los incidentes de Belgrado. Que todo fuera a decidirse en la ciudad a la que nunca deberíamos ir le daba al relato un toque de ironía absurda, de *road movie* balcánica surrealista. Pero para que ello sucediera, tenían que pasar un par de cosas: que el equipo de De Biasi siguiera haciendo los deberes y

que la empresa constructora que debía poner a punto el estadio Loro Boriçi hiciera lo contrario. Acabaron ocurriendo ambas.

Albania sacó un insospechado empate sin goles de Copenhague. Resistió a partir de la épica defensiva que De Biasi le había proporcionado al equipo y a una parada antológica de Etrit Berisha, el portero nacido en Pristina y que, como Labi, había jugado en las categorías inferiores del 2 Korriku. El partido era una especie de derbi para él, ya que a los diecinueve años se marchó a Suecia para jugar en el Kalmar y estuvo allí hasta los veinticuatro. El resultado incluso pudo ser mejor para Albania, ya que Roshi, ya en el tiempo de descuento, desperdició un mano a mano ante Schmeichel en un contragolpe. De todos modos, la hinchada desplazada, que llenó un fondo del Parken

—en gran medida gracias a los albaneses residentes en los países escandinavos—, festejó ese 0-0 que allanó el camino hacia la clasificación.

Tres días después, Portugal visitó Elbasan. Un triunfo local hubiese supuesto prácticamente el billete para la Eurocopa, aunque en ningún caso de forma matemática.

Lo que quedaba ya más o menos claro era que el Albania-Serbia sería trascendente: que lo sería, quiero decir, de cara a la tabla y a sus consecuencias, y no solo por el orgullo nacional y las viejas rencillas. Pero el encuentro ante los lusos iba a determinar el grado de necesidad de ese encuentro de máxima rivalidad política: si habría que ganarlo, si valdría el empate, cuán grave sería una derrota… De Biasi planteó el partido desde la inferioridad, como tantos otros: la consigna era resistir. Al fin y al cabo, en frente estaba Cristiano Ronaldo capitaneando a una Portugal renacida tras la llegada de Fernando Santos —una llegada que, recordemos, había sido propiciada por la victoria de Albania en Aveiro en la primera jornada—. Vi el partido

entero desde mi casa en Barcelona, haciendo cábalas según pasaban los minutos y el 0-0 parecía el desenlace más probable.

El combinado balcánico solo tuvo una ocasión: un tiro lejano de Cikalleshi que tocó en Pepe, dejó totalmente descolocado a Rui Patricio y acabó golpeando en el palo. Ganar así habría supuesto recibir un gran regalo de la fortuna: la misma, al fin y al cabo, que maniobró para que un dron acabara dando tres puntos a Albania y tres menos a Serbia.

Era difícil que aquel equipo, sin restarle mérito a su innegociable esfuerzo y a su orden defensivo, llegara a Francia sin una pizca de suerte. Pero esa noche no la tuvo. No solo se quedó sin marcar tras aquel rebote envenenado: además vio cómo Miguel Veloso remataba en el descuento un córner servido por Ricardo Quaresma para acabar cayendo por 0-1. El camino se complicaba, pero no tanto: ese mismo día, Dinamarca se había dejado dos puntos en Armenia tras un empate sin goles, un resultado que en Elbasan se recibió como la mejor de las noticias. Acabada aquella jornada, la última antes del Albania-Serbia, la tabla quedaba de la siguiente manera:

Equipo

Pun

Partidos

tos

jugados

Portugal

16

# 6

## Dinama

12

# 7

## rca

Albania

11

# 6

## Armeni

2

# 7

# a

Serbia

1

6

Quedaba un mes para la disputa de las dos últimas jornadas. En la primera de ellas, además del partido que nos interesaba a nosotros, Dinamarca iba a visitar Portugal en el que sería ya el último compromiso del combinado nórdico, que descansaría en la fecha final. Eso dibujaba el siguiente escenario: si Albania le ganaba a Serbia y al mismo tiempo los lusos vencían en Braga, la clasificación del equipo de Gianni De Biasi sería matemática y la fiesta se desataría en Elbasan.

Raimon y yo sacamos los billetes e iniciamos los trámites para conseguir acreditaciones. Paralelamente, él me prestó dos libros que creía que podían ayudarme en la documentación para escribir este libro. Uno de ellos se llamaba *Nacionalismo banal* y, como su título indica, analizaba aquellas exaltaciones patrióticas de carácter superfluo e innecesario, aquellas muestras de orgullo que en realidad se manifiestan sin responder a ninguna amenaza externa. Ahondaba en un asunto que me interesaba especialmente: ¿dónde está la frontera entre el deseo de preservar aquello que es propio de una cultura, de defenderlo ante la posibilidad de su extinción, y una manifestación agresiva y excluyente del sentimiento de pertenencia que puede llegar a violentar a los que no forman parte de esa comunidad? Lo primero me parecía no solo defendible, sino que creía que era necesario militar en su conservación —siempre que hablásemos, claro, de cuestiones positivas, de tradiciones que no hicieran daño a nadie—. Lo segundo, en cambio, me daba cierto miedo y me animaba a alejarme, a huir de aquellas personas que sentían la patria como algo tan sagrado que justificaba la animadversión hacia aquellos que no pertenecían a ella.

El segundo libro explicaba las razones del posicionamiento de Raimon en el conflicto entre Kosovo y Serbia —o entre los albaneses y los serbios a raíz de Kosovo—. La tesis principal era la siguiente: en un momento en el que la existencia de la OTAN empezaba a no tener sentido por la ausencia de amenazas tangibles, el fomento de una crisis que obligara a intervenir a la Alianza Atlántica justificaría que

esta permaneciera activa y salvaría también la economía de la potente industria armamentística asociada a ella. La OTAN y las potencias occidentales, siempre según esta obra, habían identificado Yugoslavia como el Estado socialista que mejor había funcionado y querían desintegrarlo para que su ejemplo no se extendiera en el corazón de Europa. De esta manera, alimentaron los distintos nacionalismos que permanecían dormidos en los Balcanes y acabaron con la idea de unidad y hermandad que mantenía los equilibrios territoriales. Incluso tras la desintegración yugoslava, Serbia seguía siendo vista como la sucesora del antiguo Estado, como aquel centro de poder que había luchado contra la desmembración, y por lo tanto había que destruirlo por completo. De esa manera se entendía, decía el libro, el bombardeo de Belgrado y de otras ciudades serbias por parte de la OTAN entre marzo y junio de 1999. Un bombardeo que respondía a la intervención del Ejército yugoslavo en Kosovo en lo que muchas autoridades calificaron como un genocidio, pero que en opinión de ese texto había sido exagerado para justificar un ataque aéreo que afectó a la población civil y que en ningún caso era admisible. Estas tesis eran compartidas por buena parte de la izquierda más alternativa en España en general y en Catalunya en particular: Raimon militaba en la CUP y, en contra de lo que se podría pensar, no era partidario de la independencia unilateral de Kosovo.

Edu y yo partimos, esta vez en avión, vía Milán, hacia Tirana. A Raimon nos lo encontraremos allí: ha aprovechado la ocasión para viajar por Kosovo y por el norte de Albania con un viejo amigo. La federación no nos ha contestado: a esta hora no tenemos acreditación para entrar en el Elbasan Arena. Sin embargo, el partido estará tan repleto de historias en los alrededores que esta circunstancia no nos va a detener. Nos vamos al Albania-Serbia, el gran partido de todos los tiempos en este mundillo balcánico en el que nos hemos sumergido.

## UN ALBANIA-SERBIA EN ELBASAN

CREO QUE LO HE HECHO A PROPÓSITO. Es una estupidez, pero lo he hecho a propósito. No he peleado en absoluto. Mandé un correo, no obtuve contestación, mandé otro, corrí la misma suerte, y ya lo dejé estar. No he movido cielo y tierra. No me he comportado como si me fuera la vida en estar dentro de ese estadio. En algún momento, por increíble que parezca, empecé a alimentar la idea de que era preferible ver el partido *desde fuera*. En ese campo caben doce mil trescientas personas y todo el país quiere estar allí. Elbasan estará llena, habrá muchísima más gente fuera del estadio que dentro.

Porque así son los albaneses: han venido a apoyar aunque no puedan entrar. Quizás tenga sentido, me dije, estar con ellos. Con los que han venido y se han quedado fuera.

Pedimos un taxi a la plaza Skanderbeg. Iremos al mismo hotel, al Freddy's, y comeremos en el restaurante de barbacoas caseras que hay en la callejuela de al lado.

Pero eso será mañana. Hoy no hay mucho tiempo: hay que ir a Elbasan cuanto antes, es el día del partido. Tomamos café en una terraza desde la que se contempla toda la plaza: estamos sentados bajo el techo del edificio de la Ópera y observamos el fantástico mural del Museo Nacional. La estatua del héroe nacional queda un poco más a la izquierda. Es octubre, pero hay sol y la temperatura es agradable. Raimon llegará en cualquier momento.

Es la segunda vez aquí. Han pasado dos años y unos pocos meses desde la primera.

Más o menos el mismo tiempo que lleva Edi Rama como primer ministro. El Skënderbeu de Korçe sigue siendo el equipo dominante del país: también ganó la liga 13-14 y la 14-15, por lo que suma ya cinco consecutivas. Pero ahora ha dado un paso más: está jugando, por primera vez en la historia, la fase de grupos de una competición europea, algo que ningún club albanés había logrado antes. Tras superar varias rondas previas en la Champions, alcanzó el play-off, en el que cayó ante el Dinamo de Zagreb, pasando de este modo a disputar la Europa League. Ya ha jugado dos partidos: el primero lo perdió en casa —en realidad, en Elbasan— ante el Besiktas por 0-1. En el segundo, en Moscú, cayó ante el Lokomotiv por 2-0.

Elbasan. Todos los partidos importantes del país se juegan ahora en Elbasan. Tiene gracia, porque Jimmy, el taxista del primer viaje, nos vendió la ciudad como el lugar más oscuro y aburrido del mundo, y ahora grandes figuras del fútbol tienen que viajar hasta allí. Cristiano Ronaldo ha estado en Elbasan. Es posible, incluso, que haya dormido en Elbasan.

Lo que le añade más surrealismo al asunto es que, ahora mismo, el Elbasan Arena es el estadio de un club de segunda división. El KF Elbasani acaba de descender de nuevo tras ganar solo cuatro de treinta y seis partidos en primera. En los últimos años es el equipo ascensor por antonomasia del fútbol albanés. No hace tanto, sin embargo, ganó la liga. Fue en 2006 y lo logró con un joven entrenador llamado Ilir Daja. En la época del comunismo ya había sido campeón una vez: en

1984, cuando se llamaba Labinoti Elbasan. Labinoti, casi como mi amigo kosovar. ¿Qué querrá decir Labinoti?

Lo busco. Labinot-Fushë es un pueblo de siete mil habitantes cerca de Elbasan, y de hecho forma parte de su municipio desde la última reestructuración. Al parecer, durante la Segunda Guerra Mundial, el Partido de los Trabajadores de Albania organizó allí su primera conferencia nacional, convirtiéndolo en un lugar mítico en la iconografía del régimen. Así que el equipo se llamó Labinoti-Elbasan entre 1958 y 1991. Desconozco absolutamente si a mi amigo Labinot lo llamaron así en honor al pueblo de Labinot-Fushë.

Raimon llega junto a su amigo Dani. Nos saludan apresurados, un poco desconcertados. La furgoneta con la que viajaban desde Mitrovica les ha dejado en la plaza Skanderbeg y aún no se han repuesto del transbordo que tuvieron que hacer antes, casi saltando de un vehículo en marcha a otro, ni tampoco del nerviosismo que les produjo el enorme retraso que fueron acumulando al tener que parar en todas las aldeas por las que pasaron, a veces para que el conductor recogiera la compra del día, otras para dejar un paquete, incluso alguna para saludar a un vecino. Bienvenidos a Albania. Raimon cuenta que Kosovo le ha sorprendido, que ha visto una modernidad en las calles de Pristina que no esperaba encontrarse. Reconozco ese impacto, es el mismo que sufrimos nosotros la primera vez. Pero es hora de ponerse en marcha, habrá que encontrar un taxi que nos lleve a Elbasan. Esa parte de la carretera no estaba mal, no hay que llegar a Pogradec. No me importaría volver a comerme un *koran*, pero no hay tiempo esta vez. Llegamos a una parada, hay varios conductores esperando clientes, charlando animosamente. Supongo que hablarán del partido, no hay otro tema hoy en Albania. El que nos toca, el primero de la fila, no habla ni inglés ni italiano. Solo albanés. Tampoco tiene mucho misterio nuestro destino: «Elbasan», le decimos.

Obviamente le parece bien, es una buena carrera, ganará un buen dinero. Nos ponemos en marcha, estoy tranquilo, hemos resuelto ya la cuestión que me ponía más nervioso

(«a ver si nadie nos va a querer llevar»), pero justo cuando hemos salido de Tirana y nos disponemos a coger la carretera, descubrimos que está cortada y que no se puede pasar.

Un policía nos informa de que el autocar de la selección serbia tiene que hacer ese recorrido y que, por motivos de seguridad, el paso está cerrado al público. No quieren que nadie haga alguna temeridad: lanzar objetos al bus, atacarlo de algún modo, vete a saber… estamos

en los Balcanes. Cosas más raras se han visto: un dron sobrevoló Belgrado con una bandera de la Gran Albania. El conductor aparta un poco el coche, se retira del punto de control y, estacionado en el arcén, saca una libreta. Es un momento mágico: la comunicación se va a abrir camino pese a que las dos partes no compartimos ningún idioma común. El señor dibuja un mapa de Albania. Pone un puntito donde está Tirana y escribe: «Tirana». Pone otro puntito donde está Elbasan y escribe: «Elbasan».

Luego traza una línea entre los dos puntos: es la carretera. Pone una cruz en medio de la carretera: está cortada. Pero ahora viene lo mejor, el plan alternativo, la solución. Vuelve al punto de Tirana y de allí parte una nueva línea: esta no es recta, va hacia abajo, muy hacia abajo, y dibuja una gran curva para luego volver a subir hacia la derecha y acabar llegando a Elbasan. Es un trayecto quizás tres o cuatro veces más largo que el primero, pero es posible, se puede hacer. Le decimos que sí, pero con la mano nos indica que esperemos, y apunta un número al lado del mapa: es el dinero, hay que multiplicar el dinero también por tres o por cuatro, al fin y al cabo es mucho más kilometraje, mucho más tiempo, muchos más trayectos urbanos que dejará de hacer hoy en Tirana por llevarnos a Elbasan recorriendo casi Albania entera. Nos miramos: no tenemos alternativa, qué le vamos a decir, no hemos venido hasta aquí para quedarnos en una carretera cortada, ni para ver el partido en un bar de Tirana; quizás lo veamos en un bar de Elbasan pero al menos estaremos en Elbasan, que es donde hay que estar. Nos damos la mano, hay acuerdo, me pongo cómodo, el viaje será largo.

Elbasan, al fin y al cabo, es la cuarta ciudad de Albania. Solo Durrës y Shkodër son más grandes, además de Tirana. Está, de hecho, más poblada que Korçë. El azar y los retrasos en las remodelaciones de otros dos estadios han querido que aquí se juegue el que, probablemente, sea el partido más importante en la historia del fútbol del país.

Está geográficamente situada en el centro: lejos de las montañas del norte, lejos de las playas del sur. Es verdad que en sus viejos hoteles no se detienen los viajeros, aunque hay un precioso castillo en la mismísima avenida principal, que hoy estará tomada por la muchedumbre: habrá conciertos en directo en un escenario perfectamente decorado para la ocasión. Todas las televisiones del país han montado un set para emitir desde aquí sus programas. Sí, esto es el centro geográfico, pero nunca antes había sido también el centro mediático, el lugar en el que late el corazón de Albania, el mismísimo nido del águila bicéfala.

Hay mucha animación en el hostal en el que vamos a pernoctar. Camisetas de la selección, música a todo trapo, una carta de pizzas que no es ni muy básica ni muy sofisticada. La prensa local, me cuentan, comenta que todos los comercios y bares del centro cerrarán varias horas antes del partido. Hay algunas noticias más relacionadas con los prolegómenos del encuentro que son de gran interés. El autocar de la selección serbia recibió ayer el impacto de una piedra en su trayecto entre el aeropuerto y su hotel de concentración en Tirana. Al parecer, según la Policía, la lanzó un niño de catorce años. Este incidente ha provocado que, finalmente, el primer ministro serbio Aleksandar Vučić haya decidido no viajar a Elbasan y no asistir al duelo tras una serie de conversaciones telefónicas con Edi Rama. La preocupación por la seguridad de la expedición serbia es fuerte en su país, y la propia federación ha declarado que no jugarán si se ven amenazados. El ministro del interior albanés ofrece todas las garantías y afirma haber desplegado dos mil trescientos agentes entre Tirana y Elbasan. Rama, además, ha subido un vídeo a Facebook en el que aparece junto a De Biasi y a algunos jugadores pidiendo a los aficionados que muestren respeto hacia el rival.

La segunda noticia es la más positiva, la única que parece encender una llama de esperanza para la estabilización de las relaciones entre las gentes de las dos naciones. En una iniciativa promovida por los ministerios de Educación de los dos países: cincuenta estudiantes universitarios serbios llegaron ayer a Tirana para presenciar el partido junto a otros cincuenta alumnos albaneses de la misma edad. Las familias de los anfitriones han acogido en sus casas a los chicos extranjeros, y el Centro de la Juventud en la capital ha albergado una gran fiesta que continuará después del partido. Entre los serbios hay cuatro chicas que cursan lengua albanesa en la Universidad de Belgrado. Una de ellas afirma en declaraciones a *Balkan Insight* que se enamoró de la sonoridad de la lengua escuchando a Olta Boka en Eurovisión 2008. Otra cuenta que se matriculó para poder conectar mejor con la gente de la región —es decir, de los Balcanes—. Me parecen dos seres extraordinarios, querría abrazarlas. Una estudiante de periodismo dice que no le gusta el fútbol y que lo que quiere es pasárselo bien con sus nuevos amigos, así que espera que gane Albania para que haya más fiesta esta noche en Tirana. Sus compañeros, también serbios, se ríen desacomplejados ante su declaración.

La tercera noticia es realmente cómica. Albania, lo comprobamos con el padre de Don Juri la primera vez que vinimos, es una nación extraordinariamente aficionada a las apuestas deportivas. Pues bien, como no podría ser de otro modo, el fervor por jugar y acertar el resultado de este partido supera con creces el que haya podido

provocar cualquier otro evento en el pasado. Lo llamativo es que algunas casas han prohibido apostar por Serbia por «razones patrióticas». Las cuotas, por cierto, están muy igualadas a pesar de que el conjunto visitante ya está eliminado.

Y la cuarta es probablemente la más relevante. La Policía albanesa detuvo en Tirana a Ismail Morina, el hombre acusado de haber hecho volar el dron con la bandera de la Gran Albania en Belgrado en el partido de ida. Le sorprendieron conduciendo, con dos pistolas en el vehículo y treinta y seis entradas para el choque de Elbasan con los nombres impresos de los asistentes. Su acceso a cualquier estadio de fútbol estaba vetado desde que se descubrió su autoría del incidente, de modo que la tenencia de esas entradas ha generado mucha controversia y aún se desconoce cómo las consiguió. Esta historia me interesa.

No conocía la existencia de Morina ni sabía que ya se había resuelto la autoría del incidente del dron. Navego un poco por internet. Hay ajetreo a mi alrededor, pero me concentro para tirar del hilo y acabo sumergido en la lectura, *Google translator* mediante, de un artículo publicado en el periódico digital *Telegrafi* que recoge datos de otras piezas aparecidas en el *Kurir* serbio y en *lapsi.al*, donde un amigo kosovar del propio Morina relata los hechos. El protagonista, que hasta ayer estaba escondido, no los ha confirmado jamás, por lo que la prensa entrega a este testimonio la etiqueta de «el más aparentemente veraz que se ha podido encontrar hasta el momento». Ismail, que ahora usa el apodo *Ballist* y que en su cuenta de Facebook insinuó dos meses antes del encuentro de Belgrado que algo sucedería en la capital de Serbia, es un albanés de treinta y dos años residente en Italia. Tres días antes del partido viajó hasta Belgrado en un coche con matrícula italiana y no tuvo ningún problema para cruzar la frontera. Los símbolos albaneses y los aficionados de ese país tenían prohibida la entrada al estadio del Partizán, pero su viaje no despertó ninguna sospecha. Se alojó en una pensión del centro y dedicó las cuarenta y ocho horas siguientes a explorar los aledaños del campo.

Finalmente, se decantó por una iglesia: allí podría esconder la bandera y el dron durante horas. Lo hizo finalmente durante la mañana del día del choque y dejó pasar el día en un parque cercano. Cuando cayó la noche, recogió todo el material y trepó hasta el campanario del templo religioso. Le costó lo suyo, porque iba muy cargado con todo lo que necesitaba, pero sus habilidades como alpinista le permitieron conseguir su objetivo. Arriba, adjuntó la bandera al dron y se preparó para hacerlo volar. Como todo el mundo sabe, su operación fue un éxito y desencadenó una batalla campal que, a la postre, le entregaría

tres puntos a su selección y descartaría a la serbia en la pelea por acceder a la Euro.

Luego había que huir. Y Morina no perdió tiempo. Bajó de la iglesia, se dirigió a su coche y condujo hacia la frontera con Kosovo. La cruzó sin problemas: los guardias de seguridad estaban conmocionados por el incidente y no le prestaron demasiada atención. La RTV Serbia había informado de que el presunto autor era el hermano de Edi Rama, por lo que ese chico de apariencia modesta fue confundido con una de las muchas personas que cada día pasan por aquel controvertido paso fronterizo, que a

efectos prácticos funciona de forma muy parecida a cualquier otro desde los acuerdos de 2013. Una vez en Kosovo, a Morina se le perdió la pista. Nadie sabía si había vuelto a Italia, si estaba en Albania o si permanecía en Pristina o en cualquier otra ciudad cercana. Hasta ayer.

Resulta positivo, pues, saber que quedó resuelta la incógnita sobre la autoría de los hechos y que el hermano de Rama fue descartado. Desde luego, si hubiera estado implicado un familiar tan directo del primer ministro, el conflicto diplomático habría escalado mucho. Por el contrario, los dos ejecutivos movieron ficha para estabilizar las relaciones, y finalmente se produjo el tan esperado viaje de Rama a Belgrado pocas semanas después del incidente del dron. Vučić devolvió la visita a Tirana en mayo de este mismo año.

En la calle, sin embargo, esa templanza conciliadora no se percibe. El pueblo tiene un hambre salvaje, unas ganas incontenibles de alcanzar una clasificación histórica derrotando al enemigo secular. Aunque, a decir verdad, en las horas previas el ambiente es más festivo que bélico. Nos acercamos a la avenida principal, ya de camino al Elbasan Arena. Los conciertos musicales van aumentando la excitación de las masas según va cayendo la tarde. Hay mucha bandera y un clima de inequívoca exaltación nacional. Las canciones que tocan las bandas locales, indiscutiblemente muy populares en el país, también van en esa dirección. En la pantalla gigante, el águila bicéfala está siempre presente. Empieza a refrescar y no parece improbable que acabe lloviendo.

Caminamos hasta el estadio con la intención de llegar lo más cerca posible: incluso, desde alguna esquina, buscamos un recoveco para ver el terreno de juego desde el exterior. Es imposible. Sí lo lograrán los habitantes de los bloques de viviendas contiguos: en los pisos más altos, los balcones ofrecen una perspectiva fantástica del terreno de juego. En otro edificio, que debe de ser de oficinas, se ha instalado

una lona con una bandera nacional gigantesca que se verá desde el césped y desde la retransmisión televisiva. Finalmente retrocedemos unos cuantos metros y entramos en uno de los múltiples locales en los que se va a emitir el partido. Lo de que los bares cercanos iban a permanecer cerrados no es verdad: hay una amplia oferta para elegir.

Nos sentamos en una mesita cerca de la entrada Raimon, su amigo Dani y yo. Es un establecimiento modesto, pequeño, en el que, cómo no, hay una pantalla que ofrece las cuotas de la noche y permite apostar en vivo. Edu va a quedarse dando vueltas por la avenida, retratando los momentos trascendentes de la noche: las caras de esperanza, de euforia, de decepción, de hundimiento… lo que dé de sí la batalla.

En el once albanés hay varios jugadores para los que el partido es aún más especial: aquellos que han nacido o cuyas familias proceden de Kosovo. Por edad, eran niños o adolescentes a finales de los noventa, en los años más duros del conflicto. Algunos lo vivieron de cerca; otros sufrieron desde la distancia por los parientes que habían dejado en su tierra. Además del portero Berisha y del capitán Lorik Cana, de los que ya hemos dicho que eran de Pristina, Lenjani nació cerca de Gnjilane —aunque en realidad emigró a Suiza siendo un niño—. Taulant Xhaka —el hermano de Granit— y Basha llegaron al mundo ya en el país helvético, pero sus familias son kosovares. El caso más particular es el del joven central del FC Zürich Berat Djimsiti: aunque nacido en la misma ciudad de su equipo, sus padres proceden de Veliki Trnovac, una población del municipio serbio de Bujanovac en la que la práctica totalidad de sus habitantes eran y siguen siendo albaneses. En esa zona también hubo un conflicto armado tras la guerra de Kosovo: duró desde 1999 hasta 2001 y fue protagonizado por la UÇPMB, un grupo paramilitar insurgente creado a imagen y semejanza de la UÇK pero que operaba en el valle de Preševo, la región de mayoría albanesa del sur de Serbia. Su objetivo era separar los municipios de Preševo, Medveđa y Bujanovac de Serbia y que pasaran a formar parte de Kosovo. A diferencia del caso de la UÇK, las potencias occidentales y las organizaciones internacionales sí declararon a la UÇPMB como una organización extremista que había protagonizado acciones terroristas ilegales. A día de hoy, todas esas poblaciones siguen perteneciendo a Serbia pese a que la mayoría de sus habitantes son étnicamente albaneses. Raimon cree que un día tenemos que visitar el valle de Preševo: según él, es un lugar imprescindible para acabar de formarnos una visión más amplia de todo el conflicto.

Solo Elseid Hysaj —que al haber fichado este verano por el Nápoles siguiendo desde el Empoli a su entrenador Maurizio Sarri es ahora mismo el jugador más mediático de la selección—, Agolli, Balaj, Lila y Memushaj nacieron en Albania. El caso de este último, sin embargo, es singular. Aunque en los medios occidentales se habló poco de ello, en 1997 se produjo una guerra civil en el país motivada por el colapso de unos sistemas financieros piramidales que contaban con el apoyo del Gobierno y que endeudaron a gran parte de la población. Esto provocó que algunos nostálgicos del comunismo —fundamentalmente de las regiones sureñas, donde nació Enver Hoxha—

intentaran forzar el retorno al antiguo régimen y que muchos otros que se sintieron estafados reclamaran la caída del Gobierno y la devolución de las cantidades perdidas.

Murieron más de dos mil personas y muchas otras se marcharon por mar hacia Italia intentando huir de un país en el que reinaba el caos. Entre ellas, la familia de un Ledian Memushaj que tenía once años en aquel momento y que empezó a jugar al fútbol en su nueva tierra ascendiendo escalones poco a poco hasta llegar al Pescara, club al que ahora representa en la Serie B.

En Serbia, la motivación también va a ser alta a pesar de la eliminación matemática.

Muchos de los jugadores, como buena parte de la sociedad de su país, interpretaron la decisión de las autoridades deportivas de darles el partido por perdido y de quitarles

otros tres puntos adicionales como otro agravio más desde Occidente. Una opinión bastante extendida allí es que ese veredicto estuvo en la misma línea que las sanciones de los tribunales internacionales y las versiones del periodismo y la historiografía de los países miembros de la OTAN que consideran injustamente a Serbia como la gran villana —casi la única— en las Guerras de los Balcanes. Aleksandar Kolarov, para poner un ejemplo, era un chico de trece años cuando la Alianza Atlántica bombardeó su ciudad, Belgrado, para presionar a Slobodan Milošević con la intención de que su Ejército dejara de intervenir brutalmente en la rebelde Kosovo. Vivía cerca de un aeropuerto militar identificado como objetivo prioritario y las explosiones rompían los cristales de sus ventanas. Aquellos ataques no venían de Albania, pero eran una consecuencia del empeño de unos albaneses de arrebatarles —así lo entendían ellos—

Kosovo.

En el once titular serbio aparece un nombre que también ha protagonizado un episodio que no se puede entender sin tener en cuenta la altísima gradación que alcanzan los nacionalismos en los Balcanes. Es Adem Ljajić. Ljajić es de Novi Pazar, una población de unos cien mil habitantes del suroeste de Serbia. Un 80% de sus habitantes son étnicamente bosníacos y la religión mayoritaria es la musulmana. Es, de largo, el principal centro de la cultura bosníaca en Serbia y constituye una excepción en términos demográficos. Ljajić forma parte de ese 80%. Es bosníaco y musulmán. Cuando el legendario exjugador del Estrella Roja Siniša Mihajlović —campeón de Europa en 1991— fue seleccionador serbio entre 2012 y 2013, obligó a sus jugadores a firmar un código de conducta según el cual todos estaban obligados a cantar el himno nacional cuando sonara en los prolegómenos de los partidos. Ljajić rechazó hacerlo en un amistoso ante España el 28 de mayo de 2012 por motivos personales y el técnico lo expulsó del equipo nacional. La decisión generó una enorme controversia y llegó a la política: los partidos de la comunidad bosníaca de la región del Sandžak —de la que Novi Pazar es la ciudad más poblada— criticaron duramente a Mihajlović y afirmaron que su decisión excluía a aquellos jugadores nacidos en territorio serbio con otras identidades nacionales, calificándola de discriminatoria. A su llegada a Belgrado tras ser expulsado, Ljajić afirmó que amaba a Serbia y que siempre había querido jugar con la selección desde que tenía diez años, pero que tenía que respetarse a sí mismo porque si no lo hacía él, nadie iba a hacerlo. Aunque él no lo dijo explícitamente, los representantes de la comunidad bosníaca de Serbia señalaron que el origen del problema estaba en la letra del himno, que solo se dirigía a los ciudadanos de etnia serbia y de religión ortodoxa. El himno, llamado «Dios de la Justicia», tiene una estrofa que reza: «¡Dios es nuestro Maestro! Guía y da prosperidad a las tierras serbias y a la raza serbia».

Hoy Ljajić está aquí porque Mihajlović ya no es el seleccionador. Dimitió después de que el equipo no se clasificara para el Mundial de Brasil de 2014. Ahora entrena al Milan. Cuando él se fue, la federación nombró provisionalmente a Ljubinko Drulović, otro distinguido exjugador que había logrado ganar como técnico de Serbia Sub-19 la Euro del 2013 en Lituania. Fue él quien le abrió de nuevo la puerta a Ljajić, asegurando que no iba a obligar a nadie a que cantara el himno nacional y que simplemente pediría a sus futbolistas que lo dieran todo en el campo. Drulović duró cuatro partidos, pero los que vinieron después siguieron su senda y el conflicto se dio por zanjado.

En realidad, el banquillo serbio ha sido una trituradora de entrenadores en los últimos años. Nadie permanece en el cargo más de

veinte partidos desde que Radomir Antić lo lograra cuando clasificó al equipo para el Mundial de 2010, la última gran cita en la que Serbia ha estado presente y la única en realidad desde que compite en solitario

—al Mundial 2006 acudió todavía junto a Montenegro—. A Drulović le sucedió el neerlandés Dick Advocaat, el primer extranjero en asumir el cargo desde que Javier Clemente lo hiciera entre 2006 y 2007. Fue él quien dirigió el partido del dron en Belgrado, aunque un mes después, tras perder 1-3 ante Dinamarca, se marchó con un balance de cero triunfos, dos empates y dos derrotas. Entonces fue nombrado Radovan ćurčić, el técnico de la sub-21, cuyo perfil es más bien bajo: ni como jugador ni como entrenador ha estado nunca en un gran club, pero es un hombre de confianza en la federación. Tras clasificar a los jóvenes para la Euro 2015 eliminando a España en la ronda final con una victoria en Cádiz ante un rival que contaba con Kepa, Gayà, Saúl, Muniain, Isco y Sarabia, su prestigio aumentó y le han hecho un contrato con los mayores hasta la conclusión de la fase de clasificación para el Mundial 2018. Será él quien se siente hoy en el banquillo en Elbasan. Llega aquí habiendo ganado dos encuentros y perdido tres en sus cinco primeros compromisos como seleccionador absoluto de pleno derecho.

Pienso de repente en Veljko Paunović. Si a Serbia no acaba de funcionarle nadie, ¿por qué no lo prueban a él? Lo había visto como futbolista en varios clubes españoles —

llegó a jugar hasta en siete distintos, aunque probablemente sea más recordado por sus dos pasos por el Atlético de Madrid—, pero me impresionó como entrenador tras seguirle de cerca dos veranos consecutivos en campeonatos de categorías inferiores. Me fijé en él por primera vez en 2014, cuando, nada más regresar del Mundial de Brasil, me fui a Hungría a cubrir el Europeo Sub-19 para *marcadorint.com.* Me quedaron grabadas dos cosas de aquel torneo: lo bueno que era Kimmich y lo bien que jugaba la Serbia de Paunović. Su equipo no ganó —lo hizo Alemania—, pero sacó un billete para el Mundial Sub-20 del año siguiente en Nueva Zelanda. Doce meses después, en la mayor locura que hemos hecho por un proyecto web que estamos sacando adelante con muchos apuros, me fui al otro lado del mundo y esperé cruzarme con él en algún

momento. Me gustaba cómo hablaba tras los partidos y las entrevistas eran siempre muy interesantes. El calendario, la distribución de las sedes y la logística de mi viaje diseñaron un plan: solo vería a Serbia si alcanzaba la final. Me fui alegrando de sus victorias desde la

distancia, con la pequeña esperanza de que se diera el milagro. Y se dio. El 20 de junio de 2015 se citaron en Auckland con Brasil para dirimir quién se proclamaba campeón juvenil. Llegué al partido por los pelos después de que una nevada cortara la línea ferroviaria entre Greymouth y Christchurch. Tuve que quedarme a dormir la noche antes de la final en un diminuto pueblo de la costa Oeste de la isla Sur. A primera hora de la mañana, contradiciendo todos los pronósticos, una avioneta en la que cabíamos solo una quincena de pasajeros decidió salir del aeropuerto más pequeño que he visto jamás, en Hokitika, y nos llevó a Christchurch sobrevolando los impresionantes Alpes neozelandeses. Desde allí pude viajar a Auckland y presentarme a tiempo en el North Harbour Stadium. Brasil era favorita. Había arrasado a Senegal en la semifinal. Serbia, en cambio, llevaba tres prórrogas consecutivas. Incluso una tanda de penaltis. Era un equipo duro mentalmente, muy competitivo, con un gran espíritu colectivo. La final fue igualada. El conjunto de Paunović se adelantó a los 70

minutos con un gol de Mandić, pero Brasil empató enseguida con un tanto de Andreas Pereira. Se llegó de nuevo al tiempo extra: el cuarto seguido para los balcánicos. Y en el minuto 118, Nemanja Maksimović, un centrocampista que en febrero había cambiado el Domžale esloveno por el Astana kazajo, se plantó ante el portero y anotó el gol de la victoria. Fue un triunfo precioso, claramente gestado por un entrenador con un futuro prometedor. Paunović había logrado que Serbia levantara el mismo título que una Yugoslavia multiétnica, formada por jugadores de las distintas repúblicas, había conquistado en 1987 en Santiago de Chile con una generación irrepetible compuesta por talentos como Prosinečki, Šuker, Boban, Mijatović, Štimac, Jarni o Brnović. Y lo había conseguido con una nómina de futbolistas menos distinguidos. Es verdad que Sergej Milinković-Savić, Andrija Živković o el portero Predrag Rajković pintaban realmente bien, pero el acumulado de calidad individual estaba claramente por debajo del que sumaban las figuras de veintiocho años antes.

Pero Paunović no está hoy aquí. Algún día dirigirá a la absoluta, no puede ser de otra manera, pero hoy es ćurčić quien ha elegido el once titular para intentar frustrar a Albania y vengarse del episodio del dron. Es una alineación en la que encontramos a varios jugadores de la Premier League. Branislav Ivanović lleva más de siete temporadas en el Chelsea, con el que ha ganado la Champions League. Nemanja Matić comparte vestuario con él en Londres y ha sido elegido en el once ideal de la última edición de la liga inglesa, en la que los *blues* se han proclamado campeones. Kolarov lleva cinco años en el Manchester City y ha levantado el título de la Premier dos veces.

Dušan Tadić está en el Southampton y el interesantísimo delantero Aleksandar Mitrović acaba de fichar por el Newcastle. Miro a mi alrededor, me fijo en los hinchas albaneses

repletos de ilusión que llenan el bar, doy un vistazo a la calle, donde la excitación sigue creciendo y pienso que no sé si saben qué rival tienen delante. La diferencia de nivel parece enorme, diga lo que diga la clasificación del grupo.

De Biasi lo sabe. Me he cruzado unos mensajes con él en la previa, se ha disculpado por el silencio que recibieron mis solicitudes de acreditación. No hemos hablado casi del partido. Le he deseado suerte y poco más. Le he dicho que me gustaría entrevistarlo mañana o pasado en Tirana si consiguen la clasificación. Hemos quedado que hablaremos si efectivamente ganan. Digo que sabe que Serbia es superior no porque me lo haya dicho —que no me lo ha dicho—, sino por el once que saca. Tres centrocampistas de trabajo: Basha, Taulant Xhaka y Memushaj. Dos extremos que en realidad son laterales: Lenjani y Lila. O sea, cuatro laterales en total, ya que van a jugar por delante de Agolli y Hysaj. Es un equipo muy defensivo. Un equipo que responde a las señas de identidad de esta Albania desde que el italiano asumió el cargo: resistir, pelear, sufrir, buscar la épica.

Pedimos unas cervezas. Albania es un país en el que la musulmana es la religión predominante, pero la mayoría de sus habitantes, aún declarándose de esa confesión, no practican sus preceptos de manera estricta. En el bar hay una amplia variedad de marcas de cerveza para elegir, y prácticamente todas llevan el nombre de la ciudad en la que se elaboran. La de Korçë es una de las más populares, aunque me genera curiosidad que también esté muy extendida la Peja, que viene de la cuarta ciudad más poblada de Kosovo. El partido va a empezar, y aviso a Raimon de que solo me voy a tomar una, ya que no quiero que el alcohol me nuble el conocimiento y me pierda una experiencia que, ocurra lo que ocurra, será única. A decir verdad, es una evidencia que una clasificación matemática de Albania esta noche generaría las mejores imágenes para la cámara de Edu y nos permitiría asistir a una fiesta histórica. De hecho, hemos cogido los billetes de vuelta para pasado mañana para no perdernos la previsible rúa por las calles de Tirana. Para que esto suceda, Albania debe ganar el partido y Dinamarca, que juga a la misma hora en Braga, tiene que tropezar, ya sea con una derrota o con un empate. Nadie lo ha contemplado aquí, pero la posibilidad de la tragedia más absoluta también existe: si Serbia vence en Elbasan y los escandinavos hacen lo propio en Portugal, el equipo de De Biasi estará matemáticamente eliminado. Cualquier otra combinación lo dejaría todo a expensas del Armenia-

Albania de dentro de tres días en una última jornada en la que los daneses ya no jugarán.

La señal de la televisión muestra a los dos equipos en un túnel de vestuarios angosto.

Las dos hileras casi se tocan, pero prácticamente ni se miran. Cuando se dirigen al terreno de juego, el realizador pincha la cámara que los ve llegar de frente, y lo primero que se observa en la grada, justo encima de sus cabezas, son dos banderas juntas: la de

Albania y la de los Estados Unidos de América. Se ve luego un plano más abierto del público. Muchos de los asistentes llevan el *qeleshe*, el sombrero blanco tradicional de lana. Suenan los himnos: el de Serbia se intuye que se abuchea, aunque la megafonía está tan alta que es complicado apreciarlo por televisión. El de Albania se entona con una solemne majestuosidad y las cámaras muestran cómo lo canta Edi Rama, de pie, en el palco de autoridades. Acto seguido, los veintidós jugadores se juntan y posan alternados —un serbio, un albanés, un serbio, un albanés…— sosteniendo un banderín que reza «No al racismo» y abrazándose.

Comienza el partido. El locutor grita unos cuantos nombres de ciudades albanesas y acaba citando también a Pristina y a Skopje. Imagino que se refiere a lugares desde donde la gente está captando la transmisión de su canal. No pasan ni dos minutos y llega la primera entrada dura. Es de Milivojević sobre Lenjani. Tarjeta amarilla. Está claro que para los serbios no es un trámite intrascendente. Ya lo sabíamos, pero la intensidad con la que han arrancado lo corrobora.

A los 15 minutos, Lorik Cana carga a Aleksandar Mitrović lejos del área y es amonestado. La falta es clara, pero Taulant Xhaka, una vez se ha señalado, increpa al delantero. Hay cuentas pendientes. No ha habido aún ninguna ocasión clara.

Siete minutos más tarde, en un córner a favor, Serbia ejecuta una acción de estrategia.

La pelota le llega rasa y limpia a Branislav Ivanović, que dispara con potencia. El balón sale ligeramente desviado por encima de la portería de Berisha. Miro a Raimon y le recuerdo que tiene que disimular, que no puede notarse en absoluto que quiere que ganen los visitantes.

Serbia posee una mayor calidad para mover la pelota, y tras una jugada muy larga en el minuto 27 en la que consigue encadenar muchos pases sin que le quiten el balón, este llega a los pies de Zoran

Tošić en el interior del área, pero se lo arrebatan justo cuando iba a disparar desde una buena posición. Antes no lo he dicho cuando he mencionado a los jugadores serbios con experiencia en la Premier porque su paso fue testimonial, pero en enero de 2009 Tošić firmó por el Manchester United en una operación doble que debía llevar también a su compañero del Partizán Adem Ljajić a Old Trafford. La llegada del de Novi Pazar se iba a retrasar un año, y finalmente no se llevó a cabo por problemas con el permiso de trabajo. Tošić sí lo consiguió, pero estuvo solo doce meses en Manchester y sus apariciones en el primer equipo se limitaron a cinco ratitos: dos en la Premier League, uno en la FA Cup y dos en la Copa de la Liga. Ninguno de ellos como titular. El día que debutó con la camiseta *red devil* entró al campo sustituyendo a Cristiano Ronaldo.

En el 33 se produce el primer intento mínimamente potable de Albania. Lenjani roba la pelota y se inicia un contragolpe que no se acaba de gestionar con la mayor de las velocidades. Finalmente, Andi Lila chuta y la pelota se marcha muy desviada. En el bar se escuchan gritos de frustración, porque la acción parecía prometedora y en cambio ha finalizado de manera muy decepcionante.

Tres minutos más tarde, se vive un susto mayúsculo en el modesto local e imagino que en todos los demás lugares de Albania con un televisor encendido emitiendo el partido. Combinan Kolarov, Ljajić y Tadić con gran habilidad, con una calidad que el cuadro local no puede replicar. Acaba chutando Ljajić y marcando gol, pero el árbitro lo anula tras medio segundo de confusión. En el momento de su disparo, Tošić, que estaba frente al portero, le ha incomodado al chocar con él. Se forma una pequeña tangana y los serbios acusan a Berisha de exagerar. No tengo muy claro si ha pitado falta o fuera de juego. Lo primero sería interpretable, pero lo segundo parece indiscutible. Así que entiendo que el gol está bien anulado. Resoplo generalizado de alivio a mi alrededor y conversaciones nerviosas tras el silencio sepulcral.

En el 38 se produce otro contragolpe albanés que tiene buena pinta pero que acaba mal. En esta ocasión, Lila da un mal pase. Deduzco que a los hinchas que me rodean no les acaba de gustar Lila. No sé si no les gusta él o no les gusta que juegue tan adelantado, ocupando la posición de extremo cuando en realidad es lateral.

Obviamente le quieren mucho porque en el partido de Belgrado, en el que cumplía su internacionalidad número cincuenta, estuvo involucrado en los incidentes y fue uno de los jugadores atacados por los aficionados radicales serbios que saltaron al césped con sillas y

otros objetos. Pero en el fragor de la batalla, con las emociones a flor de piel, les está desesperando esta noche. A decir verdad, su carrera ha sido más bien modesta: ha jugado en el Besa Kavajë, en el Iraklis, en el FC Tirana, en el PAS Giannina —que es donde está ahora— y seis meses cedido en el Parma en la Serie A italiana, la gran experiencia de su vida. Él quería continuar allí, pero en verano le comunicaron que no le iban a fichar y tuvo que regresar a su club griego.

En el minuto 42, el partido se detiene porque Lila, precisamente Lila, siente dolor y tiene que ser atendido por las asistencias. No entiendo qué comenta el narrador de la televisión albanesa, pero hace referencia a *Ballist* Morina, el hombre del dron. Está lloviendo mucho en Elbasan. Casi ni me había dado cuenta pese a que tengo la puerta del local al lado y me he enterado al verlo en la pantalla. Retiran a Lila en camilla. Da la sensación de que De Biasi quiere aguantar hasta el descanso con diez jugadores. Parece algo arriesgado, ya que, con el descuento, puede que queden casi cinco minutos. Sin embargo, consigue llegar al intermedio con el 0-0 y de este modo va a tener un cuarto de hora para pensar mejor qué cambio hacer.

Edu nos visita. Tiene fotos muy buenas, dice. Se sienta un momento a tomar algo.

Quiere saber cómo vemos el partido, porque no ha podido estar pendiente casi nada del juego. Le decimos que puede pasar cualquier cosa. Que Serbia parece mejor, pero que quién sabe. Algunos clientes del bar se levantan a hacer su apuesta en el descanso. ¿Con el corazón o con la cabeza? ¿Creerán en los *contragafes*, en lo de pronosticar aquello que no quieres que pase? En el programa del descanso desde plató, anuncian que Portugal y Dinamarca siguen empatando a cero. ¿Qué supone esto? Si todo acabara así, los lusos estarían matemáticamente clasificados, y en la pelea por la segunda posición Dinamarca tendría un punto más que Albania pero ya habría acabado su participación. Lo que ocurre es que, en caso de empate a puntos entre Albania y Dinamarca, los nórdicos serían los que saldrían beneficiados por el valor doble de los goles en campo contrario en los enfrentamientos directos. O sea: a Albania no le valdría el empate en Armenia; estaría obligada a ganar. No es el escenario soñado, pero todo seguiría abierto.

Va a arrancar la segunda parte y ya vemos a Ergys Kaçe preparado para sustituir a Lila. Está claro que De Biasi no quiere arriesgar y sigue sin ubicar a un extremo puro en aquella demarcación. Resulta complicado saber cómo se van a disponer ahora las piezas, porque

Kaçe es un mediocentro. Un buen mediocentro, de hecho, uno de los jugadores a los que ya conocía antes de sumergirme de lleno en el fútbol albanés para escribir esta historia. Lo vi jugar en el PAOK de Salónica, donde aún sigue. No acabo de entender muy bien que no sea titular. Quizás por su juventud: tiene veintidós años.

Pero posee ya cierta experiencia, porque debutó en primera división griega con diecisiete. Nació en Korçë y se fue a vivir al país heleno cuando era un niño. Hace dos años protagonizó un episodio que hoy, en este Albania-Serbia, parece relevante recuperar. En un perfil de Facebook con su nombre apareció una foto suya en la que llevaba una camiseta con el símbolo de la UÇK y levantaba los dedos pulgares de las dos manos. La imagen se hizo viral en Grecia y el jugador recibió muchas críticas en los medios de comunicación. El partido neonazi Amanecer Dorado lo atacó duramente, lo que provocó que hinchas del PAOK lanzaran piedras y botellas en su sede de Salónica.

El asunto alcanzó una gran repercusión en el país heleno porque algunos miembros de la UÇK habían manifestado en el pasado que una parte del oeste de Grecia debería pertenecer a Albania —en consonancia, de hecho, con el famoso mapa del dron de Morina—. El PAOK suspendió a Kaçe y lo dejó tres meses apartado del equipo a pesar de su disculpa pública, en la que afirmó desconocer qué era la UÇK ya que había llegado a Grecia con tres años. «Pensaba que era simplemente un símbolo albanés», dijo.

Se rumoreó que el club lo vendería en el siguiente mercado invernal, pero finalmente volvió a jugar con regularidad y aún sigue ahí. En el caso intervinieron todo tipo de autoridades, e incluso De Biasi, que había entrenado al presidente del PAOK Zisis Vryzas en el Torino, lo llamó para pedirle que dejaran tranquilo al jugador afirmando que todo había sido un malentendido. El técnico italiano había peleado mucho para que

Kaçe aceptara jugar con Albania y no con Grecia cuando llegó al cargo, viajando a Salónica en numerosas ocasiones para reunirse con él, y no quería que se estropeara la carrera de un jugador por el que había luchado tanto.

Al arrancar el segundo tiempo observamos que es Taulant Xhaka quien se ubica como falso extremo derecho, con Kaçe pasando a formar parte del trío del medio junto a Basha y Memushaj. La primera ocasión, sin embargo, es para Serbia, que arma un contragolpe gracias al talento de Ljajić, que está jugando un muy buen partido. La acción acaba con un tiro de Milivojević que se marcha alto.

En Albania, el mejor está siendo Lenjani, que está demostrando por qué el Rennes francés lo fichó del Saint Gallen suizo el pasado mes de enero. Es quien tiene más determinación, quien es más punzante en el conjunto de De Biasi. Una buena conducción suya en el minuto 50 acaba con un tiro algo tímido, pero la sensación que da es que, si en el equipo local alguien puede hacer daño, tiene que ser él.

Tres minutos más tarde entra Sulejmani en Serbia y se retira Tadić. Hay un cierto alivio en el local porque el sustituido despertaba más temor. Sulejmani fue en su día, cuando lo contrató el Ajax, el traspaso más caro de la Eredivisie. Sus primeros años en Ámsterdam no fueron nada malos, pero desde entonces su carrera ha ido hacia abajo: las lesiones, que ya le lastraron en los últimos meses en el conjunto neerlandés, le hicieron la vida imposible en el Benfica. Desde este verano está en el Young Boys de Berna. Pero es la historia de su familia la que convierte su presencia en este partido en algo muy especial. Aunque él ya nació en Belgrado, su padre es originario del sur de Kosovo, concretamente de la región de Gora. Allí había una importante comunidad gorani antes de 1998, aunque las estadísticas oficiales indican que esta se redujo a una quinta parte después de la guerra. Los goranis son un grupo étnico que habla un dialecto eslavo cercano al macedonio y al búlgaro y que profesa la religión musulmana.

El área que han habitado tradicionalmente se puede dibujar como un triángulo que comprende el sur de Kosovo, el este de Albania y el noroeste de Macedonia. Se calcula que actualmente hay unos sesenta mil: diez mil de ellos en Kosovo y unos ocho mil en Serbia. Algunos de los goranis que abandonaron Kosovo declararon que allí se sentían discriminados por los albaneses. En la bandera de Kosovo creada tras la declaración de independencia, una de las seis estrellas representa al pueblo gorani. El padre de Sulejmani es gorani y él es, por lo tanto, medio gorani: la madre es una serbia nacida en Croacia.

A los 59 minutos, los dos jugadores de la banda izquierda albanesa, Agolli y Lenjani, combinan para crear una jugada que acaba con un tiro de Taulant Xhaka desviado a córner. Da la sensación de que el equipo de De Biasi está mejor que en la primera parte.

La presencia de Kaçe ha animado a Memushaj a presionar más arriba y Serbia ya no inicia el juego de manera tan cómoda. Mi percepción parece compartida por la grada ya que, después de que se saque de esquina sin consecuencias y durante un pequeño parón en el juego, el público empieza a hacer la ola. El ambiente es festivo. La clasificación no está conseguida, pero se ve cerca.

El cronómetro marca el minuto 65 cuando el narrador eleva el tono. Está excitado, y de repente el resto del local comparte su entusiasmo. ¡Ha marcado Portugal en Braga!

¡Dinamarca está perdiendo! Esto no convierte en matemático el billete de Albania, pero le permitiría, si conserva el empate en Elbasan, clasificarse sumando un solo punto en Armenia en la última jornada. No estaría obligada a ganar. «João Moutinho», distingo que dice el locutor. Sí, João Moutinho ha sido el autor del gol.

En el 68, De Biasi prepara el segundo cambio. Va a entrar Sokol Cikalleshi. En la televisión están contentos. Escucho algo parecido a «gladiador». Lo repiten un par de veces. En efecto, Cikalleshi posee un físico imponente. Es un punta más fuerte que Balaj, que es el que se marcha y al que entiendo que se eligió de inicio por su mayor capacidad para ir al espacio. El recién incorporado fichó en verano por el Istanbul Basaksehir, pero tiene experiencia en las ligas albanesa, croata e incluso coreana.

Lo de Ljajić empieza a ser escandaloso. A diecinueve minutos para el final y tras una soberbia conducción, Basha le bloquea un tiro que tenía pinta de ser muy peligroso. Se está saliendo. El comentarista comenta algo de Novi Pazar. Pienso que quizás se refiera a sus orígenes, a la polémica del himno, a que a lo mejor esperaba que no se esforzara tanto por ser también musulmán, qué sé yo. Igual no dice nada de eso, pero mi cabeza tiene mucha imaginación. La única realidad incontestable es que está jugando un partido superlativo.

En cuestión de ocho minutos, Serbia pierde por lesión a dos de sus jugadores más experimentados. Branislav Ivanović y Nemanja Matić tienen que abandonar el terreno de juego. Los que entran, Dusko Tošić y Ljubomir Fejsa, son claramente inferiores. El pequeño bar lo celebra: son buenas noticias para Albania.

En el 75, Cikalleshi responde a las expectativas del narrador y firma una gran acción individual. Stojković realiza un paradón. En el córner siguiente, Lorik Cana remata con un salto poderosísimo pero el balón se marcha por encima del larguero. Ha sido una doble ocasión bastante clara y Albania empieza a pensar que puede ganar el partido y finiquitar la clasificación esta misma noche sin tener que prolongar la incertidumbre tres días más.

Tres minutos más tarde, Ansi Agolli ve una tarjeta amarilla. Es la tercera de esta fase de clasificación, por lo que va a estar sancionado de cara al partido final en Ereván. El lateral izquierdo del Qarabag ha

jugado absolutamente todos los minutos en lo que va de competición, por lo que será una baja importante para De Biasi. Siempre podrá retrasar a Lenjani, claro está, pero la idea del doble lateral le ha dado buen resultado. Si Albania marca y gana hoy, nadie se va a preocupar de esto.

En el 79, Kolarov lanza una falta que sale rozando el palo. De nuevo, se ha sentido un instante de respiración contenida, y el ajetreo ha vuelto al comprobar que la pelota se iba fuera. Cada vez queda menos y habría muy poco tiempo de reacción ante cualquier gol. La tensión va *in crescendo*.

De Biasi agota los cambios. Alban Meha entra por Ermir Lenjani a falta de siete minutos. Meha es de Mitrovica, la ciudad del norte de Kosovo dividida por un puente en la que los serbios viven a un lado del río y los albaneses en el otro. La ciudad a la que fuimos a ver aquel histórico Kosovo-Haití. Él nació en la parte albanesa, aunque se marchó a Alemania con su familia siendo un niño. Es nieto de Tahir Meha, un activista antiyugoslavo que murió junto a su padre en una confrontación armada con el Ejército en 1981. El altercado se produjo en Prekaz —el mismo pueblo en el que sería asesinado, años más tarde, el líder de la UÇK, Adem Jashari— y, según la prensa yugoslava, Tahir Meha mató a nueve agentes de Policía antes de encerrarse en su *kulla* (torre), donde acabó siendo abatido después de un asedio con tanques y helicópteros. El patriotismo albanés le venía de familia: su abuelo —por lo tanto, el tatarabuelo del jugador— ya luchó contra los serbios para defender la libertad de Albania en los años veinte, y su padre —el bisabuelo— peleó junto a los nacionalistas colaboracionistas de los nazis durante la Segunda Guerra Mundial cuando creyó que los partisanos traicionarían la causa albanesa. Todo este asunto daría para un libro en sí mismo, y aunque no sabemos cuánto se aisló de toda esta historia el joven Alban Meha creciendo en la lejana Alemania, es fácil suponer que este partido tiene una significación aún más especial para él. Tiene siete minutos más el descuento para tratar de ganarlo.

El tramo final es complejo de jugar. ¿Qué debe hacer Albania? ¿Proteger el empate que le permita ir a sumar un solo punto a Ereván o ir a por el gol que selle esta misma noche la clasificación? La duda está en todas partes: en la hinchada, que es la más visceral, la que desea con más fervor derrotar a los serbios y explotar de alegría; en los jugadores, que en un partido como este es difícil que dejen de lado su parte de hinchas, de albaneses, de personas humanas con las mismas pasiones que todas aquellas que les están viendo y alentando; en nosotros, que lo vemos desde una cierta distancia —en realidad, y

por mucho que simpaticemos más con unos o con otros, desde una gran distancia, porque estos enfrentamientos seculares no forman parte de nuestra cultura ni

los llevamos en la sangre y nos limitamos a opinar sobre qué sería lo idóneo desde un punto de vista estratégico—. En el minuto 91, Albania se anima a atacar y sitúa a gran parte del equipo en campo contrario. La defensa serbia despeja y el balón cae muy lejos.

Parece que Djimsiti lo puede despejar. Sin embargo, su cabezazo es defectuoso y el oponente puede armar el contragolpe. Los pupilos de De Biasi intentar retroceder a toda prisa. Ljajić se hace con la pelota. Hay un hueco en la parte derecha de la defensa albanesa: Hysaj no ha podido recuperar la posición y aún está lejos. Kolarov lo detecta y empieza a correr. Ljajić lo ve. No solo ve a Kolarov: ve su carrera, ve el espacio entre los defensores, ve dónde hay que mandar la pelota para dejar a su compañero ante el portero. El pase que se inventa es una obra de arte. Kolarov, que podría decidir pasar el balón al medio, opta por acabar él la jugada. Tiene poco ángulo, pero se saca un zurdazo raso que pasa por debajo de las piernas de Berisha. Es gol. Ha marcado Serbia.

El silencio es estremecedor. En el bar, en la calle, en el estadio, en la televisión. El gol ha caído como un auténtico mazazo. ¿Qué hacía Hysaj tan arriba? ¿Por qué despejó tan mal Djimsiti? ¿No podía cerrar las piernas Berisha? ¿Por qué no les dijo De Biasi que se quedaran todos atrás? No entiendo lo que dicen los albaneses que me rodean cuando recuperan el habla, pero es muy probable que se estén haciendo estas preguntas, las clásicas responsabilidades que busca depurar el hincha cuando está enervado por un gol en contra que acaba de recibir. Raimon finge pesadumbre, pero me mira y sé que por dentro está extasiado.

No queda casi nada, pero Albania intenta responder y Cikalleshi consigue forzar una falta peligrosa en la frontal del área. Realmente, ha aportado más que Balaj desde que ha entrado. La señalización de la infracción se ha celebrado con un entusiasmo lleno de esperanza. La quiere tirar Meha. No sé si piensa en su abuelo, al que no conoció, o si solo se concentra en superar la barrera y conseguir que la pelota caiga y se introduzca en la portería de Stojković. Va a iniciar la maniobra de lanzamiento. Dispara. La pelota se detiene en el muro defensivo. Todos quieren ese rechace, pero es un defensor serbio quien llega primero y aleja el balón. No hay casi albaneses defendiendo, y Ljajić va directo hacia la portería. Lorik Cana intenta frenarlo con una entrada a la desesperada, pero el habilidoso atacante de Novi Pazar lo

sortea con elegancia y pone la rúbrica a su excelente partido con el 0-2. *Game over.*

El final del partido llega a continuación. Los serbios han festejado los goles con una alegría desbordada. En el 0-1, Dusko Tošić ha hecho el gesto de los tres dedos, un símbolo nacionalista serbio, pero todos los demás han celebrado con alegría y sin provocación alguna. Ljajić, al marcar el segundo gol, ha parecido querer reivindicarse con sus gestos, reafirmando su deseo de estar en la selección y dejando claro que vestir esa camiseta es lo que le corresponde y lo que tiene que ser. La grada, ya con el partido

terminado, ha reaccionado con una mezcla de pitos —algunos— y silencio —

mayoritario—. El ambiente, tanto por lo que se ve por televisión en el Elbasan Arena como por lo que podemos comprobar a nuestro alrededor, es de funeral.

El camino de vuelta al hotel es de desolación total. La gente se ha marchado a toda velocidad, y el escenario que estaba preparado para la fiesta está desértico. Los técnicos están desmontando los equipos de sonido y algunos aficionados exteriorizan su ira dejando caer las latas de cerveza ya consumidas en un pavimento cada vez más sucio.

Edu nos cuenta que ha podido captar con su cámara grandes rostros de frustración. La pena pura. Las banderas de Albania parecen ahora pañuelos tristes que acompañan a sus portadores en una retirada que no puede esconder el resultado de la batalla. No hay mucho más que ver en la noche de Elbasan, que se convierte en una ciudad fantasma. El teléfono fijo de la rústica habitación del hotel, que parece haber conocido los tiempos de Enver Hoxha, no me comunica con Madrid: tengo que entrar en la radio a contar lo vivido. La cobertura del móvil también es pésima. No me entiendo con el señor de avanzada edad que está en la recepción: le pido un número y no me cuadran tantos ceros. Al final el productor me dice que me puedo ir a dormir, que el asunto no tiene tanta importancia: Albania no se ha clasificado, aquí no hay noticia histórica.

El día después amanece con la misma tristeza, con aquella resaca incómoda que se mezcla con el peso de intentar volver a la normalidad cuando el único deseo es permanecer en la cama. Decidimos ver Elbasan antes de montarnos en la típica furgoneta que nos lleve de vuelta a Tirana. La avenida principal, la que ayer concentraba todos los actos festivos, ofrece de día y sin montajes

artificiosos una bonita panorámica: una larga muralla separa la ciudad moderna de un centro histórico que en algunas callejuelas sigue asemejándose a un pueblo otomano. Pero no en su totalidad: nada más cruzar la puerta de la fortaleza, un bar con su moderna terraza nos invita a sentarnos en las alturas, en una pequeña plataforma que queda por encima de los muros del castillo. La música que suena por los altavoces evoca más al futuro que al pasado, más a occidente que a la península de Anatolia. Y, por consiguiente, consumimos un *espresso* y no un café turco. Consultamos internet con el wifi del local y por curiosidad entro a ver qué dicen las cuentas serbias que conozco en las redes sociales. Han vivido una gran noche. Han gozado. Les hace gracia, especialmente, y de hecho lo definen como un acto de justicia poética, que el mejor jugador serbio fuera un musulmán como Ljajić, y que los dos goles llegaran con un jugador gorani de familia kosovar en el campo, Sulejmani. Edu revisa las fotos y me muestra las mejores.

Pagamos y nos adentramos en la parte más antigua del interior de la fortaleza. Un carro viejo se ha quedado atascado al intentar girar en un cruce muy estrecho. Varios coches esperan pacientemente a que el conductor consiga sacarlo. El caballo parece ajeno a todo lo que está ocurriendo y nadie pierde los nervios. Se acercan unos cuantos vecinos

a ayudar. Edu obtiene instantáneas que retratan pintorescas escenas rurales en el centro mismo de la cuarta ciudad más poblada de Albania.

La vuelta a Tirana se parece mucho a la que en su día, hace dos años, emprendimos desde Korçë. En realidad, pasamos por la misma carretera que entonces, y el vehículo y su ambientación recuerdan mucho a los de la primera vez. Hoy ya está abierta al público la vía principal que conecta Elbasan con la capital: la expedición de Serbia regresó tras el partido. Llegamos a la plaza Skanderbeg y visitamos a nuestros clásicos: nos alojamos en el Freddy’s, comemos en el mismo local de barbacoas que está justo delante y preguntamos a la agencia de viajes del señor antipático que no para de fumar si hay posibilidad de ir a Pristina y regresar en menos de veinticuatro horas. La combinación no nos sale a cuenta, así que posponemos la visita a Labi hasta otra ocasión. Quedaremos por la tarde con el padre de Don Juri. Nos cita en la parte alta de la ciudad, en la primera parada del teleférico. Irá con su hijo.

En la parada de taxis, el primero de la fila es el mismo señor que dos días antes nos llevó a Elbasan. Nos hace gracia la coincidencia y le pedimos que sea de nuevo nuestro conductor. Él no nos entiende, cree que simplemente lo estamos saludando. Le empiezo a dar las

instrucciones de la manera más simple según me ha recomendado Don Juri:

«Fresku! Tirana TV! Telepheric!». Finalmente comprende y empezamos a subir hacia la parte en la que la ciudad se eleva hacia el monte Dajt, la zona de belleza natural más próxima a la capital. Efectivamente, un teleférico, el más largo de los Balcanes, permite a los habitantes de Tirana llegar hasta la parte más alta en transporte público en lo que constituye en sí mismo una de las mayores atracciones turísticas del lugar. Don Juri y su padre nos están esperando. El reencuentro con nuestro primer gran anfitrión albanés es emocionante. Y por fin conseguimos resolver el misterio: su nombre es Sabiel. Le pedimos que lo deletree porque no lo habíamos escuchado jamás. Internet confirma que es extraordinariamente raro. Nos sentamos en una terraza. Estamos en octubre, pero la tarde es aún agradable.

La decepción por la derrota está presente, pero su confianza se mantiene inmaculada.

Están convencidos de que Albania va a ganar en Armenia. Don Juri me informa de que va a jugar Odise Roshi, y que con él la victoria está asegurada. Se trata de un extremo del Rijeka que, aunque ha venido siendo suplente en los últimos partidos, será según la prensa local la gran apuesta de De Biasi en Ereván. Sabiel tiene muchas ganas de pasar toda la tarde con nosotros y nos pregunta si tenemos algún plan: le decimos que no.

Propone cenar más tarde viendo los partidos de selecciones en un local de apuestas en el que se puede comer. Es el sitio al que va cada día. Su vida se divide entre Korçë y Tirana y pasa temporadas en ambas ciudades. Los inviernos son fríos en Korçë. En los veranos corre aire fresco y es un refugio ideal para huir del tórrido calor de la capital.

En Tirana puede estar cerca de su hijo, del que está muy orgulloso. Don Juri es el menor de los dos que tiene y ahora está de enhorabuena porque se ha estrenado su película. Es un documental titulado *Abuela* que cuenta la historia de la suegra de Sabiel. Están muy interesados en que lo veamos y nos mandan el enlace de Vimeo en el que está subido.

Todo empieza con el deseo de un señor albanés de estudiar para ser piloto. Es la época en la que Enver Hoxha y Stalin tienen una magnífica relación, así que aprovecha la coyuntura política y se va a la Unión Soviética a matricularse en la escuela aeronáutica.

El hombre, que acabará siendo el suegro de Sabiel y el abuelo de Don Juri, conoce a una mujer rusa y se enamoran. Todo va perfectamente en su vida: él avanza en sus estudios y tienen una hija, que nace en Moscú. Tras la muerte de Stalin, su sucesor, Nikita Jrushchov, pronuncia en 1956 el famoso «discurso secreto» en el que denuncia las purgas de su antecesor e inicia un proceso de «desestalinización» del país. En Albania, Hoxha, que había sido un declarado admirador de Stalin, considera que la nueva línea de Jrushchov se aleja del marxismo-leninismo y decide romper sus relaciones con la URSS, a la que acusa desde entonces de «revisionista». Ante el nuevo panorama, el matrimonio formado por el piloto albanés y su mujer rusa deciden establecerse en Korçë, que es el lugar del que él procedía. Pero las autoridades locales ven con recelo a esta familia que acaba de llegar desde una Unión Soviética «pervertida» y sospechan que el padre puede ser un espía, así que deciden encarcelarlo. La madre, que es la protagonista del documental, tiene que criar sola a su hija y salir adelante en un país que para ella es extranjero y en el que no conoce el idioma ni las costumbres. La hija, cuando crezca, conocerá a Sabiel y se casarán: de su amor nacerán dos niños, Don Juri y su hermano.

La historia de la familia sirve para iniciar una conversación sobre los tiempos de Enver Hoxha. Sabiel nos cuenta verdades oficiales, hechos comprobados y también rumores populares. Nos habla de purgas, de asesinatos, de traiciones. Su hijo no vivió ya en esa Albania y es un chaval cuyas influencias culturales son las mismas que las de cualquier chico de su generación del mundo occidental. En la terraza de la cafetería que se encuentra a pies del teleférico, formamos un grupo curioso: dos personas unidas por lazos de sangre pero productos de dos Albanias distintas y opuestas, y dos extranjeros que habían oído hablar muy vagamente de estas historias y que ahora las escuchan con asombro. Desde luego, nos resulta más familiar el ambiente del local, situado en un sótano, en el que vamos a cenar y a presenciar los partidos de la noche. Sabiel nos cuenta que este es su entretenimiento favorito: hacer siempre una apuesta combinada con cinco o seis partidos arriesgando una cantidad de dinero muy baja y con el objetivo de poder multiplicar ampliamente los beneficios. Es una actividad que le ocupa largas horas: come y bebe en ese lugar —rudimentario y de decoración poco sofisticada—, ve encuentros de fútbol de todo tipo y regresa a casa cuando su mujer acaba de trabajar. Es lo que ocurre también hoy: cuando llega el momento, cruzamos la calle, llegamos al

portal del edificio en el que viven y podemos saludar a la que un día fue la niña que nació en Moscú y que creció en Korçë con un padre encarcelado.

Sabiel está tan contento de tener dos amigos de Barcelona que incluso coge el autobús el día siguiente y viene al centro a despedirse. Comemos con él en el local de barbacoas y le decimos que esperamos verlo de nuevo en el futuro. ¿Cuándo? Si Albania llega a la Eurocopa, su experiencia en Francia será un buen cierre para esta historia. ¿Volveremos, entonces? Quizás no. Todas las despedidas tienen un punto de incertidumbre, pero aquellas en las que el reencuentro es improbable están repletas de frustración: no hay manera de exteriorizar el significado que tiene aquel apretón de manos que podría ser el último.

Recuperamos a Raimon, que ha estado de turismo por su cuenta por Tirana cuando nosotros quedamos con Sabiel, para irnos al aeropuerto. Hacemos escala en Milán y casi perdemos el enlace. Llego a casa de madrugada y absolutamente agotado. Sospecho que dormiré más de doce horas, así que me pongo la alarma a las dos menos cuarto de la tarde, tiempo justo para lavarme la cara, prepararme un café y sentarme en el sillón de mi apartamento barcelonés en el barrio de Gràcia. El partido de Ereván empieza a las dos.

En efecto, no abro los ojos hasta que el teléfono suena y me indica que quedan quince minutos para que arranque el duelo que debe decidir si Albania se clasifica para Francia 2016 o si tiene que jugar una repesca contra un equipo probablemente superior. La calle está animada: es domingo y mucha gente ha salido a pasear por las vías peatonales —entre ellas, la mía— que hacen de esta zona de la ciudad una de las más agradables para entregarse a la contemplación despreocupada. Pronto será la hora de comer, pero no pienso ingerir nada más que un café hasta que sepa si el conjunto de Gianni De Biasi ha conseguido su objetivo. Pulso el interruptor para bajar las persianas de las amplias cristaleras que permiten que entre mucha luz en la estancia principal del piso. Quiero aislarme del ruido y de los reflejos, quiero sentirme en el interior de una nave espacial en la que solo importa el Armenia-Albania.

Hay argumentos para todo. Un pesimista puede pensar que al equipo de De Biasi le ha entrado el vértigo al verse tan cerca de la orilla: ha perdido los dos últimos encuentros, jugando además con el apoyo de su gente. En Elbasan, además, Armenia le planteó un partido tremendamente exigente que solo pudo remontarse en el tramo final. En septiembre, Dinamarca fue incapaz de vencer en Ereván: empató a cero, un resultado que hoy a Albania no le vale. Un optimista dirá que la gran diferencia que hay en la trascendencia del choque para unos y para otros juega a favor de los balcánicos. Y

recordará que Armenia lleva dos años sin ganar un solo partido de competición oficial.

Hoy se cumplen de manera exacta: fue también un 11 de octubre y el equipo derrotado fue Bulgaria en la fase de clasificación para el Mundial 2014.

Cuando la televisión conecta por primera vez con el estadio, la imagen que traslada se aleja del glamur. Tampoco lo esperábamos, pero uno tiende a pensar que las batallas épicas siempre están adornadas por decorados que las engrandecen. En Ereván, el ambiente parece desangelado. Muchos asientos vacíos, con sectores del campo en los que no hay ni un solo espectador, un terreno de juego en el que el césped se percibe alto y pesado, una iluminación no demasiado potente que deja en la penumbra las graderías más alejadas de la portería… Ya es de noche en Armenia y lo que transmite la pantalla no invitaría a ninguna persona sin demasiada afinidad por los equipos que juegan a sentarse a ver el espectáculo. En Albania, sin embargo, lo va a ver todo el país.

Roshi, en efecto, es titular en el equipo de De Biasi. Es, junto a Gashi, Cikalleshi y Alishi, que es el que entra por el sancionado Agolli, uno de los cuatro cambios que introduce el entrenador italiano con respecto al duelo frente a Serbia. Se caen también los tres atacantes titulares de tres días antes: Lenjani, Balaj y Lila. No se ve ningún albanés en la grada: Armenia está lejísimos, no hay inmigración albanesa cerca y probablemente mucha gente no se animó a reservar el viaje porque esperaba que la clasificación ya estuviera confirmada.

Mi *espresso* casi se me atraganta —a estas alturas, este libro necesita que gane Albania— en los primeros minutos de juego. Hay dos ocasiones clarísimas de Armenia en ese tramo inicial: una de ellas, con un disparo a bocajarro con el portero en el suelo que se marcha arriba. Cuando el susto aún no ha abandonado el cuerpo, Albania marca un gol que es un homenaje a la fealdad: tras varios rebotes, la pelota golpea en el cuerpo de Gashi y, justo antes de entrar en la portería, es empujada hacia dentro por un defensor armenio que la intenta sacar con muy poco acierto. Uno nunca espera que el gol más importante de la historia de un país sea tan antiestético. Empujada por el 0-1, Albania se lanza a atacar con un Roshi que, Don Juri tenía razón, está destrozando a los caucásicos. En el minuto 22, el equipo de De Biasi vuelve a marcar en una acción de estrategia: Memushaj saca la falta al primer palo, bajita, y no queda muy claro si Djimsiti es el que remata o vuelve a ser un gol en propia portería. La tranquilidad del resultado le permite a la selección del águila bicéfala tomarse el resto del

partido de manera contemplativa. Le puede costar caro, porque en el segundo tiempo Armenia roza el 1-2 en varias ocasiones. Berisha lo evita. Y la emoción se acaba —maticemos: lo que se acaba es la intriga por el resultado; la emoción, en realidad, se desborda a partir de ese momento— cuando Armando Sadiku, un delantero que acaba de entrar y que apenas ha jugado en toda la fase de clasificación, marca el 0-3 a pase de Roshi. Veinte minutos después, el árbitro pita el final, Lorik Cana rompe a llorar y Albania se clasifica

para la Eurocopa. En la plaza Skanderbeg, por donde paseábamos ayer, se desata la locura.

# CUARTO VIAJE

## ANTES DEL CUARTO VIAJE

TRES AÑOS DESPUÉS DE LA ÚLTIMA VEZ, pisaré de nuevo las tierras en las que se desarrolla la acción de este libro. Han sucedido tantas cosas desde entonces que tendré que realizar un esfuerzo mayúsculo para contarlas con cierto orden. Lo primero, lo principal, es que, en mis previsiones iniciales, esta obra debería estar ya publicada hace tiempo, y sin embargo aquí estamos, a punto de volar otra vez con escala en Italia para aterrizar en Tirana.

El partido de Elbasan lo tenía todo para cerrar la historia. Era incluso un final redondo desde una perspectiva de estructura narrativa: acababa en una ciudad por la que se pasaba en la primera ruta y era mencionada con cierta sorna. Tenía un punto casi cómico y una forma circular. Era necesario esperar, sin embargo, a ver qué hacía Albania en la Eurocopa. Existía la remota posibilidad de que escribiera una epopeya similar a la de sus vecinos griegos en Portugal 2004, y en ese caso el libro debería incluir indiscutiblemente un broche tan dorado. Así que aguantamos, nos sentamos a ver el torneo que se disputaba en suelo francés y vibramos un poco con el equipo de De Biasi.

Digo «un poco» porque no fue mucho, pero tampoco fue nada. Albania se estrenó en una gran cita enfrentándose a Suiza en Lens en un partido altamente simbólico. Varios de sus integrantes habían nacido en el país helvético, y en las filas de los suizos había también jugadores con orígenes albaneses. De hecho, Granit y Taulant Xhaka se convirtieron en los primeros hermanos en enfrentarse representando a dos selecciones distintas en una Eurocopa. Fue un

debut digno, aunque todo se puso en contra desde muy pronto. Fabian Schär marcó el 1-0 a los cinco minutos en un córner tras una mala salida de Etrit Berisha y las opciones balcánicas se redujeron casi por completo cuando Lorik Cana fue expulsado por doble amonestación antes del descanso tras resbalar y tocar la pelota con la mano para evitar una oportunidad manifiesta de gol. Fue un momento de extrema crueldad. Costaba no sentir compasión por el gran capitán que había esperado toda una vida para liderar a su selección en un gran torneo. El resultado se mantuvo intacto, aunque Albania dispuso al final de una ocasión muy clara para empatar, pero Gashi no pudo superar a Sommer.

El segundo encuentro era el más complicado de todos: ante el anfitrión y en un estadio que aprieta mucho como el Vélodrome de Marsella. Aunque Albania ya había jugado dos amistosos contra Francia en los dos años anteriores y no había perdido ninguno —incluso había ganado por 1-0 en Elbasan—, en esta ocasión se trataba de una Eurocopa, con todo el fervor popular que despertaba la grandeza del acontecimiento y con la máxima motivación de las estrellas galas. Además, no estaba Cana. Y De Biasi no había convocado a Djimisiti, que había sido titular en los últimos partidos de la fase de clasificación. Así que Albania salió al campo con una pareja de centrales formada por Mavraj y Arlind Ajeti. Por momentos, la resistencia balcánica fue extraordinaria y hasta tuvieron un remate al palo para adelantarse en el marcador. Francia atacaba y atacaba, pero no encontraban la manera de superar a Berisha. A falta de cinco minutos, Ajeti, el sustituto de Cana, que había estado imperial, tuvo que ser reemplazado por rampas.

Ingresó Veseli, con todo lo que conlleva modificar la línea defensiva en una instancia decisiva del partido, y el equipo se desordenó. Cometió un error en un centro lateral y Griezmann marcó el 1-0 en el minuto 90. Luego, con el ánimo decaído, Payet sentenció en el 95. La machada había estado muy cerca.

Dos derrotas no significaban aún la eliminación. Con el nuevo formato que se estrenaba en ese torneo, las cuatro mejores terceras también se iban a clasificar. Y

Albania sabía que quedaría tercera de grupo si derrotaba a Rumanía. De este partido no tengo recuerdos porque no lo vi. Mi madre había fallecido el mes de abril anterior, y justo el día en el que se disputaba este tercer choque de la fase de grupos estábamos en Mallorca, donde esparcimos sus cenizas frente a su playa favorita. Por la noche fuimos a cenar: en un televisor, a lo lejos, en el otro lado del restaurante,

daban el Francia-Suiza que se jugaba a la misma hora, y las novedades del Rumanía-Albania me llegaban solo por notificaciones del teléfono móvil. Fue así cómo supe que Armando Sadiku había marcado el primer gol de Albania en una Eurocopa, y un poco más tarde también me enteré de la misma manera de que el equipo de De Biasi había ganado su primer partido.

Los días siguientes fueron de calculadora y bloc de notas. Albania había concluido la primera fase con tres puntos y una diferencia de goles de menos dos. No era un gran registro, pero no estaba todo perdido. Se trataba de que en otros dos grupos el tercero hiciera peores números. La esperanza se mantuvo hasta el último día, cuando Portugal, que luego acabaría ganando el torneo, finalizó en la tercera plaza de su grupo con tres puntos y una diferencia de goles de suma cero. Por la noche, la República de Irlanda también mejoraría los registros albaneses, de modo que al final el equipo de De Biasi fue el peor tercero. Le perjudicó que su grupo fuese el primero en jugarse: los demás sabían ya dónde estaba la frontera entre pasar o no pasar, mientras que Albania iba a ciegas.

Había hecho historia, pero le tocaba volver a casa.

Paralelamente, Islandia estaba escribiendo un guion de cuento de hadas en la misma Eurocopa, lo que alteró decisivamente la fecha de publicación de este libro. Durante el verano de 2015, Edu y yo habíamos viajado junto a un compañero de redacción mío en Mediapro, Víctor Cervantes, al país nórdico e isleño. Nos atraía la historia de su transformación futbolística, pero también su excepcionalidad geográfica. Queríamos descubrir si, como sospechábamos, su ubicación, tan aislada del resto del continente, y su clima extremo, moldeaban el carácter de sus habitantes. Queríamos saber de dónde venía la inspiración de Sigur Rós. Queríamos poner a prueba los límites de la distancia:

¿si uno se aleja mucho, deja atrás la melancolía y el desamor? De todo ello tenía que acabar saliendo un libro, y en un principio la idea era redactarlo después del de Albania y Kosovo. Pero la selección islandesa logró plantarse en los cuartos de final tras eliminar a Inglaterra en lo que puede considerarse como una de las mayores sorpresas de la historia del torneo, y de repente se convirtió en un asunto de máxima actualidad: llegó a ser portada en los periódicos españoles y su historia de matagigantes conquistó la simpatía del continente entero. Así que modificamos la agenda, intercambiamos el orden de los proyectos y sacamos *El faro de Dalatangi* en los primeros meses de 2017.

Hubo otro motivo, nada menor, que nos llevó a posponer el lanzamiento de este libro.

Justo antes de la Eurocopa de Francia, concretamente el 3 de mayo de 2016, en un Congreso Ordinario celebrado en Budapest, Kosovo fue admitida como miembro de pleno derecho de la UEFA por un ajustado resultado de veintiocho votos a favor y veinticuatro en contra. Diez días después, la FIFA también la aceptó en un Congreso en México por un mucho más abultado 141-23. Los esfuerzos de Fadil Vokrri habían dado su fruto: su sueño se había convertido en realidad. Esa noticia debía modificar la salud del débil fútbol kosovar a todos los niveles, pero, por encima de todo, suponía que la selección nacional iba a participar en las fases de clasificación de las Eurocopas y los Mundiales, el gran anhelo de los aficionados de la pequeña llanura. Estaba absolutamente justificado demorar la publicación de nuestra obra y añadirle unos cuantos capítulos más para relatar esos primeros partidos oficiales de Kosovo.

La primera cita iba a ser la fase previa del Mundial 2018, que se inició en septiembre de 2016. Kosovo arrancó en el último puesto del ranking de la UEFA al tratarse de la selección de más reciente admisión, por lo que partió desde el último bombo en el sorteo, que ya se sabía que le iba a deparar rivales de gran dificultad. Quedó encuadrada en un grupo con Croacia, Ucrania, Islandia, Turquía y Finlandia. Nadie se planteó la clasificación para Rusia 2018 como un objetivo realista: se trataba de disfrutar y aprender. Quizás contra los finlandeses se podía arañar algún punto, pero todos los rivales parecían superiores para un equipo novato y cuya composición fue un misterio hasta pocos días antes del debut. Hubo mucha especulación sobre qué jugadores se cambiarían de selección, algo que estaba permitido al tratarse de un equipo nuevo en

las federaciones internacionales. Pero con una excepción: los que hubiesen jugado partidos oficiales con otros países después del ingreso de Kosovo en la UEFA y la FIFA quedaban descartados. De este modo, los catorce futbolistas seleccionables por Kosovo que acudieron con Albania a la Eurocopa 2016 ya no podían hacer el cambio. Tampoco Shaqiri ni Xhaka, que la jugaron con Suiza.

Quien sí decidió jugar con Kosovo fue Milot Rashica, el chaval al que habíamos conocido en Vushtrri el día que se despedía del pueblo para marcharse a Bélgica. Labi nos lo había descrito como el mayor talento del fútbol kosovar y, efectivamente, había dado grandes pasos en su carrera en poco tiempo. Pero los había dado superando adversidades no previstas. La prueba en el Gante no derivó en un fichaje por el club

flamenco: en realidad, según la prensa albanesa, fue Rashica quien rechazó la oferta y decidió volver a casa. Siguió jugando en el Vushtrri —que, en realidad, en aquella época se llamaba Llamkos Kosova—, pero se lesionó en septiembre y se perdió gran parte de una temporada histórica que acabó con el único título de liga que tiene el club. En 2015

fichó por el Vitesse Arnhem neerlandés, con el que se estrenó en una primera división de alto nivel y con el que ganó la Copa de los Países Bajos en 2017. Y en enero de 2018 se fue al Werder Bremen, con el que está disputando una de las mejores ligas de Europa.

Cada vez que lo veo por la televisión recuerdo aquellas escenas de Vushtrri el día que conocimos a Labinot; un pueblo acudiendo en masa a despedir al chico local que iba a triunfar en el exterior, lejos de lo que ellos mismos percibían como un agujero del que era muy difícil salir.

Hasta la oficialización absoluta de la selección kosovar, Rashica había jugado en las categorías inferiores de la selección albanesa —e incluso dos amistosos con la absoluta—, pero fue uno de los que decidieron hacer el cambio. Junto a él, obró de forma parecida Amir Rrahmani, un central que actualmente milita en el Dinamo de Zagreb croata y que llegó a estar en el banquillo en el famoso partido Albania-Serbia de Elbasan. En realidad, lo de Rrahmani ha sido un carrusel de idas y venidas: jugó un amistoso con Kosovo mientras aún disputaba partidos oficiales con Albania, e incluso marcó un gol con la camiseta albanesa frente a Kosovo en un partido preparatorio para la Eurocopa 2016. Ahora ya no hay vuelta atrás: una vez ha debutado en un encuentro oficial con la tierra de su nacimiento —él es de Pristina—, ya queda ligado al conjunto kosovar para siempre.

En ausencia de Xhaka, Shaqiri o Januzaj —que decidió continuar con Bélgica—, el jugador de perfil más alto que accedió a pasar a jugar con Kosovo tras haber sido internacional con otro país fue Valon Berisha, centrocampista nacido en Suecia pero criado en Noruega, cuyos padres procedían de Podujevo, no muy lejos de Pristina.

Berisha llegó a jugar veinte partidos con la selección noruega antes de aceptar la

llamada de la federación dirigida por Fadil Vokrri. Ya le habían intentado convencer para el amistoso frente a Haití de Mitrovica, pero no se decidió hasta que Kosovo obtuvo la membresía de la UEFA y de la FIFA. Y fue él quien marcó el primer gol de la historia del equipo

nacional en un partido oficial, disputado en Turku, Finlandia: Valon Berisha transformó un penalti cometido sobre Bernard Berisha —que no es familiar suyo— tras una buena acción de Rashica. Lo tiró fuerte, arriba, casi a la escuadra, convirtiendo en inútil la estirada del portero Hradecky. La comunidad de inmigrantes kosovares residentes en Finlandia que se encontraban en el estadio estalló de júbilo.

Aquel gol, que supuso el empate a uno ante el combinado nórdico —un resultado que acabaría siendo definitivo—, le dio a Kosovo su primer punto en su primer partido competitivo. Era difícil empezar mejor. Al acabar el encuentro, las cámaras enfocaron a un Vokrri orgulloso y yo me acordé del café que habíamos tomado tres años antes cuando nos aseguró ante nuestro escepticismo que este día llegaría.

El punto sumado en Turku acabó siendo el único que Kosovo obtuvo en sus diez partidos de la fase de clasificación para Rusia 2018. La excitación por participar por primera vez en una competición oficial se fue apagando por la contundencia de algunos resultados, como el 0-6 encajado en el estreno como local ante Croacia. Tampoco ayudó que ningún estadio en todo el territorio fuera considerado apto para la disputa de encuentros de esa magnitud y que, durante toda la liguilla, Kosovo tuviera que viajar hasta Shkodër, en el noroeste de Albania, para recibir a sus visitantes. La caravana de coches que partieron desde todos los puntos de la nueva república para acompañar al equipo expresó por sí sola la ilusión de la gente, pero todo el mundo era consciente de que esta nueva etapa, deseada durante tanto tiempo, no se podría disfrutar en plenitud hasta que se completara la remodelación del estadio nacional de Pristina y recibiera el visto bueno de las autoridades. También se confiaba en que, una vez el equipo tuviera su propio hogar, los resultados mejoraran. Pero no se debía fiar todo a la cuestión de la localía: hacía falta tomar decisiones deportivas para progresar. Albert Bunjaki abandonó el cargo de seleccionador tras la conclusión de la previa mundialista entendiendo que sus resultados habían sido decepcionantes, y la federación eligió como sustituto a un técnico mucho más experimentado, el suizo Bernard Challandes, que tenía sesenta y seis años el día que firmó el contrato en marzo de 2018.

Pero ya volveremos más adelante a la selección kosovar, que es la que en realidad nos ha llevado a emprender este cuarto viaje. Lo cierto es que han pasado muchas más cosas durante este tiempo que explican por qué este libro no se ha publicado todavía. Justo antes de viajar a Elbasan para cubrir el Albania-Serbia, tuve una cena en Barcelona que me cambió la vida. Mi amigo Robert, con el que había viajado a Japón

durante el verano de 2012 —hay un capítulo dedicado a esa aventura en *11 ciudades*—, llevaba tiempo insistiéndome en que tenía que conocer a una compañera suya de trabajo. Se llamaba

Violeta y, al parecer, compartía muchos gustos conmigo. A decir verdad, la gran coincidencia que encontraba Robert en nuestras afinidades era que a los dos nos gustaba Love of Lesbian. A él le debió de parecer una coincidencia realmente curiosa —

porque a él no le gustaban y supongo que debía de pensar que le agradaban a poca gente—, pero había cientos de miles de personas que adoraban al grupo de Santi Balmes. Probablemente también detectó en los dos una cierta tendencia a la melancolía, pero eso nunca lo expresó así. Simplemente dijo que nos parecíamos y que, si un día llegábamos a conocernos, nos caeríamos bien. Ocurría que Robert y Violeta trabajaban juntos en Bruselas y yo vivía en Barcelona. En una ocasión, allá por 2013, ella vino a un concierto con unos amigos y me escribió para quedar. Decliné la invitación: en parte porque estaba cansado tras un intensísimo sábado de trabajo y quizás un poco también por timidez. Si nos teníamos que juntar alguna vez, pensé, sería mejor que Robert hiciera las presentaciones.

A finales de septiembre de 2015, ella volvió a Barcelona de nuevo y se hospedó en su casa. Robert me preguntó si me apetecía cenar con ellos. Creo que yo venía de un partido que había ganado el Sabadell B y estaba eufórico, por lo que esta vez acepté —al parecer, hubo otras ocasiones, similares a esta, en las que me habían ofrecido el mismo plan y yo había declinado la invitación—. Quedamos cerca de Urquinaona. Violeta había nacido en Badajoz y acababa de regresar a España: había dejado el trabajo de Bruselas y se había establecido en Madrid, donde ya había vivido durante sus años universitarios y en otro periodo intermedio entre su vuelta de Jordania, donde vivió un año, y su periplo en Bélgica. Había visto mucho mundo y se acababa de apuntar a un curso de catalán que se impartía en Madrid, un dato que obviamente me resultó llamativo por infrecuente. Le fascinaban los procesos políticos revolucionarios y estaba convencida de que en Catalunya podía darse uno. Por eso había viajado esta vez: al igual que voló sola a Grecia para asistir al famoso referéndum en el que Tsipras preguntó a la nación si debía rendirse a las exigencias de la Unión Europea, tenía un gran interés por las elecciones autonómicas del 27 de septiembre de 2015, las que se habían convertido en una suerte de plebiscito sobre la independencia catalana. Violeta creía que una hipotética secesión beneficiaría a las dos partes: en Catalunya se podría fundar una república con unas condiciones de vida más igualitarias y con mucho más respeto a los derechos sociales si el

proceso era comandado por los partidos de izquierdas, y en el resto de España esa conmoción acabaría provocando, por imitación, una revolución que derrumbaría las estructuras más arcaicas y conservadoras del Estado. Sin duda, se trataba de un punto de vista sumamente original: yo no se lo había escuchado a nadie más. Del mismo modo, había decidido estudiar catalán porque le parecía una aberración que en todo el territorio nacional no se enseñaran las otras lenguas cooficiales y creía que había que protegerlas y difundirlas. Defendía sus posiciones con vehemencia, con una firmeza que estaba a la altura de su entusiasmo:

estaba convencida de que el de la contienda electoral iba a ser un día histórico y no quería perdérselo por nada en el mundo.

Pese al interés que me despertaba todo lo que escuchaba y a una cierta sintonía ideológica —que pronto descubriríamos no tan exacta —, la conversación tardó en arrancar. Yo intervenía poco. No se desencalló hasta que saqué el tema de mi inminente viaje a Albania. Le conté lo que estaba escribiendo y por qué me interesaba ese asunto.

«Eso de los *albanokosovares* no existe», contestó. «Son albaneses de Kosovo». Pronto me quedó claro hacia dónde se dirigían sus simpatías en los conflictos de los Balcanes. Ella amaba a Serbia. Fue la primera vez que me di cuenta de una cuestión fundamental en su pensamiento: para Violeta, la Segunda Guerra Mundial había determinado el destino de todos los habitantes de Europa y del mundo; lo que cada país había hecho o dejado de hacer en aquella contienda no podía caer en el olvido, porque lo que se había dirimido en esas batallas era la preponderancia del fascismo o su destrucción. Para ella, todos aquellos países que decidieron colaborar con los nazis aún aparecen hoy en su cabeza como enemigos del pueblo, especialmente si en sus sociedades permanece en cierto modo la herencia, aunque transformada, de aquella ideología. Y en el lado opuesto, los que vencieron a Hitler son elevados a los altares y no se les ha agradecido suficientemente su contribución a la creación de un mundo mejor. Entre todos esos héroes, pocos ocupan en el corazón de Violeta un lugar tan privilegiado como los partisanos yugoslavos.

Y Serbia era, al fin y al cabo, lo que quedaba de Yugoslavia. Para ella, como para Raimon y para gran parte de la izquierda de raíz marxista, Occidente había contribuido a la desintegración yugoslava para evitar que un país tan grande en el corazón de Europa funcionara con un sistema verdaderamente socialista. Violeta pensaba que los nacionalismos de las repúblicas que se fueron independizando, fundamentalmente el de Croacia, eran excluyentes y buscaban

conformar Estados étnicamente uniformes, algo que detestaba. Su ideal era la Yugoslavia en la que convivían mezcladas varias etnias, lenguas y religiones, todas ellas conformando un Estado absolutamente plurinacional.

Yo le dije que también admiraba enormemente esa idea, pero que creía que su análisis dejaba de lado el papel del nacionalismo serbio tras la muerte de Tito: cómo había pretendido centralizar mucho más el Estado y privilegiar lo serbio por encima de todo lo demás, provocando de este modo la reacción de los territorios que se sintieron agraviados. Iniciamos entonces una discusión interesantísima y me di cuenta de que los intercambios dialécticos con ella suponían un reto intelectual altamente estimulante. Su extraordinaria inteligencia me deslumbró, y su discurso me atraía incluso cuando estaba en desacuerdo con sus argumentos.

Acabamos la noche en el piso de Robert viendo discursos políticos de los distintos candidatos a las elecciones del día siguiente. Supe que me gustaba cuando dijo que ella no podría tener una relación duradera con una persona que no tuviera el castellano como lengua materna porque «una pareja tiene que ser capaz de hablar de Kierkegaard sin traducir mientras piensa». Yo no sabía quién era Kierkegaard, pero me prometí que le demostraría que no tenía razón y que podíamos estar juntos a pesar de mi condición de catalanohablante. Unos minutos más tarde le pedí el teléfono, aunque no nos besamos hasta un mes después, cuando volvió de nuevo a Barcelona.

Los primeros meses del noviazgo transcurrieron entre constantes viajes a Madrid y una conversación trascendente al lado del estadio del Besiktas en Estambul, nuestra ciudad favorita. Allí, con 2016 recién estrenado, a pocos metros del palacio en el que había fallecido Atatürk, me comprometí a visitarla frecuentemente e incluso a establecerme en la capital española la temporada siguiente, tomando decisiones profesionales que me lo permitieran. Pero la felicidad desbordante de los comienzos se vio truncada por la enfermedad de mi madre y su rapidísima evolución: se empezó a encontrar mal en febrero, la ingresaron en marzo y murió en abril. Violeta y ella se vieron solo una vez, ya en el hospital, y aunque las circunstancias del encuentro no permitieron ninguna charla profunda, me hizo saber que aquella chica que le acababa de presentar, la primera en toda mi vida, le había gustado. Siempre había tenido un talento especial para detectar el fondo de las personas, la bondad, la humanidad innegociable que nos transmitió a sus dos hijos y que hoy sigue siendo su mayor legado. A las pocas semanas de aquella única reunión entre las dos mujeres que han sostenido mi existencia, su corazón se apagó

mientras yo me encontraba en un plató de televisión presentando un programa en directo. Dejó un vacío sobrecogedor. Era ella la que vertebraba emocionalmente a la familia, la que la guiaba. Fue un golpe especialmente duro para mi padre y para mi abuela. Para todos lo fue, pero para ellos más que para nadie. La vida cambió por completo.

Establecerme íntegramente en Madrid, con mi hermano viviendo en Ámsterdam, suponía dejar demasiado solo a mi padre. Violeta, además, no podía moverse porque se le acababa de presentar la gran oportunidad de su vida. Había estudiado Ciencias Políticas y siempre había deseado orientar su carrera profesional hacia las instituciones del Estado. Colaboraba con la Secretaría Internacional de Podemos y, tras las elecciones legislativas de diciembre de 2015, le propusieron ser la asistente de un importante diputado del partido morado en el Congreso. Este puesto de trabajo suponía para ella la realización de un sueño, y obviamente implicaba que tenía que seguir residiendo en Madrid mientras lo ocupara. Así que me desdoblé e intenté estar en todas partes a la vez. La temporada 2016-2017 consistió para mí en pasar unos cuantos días a la semana en Barcelona para presentar mis programas y ver a mi padre y compartir con ella el

resto del tiempo en un pequeño y bonito piso en Malasaña en el que, sobre todo, sonaba Nacho Vegas y entraba una luz brillante por las ventanas. Fueron muchas horas de AVE

y constantes cambios de chip: mi vida en un sitio no tenía absolutamente nada que ver con mi vida en el otro. Era como estar en dos realidades simultáneas sintiendo que ninguna de ellas se desarrollaba en plenitud, que todas se quedaban cortas. Me frustraba no poder dedicarme de verdad a ninguna de las dos.

En realidad estoy intentando racionalizar algo que no tiene explicación. Pero es inevitable hacerlo. El ser humano quiere saber por qué le pasan las cosas. Y a mí me estaba naciendo una trampa mental que me iba a dejar atrapado en sus cadenas. Ya me habían diagnosticado un TOC (trastorno obsesivo-compulsivo) con anterioridad. No me gusta cuando se frivoliza sobre esta enfermedad y se la describe como una especie de manía que consiste en tenerlo todo ordenado, o cuando se la reduce a la necesidad de realizar rituales constantes como lavarse las manos cada dos por tres. En mi caso, sufro lo que los psicólogos y los psiquiatras denominan «obsesiones puras» o «dudas obsesivas». Las pequeñas incertidumbres que nos asaltan a menudo a todas las personas, con sus miedos y sus cuestionamientos, se pueden convertir para mí —y para los que padecen lo mismo que

yo— en auténticos laberintos sin salida. Las analizamos desde todos los puntos de vista, hacemos comprobaciones una vez tras otra, volvemos a comprobar lo que ya habíamos comprobado, y este proceso de rumiación permanente nos impide concentrarnos en las tareas que tenemos que abordar en nuestra vida cotidiana. En lo más profundo de la obsesión hay un miedo. Y ese miedo condiciona nuestro razonamiento y nos hace creer que aquello que tememos es lo que en realidad está sucediendo o va a acabar sucediendo, sumiéndonos en un estado de ansiedad o depresión. El día a día es un infierno porque solo existe esa preocupación, y sentimos una urgencia desmesurada por resolver aquello que nos está atormentando.

Mi gran miedo era la muerte. Con dieciséis años ya me diagnosticaron por primera vez un TOC de hipocondría. Con mi madre, descartamos medicarme porque consideramos que era demasiado joven para empezar a tomar pastillas. Fui a unas cuantas sesiones de terapia con una psicóloga hasta que estimé que no lo necesitaba más. Creo que el periodismo me ayudó. Digamos que me «obsesioné positivamente»

con dedicarme a la radio y la persecución de ese sueño hizo que no estallara del todo el problema de salud mental que sin duda habían identificado correctamente. En 2012, con veintinueve años y ya establecido en la profesión, regresó con más fuerza. Entonces sí me decidí a consumir fármacos y a asistir a una terapia más regular. Sin duda mejoré.

En 2016, mi psiquiatra consideró que estaba curado y dejé el tratamiento. Pero en 2017

me invadió una nueva duda, distinta a la que había tenido siempre. Una duda que generaba a su alrededor un montón de preguntas y que atacaba frontalmente al que estaba siendo mi mayor punto de apoyo. ¿Y si no estaba enamorado de Violeta? ¿Y si

estaba tirando por la borda mi vida continuando en esa relación? ¿No debía dejarla si no tenía una seguridad plena? ¿La estaba engañando al continuar con ella con esa duda en la cabeza? ¿Estaba arruinando su vida? ¿Era por lo tanto yo, obrando de esa manera, una mala persona? ¿Qué pensaban de ella mis amigos? ¿Qué pensaba de ella mi familia? ¿Creían que era rara? ¿La criticaban? ¿Me criticaban a mí por estar con ella?

¿Les estaba decepcionando? ¿Comparaban nuestra relación con la que tuvieron mis padres o con la de mi hermano y su novia y llegaban a la conclusión de que no estábamos a la altura? ¿Creían que me estaba

boicoteando a mí mismo? ¿Pensaban que yo no tenía personalidad por no ser capaz de dejar una relación que era evidente que no iba a ninguna parte? ¿Era yo un cobarde? ¿Seguiría con esa duda hasta el infinito, torturándome la cabeza, siendo incapaz de tomar ninguna decisión, derrotado por la incertidumbre?

Devoré todos los artículos de internet que te ayudaban a determinar si realmente estabas enamorado de tu pareja. Rellené cuestionarios. Leí sobre las fases del amor. Pasé horas y horas esperando que Google tuviera la respuesta. Hice muchísimas comprobaciones mentales: ¿qué sentí esos días en los que estuve sin ella? ¿Me lo pasé mejor comiendo con mi padre que con ella? ¿Las chicas que veía por la calle me parecían más guapas? ¿Las parejas que me cruzaba parecían más enamoradas? ¿Sentía lo mismo que los personajes de las películas? ¿Se parecía mi caso al de las separaciones que me contaban? ¿Discutía mi hermano menos con su novia que yo con Violeta?

¿Habría sido mejor mi vida con las chicas que me gustaron antes que ella?

Llegué a un foro de Reddit que hablaba de algo llamado ORCD (traducido del inglés, trastorno obsesivo-compulsivo relacional). Lo encontré porque me di cuenta de que el mecanismo mental que me estaba atrapando se parecía mucho al que me había anulado con la hipocondría. El objeto de la preocupación era otro, pero funcionaba de forma muy similar. Busqué un psicólogo nuevo, que confirmó el diagnóstico: se trataba de un TOC. Aprendí mucho leyendo experiencias parecidas. Había muy poca literatura en español sobre ese tipo de obsesión, pero la comunidad de Reddit había puesto en común muchos documentos en inglés que explicaban exactamente lo que a mí me ocurría y en qué se diferenciaba de las dudas no patológicas que podía llegar a sufrir cualquier persona en su día a día. Tuve que dejar de leer esos casos prácticos porque la propia consulta del foro se convirtió en una compulsión: entraba para reconfortarme, para asegurarme de que me pasaba lo mismo que a los demás. El psicólogo tuvo claro qué estrategia había que seguir: debía comprometerme, durante un año exacto, a no tomar ninguna decisión, a aplazarla hasta la fecha en la que venciese ese compromiso que incluso firmamos en un contrato simbólico. Si asumía ese pacto como algo sagrado, desaparecería la ansiedad por actuar de inmediato y dejaría de torturarme la necesidad de esclarecer qué me estaba ocurriendo antes de acometer cualquier otra acción en mi

vida. Y podría dedicarme, precisamente, a vivir. Eliminado el componente de tensión y la urgencia, prestaría una mayor atención a

la realidad y daría menos importancia a los pensamientos intrusivos que me martilleaban la cabeza, a los que identificaría como agentes externos a mi ser. Y todo esto crearía las condiciones idóneas para poder disfrutar de la relación en plenitud, posponiendo el balance hasta doce meses después.

Hace ya más de medio año desde que nos pusimos de acuerdo en esta solución y está funcionando muy bien. La medicación, que en un principio fui reacio a volver a tomar, también ha ayudado. Con todo, los primeros seis meses de 2018 fueron un infierno. El día de Nochevieja estábamos de vacaciones en Škofja Loka, el pueblo esloveno en el que nació Jan Oblak, y vimos un capítulo de *Black Mirror* en el que un programa informático determinaba cuánto iban a durar las relaciones y ahorraba a las personas tener que decidir cuándo había que ponerles fin. Mi TOC, que ya se había estado gestando durante toda la segunda mitad de 2017, estalló en su máxima expresión. Recuerdo especialmente el día que viajé a Londres para comentar un Arsenal-Atlético de Madrid de semifinales de Europa League para beIN Sports. Arsène Wenger acababa de anunciar que iba a dejar el club a final de temporada, y por lo tanto esa era su última oportunidad de levantar un título europeo. Era también mi primera visita al Emirates.

Con todo lo que habían sido Wenger y el Arsenal para mí, aquella cobertura habría supuesto, en otras circunstancias, una ocasión muy especial. Sin embargo, en los días previos les conté a mi padre y a mi hermano que se me hacía una montaña ir a Londres, que no me apetecía en absoluto. Comí en Covent Garden y me perdí por lugares que otras veces fueron sinónimo de luz y de vida y que esa tarde solo transmitían tristeza y oscuridad. El mundo era un lugar demasiado complicado y yo hubiera estado mejor en mi habitación cubierto por un edredón que no dejara entrar nada del exterior. Cuando arrancaban las transmisiones o se encendía el piloto rojo en el programa *El Club*, lograba transformarme y sacarlos con profesionalidad. Advertí a mis jefes más directos del momento que estaba atravesando, pero en pantalla me aseguraban de que era capaz de disimular por completo la tortura que estaba viviendo. Nunca crucé la barrera de no poder ir a trabajar, pero estuve cerca. La mejoría la empecé a notar en el viaje a Kiev para la final de la Champions entre el Liverpool y el Real Madrid. Disfruté la experiencia, paseando por la capital ucraniana con Valdano y Segurola en los días previos al partido. Luego llegó el Mundial, en el que viajé a San Petersburgo para ver la semifinal entre Francia y Bélgica, y el resultado me dolió por Roberto Martínez. Fue una buena señal, porque cuando el TOC ataca fuerte las derrotas futbolísticas no provocan ni rasguños. En verano pasamos unas vacaciones magníficas

con Violeta en las Islas Feroe y yo no me creía el milagro que estaba viviendo: los fantasmas eran cada vez más pequeños y nuestro coqueto hogar provisional en Kvivík, con el mar de fondo y los peculiares paisajes del archipiélago visibles desde la ventana del dormitorio, fue el escenario de una especie de redescubrimiento del amor. En realidad, el amor nunca se

había ido, pero había estado escondido debajo de infinitas capas de pensamientos que no decían la verdad. Ahora esas capas se estaban desvaneciendo.

Como es lógico, en los últimos meses no he escrito nada. La poca energía que me quedaba la dedicaba a poder cumplir con mi trabajo, y en el tiempo de ocio era incapaz de abrir este documento y continuar con una empresa que necesita tanta disciplina. Que ahora me haya animado a organizar un nuevo viaje a Kosovo es un síntoma claro de que la recuperación va por buen camino. De hecho, me apetece mucho volver. Y hay motivos para hacerlo. Me refiero a que está justificado seguir ampliando el relato y no cerrarlo con la Eurocopa que Albania jugó en 2016 ni con la fase de clasificación para el Mundial de 2018 que supuso la primera gran aventura competitiva oficial de Kosovo.

Para explicar lo que vamos a ir a ver es fundamental empezar contando que la UEFA se inventó una nueva competición, la Nations League, con cuatro divisiones en las que se distribuyen las selecciones en función de su nivel. Más allá del aliciente de poder ascender, se reserva un premio muy goloso para el mejor de cada categoría: una plaza en la Eurocopa de 2020. En otras palabras, una de las peores dieciséis selecciones del continente —las que conforman la denominada Liga D— estará en el gran torneo. Una de entre las integrantes de esta lista: Azerbaiyán, Macedonia, Bielorrusia, Georgia, Armenia, Letonia, Islas Feroe, Luxemburgo, Kazajistán, Moldavia, Liechtenstein, Malta, Andorra, Kosovo, San Marino o Gibraltar. A Kosovo, que partía desde el último bombo, le tocó un grupo con Azerbaiyán, Islas Feroe y Malta. Los ganadores de cada grupo se enfrentarán en marzo de 2020 en un formato de semifinales y final para determinar quién se lleva el billete para la Eurocopa. En el momento del sorteo, la expectativa de que el conjunto balcánico se clasificara para esa final a cuatro parecía realista, e incluso la posibilidad de acudir a la gran cita no era ninguna utopía. Me prometí que, si se llegaba a la última jornada de la fase de grupos con Kosovo dependiendo de sí misma para ganar su liguilla, viajaría a Pristina para asistir al encuentro.

Y la última jornada es la semana que viene. Antes, sin embargo,

llegará la penúltima.

Voy a llegar a Pristina cuando le queden dos partidos a cada equipo para la conclusión del grupo. Kosovo ha ganado sus dos encuentros como local (2-0 a Islas Feroe y 3-1 a Malta) y ha empatado los dos que ha jugado fuera (0-0 en Azerbaiyán y 1-1 en el archipiélago del Atlántico Norte al que tanto cariño le cogimos Violeta y yo en verano).

Tiene, ahora mismo, ocho puntos, dos más que el segundo, Azerbaiyán, que ha empatado tres choques y ha ganado uno. Las Islas Feroe, con cuatro, y Malta, con dos, cierran el grupo. Kosovo tiene que viajar en la quinta jornada a la pequeña isla mediterránea antes de cerrar su participación con el partido que se antoja decisivo ante Azerbaiyán en Pristina. Ese es el partido que iremos a ver.

Sin embargo, no todo ha sido feliz en el fútbol kosovar en los últimos tiempos. Todo lo contrario. El 9 de junio de este año murió Fadil Vokrri. La noticia me causó un gran impacto. Me enteré por Twitter, por un mensaje de la UEFA en el que se anunciaba su fallecimiento y expresaban sus condolencias. Fadil, que tenía cincuenta y siete años, salió a correr como tantas otras veces por Pristina y sufrió un paro cardíaco. Pese a que fue trasladado rápidamente al hospital, llegó a él ya sin vida. Por la tarde, el Estadio de la Ciudad de Pristina, el mismo en el que le habíamos realizado aquella entrevista en nuestra primera visita cinco años antes, fue renombrado Estadio Fadil Vokrri. El día siguiente se celebró un funeral de Estado y el presidente del país, Hashim Thaçi, declaró un día de luto nacional. Todas las banderas de los edificios oficiales ondearon a media asta. En la multitudinaria despedida, que seguí desde Sabadell, me pareció ver a Labinot dejando una corona de flores. Le escribí trasladándole mis condolencias. Estaba destrozado y vaticinaba tiempos muy oscuros para el fútbol kosovar, que en su opinión se sustentaba absolutamente en su figura. Las muestras de cariño llegaron desde todo el mundo. Incluso desde Serbia. El Partizán de Belgrado, el equipo en el que Fadil jugó entre 1986 y 1989 y con el que ganó una liga y una copa yugoslavas, expresó su dolor en las redes sociales y lo reconoció como una leyenda.

Aún golpeada por la muerte de Vokrri, la sociedad kosovar pudo disfrutar durante el Mundial 2018 de un día muy especial. Serbia y la Suiza de Granit Xhaka y Xherdan Shaqiri fueron encuadradas en el mismo grupo, por lo que, ya mucho antes de que se disputara, el partido recibió una atención mediática especial. Las dos figuras del conjunto helvético no solo son de origen kosovar, sino que además han mostrado reiteradamente su compromiso con la tierra de sus

antepasados y se han posicionado abiertamente en el conflicto sobre su independencia y sobre el reconocimiento de su selección nacional. Con Brasil como clara favorita y con Costa Rica como selección más débil sobre el papel, el Suiza-Serbia de la segunda jornada se perfilaba como un duelo directo decisivo para determinar quién acompañaría a la *canarinha* en la siguiente fase.

El día del partido, Pristina y las demás ciudades y pueblos de la llanura se sentaron ante el televisor. La tensión se hizo patente desde el pitido inicial, y el público ruso que acudió al estadio de Kaliningrado se posicionó claramente a favor de Serbia, un aliado histórico con el que su país comparte el eslavismo y la religión ortodoxa. Aleksandar Mitrović, probablemente el jugador con más conexión emocional con la afición de su país debido a su temperamento y a sus extraordinarios números con la selección, adelantó a Serbia a los cinco minutos. Se llegó al descanso con un 1-0 funesto para los intereses helvéticos —suponía la eliminación virtual —, pero Granit Xhaka empató a los siete minutos del segundo tiempo con un zurdazo desde fuera del área. Su reacción se hizo rápidamente viral: corrió hacia la grada haciendo el gesto del águila bicéfala de la bandera albanesa con las dos manos y desafió al público con la mirada. Este suceso calentó aún más el partido, con los dos equipos buscando el gol de la victoria. Serbia

arriesgó porque el empate podía no valerle —Suiza había logrado un 1-1 ante Brasil en la jornada inaugural— y se quedó muy expuesta en un contragolpe que llegó en el minuto 90: Shaqiri recibió un pase en profundidad, se plantó solo ante el portero y lo superó con un toquecito sutil. La escena del tanto anterior se repitió. Esta vez fue el extremo de Gnjilane el que hizo el gesto del águila, quitándose la camiseta y haciéndola descansar sobre su torso desnudo. Xhaka llegó corriendo y lo abrazó, dibujando también él, de nuevo, el águila bicéfala con las dos manos. El partido acabó 1-2 y provocó un éxtasis colectivo en Kosovo, con festejos por las calles similares a los que se habrían producido si hubiera sido la propia selección kosovar la que hubiese derrotado a su enemigo íntimo. La UEFA sancionó con diez mil francos suizos a cada uno de los dos jugadores por provocación política, y en Kosovo se recaudaron fondos para pagar la multa —con incluso un ministro del Gobierno participando en la recolecta—. La federación serbia también recibió una penalización de cincuenta y cuatro mil francos suizos por los cánticos y las pancartas de contenido discriminatorio que sus aficionados profirieron contra los albaneses durante el partido. Suiza se clasificó para octavos de final, una ronda en la que perdió contra Suecia, y Serbia quedó eliminada al acabar como tercera del grupo.

Esta vez, Edu no vendrá conmigo. La vida también le ha golpeado a él, y ha decidido volver a un trabajo fijo que le concede menos libertad para acompañarme en mis escapadas. He convencido a Tomàs Martínez, uno de mis más fieles compañeros en el proyecto de *marcadorint.com* y con quien ya viajé a Lituania en 2013 y a Hungría en 2014, para que sea mi fotógrafo en este cuarto viaje. Hemos diseñado una ruta atractiva con una parada muy sugerente en el trayecto entre Tirana y Pristina: haremos noche en Kukës, la ciudad albanesa que acogió a tantos refugiados kosovares durante la guerra.

La ciudad del Kukësi, el equipo al que inesperadamente acabamos animando con entusiasmo en Tirana en un partido ante el Metalurg Donestk en las previas de la Europa League 2013-1014. En cierto modo, la ciudad que nos hizo conocer a Vullnet. A Tomàs le he hablado de toda la gente a la que queremos ver: del padre de Don Juri, de su hijo cineasta, de Labi y, por supuesto, del provocador periodista-activista que bucea entre la escena alternativa de Pristina. Incluso ha leído el primer capítulo de este libro.

Ahora vamos a recoger material para escribir otro.

## UN KOSOVO-AZERBAIYÁN EN PRISTINA

EL TAXISTA NOS HABLA DE ACEITE DE OLIVA. Conoce una estadística según la cual Albania y España rivalizan por ser los mayores productores europeos de este bien esencial y cree que esto nos une. Se siente cercano a nosotros y piensa que ha tendido un puente.

Formamos parte de un equipo. El equipo del aceite de oliva.

Nos deja en la plaza Skanderbeg. Siempre pido que me acerquen hasta allí. Es como un lugar seguro, una especie de hogar imaginario al aire libre. Me gusta saber que conozco bien la plaza. Sé dónde está el museo, la ópera, la estatua… Se lo enseño todo a Tomàs. Este es, sin duda, uno de los grandes alicientes del cuarto viaje: mostrarle a un amigo un país que ya empiezo a sentir como familiar. Es su primera vez y sé que le va a sorprender. En la oficina de turismo nos indican dónde está la estación de autobuses desde la que salen los transportes oficiales a Kukës. También los habrá no oficiales, pero esos ya los tendremos que buscar nosotros. Decidimos ir andando pese a que se trata de un descampado a más de veinte minutos a pie y vamos cargados con el equipaje.

Callejear es una buena manera de descubrir. Y lo que descubrimos esta vez es que abundan las banderas escocesas. Mañana se disputa un Albania-Escocia en Shkodër, cuyo estadio nuevo no llegó a tiempo aquella vez contra Serbia, pero cuyas obras de reconstrucción ya finalizaron y es ahora, a la espera de que se complete el majestuoso proyecto en Tirana, la sede de la selección. Entendemos por fin por qué no había habitaciones libres en el Freddy’s ni en ningún otro hotel cercano. Volveremos cuando los escoceses ya se hayan ido.

En el gigantesco aparcamiento sin asfaltar que hace las veces de estación de autobuses, el conductor del transporte oficial hacia Kukës nos cierra el paso. No podemos subir, dice. No explica por qué. Detrás nuestro aparecen otros pasajeros que llegan más tarde y sí pueden entrar. Algunos se abrazan con el conductor, que parece conocerlos. Un matrimonio de avanzada edad y un señor calvo también ven denegado su acceso. Un observador externo diría que el criterio para dejar pasar a unos y no a otros es tremendamente arbitrario, aunque quizás exista un sistema de reservas que desconocemos. Tampoco nos da alternativas: no habla inglés y no tiene ningún interés en esforzarse para establecer una comunicación. Tomàs me mira extrañado y le digo que esto es Albania. No nos queda otra que empezar a gritar «¡Kukës, Kukës!» y poner cara de interrogación a todos los conductores de furgonetas que están al acecho.

Finalmente encontramos a uno que nos confirma que sí, que va a Kukës. Este tampoco habla inglés, pero sí quiere conversar: entendemos que saldrá cuando se le llene el vehículo y que nosotros somos los primeros. Nos dice que dejemos el equipaje en el maletero y que vayamos a tomar un café con tranquilidad. Que la espera va para largo, que antes de las dos no nos pondremos en marcha.

Hay una cantina al lado. Si hay tanto tiempo, comeremos. La carta está solo en albanés y pedimos algo que acaba en *kebab*. Nos sorprende que luego nos llegue una sopa. Hay cordero en la sopa, así que por ahí andaban los tiros. Está deliciosa, a decir verdad. El local es grande, hay muchas mesas bastante separadas. La comida es barata.

Aquí vienen vecinos de la zona, conductores de autobuses, propietarios de furgonetas y viajeros que esperan que salga su transporte. Nuestro conductor asoma la cabeza de vez en cuando para decirnos que no nos preocupemos, que no hay prisa, que sigamos en la cantina, que nos lo tomemos con calma. Pedimos café. Me siento bien, estamos en los Balcanes. Todo es tan reconocible que me emociono.

Cuando llevamos ya un par de horas en la cantina, el conductor nos hace un gesto y nos dirigimos a la furgoneta. Enciende el motor, parece que va a salir. Pero no, falsa alarma. Lo vuelve a apagar, se levanta y va a buscar a alguien. Hay aún un asiento vacío y lo quiere llenar. Toca esperar un poco más. No es raro que, cuando luego le pregunte a Tomàs qué le ha parecido Albania, me conteste que es un lugar definido por la paciencia. Todo el mundo tiene mucha, dice. Hay que tenerla para enfrentarse al día a día.

Es la segunda vez que hago este trayecto. La primera, al amanecer, dormí durante todo el viaje. Fue cuando Vullnet se fijó en mí. Hoy tengo los ojos bien abiertos y contemplo un paisaje que se va embelleciendo según nos acercamos al norte. Durante un largo rato, la carretera sigue el curso del río Fan, y ambos parecen dibujar dos líneas paralelas. Se diría que los pueblos que se ven en la otra orilla pertenecen a otro tiempo, como si fuesen la puerta de entrada a la Albania montañesa en la que aún rigen las normas y los códigos ancestrales de las aldeas remotas de las novelas de Kadaré. El punto culminante del trayecto es, sin embargo, la llegada a Kukës. La ciudad se presenta elevada por encima de un embalse que, iluminado por la luz tenue del atardecer, podría confundirse con el lago de una pintura bucólica. En los setenta, el pueblo quedó sumergido por la construcción de la presa y la central hidroeléctrica, y se decidió reconstruirlo en el peñasco en el que hoy se encuentra. La furgoneta sortea las curvas de la ascensión, que se asemeja a la sucesión de rampas de un final de etapa en

alto del Tour de Francia. En cada giro se aprecian los distintos tonos y colores de los reflejos en el agua.

Cuando llegamos le pregunto al conductor cuánto le debo. « *Five thousand*», responde.

Me parece caro. Cinco mil leks son unos cuarenta euros. No recordaba que estos transportes costaran tanto. ¿Y ese precio es por persona o para los dos? De momento le doy un billete de cinco mil, y si es el doble ya me lo pedirá. Se lo muestro y pone cara de extrañado. No lo coge. Pronuncia algo que no entiendo. Serán diez mil, entonces.

Ochenta euros es una barbaridad, pero en su día creo recordar que pagué cien euros al taxista que nos llevó a Korçë. No es la misma comodidad, pero entra dentro de los gastos previstos. Busco un segundo billete de cinco mil, y cuando se lo doy, dice que no, que no es eso. Alarga la mano y encuentra entre el fajo que estoy manejando uno de mil.

Ya está. Son cuatro euros por persona. Esto tiene más sentido. No es la primera vez que me pasa aquí, y ya no me acordaba. Por alguna razón, en Albania es habitual que la gente sin un gran dominio del inglés confunda *thousand* y *hundred*.

Nos cuesta encontrar la pensión en la que hemos hecho la reserva. Finalmente nos damos cuenta de que se entra por una cafetería que a su vez hace las funciones de recepción. Las habitaciones están en el piso de arriba. La nuestra es amplia, pero el calefactor no funciona y el aparato de aire acondicionado —que tiene una opción para expulsar aire caliente— tampoco. Es noviembre y estamos a los pies de los Alpes albaneses: habrá que cubrirse con mantas y edredones. Salimos a pasear pero ya ha anochecido y la iluminación de las calles es escasa. Hace mucho viento y estar a la intemperie no es agradable. Hay unos cuantos locales de billares en los que se refugian los hombres de mediana edad y algunos más mayores. Parece la afición favorita para pasar el tiempo en las frías tardes de otoño e invierno. También hay, por supuesto, muchas casas de apuestas con sus televisores preparados para ofrecer partidos y las distintas cuotas. Suponemos que, por la noche, cuando arranquen los encuentros de la Nations League, se llenarán. Pero a esa hora ya nos habremos puesto a resguardo.

La sorpresa más agradable para Tomàs es la comida. Si la cena es abundante y rica, el desayuno de la mañana siguiente es extraordinario. No nos dan a elegir, pero los camareros van trayendo distintas especialidades locales, una tras otra. Todo preparado de manera tradicional y casera. Al terminar, y tras felicitarle por la calidad de sus productos, le preguntamos al dueño del hotel por la mejor forma de llegar a Pristina.

Duda un poco. Nos dice que va a hacer algunas llamadas. No tenemos prisa, le contestamos, y mientras él lo gestiona damos una vuelta por la ciudad. El campo de fútbol queda cerca y es inevitable que nuestra vocación nos lleve hacia él. Es relativamente grande, pero está en un estado ruinoso. Necesita, como tantas otras infraestructuras del país, una remodelación urgente. Luego me entero de que esa

remodelación ya se produjo en 2012 para poder llegar a los requisitos mínimos para competir en la máxima categoría. No quiero saber cómo estaba antes. En el terreno de juego hay unos niños entrenando que nos miran con curiosidad. Saben que somos extranjeros. El FK Kukësi se encuentra en el mejor momento de su historia. Hace un año y medio conquistó el título de liga. No solo se trataba del primero que lograba, sino que lo consiguió en la que era su quinta temporada en

primera división. Lo hizo, además, de forma épica, derrotando en la penúltima jornada a un Skënderbeu que se había llevado los seis campeonatos anteriores de forma consecutiva. Ese partido fue tremendamente polémico: el conjunto de Korçë acabó con nueve hombres —la primera expulsión llegó en el minuto 11—, le pitaron un penalti en contra y le negaron otro a favor que sus jugadores consideraron clarísimo.

Si hablamos de polémicas, nadie está ahora mismo tan manchado por ellas como el Skënderbeu. El pasado mes de marzo de este 2018, el Comité de Control, Ética y Disciplina de la UEFA impuso una sanción de diez años sin participar en competiciones europeas y otra sanción de un millón de euros al club de Korçë al considerarlo culpable de haber amañado unos cincuenta partidos entre los torneos continentales, nacionales y algunos amistosos. Los informes de los investigadores, que se filtraron a la prensa albanesa, hablaban de una operación a gran escala que usaba al equipo de fútbol como vehículo para el crimen organizado. El objetivo era adulterar los partidos para conseguir grandes ganancias en las casas de apuestas. La propia UEFA emitió un comunicado en el que aseguraba que los investigadores habían sufrido amenazas de muerte anónimas. Esta medida disciplinaria fue el resultado de la segunda fase de un proceso que ya conllevó en su primera resolución una sanción administrativa de un año de exclusión de los torneos europeos en la campaña 2016-2017 para el Skënderbeu. El club ha recurrido la suspensión y se espera que el TAS dé un veredicto definitivo el año que viene. La ciudad de Korçë ha salido a la calle en varias ocasiones para protestar contra el proceso, acusando a las autoridades de estar matando su sueño. No sé qué pensará el padre de Don Juri de todo esto. Espero poder preguntárselo en Tirana cuando regresemos.

Lamentablemente, este asunto no puede suponer una gran sorpresa para nadie que se haya acercado al fútbol albanés en los últimos tiempos. Tanto aquí como en Kosovo las sospechas sobre la estrecha relación entre los propietarios de algunos clubes y las casas de apuestas son mencionadas en las conversaciones con una ligereza que asusta. Los directivos de los equipos se acusan los unos a los otros en conversaciones privadas: cuando pierden siempre es porque «la liga está amañada». «Podría acertar fácilmente todos los resultados de la jornada antes de que empiece», me han llegado a decir. No sé cuánto hay de excusa y cuánto de realidad, pero el interlocutor siempre asegura estar limpio y ser el único que compite en inferioridad de condiciones en un campeonato

adulterado. ¿Pero por qué no se combate si todo el mundo habla de

ello? Hay quien piensa que, desafortunadamente, ahora mismo la única fuente de ingresos posible para ligas con tan poco seguimiento tiene que proceder de la industria de las apuestas. Sin ese dinero, la competición no sería sostenible. ¿Pero vale la pena que sea sostenible si al mismo tiempo está ensombrecida por una nube gigantesca de sospecha? El caso del Skënderbeu es el único que ha sido sometido a un procedimiento judicial de esta magnitud, aunque en realidad la investigación no se inició en la propia Albania. Tuvo que ser la UEFA, mediante su colaboración con agentes externos que monitorizan la actividad de las casas de apuestas, quien entrara de lleno. Luego, la federación le retiró el título de liga de la temporada 2015-2016, pero el TAS se lo devolvió al entender que este ente carecía de base legal adecuada para imponer sanciones relativas a los hechos estudiados. Es evidente que todo este asunto que afecta al club de Korçë daña enormemente la imagen global del fútbol albanés, e incluso hay quien piensa que embrutece la reputación del propio héroe nacional Skanderbeg: la sanción ha llegado cuando se cumplen quinientos cincuenta años de su muerte y la diáspora albanesa celebra el señaladísimo aniversario.

Tras intentar establecer una conversación mínima con los niños del estadio del FK

Kukësi, regresamos al hotel. El dueño tiene un amigo que nos va a llevar a Pristina. Hay que ir a reunirnos con él, así que nos pide que subamos a su coche. Damos mil vueltas por el centro de Kukës, y el propietario de la pensión donde nos hemos hospedado se impacienta porque no encuentra al conductor. Le vuelve a llamar por teléfono, detiene el auto en medio de la calle, baja a ver si está aparcado en una plaza, vuelve a arrancar, y finalmente lo halla. Cambiamos de vehículo y nos presenta al amigo, que lo primero que nos dice es que nos va a llevar a Prizren y que allí habrá que tomar un autobús para llegar a la capital de Kosovo. No era lo pactado inicialmente, pero nos resuelve el problema, así que aceptamos. Nos ponemos en marcha y, tras recorrer unos cuantos metros, paramos al lado de una casa. El señor baja, abre el maletero y saca un neumático. Lo transporta hasta el interior de la vivienda. Desconocemos qué está ocurriendo y nos miramos extrañados, aunque la espera no se hace larga. Enseguida vuelve y dice que ahora ya podemos partir. Pero antes de salir de Kukës se detiene de nuevo y sube al coche un nuevo amigo, que se sienta delante, junto a él, y se dedica a sostener el soporte del retrovisor para que no se caiga. Se pasa todo el trayecto así, sacando la mano por la ventanilla para aguantar esa pieza que se tambalea. Sin más explicación, se baja justo antes de la frontera, en una zona en la que no parece haber ningún pueblo. Ahora el retrovisor tiembla y

amenaza con desprenderse, pero conseguimos llegar a Prizren sin perderlo. De forma totalmente inesperada, el autocar que nos llevará a Pristina sale dentro de veinte minutos, por lo que esta vez no tenemos que esperar. Creemos que ha sido una casualidad, es imposible que lo hayan planeado con tanta precisión. Labi me llama poco rato después, como si tuviera una alerta en el

teléfono advirtiéndole del momento en el que ingreso en territorio kosovar. Sugiere quedar por la tarde para ver el Malta-Kosovo, el penúltimo partido de la fase de clasificación.

En Pristina hace mucho frío. Estamos a cuatro grados y cae algo parecido a la nieve.

La ciudad está oscura y parece menos acogedora que en verano. Comemos —aunque es hora de merendar— en un restaurante con buena fama cerca del hotel. Veo en la carta un plato típico de Elbasan y me lo pido porque siento que no tengo elección, que esa ciudad albanesa está siempre presente y que reclama permanecer en el foco de este libro. No me parece especialmente sabroso y pienso que Tomàs ha elegido mejor que yo. Aquí cocinan bien, tenemos que recordarlo para una próxima ocasión. Labi vuelve a llamar y nos dice que nos recoge en media hora. Tenemos que apresurarnos: en un primer momento nos había dicho que probablemente estaría fuera de la ciudad hasta la hora del partido, pero ya ha regresado. Nos quedamos sin probar los postres. Casi sin tiempo para subir de nuevo a la habitación, nos reunimos con él. Nos dice que se ha alejado mucho del fútbol, ya que la experiencia en el Vushtrri fue agotadora. Aunque el equipo ganó un histórico título de liga, la inversión externa se fue apagando poco a poco y tuvieron muchas dificultades económicas. Acabó harto, y cuando salió del club se desvinculó de la que había sido su gran pasión. Sin embargo, hará una excepción estos días con nosotros, y empezará hoy llevándonos a un bar con varias pantallas para que podamos ver tanto el Malta-Kosovo como el Albania-Escocia. Allí nos esperan dos amigos suyos, excompañeros en el 2 Korriku. Desde muy jóvenes han visto el fútbol juntos, animando a equipos italianos distintos y generando de esta forma una rivalidad amistosa. Nos los presenta. Kastriot es del Milan. Artan, de la Juventus. Y él, del Inter.

No es extraño: en los Balcanes, desde hace décadas, se puede captar la televisión italiana

—incluso en Albania en los tiempos de Hoxha si se tenía cierta destreza a la hora de mover la antena—, por lo que la Serie A forma

parte de los recuerdos de niñez de la mayoría de sus habitantes más futboleros y es habitual que estos simpaticen con los clubes de allí.

Artan es un tipo realmente curioso. Trabaja supervisando las tiendas de una multinacional que vende televisores y otros electrodomésticos y tiene bastante tiempo libre. Es un apasionado del fútbol como pocos he conocido. Se anima a hablar español.

Según cuenta, es la primera vez que lo intenta, pero lo hace realmente bien. Para nuestra sorpresa, nos dice que lo ha aprendido viendo *El Chiringuito* por internet. Imita a Pedrerol de forma brillante. Cuando Cristiano Ronaldo empezó a sonar para la Juventus de Turín, empezó a ver el programa deseoso de conocer informaciones de última hora sobre la posible incorporación del portugués al club de sus amores. Se enganchó y ahora lo ve todos los días. Nos dice que también consumió entera una rueda de prensa de Sergi Roberto en la previa de un Barcelona-Inter y que se quedó

hasta el final pese a que el jugador hablaba en catalán. Sabe perfectamente qué jugadores del Barça hablan catalán y cuáles castellano. Pronto la conversación se convierte en un intercambio realmente confuso, porque Labi y Kastriot no entienden el español, y si volvemos al inglés es Artan quien no acaba de comprenderlo bien. No lo ha aprendido porque la Premier no le gusta demasiado.

Pero en realidad hemos venido a este moderno bar, situado en una primera planta a la que se accede subiendo unas escaleras tan futuristas como toda la decoración del local, para ver el Malta-Kosovo y seguir desde la distancia el resultado del Azerbaiyán-Islas Feroe. Hacer el mismo resultado que el equipo caucásico hoy le asegura a la selección de nuestros anfitriones depender de sí misma en el último partido y ascender a la Liga C y clasificarse para el play-off de la Eurocopa con un empate en ese duelo final. A los quince minutos, Vedat Muriqi marca el 0-1 y todo se pone de cara. Muriqi es un delantero centro que juega en Turquía, en el Rizespor, y que está siendo una de las sensaciones del tramo inicial de esa liga. Labi sostiene que es «el Giroud kosovar»

porque no marca demasiados goles pero trabaja mucho para el equipo y sus fantásticos movimientos generan ventajas a los compañeros. La placidez con la que transcurre el encuentro se ve amenazada por un inicio de segunda parte en el que Kosovo se relaja peligrosamente, pero pronto recupera el ritmo y acaba goleando por 0-5 con cuatro tantos en los últimos veinte minutos. Uno de ellos lo marca Benjamin Kololli, un lateral izquierdo que no es ni lateral ni zurdo, pero que el

entrenador, el suizo Bernard Challandes, usa en esa posición porque no hay ningún futbolista de cierto nivel que sea específicamente adecuado para el puesto. Kololli pertenece al FC Zürich y de hecho nació en Suiza. Lleva ya tres goles en esta liguilla y en todos ellos llega con mucha fuerza desde el carril y acaba las acciones como si fuera un delantero. El último tanto es obra de Milot Rashica. Labi no tiene ya casi contacto con él. En Kosovo se dice que le gustan los relojes caros y que ha cambiado mucho. Azerbaiyán gana también su partido, por 2-0, y llegará a Pristina con la obligación de sumar los tres puntos.

Pedimos más cervezas para celebrar el resultado. Ya no sé cuántas van. No me convienen, ni para el estómago ni para un resfriado que cada vez se manifiesta más agudo, pero al fin y al cabo estamos en Kosovo, a miles de kilómetros de casa, y estamos disfrutando. El Albania-Escocia empieza a las nueve menos cuarto y lo veremos también aquí. Hay tiempo para hablar un poco de todo, aunque acabamos volviendo a los temas de siempre. Entre ellos, pocos tan recurrentes como la selección yugoslava del Mundial de 1990. Es una experiencia que ya he vivido: en Ljubljana, hace seis años, en otro bar, en una mesa con unos eslovenos de la misma generación que Labi, Kastriot y Artan. Se les iluminaba la cara rememorando el último Mundial antes de la guerra. El gol de falta de Piksi Stojković contra España, la tanda de penaltis frente a Argentina en cuartos de final… «Creo que es el último torneo en el que animé a

Yugoslavia», dice Kastriot, pronunciando una frase que podrían firmar muchos balcánicos. Eslovenos, bosnios, croatas, kosovares… Los serbios, desde luego, no: ellos siguieron acudiendo a los torneos con el mismo nombre unos cuantos años más, incluso cuando solo los acompañaba Montenegro. El famoso España-Yugoslavia de la Eurocopa del 2000, el del gol de Alfonso en Brujas, era, en efecto, un España-Yugoslavia, aunque esa Yugoslavia la representaran solo Serbia y Montenegro.

Y de una cosa se pasa a otra, y de ese Mundial de Italia, inevitablemente, se salta a la Copa de Europa lograda por el Estrella Roja en el 91. ¿Lo animaron en aquella final de Bari contra el Olympique de Marsella? Kastriot se explaya. «Tienes que tener en cuenta que, en la mayor parte de países del Este, el equipo del Ejército siempre recibía más simpatías que el de la Policía. En Albania, por ejemplo, el Partizán tenía más seguidores que el Dínamo. La Policía se percibía con más temor, porque podía ir contra ti, mientras que el Ejército, al fin y al cabo, era el que nos protegía de las amenazas exteriores. En Yugoslavia te diría que aún se acentuaba más esta

cuestión. La Policía era fundamentalmente serbia, mientras que el Ejército era transversal; en él había miembros de todas las nacionalidades del Estado. Así que, fuera de Serbia, en las otras repúblicas, el Partizán tenía mejor fama que el Estrella Roja».

«Hay una foto», me dicen. «Hay una foto que tienes que ver». Hacen una búsqueda rápida en internet y, tras encontrarla, me la muestran. Aparecen juntos Zvonimir Boban, Dejan Savićević, Darko Pančev y Fadil Vokrri posando con el uniforme del Ejército popular yugoslavo. Está recortada porque en la versión original también están Aljoša Asanović y Dragan Jakovljević. Es una imagen icónica de una época que quedó arrasada por el terror de la guerra. Percibo un punto de nostalgia, una nostalgia que sin embargo no se expresa con palabras porque tras todo el horror cuesta reconocer que hubo un tiempo feliz en aquel estado multiétnico y plurinacional. Al fin y al cabo, aquí también entra una cuestión generacional: no solo eran tiempos de paz, eran además la infancia y la adolescencia vividas en plenitud, en un mundo que aún no se había revelado como un lugar de odio y violencia. En Kosovo se festejaban las medallas de los esquiadores eslovenos, las canastas de los baloncestistas croatas y los goles del Estrella Roja de Belgrado en las competiciones europeas de fútbol. O, quizás mejor aún, los del Partizán de Belgrado si los marcaba Fadil Vokrri.

La muerte de Fadil conmocionó a Labi. Siempre le había ayudado en todo. Fue su apoyo moral cuando el club de Vushtrri tuvo dificultades económicas y él se quedó solo para sostenerlo. Fue su ídolo cuando era un niño. Iba a jugar a la academia del 2

Korriku soñando con llegar a ser tan grande como él. Conocerlo después e incluso poder llamarlo amigo fue un honor y un privilegio. La noticia le dejó devastado en un momento en el que él estaba viviendo una difícil situación personal. Pero ante todo

piensa que su fallecimiento puede suponer un golpe letal para el fútbol kosovar. «Todo se ha conseguido gracias a Fadil». El reconocimiento oficial de UEFA y FIFA, el desarrollo de la liga local, el apoyo masivo del público a la selección nacional… Nada habría existido sin una figura tan carismática, tan aglutinadora de simpatías y afectos, tan respetada en el exterior. «Te voy a presentar a su hijo. Le hemos pedido las acreditaciones a él, contándole la conexión que tuviste con su padre». Me parece exagerado el comentario, y sin embargo rememoro aún con asombro las atenciones que nos dedicó en el primer viaje, regresando de las vacaciones en Montenegro para recibirnos y organizándonos toda la ruta de la vuelta hasta Dubrovnik.

Llega el momento de ver el Albania-Escocia, al que prestamos una atención relativa.

Es un partido sin demasiada historia: un 0-4 rotundo que evidencia lo mucho que ha empeorado la selección del águila bicéfala en poco más de dos años. De Biasi se marchó en 2017 cuando vio que no podría mejorar la mágica clasificación para la Eurocopa y la federación entendió que lo más adecuado era intentar repetir la fórmula con otro italiano —en este caso, mucho más joven e inexperto en los banquillos —: el exlateral del Real Madrid Christian Panucci. Tras haber trabajado como asistente de Fabio Capello en la selección rusa, se embarcó en sus dos primeras aventuras en solitario en el Livorno y la Ternana, conjuntos que en aquel momento estaban en la Serie B. Entonces le llegó la oportunidad albanesa y lo cierto es que le está costando arrancar. Hace tiempo que no juegan partidos con objetivos estimulantes y el ánimo alrededor del equipo es de desencanto. «Ahora mismo Kosovo está por encima», comentan en la mesa. «Pero ellos están sacando provecho de esta situación. Como sus partidos ya no son tan importantes, pueden ofrecer minutos a jóvenes jugadores que están dudando entre representar a Kosovo o a Albania. Nosotros, en cambio, nos jugamos tanto que no podemos permitirnos ese lujo. De este modo, una vez ya han jugado con ellos, se aseguran de que se los quedarán para siempre». La población kosovar se acostumbró durante muchos años a animar a Albania con pasión: sentía que era la selección que la representaba. Sin embargo, ahora no son pocos los hinchas que observan con desconfianza al equipo nacional al que siempre habían apoyado. Se ha iniciado una batalla por atraer el talento joven y para captar a las potenciales estrellas que están en condiciones de elegir. Que no son pocas.

La primera noche de Pristina ha valido la pena. Y todavía quedan tres más. La mañana siguiente es fría y la ocupamos tomando cafés y escribiendo artículos para la web. Quedamos a media tarde con Artan en un pub internacional en el que nos asegura que se va a emitir el partido entre Croacia e Inglaterra. Google Maps, sin embargo, nos conduce a un solar en el que debió de haber existido un edificio ya derruido. Es lo que tienen las ciudades que se transforman a un ritmo frenético: hasta la tecnología queda superada. Justo cuando estamos buscando el lugar y no entendemos nada empieza a

nevar, esta vez de verdad. El termómetro ha bajado a un grado: es otoño tardío en los Balcanes. Corriendo, nos refugiamos en un bar irlandés. Este debe de ser el lugar que nos habían recomendado, pese a que se encuentra en otra localización. Artan no aparece. Tomamos infusiones calientes con un poco de vergüenza —se supone que en

estos sitios se bebe fundamentalmente cerveza— y nos aseguramos de que por la noche nos entenderemos mejor con nuestros nuevos amigos. Volvemos al bar del día anterior, que está al lado del lugar en el que vive el aficionado de la Juventus que consume tertulias españolas. Vemos el Suiza-Bélgica con él: Shaqiri firma una exhibición y el locutor de la televisión kosovar se excita cada vez que hace un regate; los pocos clientes de las otras mesas también aplauden. Es algo parecido al ídolo nacional en el exterior, una especie de embajador de la causa que vive fuera para que su voz se escuche más.

Artan asegura que Xhaka tiene fama de ser más humilde cuando regresa a Pristina todos los veranos y se deja ver en los locales de moda comportándose como un habitante más de la ciudad, pero hay algo en Shaqiri, como su bandera de Kosovo en las espinilleras y sus constantes declaraciones de amor, que lo hacen especialmente querido.

El tercer día es el de Vullnet. Cuesta, pero finalmente accede a hacernos un hueco en su apretadísima agenda. Nos va a mostrar la redacción de *Insajderi*, el periódico digital en el que trabaja, ahora con un cargo importante. Se dedican al periodismo de investigación y su línea editorial es cercana a la izquierda alternativa y especialmente crítica con el poder. Nos presenta al jefe de la recién estrenada sección de deportes, que nos da los datos de audiencia de sus noticias. Tuvieron un pico durante el Mundial, pero los números de entonces fueron algo extraordinario, ya que «Shaqiri no le marca a Serbia todos los días». Bajamos con ambos a la cafetería de lo que parece un centro de convenciones: está al lado del trabajo, pero existe un contraste evidente entre ellos y el resto de personas que parecen frecuentarlo, casi todos oficinistas trajeados.

Preguntamos las cosas de siempre y ellos quieren saber cómo está la situación en Catalunya: les interesa tanto que incluso Vullnet llegó a hacerme una entrevista tras el famoso octubre de 2017. «¿Por qué no declaran la independencia y la hacen efectiva, como hizo Kosovo? No lo entiendo». Les contesto que no es lo mismo tener a la OTAN

y a los principales países del mundo a favor que tenerlos en contra. Hablamos mucho de la política local porque el fútbol le sigue interesando poco a nuestro anfitrión y al de la sección deportiva ya lo volveremos a ver en el campo. Se están moviendo cosas: los partidos tradicionales están empezando a perder apoyos y Vetëvendosje, la gran esperanza de los que abogan por un cambio impulsado por la sociedad civil, está consiguiendo cada vez más adhesión. Pero el gran nombre propio del momento es Edi Rama, cuya importancia está

cruzando las fronteras de Albania, decidido a erigirse en el gran líder de toda la región balcánica, en el hombre que resuelva por fin la inestabilidad

de la península. Vullnet me sugiere que siga de cerca sus movimientos si quiero estar enterado de la actualidad de la zona.

Vullnet ha cambiado. Ya no es aquel *enfant terrible* provocador. Está mucho más centrado en su trabajo y lo prioriza por encima de todo lo demás. Ya no busca garitos alternativos por la noche de Pristina, sino que se queda en casa escribiendo reportajes que pueden hacer caer a ministros del Gobierno. No sabe cuánto tiempo va a aguantar aquí: Kosovo le genera cada vez más agotamiento y tiene proyectos en el exterior. Ha pensado en irse a Alemania, donde vive su hermana, que tiene un hijo que juega en la selección sub-17 de aquel país. No sabe si es bueno. Debe de serlo. Allí se podría instalar y crear un periódico digital para la diáspora: un producto que acercara la información de Kosovo a todos los inmigrantes que se establecieron en otros países europeos huyendo de la guerra y que estuviera específicamente dedicado a ellos, cubriendo también las actividades de sus asociaciones y comunidades en sus nuevos hogares. Lo tiene clarísimo, le quedan solo un par de años en esta tierra que es la suya pero que le expulsa, que ama pero que le hace sufrir. Y que combate con el teclado para contribuir a convertirla en un lugar mejor. Me habla de un documental francés que unos reporteros grabaron hace algunos meses en la ciudad. Está subido a internet y cree que me puede interesar. Él tenía que ayudarles en la producción, pero se dieron cuenta de su potencial, al tener una visión tan distinta de lo que esperaban encontrar, y al final le convirtieron en uno de los tres protagonistas. Los otros dos son un chico, hincha del FC

Pristina, muy nacionalista albanés, y una chica de la misma edad que es serbia y vive en el norte de Mitrovica. A Vullnet lo presentan como el que no es ni una cosa ni la otra.

Por la tarde hay sesiones de entrenamiento y ruedas de prensa. Es el momento de conocer el Estadio Fadil Vokrri, que no tiene nada que ver con el vetusto campo que conocimos hace cinco años como invitados de la leyenda. Está en el mismo lugar y aprovecha su antigua estructura, pero el lavado de cara ha sido completo. El nombre de Fadil, escrito con letras luminosas que se aprecian desde la lejanía y parecen presidir la ciudad, nos da la bienvenida. Es imposible no estremecerse. La única vez que había estado aquí había sido con él. Y se marchó antes de que la selección pudiera usarlo. Las dependencias para la prensa son amplísimas y la expectación

sorprende incluso a Bernard Challandes, que arranca la rueda de prensa sonriente y comentando que cuando firmó el contrato nunca imaginó que vería esa sala de conferencias llena en la previa de un partido. El veterano entrenador suizo es un tipo simpático y carismático, que afronta el reto sin dramatismo. Le preguntan si este milagro kosovar es cosa suya, si todo es gracias a él. Kosovo lleva nueve partidos consecutivos sin perder. Los resultados están muy por encima de los de la era de Bunjaki. «Bueno, con todos los respetos para los rivales, pero él se enfrentó a selecciones como Ucrania, Croacia o Turquía, y yo me estoy midiendo a Malta, Islas Feroe y Azerbaiyán». Le quita hierro a

sus logros y se atreve a entregar el favoritismo a los azeríes. Los periodistas visitantes no pueden creerlo y le comentan que en Bakú todo el mundo opina que es Kosovo la favorita. «No lo digo yo, lo dice el ranking FIFA. Míralo», les suelta, y se ríe, consciente de que está haciendo trampas: su equipo es joven y arrancó desde abajo del todo en esa clasificación, por lo que no ha tenido tiempo de sumar los mismos puntos que sus adversarios. Y promete no ir a buscar el empate aunque le sirva: solo entiende el fútbol de manera propositiva y no va a cambiar esta vez.

Las traducciones de las ruedas de prensa aportan el punto surrealista a la escena. A Challandes, que ha hablado en inglés, le hemos entendido sin problemas, pero con Valon Berisha y con los representantes del rival el asunto se va complicando.

Obviamente, no hay nadie capaz de traducir del albanés al azerí ni del azerí al albanés.

Es lógico que en esta sala no exista nadie que hable ambos idiomas, pero me pregunto quién en el mundo puede ser capaz de hacerlo. Seguro que lo habrá, y seguro que detrás de aquellas pocas personas que reúnan esos conocimientos se esconderán historias personales que merecerían ser contadas. Me gustaría conocerlas, pero me tendré que conformar con el espectáculo de ver al seleccionador azerí hablando en su idioma, a su jefe de prensa traduciéndoselo al inglés al oído al jefe de prensa kosovar, y a este explicando en albanés lo que acaba de decir el entrenador. Obviamente yo no consigo entender nada, porque esa traducción intermedia solo la escucha una persona en toda la sala y resulta inaudible para los demás. Me pregunto cuántos matices se habrán perdido entre el original y la segunda traducción, cuántas frases inexactas saldrán mañana en los periódicos.

El seleccionador azerí, por cierto, es Gurban Gurbanov. Estamos

hablando del máximo goleador de la historia de su selección y de un entrenador respetadísimo en su país. Lleva dirigiendo al Qarabag desde hace más de diez años, y con él logró la heroicidad de clasificarse para la fase de grupos de la Champions League y sacar en ella dos empates contra el Atlético de Madrid que contribuyeron a una sorprendente eliminación del conjunto de Diego Pablo Simeone. Ese éxito llevó a la federación a proponerle compaginar ambos cargos, y esto es lo que lleva haciendo desde hace un año. No hace falta entender lo que se dice para darse cuenta de que su rueda de prensa tiene un tono muy distinto al de la de Challandes. Gurbanov es un tipo frío como el hielo, no regala ni una sola sonrisa. Infunde tanto respeto que uno se empieza a asustar: su equipo estará compuesto por once soldados que van a defender su idea hasta el final.

Abundan en la convocatoria los jugadores del Qarabag, así que es sencillo imaginarse que va a plantear un partido parecido a los que su club disputó en la máxima competición continental, basados en un orden defensivo riguroso y férreo.

Por la noche tenemos una cena con unos amigos de Barcelona que también se han acreditado para el partido de mañana. Son Raimon, el documentalista que me acompañó a Elbasan para el Albania-Serbia; Víctor Cervantes, con quien realicé el proyecto de *El faro de Dalatangi*; y Aitor Lagunas, el editor de la revista *Panenka*. Me cuentan que la jefa de prensa no entiende por qué hay tanto interés en España por este partido. Ellos vienen de Belgrado, donde asistieron a un Serbia-Montenegro que les pareció algo descafeinado, y de camino a Kosovo se detuvieron en Novi Pazar, la ciudad de Adem Ljajić. Nos citan en un restaurante que está cerca de su hotel y que está decorado como si fuera una biblioteca en un jardín. Víctor y Aitor, que visitan Pristina por primera vez, están absolutamente asombrados. No esperaban encontrarse con un lugar tan occidental. Víctor la compara con Copenhague. Concedo que, efectivamente, abundan las cafeterías y los locales de estética sofisticada en la capital, y Tomàs, comparándola con una Tirana que le ha parecido más auténtica y original, coincide en que en Pristina se nota la influencia y la inversión de países como los Estados Unidos o Alemania. Nace después una discusión sobre la realidad política del país y sobre cómo deberían afrontarse problemas de naturaleza étnica como los que asolaron esta región a finales del siglo pasado. Es imposible que nosotros resolvamos una cuestión sobre la que han reflexionado mucho personas más preparadas, pero el intercambio acaba más o menos enfrentando a dos bandos. El de Víctor viene a decir que, si se demuestra que dos comunidades no pueden vivir juntas de ninguna manera, como acabó ocurriendo en Kosovo, es preferible que estén separadas como ahora; yo, en cambio,

pienso que no hay que renunciar nunca a la posibilidad de conseguir que puedan acabar conviviendo en armonía y que hay que insistir en políticas públicas que faciliten esa concordia. Él me llama idealista y afirma que lógicamente lo que yo propongo sería preferible, pero que hay un momento en el que, si se demuestra que eso es realmente imposible, la única solución es la separación. Víctor sostiene que sí existen esos momentos en los que se cruzan líneas rojas que impiden volver hacia atrás. Y efectivamente en Kosovo se cruzaron, y ninguno de mis amigos de aquí, por muy tolerantes que sean, por muy abierta que tengan la mente, estaría dispuesto a conciliar con los serbios. Y eso es así, y lo reconozco, pero a lo que yo me refiero, lo que quiero expresarle a Víctor, es que se debió actuar mucho antes de llegar a esa línea roja. Acaba resultando evidente que nuestra discusión no llegará a ningún acuerdo, porque en realidad hablamos desde planos distintos, incluso desde líneas temporales que no tienen nada que ver. Y no se puede plantear en igualdad de condiciones el debate sobre si para un kosovar es mejor vivir en un Estado independiente o formar parte de una Yugoslavia plurinacional porque han ocurrido muchas cosas que han condicionado esas dos hipótesis: quizás en 1975 era preferible lo segundo y después de 1999 no quedara más remedio que lo primero. Pero en el fondo pretendo ir un poco más allá y —supongo que aquí me influyen las muchas conversaciones sobre el asunto con Violeta— preguntarme: ¿y después de la independencia? ¿Era inevitable que se acabaran marchando

prácticamente todos los serbios y que los que se quedaran vivieran en pueblos separados? ¿Las heridas que dejaron las atrocidades impedían por completo lo contrario, incluso entre las personas corrientes que no participaron en los actos de odio y violencia? ¿Odiarás a tu afable vecino por lo que hizo su Ejército, o serás capaz de interiorizar que ese Ejército, pese a pretender representar a toda la población de su etnia, en realidad no tiene nada que ver con él? Incluso si el vecino no hizo nada y se dedicó a trabajar y a comer y a pasar la tarde jugando a las cartas mientras tomaba café,

¿podrás evitar pensar que quizás simpatizaba en silencio con los militares que hablaban su lengua mientras estos disparaban? ¿Qué clase de superhombre empático y puro, no contaminado por los malos pensamientos ni por el rencor más humano, se te pide ser para que la amistad con tu vecino de la etnia del otro bando sobreviva a las matanzas, a los bombardeos, a las migraciones forzadas? ¿Existe ese superhombre? ¿Lo seríamos nosotros? Nos gustaría serlo, pero ¿lo seríamos? Son debates irresolubles tantas veces mantenidos y que cuando se juntan unas cuantas personas especialmente interesadas en el conflicto yugoslavo, como ocurre esta noche en esta mesa, casi

siempre acaban con alguien pronunciando eso de «Si Tito no hubiese muerto…». Me asombra que esta hipótesis se plantee tan a menudo, como si hubiese sido una posibilidad real: Josip Broz no murió precisamente de forma prematura, sino que tenía ochenta y siete años el día 4 de mayo de 1980, que es cuando falleció en un hospital de Ljubljana. Su larguísimo mandato estaba destinado a acabar más pronto que tarde por razones biológicas, y lo que revelan estas expresiones tan comunes es que la estructura que le sucedió fue incapaz de mantener aplacados los distintos nacionalismos como había hecho él.

El día del partido es el más importante de todos, y sin embargo es el más difícil de llenar. Se convierte en una espera interminable repleta de horas vacías que se consumen descubriendo cafeterías nuevas y volviendo a pasear por las mismas calles de siempre.

Hay un bar con un gato: está tumbado en la barra, se deja acariciar por los clientes, se levanta y se va al jardín, vuelve a entrar… Me piden que me levante de una mesa porque hay una específica para aquellos que vamos con el ordenador portátil: somos muchos los que hemos decidido venir a trabajar aquí. Escribo unas cuantas líneas para que luego, cuando lo pase todo a limpio, pueda recordar qué hemos dicho y qué hemos vivido. Recojo a Tomàs, que estaba actualizando la web, y pasamos por el local del centro de convenciones que está al lado de *Insajderi*. Avisamos a Vullnet, que baja un rato, y profundiza sobre ese futuro que ansía en Alemania. No cree que vaya a ver esta noche el partido. A duras penas sabe contra quién es. Pertenece a ese grupo de gente, los que viven absolutamente ajenos a este deporte, que los muy futboleros creemos que no existe pero que está ahí, conviviendo con nosotros en las ciudades y en las calles que pisamos cada día. Violeta tiene amigos así y ella se movió en esos círculos hasta que me conoció. Ni nosotros sabemos hasta qué punto a ellos les resulta indiferente cualquier acontecimiento que pueda llegar a conmovernos relacionado con el balón ni ellos son conscientes del nivel de profundidad con el que seguimos este mundo. Es hasta divertido cuando las dos realidades se encuentran. Pero con Vullnet no llegamos a tanto: esquivamos el asunto y nos centramos en su vida. Me gustaría poder leer en albanés para consumir ese medio que va a crear para la diáspora.

Y estoy tan enganchado a esa idea que, cuando llegamos al Estadio Fadil Vokrri tras tomar una cerveza a media tarde con Artan —que queda con nosotros cada día, incluso solo, sin Labi—, me siento en un

cubículo de la extensa sala de trabajo para la prensa y aprovecho que tengo tres horas muertas para ver el documental francés en el que aparece Vullnet. Es, de hecho, el primer personaje al que presentan. Está en uno de los bulevares del centro de Pristina durante un día de celebración nacional. Hay muchos ciudadanos en el festejo que llevan banderas de Albania. Él, que lleva en la mano varias banderas de Kosovo, los aborda y les pregunta si desean cambiarlas. Algunos no lo desean, o agarran la de Kosovo pero mantienen en sus manos la de Albania, y Vullnet les pregunta por qué celebran el día de su país con un símbolo de otro. De esta manera se introduce el asunto de la cuestión identitaria y de hasta qué punto se sienten representados los ciudadanos por la entidad política creada tras la independencia. Más tarde, en otra secuencia, nuestro amigo aparece en un descampado en el que se observan unos pisos a medio construir. Él cuenta que la obra está parada desde hace mucho tiempo y que los dirigentes del país, sobre los que sobrevuelan siempre sospechas de corrupción, no se preocupan por cuestiones básicas como el acceso a la vivienda. Lamenta que los debates simbólicos estén siempre tapando los problemas reales de la población. Pero que nadie se confunda: él también es hijo del horror, y en el fondo de su ser permanecen los recuerdos de la guerra. Que no sea un nacionalista no significa que olvide lo que hicieron los serbios en su tierra. Le cuenta a la cámara, sentado en un bosque cerca de su aldea, que en esa zona se escondió muchas veces durante el conflicto armado. Que estaba con sus compañeros en la escuela y, de repente, les mandaban a todos a la montaña porque no era seguro permanecer en el edificio. Y

allí, detrás de los árboles, a menudo encontraban cadáveres. Eso lo vivió, y aunque su discurso le haga parecer a veces poco sensible al drama de su gente, no lo olvida y lo llevará siempre consigo.

El segundo personaje del documental es el hincha del FC Pristina. El reportaje le sigue en un desplazamiento del equipo, que juega como visitante. Él viaja junto a sus compañeros del grupo de animación. Lleva banderas albanesas y afirma que la kosovar no le representa en absoluto. Que es un símbolo artificial, que esa nación no existe, y que lo que desean los albaneses de Kosovo es que su territorio pase a formar parte de Albania, que siempre ha sido su país y aquel al que han querido pertenecer. No le interesa la selección porque la suya es la albanesa y prácticamente la define como un instrumento creado para dividirles.

La tercera es la joven estudiante serbia que vive en el norte de Mitrovica. Las cámaras la siguen llegando a casa, donde va a comer con su familia. Están tristes y apesadumbrados. Se sienten prisioneros

en un lugar que era su hogar y que ahora les han dicho que ya no es Serbia. El padre no entiende nada, dice que no cruza nunca el puente y que todos los serbios tienen miedo de hacerlo, que el Gobierno les margina.

Ha oído que Pristina está fatal, que es todo podredumbre, que los que han ido no la reconocen, que había sido una ciudad fantástica y que es una pena que se haya convertido en lo que es hoy.

El documental describe al hincha del Pristina como a un ultranacionalista panalbanés y a la chica de Mitrovica como a una nacionalista serbia que repite todo lo que le han dicho sus padres —en realidad, la intervención más contundente y con más contenido de su parte es la que hace el padre—. A Vullnet, que es a quien dejan mejor, como al miembro de una generación que puede construir un nuevo futuro para Kosovo sin dramatismos identitarios. La conclusión del documental es que diez años después de la independencia, esta no ha hecho realmente feliz a ninguno de los tres. Escribo a Vullnet para contarle qué dicen los franceses y qué me ha parecido su intervención, y aunque primero rechaza mi descripción para provocarme un poco, al final acepta que yo lo defina como alguien que cree en un *kosovarismo* que debería estructurarse a partir de la justicia social. Le digo que, probablemente, su deseo está más cerca de cumplirse que el de los otros dos, y sin embargo él me dice que no, que no cree que Kosovo sea jamás lo que él quiere que sea.

Me he sumergido tanto en el documental y en la posterior conversación que casi he olvidado dónde estoy y qué he venido a hacer aquí. Me cuesta volver a ese estado mental en el que el Kosovo-Azerbaiyán es el partido más importante del mundo. Un tuit de Kosovan Footy me devuelve a la realidad. Parece que Samir Ujkani no va a ser titular en la portería y que va a debutar el portero del Manchester City Arijanet Muric.

Es una decisión de peso de Challandes: Ujkani fue el primer jugador de perfil alto que accedió a dejar la selección albanesa para pasarse a la kosovar. Estuvo, de hecho, en Mitrovica el día del amistoso contra Haití, y de hecho lo entrevisté en italiano tras el partido. Muric es un chaval de veinte años recién cumplidos. La federación hizo un gran esfuerzo para convencerlo, ya que era internacional sub-21 por Montenegro, el país en el que nacieron sus padres, que son étnicamente albaneses y que tienen orígenes en Kosovo. Él, sin embargo, nació en Suiza. Arrancó la temporada como tercer portero del equipo de Pep Guardiola, que decidió cederlo al NAC de Breda neerlandés. Menos de un mes después de que se hiciera oficial el

préstamo, el City pidió que volviera para ser el suplente de Ederson al haberse lesionado Claudio Bravo. Así que, en efecto, ahora mismo es el número dos en la portería de uno de los clubes más importantes del mundo, y este argumento les basta a muchos kosovares para justificar la suplencia de

alguien tan carismático y adorado como Ujkani. «¿Qué vas a hacer? ¡Es el portero del Manchester City!», afirman con rotundidad.

Tengo una buena localidad en la tribuna de prensa. Estaré bastante más cómodo que aquella vez en Mitrovica. Tomàs estará en el terreno de juego haciendo fotos. A mi lado se sienta, precisamente, Kosovan Footy, el hombre que lleva la cuenta en inglés que mejor informa en Twitter sobre el fútbol kosovar. El resto de la alineación es la misma que ganó en Malta hace tres días. El respeto que me infundó Gurbanov en la rueda de prensa se evapora pronto: lo que tarda Arbër Zeneli en marcar el 1-0 con un golpeo fantástico. Es un anuncio de lo que será el partido para Kosovo: bello, placentero, disfrutable. Jugado en una sola dirección. Manejado por la pareja de mediocentros formada por Shala y por un emocionante Kryeziu, proyectado por los laterales ofensivos Kololli y Vojvoda, maniobrado por los movimientos inteligentes de «Giroud»

Muriqi, sostenido por la pareja de centrales Aliti-Rrahmani y redondeado por los hombres de tres cuartos, Berisha, Rashica y un impresionante Zeneli que reclama sin discusión el título honorífico de mejor jugador de la noche. Incluso el joven portero, Muric, al que casi no ponen a prueba, se suma al espectáculo arriesgando en la salida de balón y recortando a los rivales, como si quisiera justificar por qué le fichó el Manchester City. La grada es una fiesta, aunque no entiendo lo que dicen. Se lo pregunto a Kosovan Footy y me responde: «No es albanés el que no bote, así que tú no tienes que botar», me contesta. Luego le cuento que estoy escribiendo un libro y que le sigo en Twitter, así que él empieza a seguirme y ya deja de considerarme un extranjero ajeno a los festejos que no pinta mucho aquí. Tomàs consigue fotografiar a Zeneli haciendo un tres con los dedos, porque efectivamente tres son los goles que ha marcado, y ya sabemos cómo ilustrar la crónica de un partido que acaba 4-0 y en el que también marca, de cabeza, el central Rrahmani.

Todo el mundo empieza a hacer cuentas. El ascenso a la Liga C está conseguido, pero ahora hay que pensar en el play-off para entrar en la Eurocopa, que ya es una realidad.

Parece que el rival en las semifinales del play-off será Macedonia y a

Kosovo le tocará ser visitante en ese duelo a partido único. Empieza a circular el rumor de que les tocará jugar lejos de Skopje, donde el 35% de la población —según estimaciones de los kosovares— es albanesa. «Lo pondrán al otro lado del país, lo más lejos posible de la frontera», suelta alguien que parece estar bien informado. «En una ciudad que se llama Strumica, ya casi en el límite con Bulgaria. Allí no hay albaneses. Lo harán para evitar una invasión de hinchas nuestros». Es inevitable: ganada la primera batalla, el ser humano ya empieza a proyectarse en la siguiente.

Pero queda mucho para eso. Falta, de hecho, casi un año y medio. Un año y medio en el que se va a disputar la fase de clasificación convencional, de modo que Kosovo

podría incluso conseguir el billete directamente. Parece difícil, ya que en el grupo estarán Inglaterra y la República Checa y solo dos lograrán el pasaporte, pero esta noche aquí todo se cree posible, y más teniendo a Zeneli. ¿Y quién es Zeneli? Un extremo que juega por la izquierda, a pie cambiado, ya que es diestro, y que nació en Suecia hace veintitrés años. Juega en el Heerenveen neerlandés, pero después de esto todos piensan que saldrá hacia una liga de mayor categoría. Se ha convertido en la joya del equipo, en la estrella de la mejor noche que Pristina ha conocido en mucho tiempo.

Labi nos recoge en la salida del estadio. «¿Habéis visto al Giroud kosovar?» es su primera frase al vernos. Muriqi ha firmado también una exhibición, opacada por los goles de Zeneli pero de altísimo valor, con contribución decisiva en tres de los cuatro tantos. Nos acercamos a un bar de copas, cerca del estadio. Está abarrotado y el portero se ríe de nosotros cuando le decimos que queremos entrar. Labi, al que yo estaba tapando con mi altura, da un paso al frente y le hace un gesto casi imperceptible. Él le saluda efusivamente, crea un espacio para que pasemos y nos da la bienvenida lamentando su actitud anterior. La noche es larga y se parece a todas aquellas en las que se celebran ascensos. No he vivido muchas, no más de dos o tres, pero son lo mejor que el fútbol me ha dado. Hay euforia y bastante alcohol, una combinación explosiva que lleva a Artan a repetir cada dos por tres «¿Qué ganó en realidad Ronaldo Nazario? ¡Solo una liga con el Real Madrid! ¡Solo una liga!». No sé qué pinta Ronaldo en esta historia, pero Artan lo identificó como su rival acérrimo cuando fichó por el Inter y ha creído conveniente recordarnos su pobre palmarés en torneos de la regularidad hoy que todo el mundo está pensando en Zeneli. El dato nos extraña y descubrimos que en realidad es controvertido: Ronaldo ganó la liga 2002-2003 con la camiseta blanca y también se le podría llegar a adjudicar la de 2006-2007, aunque

jugó muy pocos partidos y se marchó en enero al Milan. Para Artan, está claro que esa no cuenta, y no para de citar nombres de jugadores suplentes del Deportivo de la Coruña que ganaron tantas ligas como él. A su alrededor hay fotos de Fadil repartidas por todo el local, que es el templo de los hinchas de la selección kosovar. Un señor mayor, que lleva una camiseta de una cantante norteamericana y no para de hablar de ella, rememora los tiempos de guerra en los que, jugando con el FK Pristina, hizo con sus compañeros una gira por Turquía para recaudar fondos para la UÇK. La UÇK. De repente desciende el volumen de la música y todo el local canta las siglas del Ejército de Liberación Kosovar. «¡UÇK, UÇK, UÇK!». Tomàs me dice que en el estadio ya lo escuchó. Salimos hacia el centro de la ciudad, y es una pena porque si nos hubiésemos quedado, nos cuentan después, habríamos visto a Zeneli y a más jugadores de la selección, que acudieron al local después de cenar. Nosotros no hemos comido nada, así que nos acercamos a un modesto restaurante de comida rápida pero muy sabrosa que abre las veinticuatro horas del día. Pedimos una hamburguesa y vienen muchos más amigos de nuestros amigos. Ya no sé cuántos somos. Ya ni sé qué hora es. Uno de ellos me mira, solemne, y

me dice: «Te tengo que dar las gracias. Hacía mucho tiempo que no veía a Labi tan contento».

# QUINTO VIAJE

## ANTES DEL QUINTO VIAJE

SI ESTO HUBIESE SIDO UN CUENTO DE HADAS, el guion de los últimos capítulos habría estado escrito de antemano. Viajar a Macedonia del Norte, ver la victoria en la semifinal y acompañar a la selección kosovar a la gran final, probablemente en Georgia, y también luego en su regreso a Pristina para festejar en una rúa la clasificación para la Eurocopa.

Pero la realidad no siempre sonríe a las intenciones literarias, y en este caso decidió ponerle mala cara al mundo entero: a pocas semanas del primero de los dos partidos, estalló la pandemia del coronavirus.

Pero vayamos por partes. Antes de que el mundo se paralizara, se disputó sin sobresaltos la fase de clasificación regular para la Eurocopa: la de toda la vida. Si en ella Kosovo hubiese conseguido

acabar entre los dos primeros, no habría necesitado ir a la repesca. Después de la inyección de optimismo que supuso el triunfo frente a Azerbaiyán, el equipo de Challandes compitió a las mil maravillas ante rivales superiores y despertó la admiración del continente entero. Se escribieron artículos en la prensa internacional sobre su brillante desempeño e incluso los ingleses quedaron asombrados por su atrevimiento después de un partido en Southampton en el que Valon Berisha llegó a adelantar a su selección a los 34 segundos de juego. A decir verdad, el conjunto de Southgate remontó con relativa comodidad y el encuentro acabó 5-3, pero el impacto de ese tanto inicial y su alegre propuesta futbolística dejaron impronta en el país que inventó el fútbol.

Kosovo llegó a la penúltima jornada dependiendo de sí misma, pero con un calendario terrible: sabía que haciendo el pleno de puntos ante la República Checa y frente a los ingleses en el duelo de vuelta en Pristina alcanzaría la Eurocopa, e incluso le valía con cuatro puntos si el triunfo se producía en Pilsen. A los checos ya les había ganado en casa, así que partió con optimismo a pesar de encarar el choque con una baja sensible: la de Vedat Muriqi. El «Giroud kosovar» había dado un salto extraordinario en el año que transcurrió entre nuestro viaje al partido de Nations League frente a los azeríes y este desenlace del grupo: lo había fichado el Fenerbahçe y estaba rindiendo a un gran nivel, empezando a despertar el interés de clubes de ligas más potentes. Una lesión le impidió entrar en la convocatoria y Challandes tuvo que sustituirle por Atdhe

Nuhiu, un delantero del Sheffield Wednesday de parecidas características físicas —

mide 1.98— pero de menos nivel técnico. Lo cierto es que la elección salió bien, porque Nuhiu marcó el 0-1 que hizo soñar a toda la afición kosovar. Pero los checos le dieron la vuelta al marcador y con el 2-1 final se desvaneció cualquier esperanza. Entonces sí: la repesca pasó a ser la única vía de acceso posible a la Eurocopa.

Durante ese grupo de clasificación ocurrió algo que no podemos dejar de mencionar.

En la tercera jornada, en junio de 2019, Kosovo se medía a Montenegro en Podgorica. El seleccionador montenegrino, Ljubiša Tumbaković, y dos jugadores de la selección, Filip Stojković y Mirko Ivanić, renunciaron a disputar el partido. Los tres habían nacido en Serbia, y de hecho tanto Stojković como Ivanić fueron internacionales en categorías inferiores con Serbia. Luego se cambiaron a Montenegro

por sus orígenes familiares debido a que eso les daba más opciones de disputar compromisos internacionales a nivel absoluto. Tumbaković decidió no dirigir el partido y dejó que lo hicieran sus ayudantes. La prensa de la región publicó que habían recibido presiones desde Belgrado al entender que participar en el partido supondría darle reconocimiento a la independencia de Kosovo, algo que ningún serbio podía aceptar. La federación montenegrina destituyó de inmediato al entrenador y dejó de convocar a los dos futbolistas, que no han vuelto a ser llamados por la selección. Curiosamente, menos de un mes después de haber sido despedido, Tumbaković fue nombrado seleccionador serbio.

Los partidos de las repescas finales para la Eurocopa estaban programados para marzo de 2020. Como ya intuíamos tras el 4-0 ante Azerbaiyán, a Kosovo le tocó en la semifinal Macedonia del Norte. Todos los duelos iban a ser a partido único, y Macedonia iba a ser local por haber registrado una mejor puntuación en la Nations League. A pesar de las sospechas de nuestros amigos de Pristina, Skopje fue elegida sede por la mayor capacidad de su estadio nacional, que ya albergó en 2017 la Supercopa de Europa entre el Real Madrid y el Manchester United. La otra semifinal de la Liga D, Georgia-Bielorrusia, se iba a disputar en Tiflis. El sorteo decidió que el ganador de ese duelo sería el local en la final, por lo que Kosovo supo que para alcanzar su sueño tendría que ganar los dos partidos como visitante. Tiflis o Minsk: una de las dos sería la ciudad asociada a su hazaña si esta realmente se producía.

Mi plan era viajar a Skopje sin billete de vuelta y, si el equipo de Challandes conseguía la victoria, comprar el pasaje para el escenario de la final. En caso de derrota volvería a casa. Lo cierto es que, por fortuna, demoré enormemente la planificación del viaje, de modo que, cuando se anunció la suspensión por la pandemia, no tuve que lamentar haber gastado el dinero en vano. Tras unas primeras semanas de dudas, la UEFA se dio cuenta de que la Eurocopa tampoco se iba a poder celebrar en verano

como estaba previsto. La aplazó para un año después y fijó la nueva fecha de las repescas para el 8 de octubre y el 12 de noviembre.

Durante el tiempo en el que la pandemia nos obligó a estar recluidos en nuestras casas pasamos por varias fases. El pánico de los inicios se fue apagando con el paso de los días y la rutina del enclaustramiento. Es difícil de explicar, pero mi hipocondría no se activó excesivamente con el coronavirus. Estaba alerta, no salía a la calle, era muy escrupuloso con las medidas de seguridad, pero no entré en

rumiaciones permanentes ni aparecieron pensamientos intrusivos que obstaculizaran mis tareas. Leí algo al respecto: parece que a los que padecemos este tipo de TOC no nos asusta tanto lo que es real y está cerca, lo que percibimos como una amenaza compartida por toda la población. En cualquier caso, ocupé las horas con entretenimientos varios: ver concursos de televisión, seguir la liga bielorrusa como si fuera la mejor del mundo —era la única que seguía disputándose— y escribir artículos para el diario *As*. Tuve la intención de retomar la redacción de este libro, pero pese a encontrarme en un buen estado mental no conseguía recuperar la energía, el hambre, el deseo de antaño. Revisé capítulos antiguos, añadí alguno nuevo, pero el ritmo fue discontinuo. Lo que sí hice fue aprovechar la ocasión para tener una charla pendiente. Llamé a Gianni De Biasi.

Quedé con él por WhatsApp y nos citamos para la mañana siguiente. Por fin se mantendría esa conversación que yo percibía como muy necesaria. La habríamos tenido después del partido de Elbasan si se hubiera dado la clasificación esa noche, pero la victoria de Serbia la pospuso. Después no quise tenerla por teléfono: me prometí que viajaría para sentarnos cara a cara, ya que quería una entrevista larga y necesitaba que se sintiera cómodo. Cuando le fichó el Alavés, le escribí para decirle que iría a Vitoria.

Lo echaron antes de que pudiésemos encontrarnos. Y luego ya todo se fue posponiendo, y con la pandemia acabé llegando a la conclusión de que el momento era idóneo y de que era mejor hacerla desde la distancia que no hacerla nunca.

Gianni se encontraba en Italia. Cerca de Treviso, en la zona en la que se produce el *prosecco*. Estaba viviendo esos días con cierta inquietud, ya que su hija trabajaba como oftalmóloga en el hospital de Padua. No trataba directamente a los pacientes del coronavirus, pero asistía al drama desde cerca. Antes de que estallara la pandemia, De Biasi tenía las negociaciones muy avanzadas para fichar por una selección y regresar a los banquillos. No me dijo cuál, aunque unos meses después firmó por Azerbaiyán. En ese momento, pues, no tenía trabajo, y podía rememorar su época en Albania con absoluta tranquilidad. Me contó algo que yo no sabía —de eso se trataba—: encaró esa aventura con una motivación extraordinaria que le sirvió de motor. «Fue muy especial, creo que nadie podía imaginar que lograríamos esa primera clasificación para un gran torneo. Ni el aficionado más optimista se lo planteaba. Teníamos un equipo

normalísimo, pero los chavales estaban muy involucrados y muy alineados con mi manera de pensar. Todos remábamos en la misma

dirección. Yo llegué allí después de una experiencia en Udine bastante parecida a la que tuve después en el Alavés: me echaron a los dos meses. Tenía un vestuario de treinta y un jugadores de todas las partes del mundo. Esa situación, que no me dieran tiempo para trabajar, me generó un gran disgusto. Estaba tan dolido que dije que no entrenaría nunca más en Italia.

Entonces me llamó Albania y acepté: fui con unas ganas de revancha increíbles, con una motivación inmensa. Sentía ese fuego en el estómago, en la cabeza, en el corazón…

Quería demostrar que se habían equivocado conmigo».

Lo que llamó la atención a muchos albaneses e hizo que De Biasi se ganara pronto su cariño fue su implicación: que cantara el himno, que se sintiera uno más. Él no había tenido previamente ningún contacto con el país. «No había estado nunca en Albania.

No era el típico destino al que ibas a hacer turismo. Creo que todo el mundo de fuera que viaja a Tirana lo hace porque tiene algo concreto que hacer, un trabajo o una necesidad. No es un lugar como Madrid o París, a los que vas a pasar un fin de semana libre. Mi contacto con Albania se limitaba al poco tiempo que había trabajado junto a Igli Tare durante una pretemporada en el Brescia». Tare ha acabado siendo una persona muy conocida en el fútbol italiano. Además de terminar allí su carrera como jugador —

en la que tuvo una seria disputa con Siniša Mihajlović durante un partido debido a cuestiones políticas—, se convirtió después en director deportivo de la Lazio, un cargo que ha ocupado durante prácticamente quince años. De Biasi también conocía a Erjon Bogdani, el máximo goleador histórico de la selección albanesa, que jugó en varios equipos italianos, aunque nunca a sus órdenes. En 2015 lo incorporó como asistente a su cuerpo técnico. Y a pesar de que en ocasiones se había publicado que era capaz de hablar un albanés básico, él me reconoció que no era verdad. «Es un idioma dificilísimo.

No se parece a ningún otro. Solo sé algunas palabras. Hay muchas declinaciones, las terminaciones cambian dependiendo de su función gramatical… Es realmente complicado. Yo hablaba italiano con los jugadores. La mayoría de albaneses lo habla. Lo aprendieron viendo la televisión italiana. Desde hace muchos años podían captar los canales italianos, los veían y les gustaba darse cuenta del progreso que había al otro lado del mar». Pero, pese a que no aprendió la lengua, sí se implicó emocionalmente en la causa. «Es mi forma de trabajar. Si no

me siento parte de una situación, es mucho más difícil. Me gusta vivir el mismo sentimiento que la gente, formar parte de su comunidad… De esta manera es mucho más sencillo transmitir el mensaje a los chavales».

Pero lo que más me interesaba, por supuesto, era el famoso partido del dron. Cómo lo había vivido él desde dentro. Qué le pareció todo, desde su perspectiva de seleccionador albanés pero al mismo tiempo de extranjero, de persona ajena a las

disputas de los Balcanes. «Conocía la problemática. Sabía que muchos albaneses consideraban Kosovo como parte de su tierra, que luego formó parte de Yugoslavia, que se independizó… Sabíamos que iba a ser un partido conflictivo. Lo vivimos desde que llegamos al hotel el día antes. Hubo un camión de Policía instalado delante de la puerta durante toda la noche. De camino al estadio, nos lanzaron piedras. Cuando salimos a inspeccionar el césped, nos insultaron… Y cuando ocurrió lo del dron entraron aficionados al terreno de juego e intentamos defendernos como pudimos.

Hubo puñetazos, patadas… Nos refugiamos en el vestuario con la puerta cerrada por dentro con miedo a que los hinchas serbios llegaran y la derribaran». ¿Pero él identificó la bandera de inmediato? ¿Sabía lo que significaba? «En un principio no entendí nada.

Íbamos a botar un córner y la bandera apareció desde el otro lado, así que yo no estaba mirando en esa dirección. Cuando miré hacia allí, primero pensé que era algo de publicidad. Pero había mucho ruido. Luego me di cuenta de que era la bandera de la Gran Albania, que incluía el territorio de Kosovo. Un jugador serbio tomó la bandera y se la puso debajo del brazo. Entonces nuestros futbolistas fueron a por ella. Tienes que entender que para los balcánicos la bandera es algo importantísimo. Si tú le haces algo a la bandera, te matan. Nosotros, los italianos o los españoles, si vemos que nos queman una bandera, pues vamos a comprar otra sin problema. Mis jugadores la llevaron al banquillo y se la quedó el doctor, que se fue corriendo hacia el vestuario. Cuando llegó, todos estaban felices porque la bandera estaba a salvo». Se me ocurrió preguntarle si sabía quién había sido el autor del incidente y si esa persona, Morina, era un aficionado

«normal». Me refería a si tenía alguna vinculación con algún estamento albanés o si era un hincha corriente. Me dijo que lo segundo, pero que muy normal no era. Ese episodio acabó ayudando a su equipo a meterse en la Eurocopa, pero las palabras de De Biasi me llevaron a pensar que consideraba ese acto como algo tremendamente

irresponsable que puso en peligro la integridad física de sus jugadores y de todo su cuerpo técnico.

Nuestra conversación viajó luego a Elbasan, al partido de vuelta, que yo presencié desde un bar a pocos metros del estadio. Aunque todo acabó bien y la clasificación se consiguió pocos días después, a De Biasi aún le hervía la sangre recordando cómo concedieron los goles en los últimos minutos. «Fue un partido muy equilibrado. Pero la gente quería que ganáramos, y eso nos animó a ir hacia arriba. Pero para nosotros el empate era bueno. Nos hicieron un contragolpe y perdimos. Hay que decir que Serbia tenía un equipazo. No sé cómo no se clasificaron. Nosotros éramos un equipo de Serie B

y ellos uno de la zona media-alta de la Serie A. Al terminar el partido los jugadores no se atrevían a mirarme a los ojos porque les estaba matando con mis gritos. Si pones en YouTube 'Rama De Biasi', verás el vídeo del primer ministro hablando de ese discurso mío. Me dijo: 'El discurso que hiciste valía por un curso de universidad de márquetin y puso la piedra más importante para ganar después en Ereván'. Yo ni sabía que Edi Rama estaba en el vestuario en ese momento. En general no me gusta que entre nadie,

pero él había bajado a dar ánimos y lo escuchó todo». ¿Y qué es lo que les dijo? «Trabajé sobre la conciencia, sobre el corazón, sobre las ganas de revancha, pero también sobre la frialdad que debíamos tener en la cabeza. Tenían que hacer lo que yo quería, no lo que los hinchas querían».

Hablamos después de la fiesta posterior a la victoria en Armenia y del recibimiento que tuvieron en Tirana. Y de la Eurocopa. A De Biasi aún se le aparecían acciones concretas que evitaron la clasificación. Le dolían cada vez que pensaba en ellas. La ocasión de Gashi contra Suiza, el centro mal defendido ante Francia que remató Griezmann… Pero el recuerdo que más presente tenía era cómo los acompañó la afición. «Piensa que hay más albaneses fuera de Albania que dentro. El país tiene tres millones de habitantes, pero fuera pueden ser hasta cinco millones. Nos siguieron a todas partes».

La aventura de Gianni De Biasi como seleccionador albanés terminó el 14 de junio de 2017, tres días después de una victoria en Israel por 0-3. «Estábamos en un grupo con España e Italia en la clasificación para el Mundial 2018. Era muy difícil hacerlo mejor de lo que lo hicimos. Ya no teníamos opciones y yo pensaba que mi ciclo se había acabado.

Quedaban aún cuatro partidos de ese grupo y era bueno que el nuevo entrenador tuviera ese tiempo para conocer a los jugadores antes de jugarse la fase previa de la Eurocopa 2020». Quise saber si en su renuncia tuvo algo que ver el comportamiento de los hinchas albaneses en un partido disputado en Palermo tres meses antes de su adiós.

«No, no tuvo nada que ver. La dimisión fue puramente por razones deportivas, por entender que el ciclo estaba terminado. Es verdad que lo de Palermo me dolió, porque no pensaba que los aficionados albaneses pudieran dar esa imagen. Son gente tranquila, personas correctas. En Italia les obligaron a inscribirse en una base de datos para sacar las entradas y eso no les gustó, de modo que reaccionaron tirando bengalas como protesta. Me puso nervioso, muy triste, aún me duele el corazón».

Al final de la charla le pregunté por la cuestión que más me había sorprendido en mi último viaje a Pristina: esa nueva rivalidad entre Albania y Kosovo por asegurarse los jugadores seleccionables por ambos países. «Seguramente es una nueva dificultad para Albania. Kosovo tiene jugadores de mucha calidad y yo creo que pueden llegar a la Eurocopa 2020. Han hecho un buen trabajo. Pienso que ahora mismo los jugadores que son de Kosovo quieren jugar con Kosovo. Antes era diferente: ellos no estaban reconocidos y si querían jugar partidos de verdad, no solo amistosos, tenían que hacerlo con Albania. Pero la situación ha cambiado».

La entrevista a De Biasi me permitió completar una serie que había iniciado unos meses antes. A través de un contacto en el departamento de comunicación del Levante

surgió la oportunidad de hablar con Armando Sadiku, el autor del primer gol de Albania en una Eurocopa, y con Enis Bardhi, el normacedonio de origen albanés que iba a enfrentarse a Kosovo en las semifinales de las repescas. Viajé a Valencia una mañana soleada y me senté un rato con ambos.

Sadiku no estaba teniendo demasiadas oportunidades en el conjunto *granota*, y de hecho me pidieron que me apresurara en mi intención de hablar con él porque estaba a punto de salir cedido. Vivía en su club una realidad totalmente diferente a la que disfrutaba en su país, donde aquel tanto ante Rumanía le convirtió en héroe nacional.

Fue brutalmente honesto en la conversación que tuvimos sentados en el césped de uno de los campos de entrenamiento de la ciudad

deportiva de Buñol. «Si te digo la verdad, yo creo que había jugado bien los dos primeros partidos ante Suiza y Francia, pero no había marcado y para el tercero contra Rumanía creía que el míster le iba a dar la oportunidad a otro jugador. Pero él confío en mí. Yo estaba muy cansado, pero pude marcar aquel gol que me cambió la vida y que supuso el momento más emocionante de mi carrera». Llegar a la Eurocopa como titular fue una auténtica carrera de obstáculos en la que se fue superando a sí mismo. «Justo cuando me había ganado el puesto en la selección tuve una lesión de rodilla muy grave que me mantuvo fuera de los terrenos de juego durante un año. En ese periodo, los otros delanteros, Balaj y Cikalleshi, lo hicieron muy bien, de modo que cuando regresé tuve que volver a hacer méritos para recuperar la plaza. En la primera mitad de la temporada 2015-2016 estaba marcando goles con el FC Zürich, pero quería jugar más minutos y me fui cedido seis meses al Vaduz con el único objetivo de ganarme el puesto para la Eurocopa. Y funcionó. Al volver, estaba en plenitud física: corría once kilómetros en cada partido».

Esta cesión de Sadiku al club de Liechtenstein que juega en la liga suiza merece que nos detengamos un momento por lo extraordinariamente curioso del suceso. En el momento en el que se acordó su cesión, al final de la segunda vuelta de las cuatro que tiene el campeonato helvético, Armando llevaba cinco goles y, aunque no se le podía considerar titular indiscutible, era el máximo goleador del equipo. El FC Zürich iba penúltimo y tenía dos puntos más que el Vaduz, que cerraba la tabla. Solo bajaba el último. Y pese a su buen rendimiento, el club decidió cederlo a su principal rival en la pelea por la permanencia pensando que su sustituto, el ex del Sevilla Aleksandr Kerzhakov, mejoraría sus números. La realidad es que el ruso marcó en la segunda mitad de la temporada cinco goles, pero Sadiku anotó siete con el Vaduz, que se acabó salvando. El FC Zürich finalizó la liga en la última posición y descendió. La prensa suiza definió la decisión de mandar al albanés a préstamo a un rival directo como «un gol en propia puerta».

Así que Sadiku llegó a la Eurocopa crecido por su gesta de haber salvado con sus goles al equipo de Liechtenstein. Pero no fueron sus actuaciones con su club las que le abrieron las puertas de la titularidad en la selección. Se la ganó a pulso en los amistosos previos. «En los últimos seis meses antes de la Eurocopa marqué tres goles entrando de suplente en partidos con la selección: el definitivo de Armenia y dos amistosos. Justo antes de disputar el último encuentro de preparación contra Ucrania, De Biasi me dijo:

'Te doy un *joker*, aprovéchalo'. Me puso de titular para que demostrara

si podía ser yo el nueve del equipo. Marqué, y cuando regresamos al vestuario al final, me dijo: ‘Bravo, te has ganado el puesto, serás titular en todos los partidos’».

Es lógico, pues, que Sadiku hablara maravillas de Gianni De Biasi. «Él y su asistente, Paolo Tramezzani, han cambiado la historia del fútbol albanés. Han viajado por toda Europa y por todo el mundo en busca de jugadores albaneses. Hicieron un trabajo increíble. En dos años construyeron este equipo. Antes Albania entraba derrotada al campo, ahora somos capaces de ganarle hasta a Francia. Ellos tenían un lema: ‘Quien juega en su equipo, juega en la selección’. Ya no bastaba con tener un nombre o haber hecho algo muy importante: había que rendir cada día. Así que todos se esforzaban al máximo para ser importantes en sus clubes. Esta mentalidad no la teníamos con los anteriores entrenadores». De hecho, Armando fue rotundo: creía que De Biasi se había equivocado marchándose. «Creo que fue un error. Conocía muy bien el carácter albanés, lo entendía como nadie. Es cierto que para el Mundial 2018 ya no podíamos clasificarnos, pero si hubiera esperado un poco, nos podría haber guiado hacia la Eurocopa 2020 como hizo en 2016. Seguro que lo hubiésemos hecho muy bien otra vez».

Armando Sadiku no estuvo en Belgrado el día del dron. Ese partido se jugó durante su lesión, así que lo vio por televisión. «Cuando entraron los aficionados al campo empecé a sudar, pensaba que entraría todo el estadio, tenía miedo por mis compañeros.

Por suerte no fue así. Llamé inmediatamente, cuando se refugiaron en el vestuario, para preguntar si todos estaban bien». Pero su declaración más relevante la hizo cuando le pregunté por la bandera del dron. «Los aficionados serbios se sintieron provocados. Esa bandera refleja lo grandes que éramos. Nos han quitado mucho territorio y ahora somos pequeños. Fíjate en Bardhi: él es albanés, pero como nos robaron terreno ahora vive en Macedonia. No es ninguna broma lo que dice esa bandera. Es la verdad. A los serbios no les gusta la verdad, piensan que tienen la razón en todo. Pero la verdad es que éramos grandes y por distintas razones ahora nuestro territorio es pequeño».

Sadiku, me quedó claro ese día, no es nada diplomático. Si esas palabras se llegan a reproducir algún día en Serbia, tendrán probablemente un gran impacto. En la cuestión de la competencia con la selección kosovar lo tenía también muy claro. «Mi opinión es que nosotros somos uno: hablamos el mismo idioma, tenemos la misma cultura, corre

por nuestras venas la misma sangre… Para mí solo debería haber una selección». Le pregunté qué creía que elegirían los jugadores que pueden optar a representar a ambas federaciones. «Esto es una cuestión de sentimiento, no es una guerra. Por mucho que me diera la federación de Kosovo, yo nunca me cambiaría. Yo desde niño he soñado con jugar con Albania. Los jugadores de Kosovo, cuando eran niños, también soñaban con jugar con Albania. Creo que solo puede existir la duda en un chico de veinte años si no ha jugado con ninguna de las dos selecciones. Pero si lo ha llamado Albania, creo que no se cambiará».

Armando nació en Elbasan —lo cual, de nuevo, me pareció un guiño del destino; el primer goleador de la historia de la selección albanesa en un gran torneo tenía sus orígenes en la ciudad que aparece recurrentemente en nuestro camino—. A los diecinueve años, cuando jugaba ya en primera división con el equipo de su localidad, protagonizó un incidente que le obligó a abandonar su país, en cuya liga no ha vuelto a jugar. Ocurrió el 19 de diciembre de 2010. En un partido contra el KF Laçi, a falta de ocho minutos, creyó haber anotado su segundo gol de la tarde, pero el árbitro asistente levantó el banderín y el tanto fue anulado por fuera de juego. Sadiku corrió hacia él, le empujó y, según la prensa local, también le escupió y le insultó. Cuando él me contó la historia solo me habló del empujón. Fue expulsado y la federación albanesa, además de multarlo económicamente, le puso una sanción de dos años sin poder jugar. Esa suspensión solo era aplicable a Albania, de modo que antes de acabar la temporada, ya en marzo, fichó por el Locarno suizo. El Elbasani, ya sin él, acabó descendiendo a segunda. Obviamente, cuando mira hacia atrás y piensa en aquel momento, no está orgulloso de ello: «Un joven tiene mucha presión en Albania. En el club había problemas de todo tipo. Yo estaba en la selección sub-21 y quería ganar siempre para poder salir al extranjero. Actué con toda la rabia de la juventud. Ahora me arrepiento, fue un momento de inmadurez». La televisión albanesa fue a entrevistar al árbitro asistente en cuestión, Eduard Miho, casi seis años después, justo cuando Sadiku acababa de marcar el primer gol de Albania en una Eurocopa. Y manifestó que, tras ese tanto ante Rumanía, había decidido perdonarle.

Durante nuestra charla, Sadiku incidió en más de una ocasión en la figura del principal asistente de De Biasi, Paolo Tramezzani. Probablemente no fuera casual. A las pocas semanas, el Levante lo cedió al Lugano suizo, que acababa de fichar como entrenador a Tramezzani, que emprendía de este modo su primera aventura en solitario. Sadiku jugaría más tarde en otros tres clubes españoles: el Málaga, la UD Las Palmas y el Cartagena, además de probar suerte en

Turquía e incluso en Bolivia.

Con Enis Bardhi no nos sentamos en el césped, sino en la grada del campo de entrenamiento de la ciudad deportiva de Buñol. El tema de conversación con él iba a ser

distinto: se centraría en ese apasionante Macedonia del Norte-Kosovo de semifinales de la repesca y en el papel que jugaría en ese choque la *albanidad* que compartían varios jugadores de los dos equipos —unos cuantos en los macedonios, entre ellos él, y todos los kosovares—. A diferencia de Sadiku, Bardhi sí tenía un papel importante en el Levante y estaba considerado como uno de los mejores lanzadores de falta de la liga española. Empezó contándome su infancia y el contexto social en el que se desarrolló.

«Teníamos la mitad de las clases en macedonio y la mitad en albanés. En Macedonia vivimos macedonios, albaneses y turcos. Pero Skopje es una ciudad muy tranquila, siempre estuvimos muy bien. En mi familia todos son albaneses, pero llevan muchas generaciones viviendo en Macedonia. Skopje es nuestra ciudad, no había motivo alguno para marcharse». En la selección me aseguró que el ambiente era fantástico. «Somos cinco o seis albaneses. A veces entre nosotros bromeamos, porque alguno no habla macedonio del todo bien y porque los macedonios no entienden el albanés. Muchos de ellos fueron a escuelas en las que solo se enseñaba macedonio. Mi familia quiso que yo aprendiera los dos idiomas, porque vivía en una ciudad en la que se hablaban ambos.

Ahora se intenta que toda la población sea capaz de comunicarse en los dos. Es importante porque un 30% de la población es albanesa. Pero en la selección no tenemos ningún problema más allá de las bromas. Todos somos deportistas y estamos cómodos los unos con los otros. Predomina el macedonio en la comunicación porque es el que entendemos todos. Nadie mira de qué etnia es un jugador a la hora de seleccionarlo: van los que se lo merecen. Yo empecé a acudir a la selección macedonia desde pequeño en las categorías inferiores. Veo los partidos de Albania porque tengo muchos amigos allí, pero yo juego en la selección macedonia». Cuando le pedí que se definiera nacionalmente, lo tuvo muy claro: «Yo soy albanés de Macedonia».

A los quince años, Bardhi fichó por el Shkupi, el equipo que representa a la comunidad albanesa de Skopje. Sin embargo, quiso dejarme claro que no todos los jugadores del equipo son albaneses: hay varios macedonios en la primera plantilla actual, por ejemplo. Allí fue donde empezó a practicar el lanzamiento de faltas. Se quedaba

después de cada entrenamiento y le ponían diez balones en la frontal del área para que ensayara distintos disparos. De esta manera fue perfeccionando su técnica de golpeo. Pero nunca llegó al primer equipo, porque se marchó antes. Estaba de vacaciones con sus padres cuando la familia recibió una llamada. Un antiguo entrenador suyo, otro albanés de Macedonia que se encontraba en Suecia dirigiendo a un equipo de categoría regional, le dijo que lo podía acoger. Era demasiado joven para jugar partidos oficiales, pero le prometió entrenamientos especiales y la posibilidad de disputar encuentros amistosos. Acabó aceptando porque sabía que si se quedaba en Macedonia y firmaba un contrato profesional con cualquier club de su país después sería mucho más difícil salir al extranjero. Así que, junto a dos compatriotas más, viajó a Escandinavia y se estableció allí. Por las mañanas les preparaban sesiones privadas para

ellos, y por las tardes entrenaban con el grupo. Cada tres meses les permitían volver a Skopje para visitar a la familia. El club en cuestión, con el que más tarde Bardhi llegó a debutar en la cuarta categoría sueca, era el Prespa Birlik, una entidad de Malmö fundada por turcos y por macedonios de origen turco que emigraron a Suecia por trabajo en los años setenta.

La llamada de la selección macedonia absoluta le llegó cuando ya había dado el salto a un equipo húngaro de primera división, el Újpest. No lo dudó. «Albania nunca me quiso, no me mandó el papel que necesitaba para poder jugar con ellos. Creo que en el fútbol es muy importante jugar para quien te quiere, sentirte importante, y yo acogí esa llamada de la selección absoluta con mucha pasión». Más tarde le tocaría enfrentarse a Albania en partidos oficiales, y sin duda fueron ocasiones especiales. «Te sientes incómodo porque estás jugando contra Albania, que lo es todo. Es tu idioma… Pero cuando empieza el partido todo cambia. Es verdad que oyes a una parte de la grada cantando canciones de Albania, y tú estás jugando contra ellos, es un poco difícil. Pero somos profesionales y queremos ganar». Del mismo modo, me admitió que el duelo contra Kosovo sería también diferente a los demás. «No te puedo engañar. El partido es un poco especial. Pero cuando entremos al campo todos seremos profesionales. Yo quiero ganar, quiero ir al Europeo antes de que vayan ellos. Compartimos el sentimiento albanés y tenemos muy buena relación fuera del campo, pero cuando empiece el partido iremos a por todas. Tengo amigos en Kosovo y me han mandado muchos mensajes bromeando sobre esta semifinal. Pero creo que tienen un poco de miedo porque nosotros tenemos más experiencia y esto también es importante».

Pese al favoritismo que entendía que recaía en Macedonia del Norte, Bardhi elogió al conjunto de Challandes. «Ellos tienen mucha calidad y jugadores jóvenes que dentro de dos años aún serán mejores. Poseen individualidades que en cualquier momento pueden producir un gol. Estoy feliz por ellos porque están mejorando mucho en muy poco tiempo».

La reprogramación de las fechas de la repesca hizo que, a diferencia de lo inicialmente previsto, la semifinal y la final no se disputaran en el mismo parón de selecciones. Iba a pasar un mes entre una y otra, lo que dificultaría la cobertura a los periodistas que se iban a desplazar. Entre esta cuestión, las restricciones de viajes que aún seguían vigentes por la pandemia y el hecho de que los partidos se fueran a disputar sin público, decidí no ir a Skopje cuando llegó el mes de octubre de 2020 y seguir el encuentro desde casa por televisión. Pensé que, si Kosovo ganaba, ya me plantearía acudir a la final. Sin embargo, sus posibilidades habían disminuido enormemente al confirmarse la ausencia de dos de sus grandes figuras: Amir Rrahmani y Vedat Muriqi. Disputar un partido de esa importancia sin los dos pilares de las áreas

ya parecía dramático, pero es que además tampoco estaban disponibles otros dos titulares habituales del equipo que consiguió estar quince encuentros invicto entre 2018

y 2019: Milot Rashica y Hekuran Kryeziu.

Rrahmani había dado grandes pasos en su carrera en los dos años que transcurrieron entre el choque contra Azerbaiyán que presenciamos en Pristina y la semifinal frente a Macedonia del Norte. En aquella ocasión de nuestro cuarto viaje, aún jugaba en el Dinamo de Zagreb. En octubre de 2020 ya estaba en el Nápoles después de haber brillado en el Hellas Verona en su primera aventura en Italia. Precisamente dos casos de positivo por COVID-19 en la plantilla del conjunto partenopeo obligaron a Rrahmani a quedarse en casa debido a la cuarentena que tenían que seguir todos los integrantes del equipo por orden de las autoridades. Lo curioso del caso es que uno de los dos positivos era el macedonio Eljif Elmas, que iba a ser su rival en el partido de Skopje. Ninguno de los dos lo pudo jugar.

Muriqi, Rashica y Kryeziu causaban baja por lesión. Muriqi había firmado por la Lazio en septiembre tras sus grandes registros goleadores en el Fenerbahçe, por lo que su estatus de estrella en el fútbol de su país era ya indiscutible. En realidad, lo de que no marcaba pero trabajaba para sus compañeros, esa descripción por la

que mis amigos lo bautizaron como «el Giroud kosovar», empezaba a no ser verdad: se estaba convirtiendo en un reputado finalizador. Aunque si uno analiza los números de Olivier Giroud con la selección francesa, en la que es el máximo anotador histórico, se dará cuenta de que tampoco al atacante galo le hace justicia esa definición. En cualquier caso, Challandes se vio obligado a volver a alinear en ataque a Nuhiu, como ya había ocurrido en el trascendente encuentro de Pilsen un año antes. A los otros ausentes los sustituyeron el central Dresevic, el lateral Hadergjonaj —que jugó un poco más adelantado, desplazando a Valon Berisha a la posición de pivote— y el mediapunta Celina. Los otros siete repetían con respecto a la goleada de 2018 ante los azeríes.

El pesimismo previo se confirmó en el minuto 16, cuando un contragolpe macedonio acabó con un tiro de Ristovski que rebotó en Kololli y se introdujo en la portería de Muric. La acción no estuvo bien defendida: el lateral derecho rival llegó completamente solo, sin nadie que le siguiera, y pudo correr por todo el carril sin ninguna oposición. A Kosovo, que tuvo más posesión de balón, le costó generar ocasiones durante todo el encuentro. Encontró el empate en el 28, en un error del portero del Rayo Vallecano Stole Dimitrievski, que salió a por un balón a la frontal del área, lo soltó para no salirse con él y fue incapaz de alejarlo. Le cayó a Florent Hadergjonaj, que estaba jugando de extremo improvisado, y la levantó con la zurda —su pierna menos dominante— por encima del guardameta. Fue un gol caído de ninguna parte, porque el conjunto de Challandes no estaba logrando crear aproximaciones claras. Muy poca gente esperaba que el papel de héroe pudiera recaer en Hadergjonaj, un futbolista de perfil mediático bajo a pesar de haber jugado en la Bundesliga con el Ingolstadt y en la Premier League con el Huddersfield Town. En Inglaterra se hizo más famoso por los problemas que su nombre generaba a los locutores británicos que por su juego, siempre sacrificado y esforzado pero poco brillante. En el momento en el que anotó su golazo en Skopje ya se había marchado a Turquía para firmar por el Kasımpaşa, el club del barrio de Estambul en el que creció Erdoğan.

Sin embargo, la tranquilidad de la igualada duró poco: solo cuatro minutos después, Enis Bardhi sacó una falta lateral con esa precisión entrenada en su niñez en las instalaciones del Shkupi y su centro lo remató con autoridad el central Darko Velkovski.

Era el 2-1 y tocaba volver a remar para remontar. Mientras los macedonios celebraban el tanto, era imposible no acordarse de Amir Rrahmani y preguntarse si él habría sido capaz de ganar ese duelo

aéreo y despejar el balón. Incluso de Muriqi, ya que el jugador kosovar que saltó en la pugna con Velkosvski fue su sustituto, Nuhiu. En cualquier caso, ninguno de los dos estaba en el terreno de juego, y al equipo de Challandes le tocaba intentar levantar la contienda sin ellos.

La segunda parte fue tremendamente frustrante para la selección más joven de Europa. Pese a mover la pelota buscando pases dañinos, los huecos no aparecían.

Challandes introdujo varios cambios de ataque hasta el punto de dejar al equipo sin un mediocentro defensivo puro. Pero las ocasiones no llegaban. En cambio, a la contra, Macedonia sí hacía daño, y el portero Arijanet Muric se convirtió en el mejor kosovar sobre el campo. Él fue el responsable de que se llegara al descuento solo con la desventaja de un gol. Él propició, por lo tanto, que la oportunidad clarísima que se presentó en el descuento pudiera cambiar la historia. El prometedor extremo del Basilea Edon Zhegrova, uno de los que había ingresado en la segunda parte, chutó con la zurda: su tiro, algo traicionero, no pudo ser blocado por Dimitrievski, que concedió una segunda oportunidad con su despeje. El balón le cayó al central Fidan Aliti a pocos metros de la portería. Aliti, nacido en Suiza de una familia procedente del valle de Preševo —la región de Serbia habitada por albaneses—, remató con todo a favor. Sin embargo, de forma milagrosa, Dimitrievski se lanzó para repeler su disparo a bocajarro y mandarlo a córner. Aún impactado por aquella parada imposible, a Aliti le llegó el centro del saque de esquina siguiente y cabeceó con ventaja, extrañamente solo. Sin embargo, no pudo dirigir bien el balón, y este, tras botar en el suelo, acabó en las manos del guardameta, nuevo héroe macedonio.

La derrota se consumó y supuso un duro golpe. Kosovo había estado cerca de clasificarse para la Eurocopa mediante las dos vías: la Nations League y la fase tradicional. En ambas tuvo opciones hasta el final, pero en ambas se quedó fuera. En ese

momento aún era posible articular discursos optimistas: el equipo era joven, y si en tan pocos años ya se habían podido presentar candidaturas realistas, el futuro tenía que ser por fuerza mejor. El tiempo, sin embargo, haría modificar el estado de ánimo de los aficionados. Después de Skopje, todo fue a peor. La ausencia de Vokrri se empezó a notar a nivel federativo, con conflictos recurrentes entre los jugadores y las autoridades en los años siguientes. Incluso Challandes, en su día elevado a la categoría de mesías, empezó a estar discutido cuando los resultados empeoraron, hasta el punto de acabar

siendo destituido en octubre de 2021. Su cese se produjo durante la fase de clasificación para el Mundial de Catar, en la que Kosovo nunca tuvo opciones de progresar.

De esa liguilla que daba acceso a la cita global de 2022, sin embargo, lo más llamativo fue la polémica que surgió en los enfrentamientos contra España. El punto culminante fue el momento en el que la realización televisiva de TVE decidió rotular en el marcador las iniciales del nombre del conjunto kosovar en minúsculas, a diferencia de lo que hace con el resto de equipos participantes, que siempre aparecen en mayúsculas. La propia cadena pública se refirió al rival como «selección de la Federación de Fútbol de Kosovo»

durante toda la transmisión, siempre procurando no dar la sensación de estar reconociendo la independencia del Estado kosovar en lo que, sin duda, fue una política acordada con las autoridades gubernamentales españolas. Y aunque hubo algún momento surrealista en una rueda de prensa en la que los periodistas balcánicos incluso interrogaron a Pablo García Cuervo, director de comunicación de la RFEF, para que explicara por qué no pronunciaba el nombre «Kosovo» y siempre hablaba del «equipo local», la situación no escaló y los dos partidos se celebraron con normalidad, con la expedición kosovar pudiendo entrar en España sin problemas —a diferencia de lo que le hubiese ocurrido a un turista cualquiera de ese mismo territorio, cuyo pasaporte no habría sido reconocido—. España ganó los dos duelos, aunque Kosovo compitió bien, especialmente en el segundo: 3-1 en Sevilla y 0-2 en Pristina.

La derrota de Skopje supuso también que ninguna selección de habla principalmente albanesa iba a disputar la Eurocopa que finalmente se jugó en 2021. Como se podía prever, Albania empeoró tras la marcha de Gianni De Biasi. Quedó cuarta en la fase de clasificación tradicional por detrás de Francia, Turquía e Islandia, y en la Nations League no obtuvo plaza para la repesca. Christian Panucci no pudo ni acabar el ciclo y fue sustituido en abril de 2019 por el tercer italiano consecutivo que ocupaba el cargo, el veterano Edoardo Reja. Este mejoró los resultados, pero tampoco clasificó al equipo para el Mundial de Catar. Le reemplazó en enero de 2023 el brasileño y exjugador del Barcelona Sylvinho, que se llevó como asistente principal al argentino Pablo Zabaleta, ex del Espanyol y el Manchester City.

Quien sí estuvo en la Eurocopa de 2021 fue Macedonia del Norte. Tras ganarle a Kosovo, tuvo que viajar un mes después a Tiflis para medirse a una Georgia que había derrotado a Bielorrusia. El equipo de Bardhi

era visitante, pero las restricciones del COVID-19 seguían obligando a jugar a puerta cerrada, de modo que el «factor campo»

pesó mucho menos. Ganó Macedonia del Norte por 0-1 y el gol lo consiguió su mayor leyenda, Goran Pandev, el que fuera campeón de Europa con el Inter de Mourinho en el Bernabéu en 2010. Ese tanto supuso el broche final a una carrera exitosa y longeva: cuando lo marcó, tenía treinta y siete años. Ese mismo día, el 12 de noviembre de 2020, también se disputó la final de la repesca en la Liga C en la que Serbia perdió en la tanda de penaltis contra Escocia en Belgrado. Fue una derrota tan inesperada que le costó el puesto a Ljubiša Tumbaković, el seleccionador que en su día había sido despedido en Montenegro por negarse a jugar contra Kosovo.

Por alguna razón difícil de explicar, a Serbia últimamente se le da mejor clasificarse para los Mundiales que para las Eurocopas. Con el legendario Piksi Stojković en el banquillo, obtuvo plaza en la cita de Catar 2022, en la que el caprichoso sorteo volvió a emparejarla con Suiza —y también con Brasil, en lo que fue una repetición casi idéntica del grupo de cuatro años antes en Rusia—. Varios meses antes del partido ya supimos que la federación suiza había advertido a Xherdan Shaqiri y a Granit Xhaka de que no les iba a permitir repetir el gesto del águila bicéfala. El propio Xhaka, consciente de que su elección como capitán helvético había despertado críticas en la propia Suiza porque parte de la opinión pública entendía que estaba más comprometido con sus orígenes balcánicos que con su patria de acogida, quiso restar trascendencia al choque ante los serbios en la conferencia de prensa previa al partido. «Nosotros somos Suiza y ellos son Serbia. Hemos venido a jugar al fútbol, eso es todo», dijo. Sin embargo, cuando el balón empezó a rodar, a Granit le costó mantener la cabeza fría y probablemente se dejó llevar por las emociones y por la historia de su padre Ragip, encarcelado por las autoridades yugoslavas en 1986. En realidad, tanto él como Shaqiri sufrieron una transformación.

Volvieron a jugar el partido de sus vidas.

Es posible que, si les faltaba algo de motivación —cosa poco probable —, esta aumentara cuando trascendieron a la luz pública las imágenes del vestuario serbio en la previa del partido contra Brasil en la primera jornada de ese Mundial de Catar 2022. Los jugadores habían colgado entre sus camisetas un mapa de Kosovo pintado con los colores de la bandera serbia y con la frase «No habrá rendición». La realidad es que Shaqiri necesitó muy poco tiempo para demostrar que, una vez más, iba a ponerse el traje de estrella en una gran cita. Su

carrera a nivel de clubes iba ya claramente hacía abajo: había fichado por el Chicago Fire de la MLS y los días de vestir grandes camisetas europeas, como las del Bayern, el Inter o el Liverpool, ya quedaban atrás. Pero un Mundial es un Mundial, y Serbia es Serbia. En el 20, marcó el 0-1 con un zurdazo y esta

vez no hubo águila bicéfala, pero a nadie se le escapó que ese gol era especial para él.

Serbia necesitaba ganar: estábamos en la tercera jornada, la definitiva, y solo los tres puntos le permitirían acceder a octavos de final. A Suiza, en cambio, le valía el empate.

Pero incluso ese resultado estuvo en duda cuando Aleksandar Mitrović y Vlahović le dieron la vuelta al marcador. Embolo empató antes del descanso. Y Freuler anotó el 2-3

para los helvéticos nada más arrancar el segundo tiempo tras una gran jugada colectiva.

Tanto en el segundo como en el tercer gol suizos, Shaqiri estuvo en el inicio de la jugada y participó en las cadenas de pases que propiciaron los tantos. Pero fue Xhaka el elegido como mejor jugador del partido. Y probablemente con justicia. Se hizo gigante: controló los tiempos del juego, aportó agresividad, manejó la pelota con maestría y lideró a su equipo. Fue una actuación monumental, pero también repleta de controversia. Mediada la segunda parte, se encaró con el banquillo serbio y se llevó la mano a los testículos para hacer un gesto obsceno y despectivo. A partir de ese momento, la tensión fue mayúscula hasta el final. Xhaka siguió haciendo amigos: se encaró con Aleksandar Mitrović, con Milenković, con el portero Vanja Milinković-Savić… Vio una amarilla y fue un milagro que no acabara expulsado —o una tremenda injusticia desde el punto de vista serbio—. La puntilla llegó al final del partido, en la celebración de la victoria por 2-3 que supuso la clasificación de los suizos y la eliminación de los serbios. En la convocatoria helvética había un joven jugador del Lucerna, llamado Ardon Jashari, que aún no había participado en ningún minuto durante todo el Mundial. Su familia es albanesa, originaria de Macedonia del Norte. Xhaka le pidió la camiseta y se la puso al revés, fotografiándose con el nombre «Jashari» en el pecho. Todo el mundo lo entendió como un homenaje al fundador de la UÇK Adem Jashari y a su familia, todos ellos ejecutados por el Ejército serbio. En Serbia se vio como una provocación más, ya que Jashari es considerado allí un terrorista. Xhaka dijo tras el partido que solo quería tener un gesto con su joven compañero.

A estas alturas, resulta evidente que podríamos dejar abierto este libro de forma permanente, porque los Balcanes siempre van a proporcionar contenido. Su fútbol no puede desligarse de su vida política, de sus tensiones étnicas, de sus tradiciones nacionales y de sus enemistades seculares. Esas enemistades, lamentablemente, tampoco parece que vayan a desaparecer a corto plazo: ya no estamos en los terribles años noventa, pero las rencillas siguen presentes y se expresan sin disimulo en la cultura popular de todos sus territorios. Sin ir más lejos, mientras escribo estas líneas en junio de 2023, las tensiones en el norte de Kosovo empiezan a preocupar a la opinión pública internacional. Es un asunto un poco complejo de explicar, pero vamos a intentarlo empezando por contar que en 2020 se produjo un cambio de Gobierno en Kosovo que rompió con todo lo anterior. Por primera vez, ganó un candidato que no pertenecía a la vieja guardia de exdirigentes de la UÇK. Su nombre es Albin Kurti.

Albin Kurti se hizo famoso en 1997, cuando era un estudiante de veintidós años que lideraba las protestas por la ocupación de la Universidad de Pristina por parte de la Policía yugoslava. En la década de los noventa, los derechos lingüísticos de los albaneses en Kosovo fueron disminuyendo hasta el punto de que las clases en lengua albanesa tuvieron que acabarse impartiendo en casas particulares. Kurti fue detenido y condenado a quince años de cárcel en 1999 cuando el conflicto se intensificó. Su trabajo como asistente de Adem Demaçi, el líder del brazo político de la UÇK, le llevó a ser acusado de actividades que ponían en peligro la integridad territorial de Serbia y que podían ser consideradas como conspiraciones vinculadas al terrorismo. Fue liberado en diciembre de 2001, una vez la era Milošević llegó a su fin. Desde entonces, se dedicó al activismo, siempre apoyando a las familias de los desaparecidos en la guerra y combatiendo la corrupción. Fue detenido en numerosas ocasiones a pesar de que siempre abogó por las protestas no violentas. Pronto se convirtió en uno de los rostros más visibles del movimiento Vetëvendosje, que significa «autodeterminación» en albanés. Tras la independencia de Kosovo, Vetëvendosje se convirtió en partido político, se presentó por primera vez a las elecciones en 2010 y en cada nueva convocatoria fue ganando terreno. En sus inicios, se trataba de una formación eminentemente nacionalista, pero poco a poco Kurti le dio un cariz más izquierdista para mostrarse como la oposición más frontal a la vieja partitocracia, muy mal vista por amplios sectores de la población. En febrero de 2020 fue elegido primer ministro por primera vez, pero ese Gobierno duró menos de dos meses, ya que sus socios le hicieron una moción de censura por desacuerdos sobre las políticas para combatir el coronavirus. En 2021

se volvió a presentar, obtuvo más de la mitad de los votos y pudo gobernar con mucha más libertad. Prácticamente toda la gente que conozco en Kosovo estaba eufórica por su victoria el día después de los comicios.

La elección de Kurti complicó las relaciones con Serbia, que lo observó con hostilidad.

Con él en el poder, caducó el acuerdo por el uso de matrículas serbias en las poblaciones del norte de Kosovo en las que esta etnia es mayoritaria. El Gobierno de Kurti pretendía que, a partir de noviembre de 2022, los serbios de esa zona empezaran a usar en sus vehículos matrículas kosovares. Se tuvo que echar atrás y prolongar el permiso de uso de las antiguas matrículas serbias después de la dimisión de varios policías, jueces y alcaldes de la zona, que dejaron su cargo como protesta. En este contexto, en abril de 2023 se celebraron elecciones municipales y los serbios de Kosovo las boicotearon: no fueron a votar, y en los municipios en los que eran mayoría, ganaron alcaldes albaneses con muy pocos votos. El Gobierno de Kurti dio validez a los resultados y proclamó a los nuevos alcaldes, tomando los ayuntamientos por la fuerza ante las protestas de los vecinos serbios que se negaban a permitir su entrada. Hubo tanta tensión que Serbia movilizó a su Ejército cerca de la frontera por si tenía que

intervenir. La inestabilidad sigue estando presente en el norte de Mitrovica y nadie es capaz de pronosticar cómo va a acabar el conflicto.

Con esta situación copando las noticias en los Balcanes, viajaré a la zona por quinta vez. Aunque esta es diferente. Voy a ir con Violeta. Y lo haremos durante nuestras vacaciones. No hay ningún partido ni ningún acontecimiento especial que motive la visita. Pero hay que acabar esta obra, y confrontar nuestras opiniones sobre el terreno no parece una mala idea. Nuestra relación es ahora mismo mucho más sólida que en los tiempos en los que el TOC me azotó: esta aventura habría sido imposible entonces. Es, por lo tanto, una buena noticia que ahora nos sintamos suficientemente fuertes como para pasar más de un mes en una zona que siempre nos lleva a discutir. Además, ella no había estado nunca en la antigua Yugoslavia hasta que me conoció. Fuimos unas Navidades a Eslovenia y ya no ha vuelto. Empezaremos en Belgrado, conoceremos unas cuantas ciudades serbias de Bosnia-Herzegovina, recorreremos Kosovo y Albania, cruzaremos Grecia y llegaremos por mar a Esmirna, en Turquía. Ella cree, y creo que tiene razón, que a este libro le falta un contrapunto serbio: algún viaje al

otro lado del conflicto. A decir verdad, cuando empecé a pensar en este proyecto no tenía en la cabeza hacer algo tan centrado en los territorios de habla albanesa. Los distintos acontecimientos que se sucedieron y las relaciones personales que entablamos en el primer viaje fueron marcando el camino. Tengo muchas ganas de volver a Belgrado. Es una ciudad que me fascinó la única vez que la pisé, en 2007. Me parece increíble que hayan pasado ya dieciséis años.

Revisando los capítulos de los primeros viajes, también me he dado cuenta de que mi forma de escribir al principio era mucho menos sobria que en la actualidad. Estaba cargada de una inocencia que ahora me parece casi ridícula. En 2013, todo nos sorprendía, todo nos asustaba. Llegamos a Korçë como quien entra en una ciudad en guerra. Desconfiábamos de la gente y teníamos vicios propios de pijos occidentales que salen de su zona de confort. Incluso el ritmo narrativo pretendía convertir el relato en algo parecido a una película de Tarantino. Le he dado muchas vueltas a la cuestión de si debía mantener esas páginas intactas, tal como fueron concebidas, o de si debía corregirlas y adaptarlas a mi personalidad actual. Al fin y al cabo, han pasado diez años. Finalmente he decidido no modificarlas, porque el libro también puede ejercer de testimonio de esta transformación. Poder apreciar esas diferencias posee un valor documental.

A Violeta le he hablado mucho de Vullnet. Se lo he presentado como el kosovar que le puede hacer cambiar la opinión sobre un territorio al que sigue viendo como un *narcoestado* dominado por la OTAN y los Estados Unidos y que expulsó a los serbios para acabar configurándose étnicamente uniforme. Ella me dijo algo que me pareció

interesante: «Tú quieres pensar que Kosovo es como Vullnet. Te pasa lo mismo con respecto a mí. Quieres pensar que España es como yo. Pero no, ni Kosovo es como Vullnet ni España es como yo. Lo siento».

Siempre me ha parecido poco procedente comparar el conflicto entre Kosovo y Serbia con el de Catalunya y España. En este libro no se ha hecho más allá de las veces en las que los propios kosovares han sacado el tema en las conversaciones con nosotros. Pero es evidente que, si yo no viviera donde vivo, si no hubiese crecido donde he crecido, quizás el asunto kosovar no me interesaría tanto. Con Violeta hemos viajado a muchos lugares en los que hay conflictos identitarios, o en los que conviven distintas nacionalidades, o en los que hay límites geográficos que dibujan también fronteras lingüísticas que no siempre son tan estrictas. Hemos sentido curiosidad por saber cómo se resuelven estos fenómenos en otras partes del mundo, o por ver si

realmente se resuelven o siguen enquistados, en cómo afectan a las vidas de los habitantes de esos lugares. Hemos estado en Islas Feroe, en la parte turca de Chipre, en un Kazajistán en el que sigue siendo numerosa la población rusohablante, en un valle de Fergana en el que los uzbekos y los kirguises no se llevan bien, en la frontera entre Noruega y Rusia en Kirkenes… No hemos llegado a demasiadas conclusiones. Pero las seguimos buscando.

O no: en realidad, asistimos a esos fenómenos sin pretender alcanzarlas. Nos basta con ser espectadores.

La vida de Vullnet ha sufrido muchos cambios entre mi última visita a Pristina en 2018 y este 2023. Le escribí en febrero de 2021 para comentar el triunfo electoral de Albin Kurti. No había votado porque estaba viviendo temporalmente en Belgrado. «En octubre pasado decidí marcharme de Kosovo. Quiero ir a Alemania o donde sea. Vine aquí porque era el único lugar al que podía viajar sin visado. Ahora estoy en una situación complicada por las restricciones del coronavirus y por no tener documentos para salir. Pero aun así no pienso volver a Kosovo. Nunca. Ahora el parlamento estará lleno de homófobos del partido de Albin». Esta frase me sorprendió. ¿No era la formación de Albin Kurti izquierdista, rompedora con el pasado y progresista? «Él es de izquierdas. Pero quería todo el poder, así que ha metido en su partido a gente de todas partes. Islamistas, cristianos, homófobos, liberales… Todos juntos. Será una locura». En sus primeros años como activista, Albin hacía campaña por la unificación de Albania y Kosovo, pero según Vullnet también en eso ha moderado su discurso. «Hace dos años que no lo menciona». Por un lado, mi amigo pensaba que Kosovo necesitaba un cambio como ese para dejar atrás a la clase política de toda la vida, aquella que tantas veces fue acusada de corrupción. Pero por el otro era escéptico sobre el éxito que pudiera tener un Kurti que había pretendido ampliar la base de sus posibles votantes y que había sido recibido con unas expectativas ante las que difícilmente podría responder. De hecho, había buscado captar electores tan distintos que Vullnet me dijo

que seguramente lo habían votado tanto los artistas del jardín de nuestra primera visita

—por izquierdista— como el aficionado del FK Pristina que salía en el documental francés —por nacionalista—. Él lo observaba todo desde la distancia, pero no estaba viviendo un buen momento. Le pregunté cómo se sentía en Belgrado. No estaba contento. «Es terrible. Es como en Pristina, pero la ciudad es diez veces más grande».

A las pocas semanas volvimos a hablar y, a pesar de las intenciones que me había manifestado, había regresado a Kosovo. Estaba visitando a su familia, que vivía en un pueblo muy tranquilo, Negroc. Había pensado en convertir un pequeño edificio al lado de la casa de sus padres en un punto de información turística o incluso en un hotel sostenible desde un punto de vista medioambiental. Me contó que a tres kilómetros del lugar había un castillo de la Edad Media y también un recorrido perfecto para hacer senderismo. Le pregunté si había dejado su trabajo en *Insajderi* y me dijo que no, que seguía colaborando con ellos, creando estrategias digitales para el público internacional, y dándole forma a ese proyecto de hacer un programa de televisión en la red para la diáspora albanesa cuando por fin pudiera mudarse a Alemania. Pero lo más inmediato que tenía en mente era un proyecto con un escritor serbio que se había puesto en contacto con él para emprender juntos una aventura curiosa: recorrer Kosovo caminando, de norte a sur, de Leposavić a Kaçanik, llevando un cordero a hombros.

Iban a emitir en directo por *streaming* toda la ruta, captando las reacciones de sorpresa de la gente que se fueran encontrando. Y Vullnet iba a redactar un diario de aquella experiencia que posteriormente se convertiría en libro. Le pregunté qué sentido tenía aquello y qué quería simbolizar el cordero. «El concepto es el absurdo peso que los serbios llevan encima con respecto a Kosovo». Al parecer, el escritor es uno de los muy pocos serbios que piensan que su país está equivocado en el asunto de Kosovo.

Tras dos años sin hablar demasiado, he podido comprobar que Vullnet ha vuelto a la primera línea periodística en Pristina. Según sus publicaciones en las redes —Instagram y Facebook, porque Twitter prácticamente no se usa en Kosovo—, está ejerciendo de reportero y parece grabar esa clase de vídeos provocadores con los políticos, los manifestantes y las autoridades que en España se pusieron de moda con el programa *Caiga quien caiga.* Por lo que he podido ver, aún sin entender lo que se dice en ellos, ese parece ser el registro. Ardo en deseos de reencontrarme con él.

Con quien he perdido el contacto ha sido con Labi. Le prometí no contarlo, pero él mismo explicó su situación en un artículo. Le diagnosticaron esclerosis múltiple en 2015

y su preocupación por la enfermedad que sufre le ha hecho encerrarse en sí mismo.

Intenté ayudarlo, pero la situación es compleja. No pierdo la

esperanza de volver a verlo resplandeciente como las primeras veces. Era un ser brillante, que con su sola

presencia infundía respeto por su clarividencia, y desde el principio conectamos muy bien. Teníamos visiones e inquietudes similares.

Mañana volamos a Belgrado. La ruta prevista es la siguiente: Belgrado-Novi Sad-Banja Luka-Višegrad-Mokra Gora-Užice-Novi Pazar-Niš-Preševo-Pristina-Prizren-Koman-Valbona-Theth-Tirana-Berat-Gjirokastra-Korçë-Kastoria-Kalambaka-Salónica-Kavala-Lemnos-Quíos-Esmirna. Violeta no entiende por qué he incluido Novi Sad y Banja Luka: nos obliga a dar una vuelta impresionante y nos deja sin tiempo de ver un castillo cerca de la frontera con Rumanía. Pero todo se puede ir cambiando sobre la marcha. Para el libro será interesante todo el periplo hasta cruzar la frontera griega cerca de Kastoria. A partir de allí serán puras vacaciones.

LOS MUROS DE BELGRADO

EL PASO FRONTERIZO DEL AEROPUERTO está lleno de carteles. En ellos, las autoridades locales informan de que, en virtud de los acuerdos alcanzados para facilitar la circulación de personas, permitirán el paso a los ciudadanos que presenten un pasaporte kosovar, pero que en ningún caso eso supone que acepten la independencia de ese territorio. Quieren que quede claro.

La carretera que lleva al centro de la ciudad pasa por debajo de un puente en el que, en letras majestuosamente grandes, está escrito: *Kosovo je Srbija* (Kosovo es Serbia). Es imposible que ningún visitante que haya llegado en avión y se dirija hacia Belgrado no lo vea. Es como un mensaje de bienvenida.

La ciudad ha cambiado durante estos dieciséis años, pero mantiene su carácter autóctono. Es difícil encontrar en Europa un lugar que se muestre tan reacio a las modas de Occidente. No se puede decir que estas no hayan llegado, pero lo han hecho en menor medida que en los países vecinos. Hay algunas cafeterías de especialidad realmente sofisticadas que sirven *flat whites*, pero la mayor parte de la población prefiere hacer cola en las panaderías tradicionales abiertas las veinticuatro horas del día en las que, además de café, se puede comer una *sarajevska pita*. La probamos el primer día y no dejaremos de pedirla: es una sabrosísima masa de hojaldre con queso cremoso.

La puedes comprar sola o con un menú de desayuno en el que también se incluye un yogurt líquido.

Nuestro hotel está muy cerca de la calle Skadarska, la más turística de la ciudad. En ella no parece vivir nadie: todo son restaurantes tradicionales en los que se ameniza la cena con la actuación en directo de una banda de música. Antes era conocido como el barrio bohemio al que acudían poetas y escritores, muchos de ellos con pocos recursos económicos. Hoy queda muy poco de ese ambiente: es más bien una maquinaria para sacar dinero a los extranjeros que buscan vivir la típica experiencia serbia. A mis veinticuatro años caí en la trampa y la realidad es que lo disfruté. Esta vez preferimos huir de las aglomeraciones y solo cruzamos la calle por necesidad, a pesar de que la pendiente en curva que dibuja le da un carácter especial. Violeta investiga un poco y

descubre que el nombre viene de la ciudad albanesa de Shkodër. «¿No decías que odiaban tanto a los albaneses? ¿Por qué le ponen entonces

un nombre de ciudad albanesa a su calle más famosa?».

En todas las ciudades del mundo, los muros dicen muchas cosas. En Belgrado, hablan sin parar. No hay calle sin pintada, y eso cuando no te encuentras un cartel enganchado en la pared o una pancarta sostenida entre dos farolas. Hay pinturas, murales gigantes, como el de Gavrilo Princip, el joven que asesinó al archiduque Franz Ferdinand dando inicio de esa manera a la Primera Guerra Mundial. Princip era un serbio que vivía en la Bosnia ocupada por Austria-Hungría y pretendía, junto a sus compañeros revolucionarios, que su país alcanzara la independencia del Imperio para que luego se unieran todos los eslavos del sur formando un nuevo Estado yugoslavo. Más de cien años después de su acto, tiene una calle a su nombre en Belgrado y su rostro aparece glorificado en una pared.

El atardecer desde Kalemegdan, observando cómo se unen el Danubio y el Sava, sigue siendo uno de los grandes espectáculos naturales que se pueden presenciar en Europa. Dejando atrás la fortaleza y acercándose a la orilla del río, un largo paseo permite explorarlo desde cerca. Junto al caminito, Novak Djokovic ha abierto una academia de tenis que no puede estar en un lugar más privilegiado.

Más murales. Una ciudad, aviones, bombas. Horror. Cinco fechas. Cinco años. 1914-1916-1941-1944-1999. Son las cinco veces en las que Belgrado fue atacada durante el siglo XX. La primera, con cañones desde barcos que llegaron por el río. Fue la respuesta del Imperio AustroHúngaro al asesinato de Franz Ferdinand y el inicio de la Primera Guerra Mundial. La fecha de 1916 está asociada a ese mismo conflicto: es el año en el que Belgrado es ocupada. Las dos siguientes se refieren a la Segunda Guerra Mundial: primero fueron los alemanes los que atacaron la ciudad, y tres años más tarde fueron los aliados anglo-norteamericanos los que respondieron para intentar arrebatársela. La de 1999 rememora el bombardeo de la OTAN por la guerra de Kosovo.

Esa última pesadilla es la que está más presente en las calles que hablan. Es la más reciente y aún se siente. Hay pintadas contra la OTAN, contra los Estados Unidos, contra Albania. Hay fotografías de menores de edad muertos por las explosiones junto a monumentos e inscripciones: «Solo éramos niños». Hay pancartas en las que se equipara a la OTAN con la UÇK y se reivindica una Kosovo serbia. Hay edificios en ruinas, como el de la radio-televisión serbia: quieren mantenerlos como quedaron después del bombardeo para que nadie olvide. Y hay una inscripción recurrente en las paredes que no tiene que ver con Kosovo y sí con Bosnia: «Ratko Mladić: héroe».

Ratko Mladić fue el oficial de más rango del Ejército de la República Srpska durante la Guerra de Bosnia. El Tribunal de la Haya lo condenó en 2017 a cadena perpetua por genocidio, crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad. Él estaba al mando durante el sitio de Sarajevo y la masacre de Srebrenica. Pese a que su figura ha sido denostada internacionalmente, el nacionalismo serbio más radical lo sigue considerando un héroe. Es complicado determinar qué porcentaje de la sociedad comparte esa opinión. De hecho, fueron policías especiales serbios los que lograron detenerlo en 2011 después de haber estado fugado durante más de quince años.

Siempre existieron sospechas de que miembros del Ejército o servicios de seguridad leales al expresidente Milošević le ayudaron a esconderse. Los partidos más radicales organizaron manifestaciones contra el entonces presidente Boris Tadić por no detener su extradición a La Haya.

Hay dos museos que queremos ver. Violeta, el de la antigua Yugoslavia. Yo, el del Estrella Roja. Esta será la tendencia durante todo el viaje: ella me llevará a monumentos y lugares que homenajean a los partisanos de la Segunda Guerra Mundial y yo haré fuerza para visitar campos de fútbol. En el Museo de Historia de Yugoslavia está el mausoleo de Tito, la llamada «Casa de las flores». Todo el complejo estuvo cerrado durante diez años después de la disolución del país. Volvió a abrir para satisfacer a turistas y a nostálgicos. Hay documentos de gran valor, pero yo me entretengo sobre todo con los periódicos de los días siguientes a la muerte de Tito: cómo se comunicó, qué imágenes eligieron… Se celebró un gran funeral de Estado en el mismo lugar en el que nos encontramos. Al salir, decidimos caminar hasta el siguiente destino pese a que el verano balcánico es tórrido. En el *pequeño Maracaná*, la sala de trofeos y fotografías antiguas del Estrella Roja está perfectamente situada para contemplar el terreno de juego. Incluso da acceso a un pequeño palco privado. Un sacerdote ortodoxo, con todo su séquito, comparte la visita con nosotros y se hace fotografías con el campo de fondo.

No es la mejor instantánea posible, porque están replantando el césped y falta mucho verde. La fascinación que Violeta siente ante los retratos y los documentos de Tito la experimento yo observando los recuerdos de la final de Bari del 91: identificando a los jugadores, leyendo sus nombres en cirílico, recordando de qué república era cada uno.

Hay una zona fantástica, con clasificaciones de la liga yugoslava y banderines de todos los rivales. Hoy juegan en ligas distintas: algunos

en la bosnia, otros en la croata, en la macedonia, en la eslovena… El broche final es una réplica de la Copa de Europa con la que los hinchas pueden posar para sus redes sociales. Es, como todo lo demás, el testimonio de una época que ya no existe. Pero no solo hablo de un país, de una entidad política. También de fútbol. Hoy es inimaginable que un club del Este gane una Champions League.

Visitamos también la vivienda en la que el novelista y poeta Ivo Andrić vivió durante la Segunda Guerra Mundial. Era el apartamento de un amigo que lo acogió en Belgrado durante el conflicto. Allí terminó *Un puente sobre el Drina*, su obra más conocida y la que tuvo más peso para que le concedieran el Premio Nobel de Literatura en 1961. Es uno de los libros que me he traído al viaje. He seleccionado solo a autores de las zonas que vamos a visitar. Junto a él, leeré a Danilo Kiš, a Saša Stanišić y a Lea Ypi, una albanesa contemporánea que se ha convertido en una de las sensaciones literarias de este verano.

En la casa-museo de Andrić en Belgrado han colocado también las evaluaciones académicas de su niñez en Bosnia. De joven llegó a conocer a Gavrilo Princip, pues ambos frecuentaban los mismos círculos nacionalistas yugoslavos. Incluso llegó a estar encarcelado por las autoridades austro-húngaras. A pesar de que a él le tocó protestar y combatir contra ese Imperio, gran parte de su obra se centra en la ocupación anterior: la de los otomanos en los territorios de los eslavos del sur. Tengo muchas ganas de llegar a Višegrad, la localidad bosnia en la que creció y en la que está ambientada su novela más famosa.

Al otro lado del puente, Novi Beograd y Zemun. En el primero abundan los mastodónticos edificios socialistas. En el segundo, las casitas viejas de lo que en su día era un pueblo separado hasta que fue absorbido por el crecimiento de Belgrado. Hoy en día ya no queda claro dónde acaba un barrio y dónde empieza el otro: en Zemun también hay ya bloques altos y los límites de cada parte de la ciudad son cambiantes. El paseo por la orilla del río es agradable: proliferan los restaurantes flotantes a los que no entra nadie a la hora de comer, pero que intuimos que de noche atraen a la clientela que acude a las discotecas acuáticas en las que se convierten los barquitos de esta zona.

Tengo recuerdos de algún bar de estos de hace dieciséis años: recuerdos difusos que se pierden por el paso del tiempo y el alcohol de entonces, pero que sin duda debieron originarse aquí. Belgrado era la capital de la vida nocturna en los Balcanes y debe seguir siéndolo, pero yo ya no soy esa persona.

El FK Zemun puede sonarles a los aficionados que siguen las clasificaciones de ligas extranjeras. Ahora está lejos de la élite, pero llegó a estar en primera división, tanto en los tiempos de Yugoslavia —lo que tenía aún más mérito— como en los de la liga serbia. En 2008 incluso jugó la final de copa, que perdió contra el Partizán. Pienso en sus hinchas, en su convivencia con los dos gigantes de la otra orilla, mientras saboreamos dos buenos platos de pescado en un renombrado restaurante de la parte antigua de Zemun. Se ve Belgrado al otro lado del río, casi no hay turistas y la tarde es placentera.

Violeta cree que la gente de Occidente no acude en masa a este país porque le siguen acompañando la fama de villano de la guerra y la turbulenta vida política de los años posteriores al conflicto.

De hecho, se vincula al clan de Zemun, una de las facciones de la mafia serbia, con el asesinato del primer ministro Zoran Đinđić en 2003. Đinđić era un político que dividía a la opinión pública, ya que algunos sectores le veían demasiado cercano a Occidente. Fue él quien ordenó la extradición de Slobodan Milošević en 2001, lo que sin duda le acarreó una dura campaña en contra por parte del nacionalismo serbio más radical. También persiguió con dureza el crimen organizado.

De vuelta al hotel, se me ocurre una idea. En 2007, durante un paseo por Kalemegdan, conocí a un joven escritor y nos agregamos a Facebook. Podría escribirle y, si sigue en Belgrado, quedar con él para tomar café. Quizás sea la persona adecuada para afrontar esa conversación sobre Kosovo que quiero mantener con algún serbio pero que es tan difícil de introducir con los desconocidos que nos encontramos en las calles o en los cafés. Sorprendentemente, me responde de inmediato. Ya no vive en la capital, pero su ciudad está bien conectada y podríamos llegar en una hora de tren. A Violeta le parece un buen plan. Así que, sin tenerlo previsto, agregamos Valjevo a nuestra ruta de viaje.

## EL ESCRITOR DE VALJEVO

NO SÉ NADA DE VALJEVO. Probablemente esto se deba a que su equipo de fútbol no ha estado prácticamente nunca en primera división. Durante dos temporadas sí jugó en la máxima categoría de la liga de Serbia y Montenegro —también llamada Primera Liga de la República Federal de Yugoslavia—, pero ese fue un campeonato muy particular por el formato que se usó. En las dos campañas en las que el

Budućnost Valjevo estuvo en primera (la 96-97 y la 97-98), la liga se dividía en dos grupos ordenados por nivel, y a mitad de temporada los mejores del grupo B se intercambiaban con los peores del grupo A. El equipo de la ciudad de nuestro escritor no se movió del grupo B. Era, pues, una segunda división dentro de la misma primera, de modo que el Budućnost no se enfrentó nunca al Estrella Roja o al Partizán.

Hoy el Budućnost Valjevo ya no existe. En 2014 se fusionó con su gran rival local, el FK Krušik, un club todavía más modesto. De esa unión surgió el Budućnost Krušik, que actualmente milita en la tercera categoría del fútbol serbio. Todo esto lo he tenido que buscar, porque el escritor no me lo ha sabido explicar con exactitud. No le gusta el fútbol. En los Balcanes tengo tendencia a hacerme amigo de gente que escribe sobre otras cosas y que ve el juego que es el centro de mi vida como algo entre ordinario y carente de interés.

Mi encuentro con el escritor, que se llama Željko, ya quedó explicado en el capítulo

«Medvode» de *11 ciudades* —el capítulo favorito de la mayoría de los lectores; yo diría que de casi todos menos de los sabadellenses, que obviamente prefieren el primero y el último—. Yo iba paseando por Kalemegdan con mi amigo Xavi —hace siete años que no le veo, le mando recuerdos desde aquí— y nos encontramos a dos chicas y a un chico. Les preguntamos por cómo llegar a no sé dónde y entablamos una conversación.

Les sorprendió que estuviésemos en Belgrado haciendo turismo y que consideráramos aquello como parte de Europa. Incluso hicieron una broma sobre los albaneses.

«Nosotros solo nos dedicamos a perseguir albaneses», dijeron con sarcasmo, pensando que esa es la etiqueta que les coloca a los serbios la prensa occidental. Acabamos la noche con ellos de bar en bar y el día siguiente fui a comprarme su libro antes de tomar el tren hacia Skopje. Nos intercambiamos los perfiles de Facebook y, como suele pasar,

hablamos solo durante el primer año posterior a nuestro encuentro. Es una gran sorpresa que me haya contestado ahora con tanta celeridad.

A decir verdad, tuvimos una interacción en 2018. Le escribí antes de viajar a Pristina para el cuarto viaje, el del partido entre Kosovo y Azerbaiyán. Se acordaba de mí y le propuse hacerle una entrevista para que me diera su visión, una visión serbia —la visión de un

intelectual serbio, en realidad— sobre el conflicto. Aceptó. Sin embargo, nunca llegué a mandarle las preguntas. Ahora se las podré hacer cara a cara.

Increíblemente, dice que a veces, durante estos años, se ha preguntado qué habrá sido de mi libro.

Željko, tras recogernos en la estación de tren, conduce hacia el centro de Valjevo. Está más interesado en enseñarnos su ciudad que en hablar de Kosovo. Está muy orgulloso de ella. Yo lo conocí en el único periodo en el que vivió fuera: cuando era estudiante universitario en Belgrado y en los años posteriores a acabar la carrera. Poco después de nuestro encuentro, conoció en un bar de la capital a una chica de Valjevo que hoy es su mujer. Y pronto le salió una plaza como profesor de lengua y literatura en un instituto de su propia localidad. De modo que regresó a casa y formó una familia. Tienen una niña para la que Željko ha escrito ya cuentos infantiles que también se han publicado.

Está cambiado. Claro, es un señor de cuarenta años. A mí me debe pasar lo mismo.

En mi mente, su rostro seguía siendo el de 2007: el de un chaval que vestía con una estética juvenil, con el pelo muy corto y una indumentaria de camuflaje que pretendía ser rompedora. Le han salido canas y ya no parece tener nada de rebelde. Pocas veces va a Belgrado: está cómodo en la calma de Valjevo, con su vida familiar perfectamente estructurada. Nos quiere mostrar muchas cosas: el centro histórico, las iglesias de los aledaños, el río con el agua más clara de Serbia… Esto también lo dice la web oficial de la ciudad: que no hay ningún río con el agua tan limpia en todo el país. Viene a ser como su mayor reclamo turístico.

Valjevo tiene unos cincuenta mil habitantes, más de ochenta mil si contamos las aldeas de su área de influencia. Está situada al suroeste de Belgrado, no demasiado lejos de la frontera bosnia. A las afueras, el Gradac —el río limpio— se une con el Kolubara, que a su vez es afluente del Sava. Todo esto lo veremos por la tarde, pero antes hay que comer carne. Barbacoa. Lo más tradicional que sirvan en el restaurante más típico.

La hora de la comida es también la de la conversación que yo estaba esperando.

Željko nos advierte de que no quiere hablar mucho de Kosovo porque

es un tema muy sensible, que incluso despierta emociones muy profundas en personas no nacionalistas como él. «Es un lugar que siempre ha sido nuestro. Ellos vienen y ponen una bandera.

Muy bien, ¿dónde va a acabar esto? Quizás luego también van a Niš y ponen allí una bandera». Y continúa. «Nosotros hemos hecho atrocidades, es evidente. Pero también ellos a nosotros. También ellos y de eso se habla muy poco. Los medios occidentales se han centrado en vender una imagen. Por ejemplo, pusieron unas plañideras albanesas en la frontera. Estaba todo organizado para que fueran las cámaras a filmar, ellas empezaban a llorar, y después todos se iban». Pese a sus palabras, afirma no sentir odio por los albaneses. «Yo no los odio. Ni a ellos, ni a los croatas, ni a los bosnios. ¿Cómo los voy a odiar? No tengo trato con ellos, no los veo, aquí en Valjevo no hay. Es normal que ellos nos odien más a nosotros que nosotros a ellos, porque las guerras fueron allí donde ellos vivían, nuestro Ejército fue a sus pueblos y ciudades. Ellos en cambio no vinieron aquí». El asunto de Kosovo le toca de cerca. «Mi mujer no quiere hablar del tema porque su familia viene de Mitrovica. Todavía tiene parientes que viven allí. Y

tienen miedo. Llaman y cuentan las cosas que les pasan». Quiero saber si toda la familia de su mujer es serbia o si, allí en Mitrovica, se mezclaron con albaneses. «Todos son serbios. Es muy raro que un serbio y una albanesa se casen, o al revés. No sucede».

El restaurante sirve una cerveza originaria de Valjevo. Željko me advierte de que es muy difícil encontrarla en otros lugares. Que la saboree, porque quizás no la vuelva a probar. Lo hago, y le pregunto si se enteró del asunto del dron y de las celebraciones de Xhaka en los partidos contra Serbia en los dos últimos Mundiales. «Por supuesto.

Aunque no te guste el fútbol, es imposible vivir en Serbia y no saber que ocurrió eso».

En un momento dado, entre bocado y bocado, Violeta menciona a Tito. Lo que Željko nos cuenta nos deja atónitos. «¿Sabéis que está extendida la teoría de que Tito no era de aquí? Siempre dicen que nació en Croacia, pero eso no está muy claro. Hay quien dice que era un espía ruso. Que los rusos lo trajeron aquí. Luego él, ya en el poder, se peleó con ellos y fue por su cuenta. Pero es que si tú le escuchabas hablar serbio… ¡no lo sabía hablar bien! Una persona nacida en Croacia lo habla perfectamente. Todo el mundo se daba cuenta de que no hablaba bien serbio y nadie se atrevía a decirlo. Incluso corre un rumor… Parece que sus últimas palabras antes de morir… ¡fueron en

ruso!». Nada de lo que nos pueda contar después de esto nos puede causar más impacto.

Pero lo que a Željko le gusta es hablar de literatura. Y de cine. Tan pronto como puede, cambia de tema. Quiere saber qué directores están de moda en España. Yo le digo que tiene que ver todo lo que pueda de Sorogoyen. Le prometemos regalarle una buena novela que esté traducida a su idioma, pero nos cuesta mucho encontrar autores contemporáneos que escriban en castellano y hayan sido editados en serbio. Al final, tras una larga búsqueda, Violeta da con uno que le gusta: *Ordesa*, de Manuel Vilas. Él también nos hace recomendaciones y nos damos cuenta de que hay escritores célebres en Serbia —o incluso algunas obras de los más famosos internacionalmente— que no han sido traducidos al español. Pienso que ahí hay una oportunidad de negocio. Željko

opina que el mejor de todos es Andrić, con muchísima diferencia. «Pero a Tito no le gustaba Andrić. Una vez fueron a comer, y Tito, si apreciaba a su invitado, se quedaba a beber en la sobremesa un largo rato con él. En esa ocasión, se levantó pronto y se fue.

Fíjate en que Tito prefería a un escritor croata de esa misma época, Miroslav Krleza.

Siempre los presentaba a los dos para optar al Premio Nobel. Hasta que sus asesores le dijeron que, si quería que ganara un yugoslavo, tenía que presentar solo a uno y ese uno tenía que ser Andrić».

A Željko le incomoda que, tras la disolución de Yugoslavia, se esté separando a los distintos autores en función de su república de nacimiento. «Antes todos formaban parte de la literatura yugoslava. Ahora a unos los ponen en la literatura croata, a otros en la bosnia, en la serbia, en la montenegrina… Estas cuatro lenguas en realidad son una sola. Es la misma. No tiene ningún sentido que ahora los estemos clasificando de esta manera. Además, si un autor nació en Serbia y murió en Croacia, ¿de dónde es? Si el padre es bosnio y la madre montenegrina, ¿a qué literatura pertenece? Porque esto sucedía muchísimo en los tiempos de Yugoslavia». Reconoce, eso sí, que el esloveno y el macedonio son lenguas diferentes.

¿Y la literatura albanesa? ¿La consume? «He leído varios libros de Kadaré. Me gusta mucho Kadaré. De hecho, me fascina que haya podido salir un autor como él de un lugar como Albania. Me refiero a que, si yo, viviendo en Serbia, he tenido dificultades para encontrar lecturas internacionales traducidas, ¿qué leía él de niño en Albania?

¿Qué influencias pudo tener? Siempre me lo he preguntado». No se atreve, sin embargo, a leer *Tres cantos fúnebres por Kosovo*. «Esa es la obra de Kadaré que, intencionadamente, he evitado leer. Quiero evitar que me haga daño, enfadarme». Me recomienda *El cerco*. La tengo en casa y la leeré a la vuelta. «Lo que me sorprende mucho es que presente a los albaneses, en sus orígenes, como rubios, altos y de piel muy blanca. No es la imagen que tenemos ahora de los albaneses».

Por la tarde, nos lleva en coche al bosque. Hay unos jóvenes que se están remojando en las aguas del Gradac, efectivamente clara y limpia. Caminamos por un sendero bastante inaccesible hasta llegar a una vieja iglesia ortodoxa. «Al estar tan escondida se mantuvo a salvo de los turcos durante toda la ocupación. Es un lugar muy especial».

Pero los caminos de los alrededores no están tan cuidados como el río o como el templo religioso: hay suciedad cerca de las primeras casas que nos encontramos cuando nos dirigimos de regreso hacia la civilización. «Esto se debe a la ocupación otomana.

Durante muchos años, los serbios no limpiábamos las calles porque sabíamos que eran turcas. Teníamos impecables nuestras casas, pero el exterior era turco, así que no nos preocupábamos por él. Se lo dejábamos sucio a propósito. Esto devino una costumbre y ahora ya la tenemos interiorizada». De hecho, no deja de hablar de los turcos. Me recuerda un poco al propio Andrić, que en su novela más célebre se refiere a los bosníacos de Višegrad como «los turcos». Violeta y Željko coinciden en pensar que los bosníacos, en realidad, no son una etnia distinta, sino que simplemente eran eslavos que se hicieron musulmanes. «Es un milagro que, tras cuatrocientos años de ocupación, sigamos existiendo. Que sigamos hablando y escribiendo en serbio. Es un milagro».

Antes de pararnos en un bar para tomar la última cerveza para hacer tiempo hasta la hora de partida del tren de vuelta a Belgrado, nos detenemos en una colina en la que se levanta una estatua gigante de un partisano de la Segunda Guerra Mundial. La hierba está muy alta y casi cubre parte de la piedra de la base del monumento. Violeta dice que deberían cuidar mejor una escultura como esa. «No viene mucha gente ya por aquí. Los partisanos no están muy de moda en los tiempos que corren», contesta Željko.

En la terraza de una cafetería a las afueras de Valjevo, Željko me pregunta si creo que alguno de sus libros podría atraer el interés de algún editor español. Me cuenta, un poco por encima, de qué trata

cada uno. El de un psicópata serbio, el primero que escribió, le dio fama y le permitió recorrer el país para participar en galas de presentación. El de las peleas a muerte clandestinas, el último que ha sacado, puede que sea llevado a la televisión: lo está negociando con una productora. Y, sin embargo, a mí el que me parece más vendible para el público extranjero es el que está redactando ahora: una historia basada en su adolescencia, en un verano de 1996 en Valjevo, con las guerras de Croacia y Bosnia ya finalizadas, pero todavía presentes en el estado de ánimo de la ciudad. Quiero saber si su relato llega hasta los bombardeos de la OTAN.

«No, solo cubre ese verano del 96. Pero aquí en Valjevo sí se notó la agresión de la OTAN del 99. De hecho, varias casas de vecinos nuestros, que no vivían nada lejos, fueron destruidas. Luego nos dijeron que esos misiles se desviaron de su objetivo 'por error'. Fue terrible, casi no salíamos a la calle del miedo que teníamos, pero en casa tampoco estábamos seguros».

Nuestro anfitrión nos lleva con el coche hasta la estación y se asegura, hablando con el hombre que vende los billetes en la taquilla, de que el horario que hemos consultado en internet sea el correcto. Nos ha dedicado todo el día. Le mandaremos *Ordesa*, nos promete que verá *As bestas*, yo le digo que exploraré las obras de los autores serbios menos conocidos que nos ha recomendado. Ha sido una excursión interesantísima, algo que no estaba previsto y que ha enriquecido un día de verano. La segunda vez con Željko. Dieciséis años después.

## LAS CIUDADES SERBIAS DE BOSNIA

A BOSNIA LLEGAREMOS DESDE NOVI SAD. Novi Sad es la capital de Voivodina, que en la antigua Yugoslavia tuvo estatus de provincia autónoma dentro de Serbia, exactamente igual que Kosovo. Voivodina era la parte más norteña de Serbia, y Kosovo la más sureña. Ambas incrementaron su autonomía en la constitución de 1974 y la vieron radicalmente disminuida en la de 1990. Históricamente, la comunidad húngara tuvo un peso importante en Voivodina, llegando a constituir casi el 30% de la población en 1941.

Sin embargo, la pérdida de competencias durante el mandato de Milošević y la mayor sumisión al Gobierno central de Belgrado no encontraron aquí una contestación tan agresiva. Hoy, el 77% de la gente que vive en la provincia es étnicamente serbia, mientras que los húngaros representan solo el 10%. Aunque se percibe en las calles un

orgullo por la personalidad propia, a ningún observador que pasee por sus ciudades le podrá parecer que aquí se discuta la pertenencia a Serbia. En un cierto momento de la historia, Voivodina y Kosovo, tan ligadas la una a la otra durante tantos años, tomaron caminos muy diferentes.

El segundo clasificado de la última liga serbia, el TSC Bačka Topola, es un equipo voivodinés. Es la primera vez en la historia que ha acabado subcampeón y jugará la penúltima ronda previa de la Champions League. Si pierde, tiene asegurado participar en la fase final de la Europa League, lo que ya será todo un logro. Alcanzando la segunda plaza de la liga quedó por encima del Partizán de Belgrado y del club más histórico de su propia región, la Vojvodina de Novi Sad, que fue capaz de ganar la liga yugoslava dos veces (en 1966 y en 1989) y la Copa serbia otras dos (en 2014 y 2020).

En Novi Sad visitamos un monumento situado a la orilla del Danubio dedicado a las víctimas de una masacre que se llevó a cabo en la ciudad en enero de 1942. El Ejército del Reino de Hungría ocupó los territorios norteños de lo que había sido el Reino de Yugoslavia y mató a entre tres mil y cuatro mil civiles en la región de Bačka. La mayor parte de ellos, ciudadanos serbios y judíos.

Si uno observa un mapa diría que la forma más lógica de llegar a Banja Luka desde Novi Sad es cruzando la frontera serbobosnia por el pueblo de Badovinci. Eso

pensábamos que haría nuestro autobús, pero pronto nos damos cuenta de que cruza hacia Croacia para usar una carretera mucho más rápida que traza una línea paralela a la frontera con Bosnia. A Violeta no le hace ninguna gracia, porque no quería pisar el país que, por su alianza con los nazis durante la Segunda Guerra Mundial, más antipatía le genera en toda la región balcánica. Pero tiene que hacerlo, porque nos obligan a bajar del vehículo para el control de pasaportes. Una vez ya se ha visto forzada a ello, entra también en una gasolinera en una parada de diez minutos y compra algo para picar durante el viaje. Quién le iba a decir esta mañana que iba a acabar consumiendo en Croacia.

Es una pena que mantenga ese veto con respecto a Croacia, porque hay lugares muy bellos que nos vamos a perder. A mí no me importa demasiado, porque he estado en el país varias veces. He visitado Zagreb, Split, Dubrovnik y Rijeka. Creo que, especialmente Split, le gustaría. Dubrovnik le haría gracia por *Juego de tronos*, aunque acabaría harta por la masificación turística. Pocos lugares en Europa

están tan explotados y desnaturalizados en la actualidad como Dubrovnik. Aunque eso puede tener su parte buena: en 2008 encontré allí, en una tienda de suvenirs, una camiseta del Dinamo de Zagreb con el dorsal y el nombre de Luka Modrić.

El autobús está casi una hora parado en el paso fronterizo de Gradiška. Es realmente estrecho y se forma una cola gigantesca. Cuando llegamos a Banja Luka ya es de noche.

El hotel es grande y la habitación es cómoda y espaciosa, pero en la planta baja tienen un restaurante con terraza y la música a todo volumen no se detiene hasta bien entrada la madrugada. Pedimos explicaciones en la recepción y la chica, que veraneaba en la costa valenciana cuando era más joven y habla español, nos pide disculpas: es la inauguración de la temporada de verano y hay una fiesta para celebrarlo.

Tenemos un día entero para ver la capital de la República Srpska, una de las dos entidades territoriales que conforman el Estado de Bosnia y Herzegovina. La otra es la Federación de Bosnia y Herzegovina —un nombre que, por extraño que pueda parecernos, solo se refiere a la mitad del país—. Esta división política quedó oficialmente reconocida tras los acuerdos de Dayton que pusieron fin a la guerra en 1995. De todos modos, la República Srpska ya había sido proclamada en 1992 cuando los serbios de Bosnia se negaron a aceptar el resultado del referéndum de autodeterminación que declaró la independencia con respecto a Yugoslavia. Durante esos tiempos de conflicto armado, Radovan Karadžić fue el presidente de la República Srpska, con Ratko Mladić como jefe de Estado Mayor del Ejército. Ambos están cumpliendo condena de cadena perpetua como criminales de guerra.

Con respecto al fútbol, el enredo divisorio del territorio bosnio llegó a ser aún mayor que el político. Hasta la temporada 2002-2003 no hubo una liga realmente unificada en la que participaran clubes de todo el país. Durante algunos años después de la guerra llegaron a convivir tres federaciones distintas que organizaban sus respectivas ligas: la Primera Liga de Herzeg-Bosnia para los equipos croatas, la Primera Liga de la República Srpska para los serbios y la Primera Liga de Bosnia y Herzegovina para los bosníacos.

El Borac Banja Luka, el equipo principal de la ciudad en la que nos encontramos, estuvo en la primera división yugoslava durante catorce temporadas, en las que incluso ganó una final de Copa ante el Estrella Roja en 1988. En la liga de la Bosnia y Herzegovina independiente y unificada ha sido campeón en dos ocasiones: en 2011 y en 2021.

Esta es una localidad con muy pocos turistas. Quien visita Bosnia suele centrarse en Sarajevo y en Mostar. La parte serbia vive en una especie de oscuridad internacional. A muy poca gente le interesa lo que ocurre aquí. Sin embargo, hay mucha vida en sus calles y los habitantes locales no parecen preocupados por esa sombra mediática que les arrincona. Hay un par de avenidas peatonales en el centro que permiten dar agradables paseos, y además nuestra visita coincide con un festival de música folclórica con representantes de varias culturas del mundo. Hay un grupo de mexicanos, con sus sombreros típicos y debidamente uniformados, cantando en español. Nos acercamos a hablar con ellos. Nos dicen que están de gira por Europa y nos preguntamos si realmente están cubriendo gastos, porque venir desde su tierra hasta la República Srpska no es precisamente barato. Nos piden que acudamos por la noche a la actuación: lo que acabamos de presenciar es solo una pequeña muestra que sirve de ensayo y al mismo tiempo les permite recaudar unas pocas monedas más. Les prometemos que iremos si no llueve, que es algo que a ellos también les preocupa.

Más allá de los edificios gubernamentales, el centro de Banja Luka destaca por su entorno natural alrededor del río Vrbas, con bonitos árboles a ambos lados y unas cuantas terrazas con unas vistas fantásticas. En la oficina de turismo nos atiende una señora que fue jugadora de baloncesto. Participó en unos Juegos Olímpicos y jugó en la liga española en un equipo de Pamplona. También estuvo en un club francés. Su vida deportiva me interesa más que las atracciones turísticas que nos propone.

Por la tarde llueve, y entre que el tiempo no invita a salir y que me encuentro un poco mareado, no salimos del hotel. Me recupero comiendo un dulce y bebiendo Coca-Cola.

Es una pena perdernos la actuación de los mexicanos, y aún más lamentable no disfrutar de Banja Luka de noche. Pero hay que descansar: al día siguiente toca cruzar

todo el país en autobús. Hoy ya no hay fiesta de inauguración de la temporada de verano, pero la música sigue a todo volumen. La única diferencia es que la apagan una hora antes.

La República Srpska no ocupa una parte uniforme en el mapa de Bosnia y Herzegovina. Es una extensión de terreno ciertamente irregular, que en realidad está conformada por dos zonas distintas que quedarían separadas entre sí si no fuera porque las une el distrito de Brčko, que tiene un estatus especial y forma parte de las dos entidades

del país al mismo tiempo. El caso es que, para ir de Banja Luka a Višegrad, ambas ciudades de la Repúblicas Srpska, hay que salir de esa parte del país, entrar en la Federación de Bosnia y Herzegovina y volver a adentrarse luego en la República Srpska. A efectos prácticos, el viajero no nota nada, porque no hay pasos fronterizos entre las dos entidades.

Pasamos por Zenica, la ciudad que se ha hecho famosa por ser la sede de la selección de Bosnia y Herzegovina en sus partidos como local. Veo de lejos el estadio, que también es el hogar del NK čelik, el club que ganó tres ligas consecutivas entre 1995 y 1997. Sin duda, se benefició de que en aquel momento existieran las tres estructuras federativas separadas, por lo que solo compitió contra clubes bosníacos. De todos modos, tuvo su mérito: quedó por encima de los dos grandes de la capital, el FK

Sarajevo y el FK Željezničar. Quizás aún más meritoria fue la mística que la selección bosnia creó alrededor de Zenica: tras una serie de resultados negativos en Sarajevo, se dio cuenta de que aquí podía generar ambientes mucho más hostiles por la proximidad de la grada con el terreno de juego. Este estadio fue el hogar de una generación que estuvo muy cerca de clasificarse para el Mundial de 2010 y la Eurocopa 2012 y que finalmente sí logró el acceso a Brasil 2014. Asmir Begović, Emir Spahić, Miralem Pjanić, Zvjezdan Misimović, Vedad Ibišević y Edin Džeko formaban la columna vertebral de aquel histórico equipo.

El autobús hace una parada de cinco minutos en Sarajevo. Violeta arriesga: sale de la estación y cruza la calle en busca de una panadería donde pueda comprar una *sarajevska pita*. Hay que probar la autóctona, la que se hace en el lugar de donde sale su denominación de origen. Vivo momentos de tensión cuando el vehículo enciende el motor de nuevo y ella aún no aparece. Hablo con el conductor, le pido que espere, y su reacción no me deja tranquilo. Finalmente la veo: llega con un montón de pan de hojaldre relleno de queso fresco. La segunda parte del viaje tendrá mejor sabor.

Según nos alejamos de Sarajevo, Violeta empieza a reconocer que quizás se ha equivocado no queriendo hacer noche aquí. ¡Sin duda lo ha hecho! Sarajevo es una ciudad maravillosa que me causó un gran impacto cuando la visité con amigos en 2006

—y eso que estuve a punto de acabar en comisaría por un malentendido en un tranvía—. Conservo en casa una sudadera del FK Sarajevo que adquirí en un mercado al aire libre en la plaza de la

ciudad vieja.

Según nos alejamos de la capital, el camino se adentra en una zona montañosa. Ya no hay grandes ciudades, solo aldeas y algún pueblo un poco más grande que ejerce de centro neurálgico de la zona. Es el caso de Rogatica, ya de nuevo en la República Srprska, que es la sede de la empresa de autobuses que organiza la mayoría de recorridos entre los núcleos de población del este de Bosnia. Incluso tiene una línea que une Rogatica con Belgrado. A los pocos kilómetros, la carretera alcanza el Drina, y lo va resiguiendo hasta Višegrad, regalándonos imágenes de una belleza natural difícil de igualar. Es un paraje espectacular que Europa parece desconocer. Aquí no viene casi nadie, probablemente porque permanece el recuerdo de que en estas tierras la guerra fue especialmente dura. Srebrenica no queda lejos.

Višegrad no es Srebrenica, pero también conoció el horror. Lo conoció, de hecho, tres años antes. El Tribunal Penal Internacional para la Antigua Yugoslavia, situado en La Haya, estima que cerca de tres mil bosníacos fueron asesinados en esta ciudad y sus aledaños en la campaña de limpieza étnica llevada a cabo por el Ejército de la República Srpska en 1992. Es por esta razón que, cuando uno pasea por sus calles y se encuentra pintadas nacionalistas serbias o incluso el clásico mensaje elevando a Ratko Mladić a la categoría de héroe, toda la belleza que ve a su alrededor se difumina y los sentimientos de culpa afloran: ¿cómo puedo estar disfrutando de la contemplación de un lugar que ha sido escenario de tanta maldad y en el que siguen viviendo personas a las que aquello no les pareció mal? No puedo interrogar uno a uno a sus habitantes para conocer exactamente cuántos lo aprobaron o cuántos simplemente lo dejaron pasar, pero sí sé que en esta ciudad convivieron dos etnias durante siglos y hoy está poblada prácticamente solo por serbios. Los bosníacos que no murieron fueron deportados, y los que no fueron asesinados ni deportados huyeron porque no querían seguir viviendo en una ciudad que se había convertido en una amenaza. Y esa es la dureza de Višegrad hoy: es bellísima, pero cuesta aceptar que la vida siga como si no hubiese pasado nada.

Entre los habitantes de la ciudad que se marcharon está la familia del escritor Saša Stanišić. Él era un adolescente de catorce años en 1992, cuando consiguió escapar y establecerse en Alemania. Era hijo de un padre serbio y una madre bosníaca. Las vivencias de aquella época las cuenta en su fantástico libro *Cómo el soldado repara el gramófono*, que leí hace más de diez años. Ahora tengo aquí una nueva obra suya, *Los orígenes*, en la que, aunque aún no la he empezado, veo que vuelve a referirse a esa época y, más en profundidad, a su llegada a Heidelberg

como refugiado.

De hecho, aquí en Višegrad estoy leyendo la gran obra que hizo famosa a la ciudad: *Un puente sobre el Drina*, de Ivo Andrić. En ella Andrić describe un lugar en el que, a pesar de que la convivencia no siempre fue fácil, los serbios y los bosníacos —él los llama «los turcos»— se acostumbraron a vivir juntos, conformando de esta manera la personalidad de la localidad. Las tensiones siempre se dirigieron hacia los ocupantes externos: los otomanos primero y los austrohúngaros después. Y aunque las simpatías de los habitantes hacia sus dominadores diferían en función de la religión que profesaban, se articuló un entendimiento y un sentimiento de vecindad que sobrevivió a todos los cambios políticos… hasta la guerra de 1992. Sin duda, he pensado en muchos momentos cómo me gustaría que el relato de Andrić hubiese podido llegar hasta nuestros días —finaliza en la Primera Guerra Mundial— para saber cómo habría descrito ese horror y la amputación de la mitad del cuerpo de Višegrad.

Emir Kusturica ha construido en uno de los extremos de la ciudad, justo donde se unen el Drina y el Rzav, un pueblo artificial de piedra llamado Andrićgrad. Es su segundo proyecto similar en la zona: en las montañas de Mokra Gora, al otro lado de la frontera, tiene otro de madera que erigió para la grabación de su película *La vida es un milagro*. En ambos homenajea a las personas que le han servido de inspiración y deja clara su posición política, que se enmarca en el nacionalismo serbio. En Andrićgrad hay un mural gigante dedicado a Gavrilo Princip. El complejo es un tanto extraño, porque quiere recrear en cierto modo la Višegrad en la que vivió Andrić pero al mismo tiempo está repleto de restaurantes, cafeterías, tiendas de suvenirs e incluso un cine. Es, en realidad, una atracción turística.

Pero el mayor atractivo de Višegrad sigue siendo el puente Mehmed Paša Sokolović, especialmente bello al atardecer. Lo cruzamos una y otra vez. Nos sentamos en la *kapia* y lo observamos desde todos los ángulos posibles. El verde de los bosques colindantes se refleja en el agua, tiñéndola de un color aún más vivo. Decidimos hacer una excursión en una pequeña embarcación y remontamos el Drina durante más de dos horas hasta llegar al memorial a las víctimas de Stari Brod, cerca de la aldea de Miloševići. Allí se ha erigido un pequeño museo junto a esculturas ubicadas en el agua que representan a personas gritando horrorizadas. La barquita se detiene y nos permite bajar a tomar fotografías y a leer las placas del interior de la casa de memoria. Allí, la organización fascista croata Ustaše asesinó a seis mil serbios en 1942. Era uno de los monumentos que Violeta tenía

apuntados como imprescindibles para este viaje.

## EL SUR DE SERBIA

EL AUTOBÚS DIARIO QUE UNE ROGATICA con Belgrado es nuestro aliado dos días seguidos.

Lo usamos primero para recorrer la escasa distancia que hay entre Višegrad y Mokra Gora cruzando la frontera y volviendo a entrar en Serbia —es decir, pasando de la entidad serbia que sigue formando parte de Bosnia y Herzegovina a la Serbia que es un Estado independiente— y después para viajar entre Mokra Gora y Užice.

El gran atractivo de Mokra Gora es un tren panorámico histórico llamado Šargan Eight. Su estrecho ancho de vía y su recorrido en forma de ocho, además de su paso por espectaculares cañones, laderas de montañas y oscuros túneles para atravesarlas, lo convierten en un destino turístico muy frecuentado por las familias serbias. Hay algunos visitantes internacionales, pero son minoría. No hay españoles, ni aquí ni en ninguna otra ciudad de lo que llevamos de viaje. Al menos nosotros no nos los hemos cruzado. Es llamativo, porque el año anterior coincidimos con alguno hasta en Kirguistán.

Mokra Gora fue elegido como uno de los mejores pueblos turísticos del mundo y, como podíamos sospechar ante una etiqueta como esa, no nos acabó de convencer.

Todo nos pareció demasiado artificial, únicamente pensado para agradar al visitante. Es cierto que, cuando se inició la construcción de la vía del tren, esta no era la intención.

Austria-Hungría inició el proyecto durante la Primera Guerra Mundial con la idea de conectar las ciudades más importantes de sus dominios occidentales con Serbia. Para ello, puso a trabajar en la obra a prisioneros rusos e italianos. Cuando acabó la guerra con la derrota de Austria-Hungría, fue el Reino de Yugoslavia el que retomó el proyecto con una idea diferente: crear una continuidad ferroviaria entre Belgrado y Dubrovnik.

Ese objetivo se consiguió pese a las dificultades que presentaba la orografía, y funcionó hasta 1974.

Que Kusturica construyera Drvengrad —que significa «ciudad de madera», aunque también le puso el nombre alemán de Küstendorf—

a inicios de este siglo a escasos kilómetros de la estación de tren de Mokra Gora acabó de redondear el paquete completo para venderlo como destino perfecto de fin de semana. A decir verdad, el

cineasta tenía un objetivo mucho más ambicioso cuando lo levantó: quería que fuera un lugar de encuentro entre culturas que luchara contra la globalización, donde se organizarían seminarios y cursos para enseñar distintas disciplinas artísticas. No sé si está cumpliendo ese cometido. Lo que nosotros vemos al cruzar la puerta del recinto, tras pagar la entrada, me recuerda un poco a Port Aventura. En las callejuelas de Drvengrad se recrea la vida rural de antaño en los pueblos balcánicos, pero también hay cabañas que funcionan como habitaciones de hotel y restaurantes y cafeterías —muy caras— que no se distinguen de las que encontrarías en un parque de atracciones. Y, por supuesto, hay mucha reivindicación de la ideología de su creador y de sus gustos personales. Hay calles dedicadas a Diego Armando Maradona, a Novak Djokovic, al Che Guevara, a Federico Fellini, a Nikola Tesla, a Ingmar Bergman y, por supuesto, a Ivo Andrić. Una sala de espectáculos que hace las veces de cine y de teatro lleva el nombre de Stanley Kubrick. También encontramos un calabazo simbólico en el que se encuentran encerrados dos personajes representados por ilustraciones: George Bush y el español Javier Solana, el que fuera Secretario General de la OTAN durante el bombardeo de Serbia en 1999. En Drvengrad también hay, como en Andrićgrad, una iglesia ortodoxa serbia, y a su lado un anfiteatro que se llama Gavrilo Princip.

El autobús que nos lleva a Užice parece que nos traslade de un planeta a otro. Son muy pocos kilómetros los que recorre, pero pasamos de un mundo artificial que persigue lo bello a una ciudad que, aunque industrial y gris, rezuma vida y actividad.

Desde el momento en que llegamos y la contemplamos desde las alturas —porque la carretera, que viene de las montañas, tiene que descender hasta el estrechísimo valle en el que está ubicada— me recuerda a Eibar: por su ubicación, encajada en un agujero entre montes verdes, y por su personalidad, de la que se desprende un carácter laborioso y poco amante de las florituras. Es el tipo de lugar que buscamos en nuestros viajes: aquellos en los que se puede sumergir uno en la autenticidad de la vida diaria, observar las rutinas de las personas corrientes que moldean y construyen el tejido mismo de sus países.

Busco por la ciudad tributos a Nemanja Vidić y no los encuentro. El antiguo central del Manchester United, en su día considerado como el

mejor en su posición en la Premier League e incluso en dos ocasiones el mejor jugador de la liga, nació en esta ciudad cuando todavía se llamaba Titovo Užice. Quizás el hecho de que nunca jugara a nivel profesional en el Sloboda Užice hace que sea menos admirado en su localidad natal. Vidić jugó en las categorías inferiores del club, pero antes de cumplir los quince años ya firmó por el Estrella Roja. En cambio, en la plaza principal hay un mural precioso con el rostro de Radomir Antić, que también da nombre al estadio principal de la ciudad. Antić vivió aquí entre los seis años y los veintidós, cuando firmó por el

Partizán. Pero le dio tiempo a jugar más de cincuenta partidos con el primer equipo del Sloboda, algo que aún se recuerda con mucho cariño.

Sin embargo, no es el equipo de fútbol lo que nos ha hecho detenernos en esta localidad. Para Violeta, este destino era innegociable porque aquí se proclamó, durante unos pocos meses de 1941, la República de Užice, un territorio de entre quince mil y veinte mil kilómetros cuadrados que los partisanos consiguieron liberar durante la Segunda Guerra Mundial. Aunque su existencia fue muy corta, se convirtió en la primera zona que la resistencia les arrebató a las fuerzas del Eje en toda Europa. En Užice se conservan los edificios que sirvieron como sede de la administración de la República, con el escritorio que ocupó Tito intacto con sus muebles, sus mapas de la región balcánica, su teléfono e incluso una cama por si decidía quedarse a dormir. A Violeta, obviamente, le fascinó poder subir las mismas escaleras que Josip Broz y pisar el mismo suelo. El Museo Nacional de Užice posee piezas y materiales de incalculable valor, y sin embargo casi tuvieron que abrírnoslo para nosotros: se veía en el rostro de las empleadas, entusiasmadas con nuestra visita, que ya no va mucha gente por allí.

Incluso se puede entrar en los sótanos, que dan acceso a varios túneles subterráneos donde los partisanos guardaban y fabricaban armas.

La República de Užice duró sesenta y siete días y murió el 29 de noviembre de 1941, cuando los nazis recapturaron la ciudad y su territorio contiguo en la batalla de Kadinjača. En 1979, un Tito ya muy mayor inauguró un memorial que homenajea a las víctimas de aquella contienda a catorce kilómetros de Užice. Nos subimos a un taxi en el centro de la ciudad y le pedimos al conductor que nos lleve hasta el monumento, que nos espere allí durante un cuarto de hora y que nos devuelva luego al mismo lugar. Me pregunto qué estará pensando durante el trayecto, pero lo más probable es que esté satisfecho porque sin duda se trata de una buena carrera. Como en la

mayoría de lugares que rinden tributo a los partisanos, somos prácticamente los únicos visitantes.

No hay transporte directo entre Užice y Novi Pazar. Tenemos que hacer una parada de más de una hora en Kraljevo. Hay una cafetería en la estación de autobuses que parece no haber sufrido ninguna renovación en los últimos cincuenta años. La señora que la regenta tiene pinta de llevar ese mismo tiempo cocinando en el lugar. La cafetera que se ve al fondo de su pequeño cuartito no puede ser más distinta de las que nos encontramos en los cafés de especialidad que se han puesto de moda en las grandes ciudades de Occidente. Me voy a arriesgar: sé que me va a sentar mal, pero a veces hay que priorizar el valor de la experiencia auténtica.

Por fortuna, el café no me genera grandes problemas y puedo disfrutar del paisaje. Es especialmente bonito. De hecho, yo diría que es el mejor que nos hemos encontrado en

todo el viaje, rivalizando con el valle del Drina. Es como si hubiésemos entrado en la Serbia rural, en un mundo perdido, en el que las pequeñas aldeas están separadas por grandes distancias entre sí y cualquier núcleo de población mínimamente grande parece lejísimos, casi en otra dimensión. La carretera no permite alcanzar grandes velocidades y esto favorece la contemplación. El río Ibar sigue su curso en paralelo y dibujamos dos líneas que se copian los giros y las curvas, manteniéndose siempre la una al lado de la otra a una distancia prudencial.

Tenemos la suerte de llegar a Novi Pazar cuando empieza a anochecer. Siempre me ha parecido idóneo descubrir una ciudad con la luz del ocaso, sobre todo en verano. El impacto llega nada más pisar las primeras calles concurridas. Estábamos sobre aviso: Željko nos había dicho que era «un pueblo turco». La primera impresión es fantástica: sí, hay mucha más población musulmana que en cualquier otro lugar de Serbia, pero vemos grupos de amigos de las dos confesiones, chicas con velo caminando al lado de otras que visten con ropa muy corta, una naturalidad y una harmonía que emocionan a Violeta. Es un lugar que no se parece a ningún otro y se percibe en el ambiente, en las decoraciones de los restaurantes, en las formas de las cafeterías… El enamoramiento es instantáneo y sé que va a permanecer: hemos encontrado el lugar estrella del viaje.

Ya contamos la composición étnica del Sandžak cuando hablamos de Adem Ljajić, de su polémica en la selección serbia con Siniša Mihajlović —que, por cierto, falleció en diciembre del año pasado—

cuando no cantó el himno y de su actuación superlativa en el partido contra Albania en Elbasan. En lo que se podría denominar la región histórica, que comprende una parte del suroeste de Serbia y del noreste de Montenegro, el porcentaje de población bosníaca es superior al 50%. En Novi Pazar, que es su capital, alcanza el 80%. En 1991, en el contexto de los referéndums de autodeterminación que se celebraron en distintas repúblicas yugoslavas, el Consejo Nacional Musulmán del Sandžak organizó uno sobre si la región debía constituirse en provincia autónoma. El sí ganó por una amplísima mayoría, pero el Gobierno serbio declaró ilegal el referéndum por inconstitucional. Tras la caída de Slobodan Milošević en el año 2000, Zoran Đinđić realizó grandes esfuerzos por ayudar al desarrollo de una región tremendamente empobrecida y tendió puentes con los líderes bosníacos. Doce años después de su asesinato, le dedicaron una calle en Novi Pazar.

En la primera mañana en la capital del Sandžak nos dirigimos a una cafetería típica bosníaca. Nos ofrecen la posibilidad de tomar *espresso*, aunque su especialidad es el café turco. No tienen leche. El chico que la lleva se pone a hablar sobre el Arsenal con un cliente. Mencionan a Granit Xhaka, que acaba de ser traspasado al Bayer Leverkusen.

Cuando el dueño se queda solo, le digo que yo también simpatizo con los *gunners*.

Hablamos del equipo, de los fichajes, de las opciones de ganar la próxima Premier y de

por qué se escapó la última. Es la manera de romper el hielo y de poder preguntarle después por cuestiones más locales. Quiero saber si es hincha del FK Novi Pazar. Me dice que él no sigue demasiado la liga serbia, pero que obviamente quiere que gane, como toda la ciudad. Le pregunto si al equipo lo siguen solo los bosníacos o también los serbios. «¡Es el equipo de toda la ciudad! Todos somos lo mismo. ¿Has visto a mi amigo, el que también es del Arsenal, con el que estaba hablando? Yo soy musulmán y él es cristiano, pero somos como hermanos. Somos la misma gente, tenemos la misma sangre», me dice, casi emocionado, tocándose el corazón. Cuando salimos del café, Violeta está entusiasmada con el discurso que acaba de escuchar.

Callejeamos. Observamos un monumento a los luchadores por la liberación nacional durante la Segunda Guerra Mundial. Las pintadas en los muros reclaman la autonomía para el Sandžak. Y muchas otras piden el voto por distintos partidos políticos. La batalla electoral está reñida en Novi Pazar, pero el presidente Aleksandar Vučić tiene aquí

pocos partidarios. Su partido está claramente por detrás de las tres principales formaciones locales que representan a los bosníacos. El que parece tener más apoyo es el SDP, el partido socialdemócrata serbio, que aquí presenta a su rama del Sandžak. Por lo que puedo leer en un análisis rápido, parece ser, de los tres que defienden los derechos de los musulmanes en Serbia, el más moderado en sus reivindicaciones de autogobierno. También el más izquierdista.

Nos acercamos al estadio del FK Novi Pazar, que está viviendo la mejor época de su historia. Ascendió a primera división por primera vez en 2011 y en la última temporada ha acabado en una meritoria sexta posición. Están remodelando el complejo, en cuyos muros exteriores lucen los murales de los escudos de sus dos principales grupos de animación. Uno de ellos, Ekstremi, ha protagonizado sonoras polémicas con los ultras del FK Rad, un equipo de Belgrado conocido por tener entre su hinchada a grupos ultranacionalistas serbios de extrema derecha. En un partido entre estos dos equipos en 2012, en el estadio del Novi Pazar se mostró una pancarta que rezaba: «Corazón, riñones, pulmones… ¡Larga vida a la casa amarilla!». Este mensaje provocativo hacía referencia a una casa ubicada en Burrel, un pueblo en el centro de Albania donde se sospechaba que grupos guerrilleros kosovares cercanos a la UÇK habían asesinado a ciudadanos mayoritariamente serbios a los que habían capturado como venganza tras el final de la guerra y cuyos órganos habían vendido después en el extranjero. Desde Serbia se ha dado siempre una gran credibilidad a las acusaciones de tráfico de órganos que se han vertido sobre los comandantes de la UÇK, entre los que estaban personas que luego han ocupado los más altos cargos en el Gobierno kosovar como Hashim Thaçi o Ramush Haradinaj. Las investigaciones sobre este asunto han sido lideradas por dos fiscales suizos, Dick Marty, que trabajó para el Consejo de Europa, y Carla del Ponte, que ocupó el puesto más alto en la fiscalía del Tribunal Penal Internacional para

la Antigua Yugoslavia entre 1999 y 2007. Del Ponte incluso escribió un libro en el que se refirió ampliamente al tráfico de órganos de serbios secuestrados por los kosovares tras la finalización del conflicto. Y fue ella quien acusó a Haradinaj de crímenes de guerra durante el primero de los dos juicios a los que se sometió —fue absuelto en ambos—.

Del Ponte es una figura muy aplaudida en Serbia por las afirmaciones en las que ha asegurado que siempre ha habido más obstáculos para que los tribunales internacionales condenen a los kosovares por crímenes de guerra ya que la OTAN y las Naciones Unidas eran aliadas

de la UÇK durante el conflicto y eso hace especialmente difícil encontrar testigos que declaren contra ellos. Un nuevo tribunal para juzgar específicamente los crímenes presuntamente cometidos por miembros de la UÇK o por personas cercanas a ellos se abrió en La Haya en 2017: el Tribunal Especial para Kosovo.

El juicio a Hashim Thaçi en esta institución empezó el 3 de abril de 2023 y aún espera veredicto. En cuanto a la llamada «casa amarilla» mencionada por los hinchas del Novi Pazar, no se han encontrado suficientes evidencias para probar las acusaciones.

En el área de Novi Pazar visitamos tres templos ortodoxos —dos monasterios y una iglesia— que están declarados monumentos Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO. En la segunda mañana, volvemos al café, y esta vez intimamos más con el dueño, que me agrega a Twitter. Veo que su nick es Džezver e imagino que se llama así, pero luego descubro que *džezva* es el nombre que tiene el cazo típico con el que se prepara el café turco en los Balcanes, por lo que entiendo que se lo ha puesto para promocionar su negocio. Le hago más preguntas y voy directo al grano: quiero saber si él y los bosníacos de la ciudad animan a la selección serbia o a la bosnia. Me contesta de forma implacable: «a la serbia, por supuesto». Violeta celebra la respuesta porque cree que me ha derribado la tesis de que los musulmanes de Novi Pazar no se sienten serbios. Yo le digo que jamás he dado esa tesis por válida, pero que era una pregunta que había que hacer porque tenía dudas. Al fin y al cabo, en una casa de apuestas cercana, los tres deportistas que aparecen en el escaparate como reclamo son Michael Jordan, Edin Džeko y Adem Ljajić. Jordan es un icono universal, Ljajić es el mejor futbolista de la historia de la ciudad… y Džeko es el mejor jugador bosnio. Tomaremos por buena la respuesta de Džezver, del que nos despedimos deseando volvernos a ver: no sé si ocurrirá, pero sin duda Novi Pazar es un lugar al que querremos volver. Antes de que nos marchemos, nos dice que Ljajić tiene un restaurante italiano en la ciudad llamado Firenza. Lo abrió cuando jugaba en la Fiorentina.

Para viajar hasta Niš tenemos que volver a subir hasta el centro de Serbia, con una nueva parada en nuestra ya querida estación de autobuses de Kraljevo. Esta vez no hay tiempo de café. La llegada a la tercera ciudad más poblada del país también se produce al atardecer. No es que lo hagamos a propósito: mandan las conexiones de los transportes públicos y sus horarios. Cargados con las mochilas caminamos hacia el

centro de Niš, cruzamos el río Nišava y observamos la muy bien

preservada antigua fortaleza. Esta ciudad es el hogar del FK Radnički, cuyo nombre deriva de su relación con los movimientos laboristas durante las primeras décadas de su existencia. Nunca fue un club puntero, pero jugó veintinueve años en primera división yugoslava y alcanzó la tercera plaza en dos temporadas consecutivas a principios de los ochenta.

Aquello le permitió jugar la Copa de la UEFA, en la que llegó a las semifinales en 1982, donde cayó contra el Hamburgo. No es poca cosa.

En Niš Violeta ha programado dos visitas ineludibles. Es la última parada antes de entrar en Kosovo, donde yo tendré mucha vida social y abundantes conversaciones futbolísticas, por lo que la acompaño con gusto a dos de los lugares de memoria más impresionantes de los muchos que se encuentran a lo largo del territorio serbio. El primero es el campo de concentración de Crveni Krst, abierto por la Gestapo en 1941 y liberado por los partisanos en 1944. Durante los tres años que estuvo en funcionamiento, sirvió para encerrar a treinta y cinco mil prisioneros, de los cuales se calcula que unos diez mil fueron asesinados. Las víctimas eran mayoritariamente serbios, judíos y gitanos. El recinto ha sido convertido en un museo en el que se relatan historias personales de los que sufrieron el horror. A la salida hay un libro de visitas en el que encontramos unas palabras de un turista ibicenco que estuvo aquí ayer y que advierte de los peligros del fascismo y de la necesidad de tenerlos presentes para votar con propiedad en contiendas electorales como la que va a vivir España en unos pocos días. A Violeta le ha encantado el mensaje y escribe unas líneas para felicitar y dar la razón a nuestro compatriota balear.

Después de comer visitamos un monumento de proporciones gigantescas erigido en un pequeño monte en el que se llevaron a cabo muchas de las ejecuciones de los prisioneros del campo de concentración. Está situado en Bubanj, a las afueras de la ciudad, y a él se llega tras una ascensión no demasiado exigente. La escultura consiste en tres torres de piedra acabadas en forma de puño que simbolizan la resistencia de los oprimidos durante la Segunda Guerra Mundial. Todo el parque en el que están ubicados estos brazos que no se rinden está dedicado a homenajear a las víctimas, aunque los habitantes de Niš también lo usan para hacer deporte, pasear o tumbarse en el césped a pasar la tarde.

La idea inicial era viajar a continuación desde Niš hasta el valle de Preševo, la única zona de Serbia habitada mayoritariamente por albaneses. Sin embargo, las gestiones para reservar una habitación han

resultado infructuosas. Estoy seguro de que, si nos presentamos allí y buscamos un lugar para dormir lo acabaremos encontrando, pero todas las interacciones que he tenido con sus habitantes —los responsables del club de fútbol del lugar, el KF Lugina, y los gestores de lo que parece ser el único hotel de la

ciudad— me han desanimado un poco. Y aunque desde hace muchos años tengo pendiente conocer esta zona, al final me he rendido y he decidido adelantar la llegada a Pristina: en vez de dos noches, dormiremos tres en la capital de Kosovo. Por Preševo, eso sí, pasaremos en autobús e incluso haremos una pequeña parada.

El último pueblo al que llega la línea de autobuses serbia es Bujanovac. Preševo, que queda un poco más al sur, ya no está cubierto. Nos montamos en un bus que tiene Skopje como destino final y somos los únicos en bajar en Bujanovac. Antes de llegar a la pequeña localidad ya hemos visto las primeras banderas albanesas a lado y lado de la carretera. Estamos aún en Serbia, pero aquí la gente ya se siente albanesa. Preguntamos cómo podemos llegar a Preševo y nadie parece saberlo. Hay un hombre que custodia la pequeña oficina de la compañía de autobuses y a duras penas nos deja utilizar el baño.

Por fortuna, una familia que habla algo de inglés nos informa de que, si esperamos media hora, aparecerá un transporte que nos podrá llevar a Gnjilane, ya al otro lado de la frontera. Es la ciudad, de hecho, de Xherdan Shaqiri. Conversamos con ellos y descubrimos que el que mejor habla en inglés es el niño, que no tendrá más de ocho años. Lo que sí tiene son muchas ganas de conversar. Nos cuenta que están esperando a un pariente que los llevará en coche hasta Kumanovo, que está en Macedonia del Norte, y desde allí viajarán a Turquía en autobús. En Estambul tienen unos amigos con una casa con dos piscinas, y está encantado con la idea de poder bañarse todos los días durante el verano. Son albaneses, y viven en uno de los pueblos del valle. El chico, sin embargo, ha sido instruido para responder lo que conviene ante desconocidos. Cuando le preguntamos si es serbio o albanés, dice el nombre de su pueblo y añade: «mi presidente es Aleksandar Vučić».

La familia del niño se marcha antes de la llegada del transporte hacia Gnjilane, lo que nos deja en unos minutos de incertidumbre sin intérpretes locales. Finalmente, aparece una pequeña camioneta al estilo de las que tantas veces he visto en Albania. Nos hacen espacio, aunque en realidad no hay suficiente: tenemos que ir de pie. Atravesamos la frontera entre Serbia y Kosovo, todo un acontecimiento, sin dificultades. Estoy de nuevo aquí, diez años

después de la primera vez. Dirijo la mirada hacia Violeta, quien acaba de adentrarse en un territorio del que no piensa cosas buenas.

## REENCUENTROS EN PRISTINA

EL NIÑO ALBANÉS DEL VALLE DE PREŠEVO le ha caído bien a Violeta y decide darle una oportunidad a Kosovo. Antes de llegar a Pristina, esa ventana ya se habrá cerrado. En el vehículo que nos lleva hasta Gnjilane, un hombre nos escucha hablando en catalán y se dirige a mí en una mezcla de italiano y español. Nos va a ayudar a hacer el transbordo: él también va a la capital porque la mañana siguiente sale desde allí para ir a visitar a su hermano en Suiza. Es simpático y charlamos un poco de fútbol: ha seguido al Granada en su temporada de Segunda División por Myrto Uzuni, el albanés que ha acabado como máximo goleador de la categoría y que se ha ganado de esta manera un puesto de titular en la selección nacional. En un momento dado, empieza a hablar de política y nos explica que los albaneses están por todas partes, y que todos los territorios en los que históricamente ha habido albaneses deberían formar parte de Albania. Dibuja un mapa parecido al del dron de Belgrado: habla de zonas de Montenegro, de Macedonia, incluso de Grecia… «Sin duda, cada metro cuadrado que pisa un albanés debería ser Albania… ¡Si hay un albanés en Alemania, hay que hacer un cuadrado en el suelo y declarar eso como territorio albanés!», me dice con una ironía malhumorada Violeta cuando dejamos la compañía del señor, que le ha hecho regresar a su posición inicial.

En realidad, hay algo que le ha afectado aún más. El autobús ha recorrido una carretera desde la que hemos podido observar algunos pueblos serbios, como Pasjane, con sus banderas ondeando en las farolas y en los postes de electricidad. Luego, pocos minutos después, hemos entrado en Gnjilane, y en la plaza principal ha visto estatuas homenajeando a combatientes de la UÇK. «Si los serbios de esos pueblos, que están aquí al lado, tienen que venir a la ciudad a hacer cualquier trámite o a comprar algo que no encuentran en su aldea… ¿qué gracia les va a hacer ver estos monumentos de gente que quizás ha matado a parientes o conocidos suyos? Si de verdad quieren proteger a las minorías, como cuentan cuando dicen que cada estrella de la bandera representa a una comunidad nacional, esta no es la mejor forma de fomentar una convivencia pacífica y harmónica entre ellas», me comenta.

La trilogía de sucesos desagradables en sus primeras horas en Kosovo

se completa cuando nos damos cuenta de que el taxista que nos recoge en la estación nos está

estafando. Hay un atasco monumental en Pristina y, aunque prácticamente no hemos avanzado nada, el taxímetro ya indica que tenemos que apoquinar diez euros. Nos bajamos enfadados y decidimos hacer el trayecto a pie, a pesar de que hace muchísimo calor, de que aún estamos lejos y de que la ciudad, salvo el tramo de los bulevares, no está especialmente diseñada para los peatones. «¡En Serbia no me han estafado ni una vez! ¡Ni una vez! ¡Aquí el primero ya nos quería tomar por imbéciles!», me suelta, mientras yo reconozco en silencio que esta vez no puedo llevarle la contraria.

Mis amigos piensan que llegamos mañana, así que no tengo nada que hacer esta tarde. Decidimos ir a comer al mismo restaurante que descubrí la última vez, cuando vine con Tomàs, y vuelvo a caer en el error de pedir el plato típico de Elbasan. Sin embargo, esta vez sí tenemos tiempo para tomar postres, y el *baklava*, que ni por tamaño ni por sabor tiene nada que ver con los que suelo comer en los establecimientos sirios, libaneses o palestinos que frecuento en Barcelona, está delicioso. Es el mejor que he probado en toda mi vida.

De regreso al hotel, donde pasaremos el resto de la jornada, a Violeta le bastan diez minutos de paseo para darse cuenta de una serie de cosas en las que yo nunca me había fijado. «¿Has visto la cantidad de coches carísimos que hay? ¡Todos con los cristales tintados! ¿Cuál es la razón? ¿No es un país tan pobre? ¿Qué interés crees que pueden tener los conductores en que no les vean? ¿Y has visto cuántos negocios de criptomonedas? Hay tres o cuatro en cada calle». Es fascinante. Nuestras miradas parecen entrenadas para reparar en aspectos completamente distintos. Y lo cierto es que, cuando entramos en una oficina de cambio de monedas, las personas que están detrás del cristal se quedan sorprendidas, como si en realidad no esperaran que nadie acudiera a requerir sus servicios. Cuando hemos entrado, estaban manipulando un fajo de billetes de proporciones asombrosas.

En la primera mañana en Pristina trato de enseñarle a Violeta las mejores partes de la ciudad, pero a estas alturas ya soy consciente de que es imposible que le despierte las mismas sensaciones que a mí en aquella primera vez. Es cierto que mi experiencia tuvo una serie de condicionantes positivos que la mitificaron: el encuentro casual con Vullnet, que nos hizo esa presentación fantástica de los bulevares y sus símbolos; la llamada de Vokrri solo cinco minutos después de entrar en la habitación del hotel, ya dispuesto a dedicarnos toda la mañana; la excursión por la tarde a Vushtrri para ver jugar a Rashica y

descubrir la mística del club de Labinot… Me paro a pensarlo y me maravillo de la suerte que tuvimos. Fue como un sueño para aquellos reporteros hambrientos de treinta años que acabábamos de aterrizar en un lugar desconocido. Para Violeta todo es diferente, y es que además hace cuatro días estábamos en Novi Pazar, que representó para ella el ejemplo ideal de una sociedad en la que dos comunidades nacionales y religiosas viven cohesionadas. Aquí, en cambio, frunce el ceño cada vez que ve placas de homenaje a las misiones de la OTAN, banderas de Estados Unidos, nombres de calles dedicadas a George Bush o a Bill Clinton, monumentos a luchadores de la UÇK… Le hablo de Ibrahim Rugova, del político que optó por la vía pacifista, pero ella no quiere saber nada más: se siente rodeada por hostilidad, por una sociedad étnicamente uniforme y, aunque las circunstancias son muy diferentes, se pregunta, como yo en Višegrad, por qué aquí ya no viven serbios y qué les hicieron los kosovares para obligarles a huir después de la guerra.

Quedamos con Vullnet para comer. Nos cita en un buen restaurante y le esperamos durante más de una hora. Me manda un mensaje para disculparse y me dice que ya está de camino. Los camareros nos miran y sentimos que no entienden por qué llevamos tanto tiempo ocupando una mesa sin pedir la comida. A Violeta le empieza a parecer una actitud impresentable. Ya percibió, durante las horas previas, que era yo quien le iba detrás todo el tiempo, que estaba siempre pendiente de si me contestaba, mientras él mantenía una actitud mucho más pasiva, sin ningún entusiasmo por nuestro reencuentro. Y es cierto que, desde la primera vez, Vullnet se ha comportado siempre como una especie de estrella escurridiza, como alguien que te obsequia con su presencia pero que siempre amenaza con escaparse pronto para aceptar un plan mejor. Es eso lo que, entiendo, le molestó a Edu ya aquella primera noche en la que se fue a dormir y no quiso seguir recorriendo bares alternativos con nosotros, y en la que, en efecto, acabé volviendo solo porque Vullnet desapareció en un momento dado y ya no regresó. Y yo sé que, para mí, que debo de tener un carácter propenso al masoquismo, esa incapacidad de atraparlo por completo aumenta su atractivo, como ocurre con aquellos intereses románticos que nos gustan más cuanto menos caso nos hacen.

Ella sugiere que nos vayamos, que no le esperemos más, pero yo necesito este encuentro para acabar el libro. Hemos incluido Pristina en la ecuación, y más tarde Korçë, porque la obra debe cerrarse sabiendo qué ha sido de los protagonistas de nuestra *road movie* original, qué ha cambiado en ellos en diez años y cómo se han modificado sus entornos, sus países y sus intereses. Esa es la razón de

ser, desde un punto de vista literario, del quinto viaje: no lo es tanto ver estatuas de partisanos en Užice y en Niš. De lo que no hay duda a esta hora, sin embargo, es que el encuentro con Vullnet, que era también mi última esperanza para que Violeta pudiera apreciar a un sector de la sociedad kosovar que no profesa un nacionalismo exacerbado, no va a tener ese efecto.

Finalmente llega, se excusa y se sienta. Ha llegado tarde porque el nuevo periódico digital para el que trabaja, *Nacionale*, ha sacado una exclusiva esta mañana. Han descubierto que el Gobierno de Albin Kurti mintió cuando dijo que no había estado

negociando con la Lista Serbia, el partido político que defiende los intereses de los serbios que viven en el norte de Mitrovica y en las otras pocas poblaciones del país en las que son mayoría. Han encontrado una grabación de un miembro del Gobierno en el que se le puede escuchar negociando con ellos. Vullnet está extasiado: es una noticia muy potente. Cree que todo lo que está ocurriendo en esa zona, donde la tensión sigue siendo alta, responde en realidad a una estrategia que él define como «un teatro para captar votos del público más nacionalista, que es algo que en los Balcanes siempre te da puntos».

Pero quiero saber qué ha sido de su vida durante estos cinco años. Me interesan esos meses en los que vivió en Belgrado. «Acabé muy decepcionado. Lo sentí sobre todo por ellos, porque creo que les están engañando. Les están lavando el cerebro. Incluso en círculos homosexuales, en los que yo esperaba un poco más de apertura, su actitud hacia Kosovo me sorprendió: estaban convencidos de que si un día se les ocurría visitar Pristina les dispararían y solo decían cosas malas de nosotros. Yo mismo pude comprobar que su acceso a la información está muy limitado: viviendo allí, hice búsquedas en Google sobre Kosovo y solo podía entrar en medios serbios o rusos».

Tras sus meses en Belgrado, decidió viajar a Alemania, donde vive gran parte de su familia. Exploró allí su viejo sueño de crear un medio para la diáspora, pero pronto descubrió que los albaneses y los kosovares con los que habló no estaban interesados en un proyecto como ese y vio que no tendría éxito, así que lo abandonó. Decidió volver y fichar por el *Nacionale* siguiendo su *modus operandi*: trabajar cinco años, descansar el siguiente, irse a un medio nuevo y trabajar allí cinco años más. Cree que eso le permite siempre volver con más fuerza, con la mente fresca, y le da energía para ser el mejor.

«Ahora mismo soy el periodista más famoso de Kosovo», cuenta

mientras saborea la carne que ha pedido para que probemos las delicias locales. «Fui el único que se atrevió a ir al norte de Mitrovica a hablar con los serbios. Eso me ha dado mucha popularidad.

La gente quedó impactada, además, de que fuera un homosexual el único que había tenido el valor para hacerlo. Hubo una reacción curiosa: por un lado recibí mucha admiración y muchos apoyos; pero por el otro también percibí mucha homofobia.

Ahora me dedico al reporterismo, a hacer muchos vídeos en los que persigo a políticos y a sus guardias de seguridad. Y critico mucho al Gobierno. Albin Kurti es una persona muy astuta y pragmática, y de hecho cuando ganó a la vieja casta lo celebré. Pero ahora tiene más del 50% de los votos y hace lo que quiere. Creo que necesitamos que haya una alternativa seria, y ahora mismo no la tenemos, porque en la oposición están los partidos que antes mandaban con sus vicios de siempre. A mí me gusta fiscalizar, cuestionar, y es lo que estoy haciendo en mi actividad periodística. Esto me ha convertido en una estrella, y de hecho el periódico me ha puesto un piso en Pristina para que pueda estar más cerca de la noticia. Pero muchas noches me voy a Negroc, al

pueblo de mis padres, donde me he hecho una casa, y el *Nacionale* me manda un chófer para llevarme tanto para la ida como para la vuelta».

Sé que esta última parte de su discurso habrá disgustado aún más a Violeta. A mí, que Vullnet se tenga en gran estima ya no me sorprende. Fue así desde el primer día.

Hay un momento en el que ella se levanta para ir al baño y él me pide permiso para fumar. Le contesto que aproveche ahora que ella no está, que le molesta mucho el humo del tabaco y que de hecho esta está siendo su gran queja desde que llegamos a los Balcanes: la gente fuma mucho y en todas partes, incluidos los interiores de los restaurantes. Cuando Violeta vuelve, le expone a Vullnet su opinión. «Es una pena que no seáis amigos ya los serbios y vosotros. Quizás se pudo encontrar una solución mejor, más conciliadora, y no este Estado que no los tiene en cuenta a ellos». Él no da crédito.

«¿Cómo vamos a ser amigos después de todo lo que nos hicieron? ¡Si nos masacraron!».

Ella contraataca. «Pero antes funcionó. Con Tito funcionó». Y él, que no es nacionalista pero tampoco olvida lo que vivió durante la guerra en su niñez, continúa defendiendo la imposibilidad de esa

reconciliación. «Claro, con Tito sí, la gente estaba contenta, pero después de Tito, ¿qué? Nos quitaron derechos, llegó Milošević, nos oprimió, nos lo arrebató todo, y tuvimos una guerra muy larga y muy dura. Quizás con los eslovenos, con los que la guerra fue muy corta, pudieran reconciliarse. Pero con nosotros es imposible».

La tensión crece en la mesa. A Vullnet, además, le estimula enormemente que le lleven la contraria, y exhibe su vertiente más provocadora. Tengo que reconocer que, a partir de este momento, soy incapaz de distinguir cuándo habla en serio y cuándo está haciendo sátira. Pero decide adoptar una posición de confrontación con Violeta, a quien ha identificado como una detractora. Él tiene muchos en Kosovo, y eso le encanta. Se divierte discutiendo. Y va con todo cuando ella critica la presencia tan exagerada de los Estados Unidos de América en tantos ámbitos de la sociedad kosovar. «Y ojalá pudiésemos votar en sus elecciones», dice. Y continúa. «En serio: ahora mismo me siento mucho más cercano a los Estados Unidos que a la Unión Europea. La Unión Europea nos ha aislado. Este sentimiento ha crecido muchísimo en los últimos cinco años: hemos pasado de un 12% de personas que estaban en contra de la Unión Europea a más de un 30%. Y va a ir a más». Violeta, que no rehúye nunca un debate político, abre el melón más polémico de todos. «¿Cómo os va a ayudar la Unión Europea si vuestra declaración de independencia estuvo fuera de todas las leyes internacionales?».

«No es verdad. Cumplió con todas las leyes». «En absoluto». «Oye, ¿tú eres de Madrid, no?». «¿Perdona?». «No eres catalana, ¿no?». «Nací en Extremadura, una parte de España cerca de Portugal». «Ah, ahora lo entiendo todo».

Para un observador externo, la conversación se está convirtiendo en un espectáculo.

Ocurre que yo no lo veo desde fuera: mi novia y mi amigo se están peleando y yo estoy un poco en el medio. Tengo que intentar reconducir la temática, pero al mismo tiempo sé que es mi última bala con Vullnet. Quién sabe si volveré a verlo después de esta tarde. Quién sabe incluso si me va a contestar los mensajes. No puedo dejar de hacerle las preguntas que me interesa que me responda, aún a riesgo de que vuelva a aumentar la tensión. Le digo que nos ha parecido que hay mucha dependencia de la inversión extranjera y que esto puede ser problemático si, en algún momento, se acaban marchando los miembros de organizaciones internacionales que siguen aquí y con ellos también desaparece el dinero foráneo. «En los últimos cinco años no he conocido ni una sola persona en Kosovo que esté pasando por

dificultades económicas. En serio, no creo que eso sea un problema».

Esta última respuesta me descoloca. En realidad, ya lo había hecho la de su mayor simpatía por los Estados Unidos, algo que contrasta extraordinariamente con todo lo que me dijo de los americanos hace diez años. Saca un cigarrillo y se dispone a encenderlo. Mira a Violeta y le dice: «Lo siento, sé que te molesta el humo, pero es que después de comer necesito fumar». Sufro por cómo va a acabar este encuentro, sufro porque sé que la invitación que nos ha hecho cuando ha llegado para que visitemos su pueblo mañana no se va a llevar a cabo y sufro porque aún queda un tema por tocar. La UÇK. «Hemos visto muchos homenajes a los comandantes», le digo. «Sí, estos días se están llevando a cabo los juicios en Países Bajos y la gente les está apoyando». Yo no me refería exactamente a eso, sino a la presencia constante de monumentos en todas las calles y ciudades. «Quizás alguien pueda pensar que son muy agresivos esos homenajes», apunto. «Aquí nadie piensa eso. Son héroes nacionales». «¿Pero no mataron a civiles?», pregunta Violeta. «Se rumorea que sí, pero en todo caso habría sido durante la guerra. Ellos nos mataban a nosotros y nosotros a ellos. Pero no mataron a nadie después de la guerra». Aquí ya no entra a contradecirle, a pesar de que ha visto documentales que afirman que sí hubo venganzas en los meses posteriores al final del conflicto.

El asunto de los juicios que se están llevando a cabo a los antiguos comandantes de la UÇK en el Tribunal Especial para Kosovo en La Haya le genera sentimientos encontrados. Él no puede ni ver a Hashim Thaçi, por ejemplo, que es la personalidad de perfil más alto que está siendo juzgada. Sin embargo, cree que una sentencia como criminal de guerra aún glorificaría más su figura. «Si les condenan allí van a acabar siendo mártires y héroes. A mí lo que me gustaría sería que les juzgaran aquí por lo que le han hecho al pueblo kosovar mientras han gobernado. Además, durante la guerra todos sabemos que la UÇK no tenía comandantes. Todo el mundo hacía lo que podía.

Pero después se hicieron llamar a sí mismos comandantes para sacar partido político de la situación».

Prácticamente no hemos terminado de comer y Vullnet ya nos advierte de que se tiene que ir. La exclusiva de las grabaciones le reclama. Se deja invitar y desaparece por donde ha venido, dejándonos la sensación de que hemos estado más tiempo esperándolo que disfrutando de su compañía. Al quedarnos solos, Violeta me hace saber que su opinión de mi amigo no es nada buena y que no entiende por qué le profeso tanta admiración.

Por la tarde he quedado con los amigos de Labi, pero antes tengo que encontrar una copistería para imprimir las entradas del partido de la previa de la Champions League entre el Ballkani y el Ludogorets búlgaro. No hice coincidir nuestra estancia en Pristina con este encuentro de fútbol, pero en cuanto supe que se daba la casualidad de que estaríamos en la ciudad el día que se jugaría me moví rápidamente para adquirir dos localidades. Aparentemente, solo se podían comprar por internet y ahora es obligatorio presentarlas en papel. Tras unas cuantas dificultades logísticas que me llevan a temer que no podré entrar en el estadio, consigo mi propósito.

El FC Ballkani es ahora mismo el gran dominador del fútbol kosovar. Es el equipo de la pequeña ciudad de Suharekë, cerca de Prizren. En ella viven unos diez mil habitantes, aunque todo el municipio alcanza casi los sesenta mil, lo que nos lleva a pensar que tiene varios núcleos de población muy dispersos. Está a cincuenta y siete kilómetros de Pristina y, como su estadio no cumple con los requisitos mínimos que exige la competición europea, sus hinchas tendrán que recorrer esa distancia para animar hoy a su club. Es un trayecto que conocen bien, porque la temporada pasada ya lo hicieron en varias ocasiones para disfrutar de una histórica participación en la fase de grupos de la Conference League en la que incluso llegaron a sumar cuatro puntos: un empate en casa ante el CFR Cluj rumano y una victoria en Turquía frente al Sivasspor.

El FC Ballkani ha ganado la liga kosovar por segunda temporada consecutiva y lo ha hecho con Ilir Daja en el banquillo, un técnico albanés que ya logró grandes resultados en su país, donde fue campeón de liga con tres clubes distintos: el Elbasani, el Dinamo de Tirana y el Skënderbeu de Korçë.

Artan y Kastriot me citan en la calle 2 Korriku, que se llama igual que el club de fútbol en el que jugaron de jóvenes. Me cuentan que *Korriku* significa «julio» y que, por lo tanto, tanto el equipo como la calle están dedicados a una fecha señalada. Se refieren al 2 de julio de 1990, el día en el que ciento catorce miembros de etnia albanesa de la Asamblea de Kosovo (que estaba formada por un total de ciento ochenta) declararon a Kosovo como una república independiente dentro de Yugoslavia en respuesta al recorte

de derechos y autonomía que se iba a implantar en las nuevas enmiendas propuestas en la Constitución de Serbia. Todo ello ocurrió en un clima prebélico, con un Milošević cada vez más fuerte y más convencido de que jugar la carta nacionalista le entregaría todo el poder. Aquella primera República de Kosovo construyó estructuras

para funcionar como un Gobierno paralelo, organizando, por ejemplo, la educación en lengua albanesa después de que esta fuese prohibida. Ibrahim Rugova fue el presidente de aquella República, cuya bandera se parecía mucho a la de Albania, ya que usaba el mismo color rojo y en ella aparecía el águila bicéfala, aunque en este caso desplazada a la izquierda. Se suele establecer como fecha de disolución de la primera República de Kosovo el 10 de junio del año 1999, cuando la Misión de Administración Provisional de las Naciones Unidas tomó el control del territorio una vez finalizada la guerra.

Pregunto por Labi. Está en Pristina, pero no le podré ver. Es una lástima. Me gustaría cerrar esta historia con buenas noticias, pero en la vida, muchas veces, las cosas no son como nos gustaría que fueran. Hablamos mucho de fútbol y empezamos a pedir cervezas. Pronto me doy cuenta de que, al igual que ya me ocurrió la última vez que visité la ciudad, me va a costar seguir su ritmo. Artan me ve todas las semanas por la televisión y se pone a imitarme entrevistando a Carlo Ancelotti. Quiere que mañana vaya al bar de Pippo, para el que me pidió un saludo de Iker Casillas que finalmente le grabé y mandé. Kastriot quiere saber por dónde va a continuar nuestro viaje y me advierte de que la excursión entre Valbonë y Theth tiene tramos duros, aunque al menos en verano no existe el peligro de resbalar por el hielo. Conversamos sobre la selección kosovar, que está viviendo un momento deprimente, muy diferente al clima que se respiraba tras el ascenso a la Liga C con la victoria ante los azeríes. Es como si hubiera pasado un siglo desde entonces. A la gente le cuesta incluso ir al estadio a animar al equipo, algo impensable hace unos años: recordemos que para aquel primer amistoso ante Haití se organizó una caravana nacional hacia Mitrovica.

¿Qué ha cambiado en tan poco tiempo? Ya conté que la campaña de clasificación para el Mundial 2022 no fue nada buena y que Bernard Challandes fue destituido en octubre de 2021. La identidad de su sucesor causó una gran sorpresa: fue Alain Giresse, muy recordado como jugador de la selección francesa en la década de los ochenta, pero con una carrera como entrenador bastante discreta. Cuando Kosovo lo nombró, llevaba diecisiete años sin trabajar en Europa (desde que dirigiera a Georgia). Luego entrenó a varias selecciones africanas, consiguiendo su mejor resultado con un tercer puesto con la Mali de Seydou Keita en la Copa de África de 2012. Desde agosto de 2019 hasta febrero de 2022, que fue cuando le llamó Kosovo, estuvo sin entrenar.

Los resultados de la Nations League con él ya fueron discretos, pero bastaron cuatro partidos de fase previa de la Eurocopa 2024 para que

agotara la paciencia de los

dirigentes. Especialmente duros fueron un empate en casa ante Andorra y una derrota a puerta cerrada en Hungría frente a una Bielorrusia que, debido a la guerra de Ucrania, no podía jugar como local en su país. En un grupo que parecía propicio para pelear por la segunda plaza —Suiza era la clarísima candidata al primer puesto—, las opciones kosovares son ya prácticamente inexistentes con más de media liguilla aún por jugarse.

Y resulta llamativo que así sea porque la generación que tanto apuntaba en 2018 sí ha logrado alcanzar una madurez en la élite si analizamos las carreras de sus mejores jugadores. Amir Rrahmani acaba de ganar la liga italiana con el Nápoles siendo titular indiscutible. Vedat Muriqi es la gran figura del Mallorca en la liga española. Milot Rashica llegó a jugar en la Premier League con el Norwich y ahora está en Turquía.

Edon Zhegrova es uno de los jóvenes más prometedores de la liga francesa, donde viste la camiseta del Lille. Y, sin embargo, parece que serán Rumanía e Israel, que a priori tienen a peores futbolistas, las que se van a jugar el segundo billete directo que este grupo entrega para la Eurocopa.

Violeta aparece cuando Kastriot ha pedido ya que nos traigan carne para comer antes del partido. Poco a poco se va sumando gente a la mesa: conocidos suyos que, como tantos otros, deciden disfrutar de la tarde de verano en las terrazas de los bares de la calle 2 Korriku. La ciudad está llena: miles de kosovares que viven fuera han regresado para pasar las vacaciones en el que sigue siendo su hogar. Hay muchísima animación y yo quiero saber cómo es posible que un club como el Ballkani, de una localidad más bien pequeña, sea el gran dominador del fútbol local. Me cuentan que su dueño es un constructor muy exitoso, «una especie de Florentino Pérez kosovar». Ha conseguido ir incorporando año a año a los mejores jugadores de la liga. Artan no les ha visto jugar: sigue interesándole poco el torneo de su tierra y en cambio lo sabe todo sobre lo que ocurre en Italia y en España. Kastriot sí me da algunos nombres de jugadores a seguir, aunque él reconoce que se siente más cercano al FC Pristina: «Crecí apoyándolo en los tiempos de Yugoslavia, y eso se te queda para siempre. Así que supongo que es mi equipo en la liga kosovar, sí».

Es una charla agradable, desenfadada, amenizada por unas cantidades de comida y bebida que sobrepasan lo recomendable. Además, nosotros, no hace tantas horas, ya hemos estado degustando la carne

local en otro restaurante con Vullnet, por lo que empiezo a temer que todo esto me pase factura. A diferencia de lo ocurrido antes, aquí no nos dejan pagar nada. Violeta parece más cómoda con mis amigos futboleros, pero la sensación de desagrado regresa rápidamente cuando uno de sus conocidos compara a los gitanos con mutantes. «Mira que me estaban cayendo bien… pero menuda frase racista ha soltado el tipo ese», me dice cuando nos despedimos y caminamos hacia el estadio Fadil Vokrri. En el trayecto nos encontramos un perro callejero que parece perdido y ella lo ayuda a cruzar en un paso de peatones. Luego empieza a seguirnos, y

cuando ella intenta acariciarlo, él le muerde la pierna. Es evidente que Violeta y Pristina no se caen bien.

En el estadio, pese a que hemos comprado las localidades más caras, tenemos dificultades para poder sentarnos debido a la estrechez de las filas. No me caben las piernas. Además, tenemos delante a una chica que se fuma un cigarrillo tras otro durante todo el partido, por lo que Violeta acaba alejándose para huir del humo. Se coloca en la última fila a leer con el Kindle. Más allá de estas incomodidades, el partido del Ballkani es fantástico y acaba ganando por 2 a 0. Quedo asombrado con el nivel del central de veinticuatro años Lumbardh Dellova y con el mediocentro de veinte Lindon Emërllahu. En general, me sorprenden prácticamente todos sus jugadores, algo que atribuyo a la propuesta futbolística y al buen hacer de su renombrado técnico Ilir Daja.

Se vive una gran fiesta en las gradas, un tipo de ambiente que, curiosamente, ya no es capaz de proporcionar la selección nacional. Entre el público hay muchas camisetas naranjas del Ballkani, lo que indica que, efectivamente, toda esa gente forma parte de la hinchada habitual del club y que se han desplazado desde Suharekë. Suponemos que también hay habitantes de Pristina que han decidido apoyar en Europa al equipo que ahora mismo mejor representa al fútbol kosovar. Se oyen, desde el fondo de animación, cánticos a favor de la UÇK. Violeta, una vez más, lo ve como algo inaceptable.

La mañana siguiente la dedicamos a pasear. Exploramos zonas de la ciudad que no conozco y edificios, como la biblioteca nacional, en los que nunca había entrado. En realidad, es la primera vez que estoy haciendo turismo en Pristina. En todas las visitas anteriores siempre venía con propósitos concretos y con el tiempo justo y la agenda repleta de encuentros. Quizás el paso por Belgrado me ha entrenado los sentidos, pero lo cierto es que hay una pintada que se repite en las paredes y en la que no había reparado antes. Luego compruebo que en

las fotos de los primeros viajes ya aparece recurrentemente. Reza así: *Ku është Ukshin Hoti?* Y, al lado, un rostro dibujado. Decido buscar qué significa.

Ukshin Hoti fue un activista que participó en las protestas masivas de 1981 en Pristina. Era profesor de derecho internacional y de filosofía en la universidad. Fue encarcelado en dos ocasiones. La primera, en los años ochenta, por apoyar las reivindicaciones. La segunda, en 1994, por «poner en riesgo el orden constitucional de Serbia». Cuando se cumplieron los cinco años de su sentencia y tenía que ser liberado, fue trasladado por los guardias de seguridad del centro penitenciario a un lugar desconocido —algunas fuentes hablan de la cárcel de Niš—. Nunca más se le volvió a ver. Lleva ya veinticuatro años desaparecido. Sus restos no han sido encontrados, por lo que su muerte no ha podido ser confirmada. Por eso las calles de Pristina se preguntan:

«¿Dónde está Ukshin Hoti?».

Caminamos hacia una zona de la ciudad que nunca he pisado. Hay un mercado callejero en el que se puede encontrar prácticamente de todo. Hay cafeterías turcas auténticas, tan distintas de las de influencia occidental que se encuentran en los bulevares. Hay camisetas de fútbol falsas, muy baratas, y yo me compro las dos de la selección kosovar: la azul y la blanca. Querría una con el nombre de Muriqi en la espalda, pero las tienen todas lisas, sin serigrafiar. Violeta dice que este barrio sí le gusta, porque en él percibe mucha más diversidad. Las minorías de Pristina parecen vivir aquí: los turcos, los gitanos, los egipcios balcánicos… Ella no se saca de la cabeza la discusión con Vullnet y le rebate, aunque al no estar él presente sus respuestas van dirigidas hacia mí. «Siempre decís que con Tito todo iba bien y que la situación se hizo insoportable con Milošević. Pero habláis de esto como si una cosa ocurriera justo detrás de la otra, como si no hubiera una década de por medio. Tito murió en 1980 y la famosa visita de Milošević a Pristina se produjo en 1987. ¡Pasaron muchas cosas durante esos siete años y no os referís nunca a ello!».

Efectivamente pasaron muchas cosas. Fue una década turbulenta, en la que Kosovo fue el epicentro del malestar político que se iba despertando poco a poco en Yugoslavia.

Sin una figura que aglutinara tanto carisma y tanto poder como Tito, los que deseaban cambios en el sistema vieron que había llegado su oportunidad. Tito, al ser de padre croata y madre eslovena, representaba al perfecto yugoslavo desde un punto de vista plurinacional. No era completamente de ninguna de las naciones del

país, y además sus orígenes no procedían en ningún caso de la nación más fuerte, la más cercana al poder central: Serbia. Una de las características de su largo mandato —en el que obviamente hay puntos muy oscuros, como la represión de la disidencia política, que pese a ser menor que en otros regímenes comunistas también existió— fue la supresión de los nacionalismos y conseguir que el *yugoslavismo* no se asimilara con ninguna de las repúblicas más que con las otras. No era más yugoslavo un serbio que un macedonio, por ejemplo. Pero en Kosovo ocurría que la población albanesa sí podía sentirse menos yugoslava: eran no eslavos en un país que llevaba el eslavismo en su propio nombre y tenían rango de provincia autónoma cuando otras comunidades nacionales eran repúblicas. Ese sentimiento de querer ponerse en el mismo nivel que los demás, de jugar en la misma liga, fue atenuado durante los años de Tito, especialmente con la Constitución de 1974, que les dio más autonomía que en ningún otro momento y garantizó sus derechos lingüísticos, incluso otorgándoles derecho a veto en el Parlamento serbio. Tras su muerte se produjo un vacío de poder, ya que no se nombró a ningún sucesor: se pasó a un sistema de presidencia rotativa que iba alternándose entre todas las repúblicas. Se abría una ventana de oportunidad.

En marzo de 1981, solo diez meses después de la muerte de Tito, lo que empezó como una protesta estudiantil en la Universidad de Pristina que reclamaba mejoras en la

comida del restaurante y en los dormitorios se fue ampliando hasta alcanzar una dimensión muy superior. Kosovo era, con diferencia, la entidad más pobre de las ocho que formaban Yugoslavia —las seis repúblicas y las dos provincias autónomas, la propia Kosovo y Voivodina—. La tasa de desempleo era muy elevada y el hecho de que el 10% de la población de Pristina estuviera matriculada en la universidad —unos veinte mil alumnos— anticipaba una mayor problemática futura: cada vez había más gente formada que sin embargo no tenía acceso al mercado laboral. Las manifestaciones fueron escalando y la Policía las intentó abortar con el uso de la fuerza. Hubo detenciones, largas sentencias de cárcel y purgas de profesores considerados

«nacionalistas». El nivel de la represión llevó a otros sectores de la sociedad albanesa de Kosovo a manifestarse y se declaró el estado de emergencia. El Gobierno prohibió que se siguieran usando libros de texto importados de Albania al considerar que estos estaban introduciendo la ideología de Enver Hoxha y que al mismo tiempo pretendían promocionar la unión de Kosovo con Albania. Pronto las demandas de los manifestantes aumentaron y empezaron a reclamar el

estatus de República para Kosovo.

El estado de tensión provocó una gran desconfianza entre las dos comunidades nacionales de la región. Constantemente aparecían noticias de venganzas, de ataques de albaneses a serbios, de atentados contra lugares de culto de la Iglesia Serbia Ortodoxa.

Fue una época en la que los medios de comunicación jugaron también un papel importante en el incremento del nacionalismo, dando altavoz a los incidentes étnicos y amplificándolos. Se empezaron a publicar estudios que afirmaban que miles de serbios estaban huyendo de Kosovo hacia Serbia Central empujados por sus vecinos albaneses, que les amenazaban y les forzaban a irse, aunque en el bando opuesto se afirmaba que se iban para encontrar mejores oportunidades de trabajo. Fue en este contexto en el que Milošević visitó Pristina en 1987: quería escuchar las quejas de los serbios de la ciudad, que le comunicaron que ese mismo día estaban siendo golpeados por la Policía albanesa, que pretendía impedir que rompieran el cordón de seguridad del evento.

Entonces, Milošević, que en aquel momento era un político importante en el Partido Comunista de Serbia pero aún no ostentaba el poder que alcanzaría poco después, les prometió que nadie volvería a pegarles nunca. Aquel discurso televisado se considera como el pistoletazo de salida de las Guerras Yugoslavas, ya que dio inicio a una nueva política de supresión de los derechos de los albaneses de Kosovo y de la autonomía de la provincia. Fue visto también como la mecha que acabó de encender el auge del nacionalismo serbio, y desde Eslovenia y Croacia lo observaron con gran preocupación.

Tomamos café, repasamos estos eventos, discutimos sobre quién tuvo más responsabilidad en el inicio de las hostilidades. Violeta ya ha tenido suficiente de Pristina y no me acompaña por la tarde al bar de Pippo, el amigo de Artan al que

llaman como a Inzaghi por su gran afición por el AC Milan. Su local quiere ser una especie de museo de objetos futbolísticos en el que incluso hay una bandera estelada independentista catalana al lado de una bufanda del FC Barcelona. Kastriot no puede venir, pero lo que en un principio parece solo una charla entre dos se va convirtiendo en una reunión a la que no deja de unirse gente. «Aquí vemos siempre el fútbol. Durante el Mundial había un ambientazo. Mucha gente con las camisetas de Croacia. Ya sabes, son balcánicos como nosotros y tenemos un enemigo común. Íbamos con ellos tanto en 2018, cuando llegaron a la final, como en 2022, cuando alcanzaron el tercer puesto»,

me cuentan. Celebro que Violeta no haya escuchado esto, aunque me temo que se lo puede imaginar.

Uno de los amigos de Artan que aporta comentarios más interesantes es Vegim, un abogado cuyo padre fue detenido por la Policía en 1992 durante los disturbios y las manifestaciones por la pérdida de la autonomía. «Por suerte pudo huir a Albania. Junto a compañeros de lucha se unió a la LDK, la Liga Democrática de Kosovo, el primer partido que apareció cuando se abrió la puerta al multipartidismo. El de Ibrahim Rugova». Me habla de sus recuerdos en las escuelas paralelas, de cómo pasaron de estudiar todos juntos, los serbios y los albaneses, a una segregación. «Cuando nos separaron, los serbios se quedaron las mejores plantas de los edificios. Y luego ya no podíamos ir ni al mismo lugar y tuvimos que estudiar en casas particulares». Le interesa mucho más la política que a Artan, y me habla de la curiosa complicidad que se está formando entre el primer ministro albanés Edi Rama y el presidente serbio Aleksandar Vučić. «Rama, en teoría, es de izquierdas, pero solo en teoría. Albin Kurti sí lo es desde un punto de vista económico: es parecido a Tsipras o al que tuvisteis en España, Pablo Iglesias. Y pese a que lo lógico sería que Edi Rama y Kurti se llevaran muy bien, por la relación entre Albania y Kosovo y por su color político, en realidad Rama prefiere a Vučić antes que a Kurti. Se entienden mucho mejor». Le pregunto a Vegim si él votaría a favor de una unión entre Kosovo y Albania. «Tendría que pensármelo mucho. El corazón me diría que sí, pero no tengo tan claro lo que me diría la cabeza. Pero de lo que sí estoy seguro es de que, si ese referéndum se produjera, ganaría la opción de la unificación». Y Kurti, ¿qué votaría Kurti? «Él votaría que sí a la unificación porque es lo que estuvo reclamando durante el inicio de su carrera política.

Ahora ya no lo reivindica tanto porque sabe que constitucionalmente no es posible.

Pero ha criticado que la constitución de Kosovo no permita hacer un referéndum sobre esta cuestión. Si te fijas, en su Facebook todavía ahora apoya más a la selección albanesa de fútbol que a la kosovar».

Hablamos de Vokrri y Vegim dice que es el único kosovar que alcanzaría el respeto y el cariño de toda la población por unanimidad. ¿El único? ¿Más que Rugova? «Sí, definitivamente más que Rugova», me contesta. ¿Más que Adem Jashari, el fundador de

la UÇK y mártir eterno de la nación? «Tienes razón. Jashari podría competir con Vokrri.

Pero hay que decir que, al principio, la sociedad estaba dividida entre la vía pacifista de Rugova y la lucha armada. Fue después de varios años que la gente se dio cuenta de que, sin un Ejército, Kosovo no obtendría la libertad. Y ahora todo el mundo le está agradecido».

Aparece el hermano de Pippo, que no habla inglés. Me cuentan que es hincha del Estrella Roja de Belgrado. Es un nacionalista albanés que pretende que Kosovo se una a Albania, y sin embargo no puede desprenderse de su niñez, en la que, en una Yugoslavia unida, admiraba al equipo campeón de Europa de 1991. Es una rareza que no representa a la sociedad en la que vive pero que sí explica las contradicciones que se pueden llegar a vivir en lugares que han sufrido procesos identitarios tan convulsos.

Vegim recuerda que, en aquellos años previos a la guerra, cuando el FC Pristina ya no estaba en primera, la mayoría de kosovares apoyaba a los dos grandes equipos croatas.

«Recuerdo que mucha gente se posicionó a favor del Dinamo de Zagreb tras aquel partido contra el Estrella Roja en mayo de 1990 en el estadio Maksimir en el que Boban dio una patada a un policía y provocó una batalla campal. Mucha gente considera que aquello fue el inicio de la guerra. También el Hajduk Split ganó muchos adeptos aquí en Pristina porque jugó dos finales consecutivas de la Copa Yugoslava contra el Estrella Roja. La del 91 la ganó en Belgrado y hubo muchísima tensión, con una famosa pelea entre Igor Štimac y Siniša Mihajlović en la que ambos acabaron expulsados».

Tanta cerveza hace que se despierte nuestro apetito, así que me llevan, caminando entre edificios residenciales, a un restaurante antiguo escondido en una pequeña plaza cubierta por las ramas de los árboles. Se llama «Dubrovnik» en honor a la ciudad que un día compartió país con Pristina. De nuevo, engullo todo lo que puedo, y sin embargo no consigo acabarme la gran cantidad de carne que me traen y que no me van a dejar pagar. Es una noche mágica, en la que voy descubriendo a nuevos amigos, a gente diversa que me habla de una tierra que me apasiona y que siempre consigue que me sienta como en casa.

Se ha hecho tarde, es más de medianoche y por la mañana tenemos que coger un autobús para viajar a Prizren. Artan detiene un taxi y le dice al conductor, un señor mayor que no habla inglés, cuál es mi destino. Me despido y cuando pretendo sentarme detrás, el taxista me pide que lo haga delante. Por alguna razón que no acierto a comprender, no me pongo el cinturón de seguridad —algo que hago siempre, obsesivamente—. Estoy absorto en mis pensamientos,

imaginando cómo pasó el hombre que tengo a mi izquierda los años de la guerra, cuando vemos a un chico cruzando la avenida por la que estamos transitando a toda velocidad. No va a poder llegar a la acera salvo que nos detengamos de inmediato, y él tampoco podrá frenar

porque hay coches que lo alcanzarían en los otros carriles. Ha cometido una tremenda imprudencia. El conductor reduce la marcha en seco, no puede evitar impactar levemente en las piernas del chico, pero sí consigue que no se produzca una tragedia.

Reacciono con unos reflejos que desconocía que tenía y evito con un rápido movimiento de brazos que mi cabeza impacte contra el parabrisas. El susto es colosal. El conductor baja y no sabe si echarle la bronca al chaval o interesarse por su integridad. Está bien, dice, y se disculpa antes de marcharse corriendo. Solo ha recibido un pequeño golpe. El corazón no se me desacelera cuando retomamos la marcha. El taxista me deja en el hotel, le doy el billete y me dice que no, que no me va a cobrar. Me va a costar conciliar el sueño.

## LOS FOLLETOS DE ALBANIA

DESPUÉS DE PRISTINA, PRIZREN ES LA SEGUNDA CIUDAD en Kosovo en la que voy a hacer noche. Es la segunda más poblada del país y probablemente la más bonita. Aquí nació Vedat Muriqi, que de hecho empezó su carrera en el principal club local, el Liria. Su familia regenta un kebab al que vamos a cenar. Decimos que somos seguidores suyos y que venimos de España y nos invitan al café, al postre y a una botella de agua.

En Prizren hay unas cuantas iglesias ortodoxas serbias de gran valor cultural. Están custodiadas por la Policía para que no sean dañadas. Aquí, como en la mayor parte de Kosovo, ya no viven serbios. Sí hay un elevado porcentaje de bosníacos y turcos, lo que obliga al ayuntamiento a rotular también los nombres de las calles en sus lenguas, según se establece en la Constitución.

Hay bastantes placas y esculturas que homenajean a la Liga de Prizren, una organización nacionalista que en 1878 luchó por la unificación de todos los territorios albaneses y por una mayor autonomía para ellos dentro del Imperio Otomano. Por supuesto, de la Segunda Liga de Prizren no vemos nada. Se creó en 1943 buscando el apoyo de los nazis para unificar Albania y Kosovo, algo que ya había ocurrido parcialmente dos años antes en un efímero Estado albanés

tutelado por Mussolini. Sin lugar a dudas, a la causa de la unificación albanesa no la beneficia en absoluto el hecho de que el único momento en la historia en el que ambos territorios estuvieron juntos compartiendo una misma entidad territorial fuera con la ayuda del fascismo.

Por increíble que parezca, encontramos un autobús que une Prizren con Shkodër. En realidad —luego lo descubrimos—, no llega a entrar en la ciudad, y nos deja en medio de la carretera, en el desvío de la salida, para continuar su ruta hacia los pueblos de mayoría albanesa de la costa montenegrina, donde muchos kosovares van a pasar las vacaciones. Ya estamos en Albania, y a Violeta le ha bastado con una parada en una estación de servicio para comprobar que «este sí que es un país de verdad». Ha sacado la conclusión —que a mí me parece un poco prematura— de que su economía y sus servicios públicos están mucho más estructurados que los de Kosovo por el tipo de

productos que estaban disponibles en la tienda, por su disposición en los estantes y por su procedencia y cumplimiento de las normas de seguridad alimentaria.

De Shkodër al lago Koman tenemos que ir en taxi. Son cincuenta kilómetros, pero se tarda casi dos horas debido al mal estado de la carretera. Por fortuna, el conductor es un simpático señor de mediana edad que habla italiano y que nos ameniza el trayecto con una agradable conversación. Llegamos a un albergue en una antigua villa en la que vivieron los trabajadores franceses que construyeron el embalse en los años ochenta.

Ahora, un grupo de jóvenes italianos pasa el verano aquí como empleados del establecimiento turístico. La mayor parte de gente que se hospeda en esta casa cogerá mañana el ferri que recorre este estrecho lago para acabar llegando hasta Fierza, donde está ubicada la central hidroeléctrica. Desde allí, nosotros iremos a Valbonë para hacer a pie la famosa excursión que conecta esta población con la de Theth.

El lago artificial de Koman es precioso: por el color del agua, por la cercanía de las montañas y por los cañones que estas dibujan. Sin embargo, la experiencia de recorrerlo con el barco está exenta de romanticismo. En los últimos años, el turismo se ha incrementado tanto en esta zona que está en riesgo de masificación. El embalse está lleno de plásticos que los viajeros lanzan al agua sin ningún pudor. El transbordador, que antiguamente servía para alcanzar pequeñas aldeas a las que no se podía llegar de otra forma, está ahora poblado

de extranjeros: familias, mochileros de todas partes del mundo, *instagrammers* obsesionados con posar de la forma más seductora en las fotografías…

Es un problema que también nos encontramos en la travesía entre Valbonë y Theth y que contrasta extraordinariamente con el propósito original de la ruta. Hay crónicas de principios del siglo XX de viajeros que llegaron a Theth y que lo describieron como uno de los lugares más aislados y remotos del mundo. A la aldea, situada en un pequeño valle entre montañas de los Alpes albaneses, solo se podía llegar caminando entre empinados senderos. Se cree que el origen del pueblo se remonta a hace más de trescientos años, cuando unas cuantas familias albanesas católicas se instalaron aquí para evitar ser convertidas al islam durante la ocupación otomana. La primera carretera llegó en 1936, pero durante gran parte del siglo XX ha quedado inutilizada en invierno debido a las nevadas. Aún hoy, a pesar de su renovación, puede cerrarse en los meses más fríos. En verano, sin embargo, la conexión con Shkodër es sencilla, de modo que los turistas la utilizan para hacer la caminata en un solo sentido y poder volver luego rápidamente a la civilización. Si se quedan a visitar el pueblo pueden admirar una de las pocas *kullas* de enclaustramiento que quedan en Albania: antiguas casas de piedra, rectangulares y muy altas, en las que se encerraban para protegerse los montañeses que tenían que ser víctimas de venganzas de sangre según los códigos del Kanun. El libro

*Abril quebrado*, de Kadaré, es la obra que más ha popularizado esta antigua ley albanesa y sus preceptos.

En 2023, el camino entre Valbonë y Theth parece La Rambla. Dos jóvenes españoles, en una de las múltiples paradas de avituallamiento que se pueden realizar a lo largo de la ruta —hay incluso bares y restaurantes, que usan las fuentes naturales de agua fría para mantener en una buena temperatura las bebidas refrescantes—, comentan que tienen que llegar al pueblo antes de las tres de la tarde porque no se quieren perder la final de Wimbledon entre Carlos Alcaraz y Novak Djokovic. Nosotros nos conformamos con alcanzar el hotel antes de que anochezca. La excursión es exigente, no tanto por el grado de dificultad de las ascensiones, que sí tienen algunos momentos de pendientes pronunciadas, como por la longitud del recorrido. Al final llegamos a Theth todavía con luz solar, por lo que se demuestra que incluso gente poco entrenada es capaz de completarla en un día.

Un microbús nos lleva la mañana siguiente a Shkodër, y uno mucho

más grande nos traslada después de comer a Tirana. El Freddy's está lleno, así que nos alojamos en un hotel menos familiar y algo más grande también situado a escasos metros de la Plaza Skanderbeg. El primer gran cambio con respecto a mi última visita a la capital es que ya no hay casas de apuestas. No las hay en todo el país, de hecho, pero hasta ahora no habíamos pisado ninguna ciudad importante en la que su ausencia nos pudiera llamar la atención. El Gobierno de Edi Rama prohibió las apuestas deportivas desde el 1 de enero de 2019 para luchar contra la adicción al juego de muchos albaneses, para combatir los amaños de partidos y para proteger las economías familiares. El primer ministro fue especialmente duro en sus explicaciones sobre la nueva ley, argumentando que gran parte de la industria de las apuestas en Albania estaba financiada por el crimen organizado. Fue un movimiento extremadamente valiente por parte de Rama, ya que la medida, además de ir en contra de un lobby muy poderoso, era tremendamente impopular en un país en el que el juego estaba tan extendido. Sin embargo, cuatro años y medio después de que entrara en vigor, ya se está produciendo una marcha atrás que podría concretarse a lo largo de 2024 con el regreso de las apuestas en línea. Al parecer, la población ha seguido encontrando la manera de apostar de forma ilegal en páginas web extranjeras, con lo que el problema no se ha resuelto, y además el Gobierno ha perdido el control de los operadores y ha dejado de ingresar diecisiete millones anuales en impuestos. Rama dice ahora que se van a repartir unas pocas licencias, que se va a ser muy estricto en el cumplimiento de las normas de registro —se prohibirá el acceso a los menores de edad— y que todo lo que el Estado ingrese por esta vía será destinado al deporte, a la cultura y al desarrollo de la juventud. La nueva ley aún no ha entrado en vigor, pero se espera que solo permita las apuestas por internet y no en locales físicos como antes de la prohibición.

Albania no es tampoco el país favorito de Violeta, pero pronto aprecia diferencias sustanciales con respecto a Kosovo. «Aquí se nota que hay una administración pública que trabaja para mejorar la vida de los ciudadanos. Pristina era una ciudad por hacer: no parecía ni acabada. Aceras en mal estado, estrechas, calles por las que era difícil caminar… En Tirana hay incluso unos arcos de agua en medio de las avenidas para que la gente se refresque y se proteja del calor. Esto es un buen ayuntamiento, una buena política pública». Pero no todo en Tirana es de su agrado. Se lleva las manos a la cabeza cuando, consultando el mapa, se da cuenta de que hay una plaza dedicada a Harry Truman. «¿Cómo se puede poner el nombre del presidente de Estados Unidos que autorizó el uso de la bomba atómica y que ordenó que se lanzara sobre Hiroshima y Nagasaki?».

Paseamos desde la plaza Skanderbeg hasta la plaza Madre Teresa, desde donde se puede observar la estructura externa del nuevo estadio nacional, el Arena Kombëtare.

Aquí estuve yo hace diez años: se llamaba aún Qemal Stafa y presentaba un estado ruinoso. La comparación entre aquel recinto y el actual supone la representación más gráfica posible del proceso de modernización del fútbol albanés en la última década.

Aquí se jugó en mayo de 2022 la primera final de la historia de la Conference League entre la Roma y el Feyenoord. Y aquí juega ahora todos los partidos, ya sin necesidad de buscar hogares provisionales en Elbasan o en Shkodër, la selección nacional.

Sylvinho ha arrancado su mandato con dos victorias contra Moldavia e Islas Feroe y una derrota en Polonia. Son resultados que entran dentro de la lógica. El equipo de Lewandowski y la República Checa parecen los favoritos del grupo, aunque el buen partido de Albania en Varsovia y los seis puntos posteriores hacen que la hinchada mantenga la esperanza de repetir la gesta de los tiempos de De Biasi.

En las cafeterías de Tirana empiezo a leer *Libre* de Lea Ypi y sé que lo voy a devorar.

Es el tipo de libro que me gusta: narrado en primera persona, cuenta las vivencias de una niña que se hace mayor partiendo desde los últimos años de Enver Hoxha hasta la convulsa primera década del multipartidismo y el libre mercado en Albania. Visitamos el Museo de Historia Nacional, cuyo mural de la entrada he admirado tantas veces desde la plaza sin llegar nunca a entrar. Es un lugar muy interesante, y llaman la atención los malabares y piruetas que sus comisarios tienen que hacer para presentar en una planta a Enver Hoxha como al líder de los partisanos que liberaron a Albania en la Segunda Guerra Mundial y un piso por encima mostrarlo como el dictador tirano que atemorizó a la población y que masacró a la disidencia mediante muerte y terror. Es héroe y villano a la vez: todo depende de si subes las escaleras o las bajas.

Las noches que pasamos en Tirana caen en martes y miércoles, por lo que tengo la esperanza de poder ver por televisión partidos de la fase previa de la Champions

League. El primer día lo consigo: dan el BATE Borisov-Partizán de Tirana. El Partizán ha sido capaz de ganar la liga albanesa en dos ocasiones desde mi última visita: en 2019

y ahora en 2023. Antes, no lo había hecho desde 1993. Cuando el proyecto del Skënderbeu implosionó por la sentencia del TAS de 2019 que confirmó la sentencia de diez años sin poder participar en competiciones europeas por amaños, el campeonato nacional entró en una fase de mucho más reparto de los títulos. Los últimos cinco no se han ido nada lejos de la capital: dos los ganó el KF Tirana, dos el Partizán y uno el Teuta Durrës, que solo lo había ganado una vez antes, en 1994. Ahora el Partizán busca clasificarse para la máxima competición continental, pero tiene un largo camino por delante. Tras haber empatado en Tirana por 1-1, ha viajado a Hungría para medirse al BATE Borisov bielorruso, que no puede jugar en su país por la guerra de Ucrania. Dos contragolpes en la segunda parte resultan funestos para el campeón albanés, que domina el partido pero carece de pegada. El 2-0 definitivo lo elimina de la Champions y lo manda a las previas de la Conference League.

El miércoles, sin embargo, no encuentro ningún canal que emita la vuelta del Ludogorets-Ballkani, cuya ida vimos hace ocho días en directo en Pristina. Me ahorro el disgusto y lo sufro solo con notificaciones del teléfono móvil: el campeón kosovar cae por 4-0 en Bulgaria y también tendrá que seguir peleando en la tercera competición continental, donde buscará la clasificación para la fase de grupos por segunda temporada consecutiva. No sería un logro menor, pero aún queda mucho camino por recorrer y el ánimo tiene que estar por los suelos después de haber sufrido una goleada tan dura en Razgrad.

Viajamos hacia el sur, y es en Berat donde confirmamos que, sin nosotros saberlo, este es el verano en el que se ha puesto de moda venir a Albania. Hay muchos españoles, muchísimos. Grupos numerosos que se paran en medio del puente a hacer fotografías.

«¿Se han repartido este año folletos de vacaciones en Albania por todos los pueblos de España y no nos hemos enterado?», pregunta Violeta. Dos señores se me quedan mirando y, por la cara que ponen, intuyo que me reconocen y que no les caigo bien.

Creo, por la indumentaria de algunos de sus acompañantes, que son hinchas del Real Madrid que piensan que odio a su equipo. Buscamos zonas menos saturadas y casi no las encontramos: todo el centro histórico, que es bellísimo, está repleto de turistas. Las antiguas casas con mejores vistas al río, de gran valor arquitectónico, se han reconvertido todas en restaurantes, hoteles *boutique*, *bed and breakfast* y tiendas de recuerdos. Son calles empedradas que dibujan curvas para adaptarse a las laderas de los pequeños montículos sobre los que

están construidas: esta ciudad debió de ser preciosa, pero hoy le falta autenticidad. Habría que volver en abril. ¿Dónde vive la gente? En la parte nueva —en realidad no lo es tanto—, en la que se mantienen en pie viejos edificios socialistas sin lujos ni ornamentos. En la que no hay nada que fotografiar. Tomamos

limonada en un bar corriente de esta zona en la que solo están los habitantes autóctonos. Nos rodea una fealdad impresionante, pero estamos más a gusto pensando que aquí hay más verdad.

En Gjirokastra, un poco más al sur, ocurre algo parecido, aunque en menor medida.

Al estar más lejos de Tirana, viene menos gente. Y es más difícil hacer una excursión de ida y vuelta en el mismo día. Es la otra ciudad que preserva la arquitectura típica de la época otomana. Es menos fotogénica, porque aquí todas las casitas típicas no están concentradas en una misma zona como en Berat, sino que están más dispersas, más separadas, y a veces hace falta recorrer largas calles empinadas para encontrar la siguiente. Nos hospeda un señor llamado Maradona. No es un apodo: es su nombre de pila. Su padre, como tantos albaneses, se aficionó a la liga italiana y se hizo hincha del Nápoles. A Maradona, sin embargo, no le gusta el fútbol y no sabe nada sobre él. Es un anfitrión que quiere ser tan servicial que a veces cruza los límites de la pesadez y deja muy poca autonomía a sus huéspedes, a los que quiere organizar las jornadas.

Gjirokastra es el lugar de nacimiento de dos albaneses célebres: Enver Hoxha e Ismail Kadaré. De Hoxha no quedan museos ni estatuas. Algunos curiosos se acercan a la casa en la que nació y la observan desde fuera. Sí vemos una pequeña figurita suya a la venta en la calle más turística. Es una rareza que no sabemos muy bien cómo interpretar. La casa natal de Kadaré, en cambio, sí se conserva como museo: las habitaciones se han decorado para presentarlas exactamente como él las describe en su libro *Crónica de la ciudad de piedra* y, además, hay una sala de exposiciones donde se proyecta un documental sobre *Abril quebrado*. La chica que nos recibe en el punto de información quiere saber si hemos leído novelas suyas y le satisface cuando cito *El palacio de los sueños*. «Es mi favorita», dice.

Hago memoria para recordar todos los libros suyos que he leído y hay un momento en el que me doy cuenta de algo. Hace una semana, cuando estábamos en Pristina, pregunté a la gente que me rodeaba cuándo empezó la enemistad entre albaneses y serbios y en qué se basaba: me respondieron que suponían que en la famosa batalla de

Kosovo de 1389 y que, probablemente, el hecho de que unos se adaptaran más a las costumbres del Imperio Otomano que los otros había generado grandes rencillas. Sin embargo, Kadaré cuenta en *Tres cantos fúnebres por Kosovo*, una obra que recrea aquella famosa contienda del siglo XIV, que incluso antes de enfrentarse a los otomanos, los juglares que acompañaban a las tropas ya inventaban canciones en las que reivindicaban que Kosovo era suya. Serbios y albaneses, que luchaban juntos en aquella coalición de la que también formaban parte húngaros, búlgaros, checos y otros pueblos del Este de Europa, se entretenían en las noches previas a los combates cantando que Kosovo pertenecía a su nación y no a la del otro. Obviamente Kadaré no estaba allí para

poder afirmar que esto ocurrió y su obra tiene muchísimos elementos de ficción, pero ese pasaje, cuando lo leí, me llevó a pensar que el origen de la enemistad es tan antiguo que ya se pierde en el tiempo y que los propios herederos de ese odio no saben exactamente de dónde salió, lo cual no deja de ser bastante absurdo si uno lo analiza fríamente. Maradona nos consigue un taxi bastante económico para recorrer el complicado trayecto entre Gjirokastra y Korçë. Paramos a tomar café en Përmet, que en la Wikipedia parece bonita, pero en la realidad nos decepciona. Cuando llegamos al destino, Sabiel, el padre de Don Juri, ya me ha escrito varias veces. Hace mucho que no le veo, porque cuando vine en 2018 con Tomàs él estaba aquí en Korçë y no pudimos quedar. Por lo tanto, la última vez fue en 2015, el día después del famoso partido de Elbasan, cuando estuvimos con él y con su hijo en la zona del teleférico en Tirana. Me he acordado mucho de él cuando he sabido que ya no se pueden hacer apuestas deportivas. Me cita en una terraza cerca de la catedral ortodoxa. Han pasado ocho años y la realidad es que le veo más joven. En mi recuerdo, quizás condicionado por las pausas que tenía que hacer al caminar por sus problemas en la espalda, era un señor de la edad de mi padre o incluso mayor. Ahora me dice que aún no se ha jubilado y que por las mañanas está trabajando en esta misma cafetería cubriendo a su otro hijo —el que no es Don Juri—, que se ha ido a hacer la temporada de verano en un bar de Sarandë, en la costa. Todo el mundo dice que esa zona de playa es espectacular, pero la hemos querido evitar para huir de la masificación. No nos ha salido del todo bien.

Lo primero que me dice Sabiel es que ya se ha enterado de que este año el Sabadell estará en el grupo del Deportivo de la Coruña al pasar a formar parte del 1 y no del 2 en Primera Federación. Me quedo asombrado, porque es una noticia de hace cuatro días y no tiene ninguna lógica que haya llegado a Albania. Yo le pregunto por el Skënderbeu, que ha ascendido a la máxima categoría después de que

en 2022 quedara último y bajara a segunda con una plantilla muy debilitada por el éxodo de figuras que se produjo tras la sanción europea. Sabiel parece estar contento con este ascenso y me da la impresión de que ha vivido con mucha naturalidad todo lo que le ha ocurrido al club de su ciudad en los últimos años. Le digo que vi el partido del Partizán y me dice que él también, que tuvieron mala suerte, pero que a él le gusta más el KF Tirana. La conversación es muy poco fluida: no sé qué temas más sacar y él da respuestas muy cortas. Sin embargo, ha planeado pasar todo el resto del día conmigo y yo no sé muy bien cómo lo vamos a gestionar. Mis recuerdos de nuestro primer encuentro son fantásticos, y sin embargo hoy tengo la sensación de que no sabemos qué decirnos, de que todo es forzado, de que el silencio se impone y me genera incomodidad. En 2013, Sabiel nos acogió en Korçë cuando acabábamos de llegar y todo nos daba miedo: de tan agradecidos como estábamos, lo acabamos adorando y disfrutamos de su compañía.

Hoy todo es diferente y me parece muy triste que este reencuentro sea tan gris e insulso.

Me lleva a comer helado. Me enseña el mismo parque que la otra vez, donde los habitantes de Korçë pasean cuando cae la tarde. Me señala el lugar desde el que los albaneses partían hacia Boston a principios del siglo XX. Me dice que tenemos que cenar en algún lugar en el que haya cerveza y música en directo. Yo empiezo a estar inquieto porque Violeta está sola en el hotel y aún no hemos solucionado el asunto del transporte hacia Kastoria del día siguiente: cuando salí a media tarde no esperaba estar fuera tantas horas. Sabiel me dice que será muy complicado pasar a Grecia mañana al ser fin de semana: habrá muchísima cola en la frontera, un amigo suyo lo ha hecho hoy y ha tardado más de tres horas. «¿Por qué no vais el lunes? Te puedes quedar un día más aquí». Le pido que me deje ir al hotel a buscar a Violeta para resolverlo. Él dice que me estará esperando aquí, en la calle, sentado en un banco.

El hotel no está precisamente cerca. Está al final de una calle que presenta una pendiente empinadísima, de las que no se pueden subir sin acabar resoplando. Cuando llego, pido ayuda al dueño. Llama por teléfono. «Hay un autobús que va a Salónica y para en Kastoria. Pero tendríais que pagar el billete entero, como si hicieseis todo el trayecto de varias horas». ¿Qué sentido puede tener esto? ¿Y un taxi, cuánto nos va a costar un taxi? «Es difícil saberlo, porque en la aduana habrá muchísima cola. Podéis tardar el día entero en pasar la frontera». Es la misma historia que me ha contado Sabiel.

Kastoria está a menos de una hora en coche, pero los habitantes de Korçë la ven al final de un camino que no se acaba nunca. Hablo con Violeta y decidimos optar por la solución del taxi. Al final, nos dicen que el precio es cerrado y no es ninguna barbaridad, así que si hay que esperar tantas horas lo único que perderemos será el tiempo.

Salimos del hotel y vamos al encuentro de Sabiel. Esta vez Violeta me acompaña. Él ha decidido que nos va a llevar a cenar a un lugar especial, en el Viejo Bazar de la ciudad. Aunque le advertimos de que no tenemos mucha hambre, él pide toda la comida del mundo. Y, además, no come. Hay una actuación de una banda cuya cantante, a la que Sabiel parece conocer personalmente, consigue encender los ánimos de todos los comensales con viejos temas patrióticos. «Habla de la Madre Albania», me dice nuestro anfitrión. La velada se alarga y cada vez es más difícil hablar: no hay temas de conversación, la música está muy alta y estamos llenos por la gran cantidad de comida que hemos ingerido. Violeta se quiere ir a dormir y yo me quedo un rato más porque sé que Sabiel lo está disfrutando. Él no necesita que hablemos: está aquí su amigo de Barcelona y presume de ello cada vez que un conocido le saluda. Al final no me deja pagar: lo intento, se lo suplico, le hago gestos al camarero, pero dice que le toca a él sí o sí. Me reconoce que este restaurante es caro para él, que no puede venir muy a menudo, pero para él es un honor invitarme y se enfadará si no es así. Me acompaña

hasta la calle del hotel, le digo que ha sido un placer y me temo que, esta vez sí, puede que no nos volvamos a ver. Le escribiré, sin embargo, cada vez que gane Albania.

La mañana siguiente no hay cola alguna en la aduana. En menos de tres minutos cruzamos la frontera y ya estamos en Grecia.

## EPÍLOGO

LA SELECCIÓN NACIONAL DE ALBANIA se clasificó para la Eurocopa de 2024 el 17 de noviembre de 2023. Lo hizo acabando primera en su grupo por delante de la República Checa y de Polonia. Esta vez no necesitó ningún dron: ganó a sus rivales directos en el campo viviendo noches mágicas en el flamante Arena Kombëtare de Tirana. El equipo de Sylvinho lo logró sin poder contar en ningún partido con Armando Broja, el delantero del Chelsea, que es ahora mismo el mejor jugador del país. Albania posee hoy jugadores probablemente más talentosos que los de 2016: Berat Djimsiti, Jasir Asani, Taulant Seferi, Nedim

Bajrami, Kristjan Asllani, Ernest Muçi… Los hay que repiten y que vivirán su segunda Eurocopa: Etrit Berisha —el portero de Pristina—, Elseid Hysaj, Sokol Cikalleshi, Arlind Ajeti… Y quizás un catalán de Caldes de Malavella al que descubrieron antepasados albaneses, Iván Balliu, viva la primera. Hay euforia en el país, pero la primera vez siempre será la primera vez, y De Biasi siempre será De Biasi.

La selección nacional de Kosovo acabó la fase de clasificación para la Eurocopa de 2024 en quinta posición en un grupo de seis en el que sentía que tenía posibilidades reales de luchar por la segunda plaza. Lo único que pudo celebrar la hinchada en esta liguilla fue el retorno de Granit Xhaka y Xherdan Shaqiri a Pristina. Jugaron por primera vez en el estadio Fadil Vokrri: lo hicieron vistiendo la camiseta de Suiza y recibieron grandes ovaciones del público kosovar. El seleccionador interino, el esloveno Primož Gliha, no logró convencer a la federación ni al público para quedarse con el puesto. Robert Moreno, el que fuera seleccionador español, fue entrevistado en diciembre de 2023 por los dirigentes para convertirse en el nuevo técnico de Kosovo.

Rechazó la oferta y se marchó al Sochi ruso. Los problemas entre los jugadores y la federación han sido constantes en los últimos años y todo el mundo echa de menos a Fadil Vokrri.

Tras su debacle en Bulgaria, el FC Ballkani superó tres eliminatorias y se clasificó por segundo año consecutivo para la fase de grupos de la Conference League. En ella sumó otra vez cuatro puntos: una victoria en casa ante el Dinamo de Zagreb —un equipo al que veía como un gigante inalcanzable en los tiempos de Yugoslavia— y un empate en Kazajistán frente al Astana. En esta ocasión, parecieron pocos. Tras ganar a los croatas

en la segunda jornada, llegó a soñar con clasificarse. El último partido como local lo jugó en Tirana, en el Arena Kombëtare. Fue una forma de celebrar su *albanidad*, de intentar captar aficionados en el país vecino y de mostrarse como el club de habla albanesa más poderoso de la actualidad. Sin embargo, tras vender a algunos de sus mejores jugadores, no está claro que esta época dorada vaya a tener continuidad. Su entrenador, Ilir Daja, es el favorito de la opinión pública para asumir el cargo de seleccionador kosovar.

Adem Ljajić fichó por el Novi Pazar el 14 de septiembre de 2023. Džezver, el dueño del café de Novi Pazar, me cuenta que la ciudad está extasiada y que el estadio se llena en todos los partidos. Es la primera vez que Ljajić juega en el equipo de su localidad natal y la

primera que vuelve a la liga serbia desde que se marchara del Partizán en 2010. La selección no le llama desde 2020, así que este verano animará a Serbia en la Eurocopa de 2024, para la que su país también se ha clasificado, desde la televisión.

Ismail Morina, el hombre que hizo volar el dron en Belgrado, consiguió evitar la extradición a Serbia por «incitar actos criminales entre naciones» y fue trasladado desde la cárcel croata en la que se encontraba hasta una prisión en Italia, el país que finalmente le liberó en julio de 2018. La Policía de Kukës le volvió a detener en 2022, el día de la final de la Conference League entre la Roma y el Feyenoord en Tirana, por no haber cumplido cinco meses de su sentencia por posesión ilegal de armas en 2015. Seis días después fue puesto en libertad condicional y en septiembre de ese mismo año fue definitivamente liberado.

Vullnet Krasniqi me escribió el 10 de enero de 2024 y me dijo que estaba en Barcelona.

Solo cuatro días antes se había anunciado que España no se iba a desmarcar de la nueva normativa que permitía, desde el 1 de enero, a los ciudadanos con pasaporte kosovar entrar en cualquier país de la Unión Europea y la zona Schengen sin necesidad de solicitar un visado. Las autoridades gubernamentales españolas consultadas por los medios de comunicación afirmaron que el reconocimiento del pasaporte kosovar para entrar en el país no implicaba en ningún caso que se reconociera la independencia del territorio. El diario *Nacionale* decidió mandar a Vullnet a Barcelona para comprobar si, efectivamente, le dejaban entrar. El caso es que, como viajaba desde Berlín, nadie le pidió que mostrara ningún pasaporte, por lo que se quedó sin vivir la experiencia que estaba buscando: enseñar su documento kosovar a un policía español y que este le dijera que adelante, que podía pasar. Sin embargo, su visita nos permitió un último baile.

Vullnet se acercó hasta Gràcia. Tomamos un café en una plaza. Era un día frío y amenazaba lluvia. Me dijo que si eso era un día frío para nosotros teníamos mucha

suerte. Venía de Alemania porque estaba investigando allí los asesinatos de mujeres kosovares por parte de sus parejas. Últimamente se había especializado en hacer periodismo sobre crímenes machistas y esto le estaba dando muchísima popularidad.

Después de Barcelona, sin embargo, tenía previsto volar a Israel para

ir a hacer reportajes en la zona limítrofe con la franja de Gaza. Él apoyaba «a los palestinos, evidentemente». Hacía poco había estado en una manifestación a favor de Palestina en Pristina en la que compartieron espacio dos comunidades que se detestan pero que en esta guerra se encuentran en el mismo bando: los activistas LGTBQ y los musulmanes más radicales. Para volar hasta Israel tendría que ir primero a sacar el visado en Tirana, y desde allí le pondrían un taxi a Pristina: «La Policía ha declarado que no puedo viajar en transporte público porque ahora mismo mi seguridad corre peligro si lo hago. De hecho, en agosto recibí una agresión en Prizren que salió en los medios nacionales. Soy el periodista más odiado tanto por los nacionalistas albaneses como por los musulmanes radicales».

En Barcelona, sin embargo, podía estar tranquilo. Bajamos hasta el Passeig de Gràcia, donde se detuvo en la tienda del FC Barcelona para comprarle un regalo a una amiga con la que dijo querer volver a la ciudad a ver un partido. Cruzamos Plaça Catalunya y me preguntó si lo de la independencia ya se había acabado. «Tiene pinta», le dije, y apostillé: «Cuando gobierna en España la izquierda más tolerante con la diversidad cultural del país y con las minorías lingüísticas, el sentimiento independentista decrece». «Eso siempre pasa», me dijo, y supongo que estaba pensando en Kosovo y en la reacción de la gente según los distintos grados de autonomía que la provincia tuvo en la época yugoslava. Esta conversación, además, le despertó un recuerdo. «¿Dónde está tu novia? Tengo una discusión pendiente con ella. Aquella vez en Pristina, en verano, tenía mucha prisa por marcharme porque tenía un asunto importante de trabajo y no le pude dedicar toda la atención. Me gustaría debatir largamente con ella, una charla de diez horas o así, sería divertido». Me satisfizo que reconociera que aquel día no estuvo del todo presente. A su manera, era una forma de disculpa. «Ella es muy proserbia», le dije. «Cree que Yugoslavia, en términos de plurinacionalidad y convivencia entre distintas etnias, era un país ideal», continué. «¡Claro que lo era! ¡Pero después llegó Milošević y los serbios se volvieron locos! Lo quisieron todo para ellos!». Pensé en lo atractivo que sería ese debate de diez horas, pero también en lo complicado que sería convencer a Violeta para que aceptara tenerlo. Vullnet no era su persona favorita. Al menos, ya no estaba obligada a viajar a Kosovo para hablar con él. Ahora podían discutir en Barcelona. Esto era toda una novedad, un gran cambio, algo inimaginable hasta hace no tanto.

Bajamos un poco más y empezamos a caminar por las Ramblas en dirección a Colón.

Se había citado con un artista albanés que vivía en la Barceloneta y

decidí acompañarle.

Sin embargo, se puso a llover y entramos en un pub irlandés para resguardarnos. En la televisión daban billar. Le pregunté por esa última comida en Pristina y por las opiniones que había expresado y que me habían desconcertado. Sobre Estados Unidos me dijo que, en realidad, creía que Kosovo tenía que saber jugar sus cartas para sacar el mayor provecho de una especie de batalla que estaban librando la Unión Europea y los americanos por tener el mayor control sobre ellos. Y sobre el nacionalismo afirmó no haber cambiado ni un ápice su visión con respecto a 2013: «O sacamos al nacionalismo de la vida política de Kosovo o no podremos progresar. Tenemos un Gobierno de izquierdas, pero que en la cuestión nacionalista se comporta como si fuera de derechas».

Y aunque Vullnet seguía manteniendo en público una posición crítica con Albin Kurti, creía que la solución a los problemas de los Balcanes pasaba por los cambios en Serbia y en Albania. «Necesitamos que Vučić caiga. ¡Era el ministro de propaganda de Slobodan Milošević durante la guerra! Si cae Vučić, cae Edi Rama. Son aliados. Yo he dicho tantas cosas malas de Rama que ya incluso me cita en las ruedas de prensa».

Arreciaba la lluvia, así que decidió cancelar su cita con el artista y volver al hotel. Le guié hasta allí. Nos paramos en el Mercat de la Boqueria para grabar unos vídeos.

Media hora más tarde, nos despedimos de una manera diferente: por primera vez, sentimos que era mucho más fácil que nos viésemos pronto de nuevo. Volví a casa satisfecho: después de aquella comida tan tensa en Pristina, necesitaba una reconciliación como esta. Fue una de las mejores tardes con Vullnet: hablamos de su familia, de su vida personal, de la mía, de este libro y de su título, de lo que representa para cada uno recibir odio por parte del público que consume nuestro periodismo… Ya de vuelta a casa, estuve un rato rememorando cómo nos conocimos aquella vez en la que se quedó asombrado de que yo durmiera durante todo un trayecto de autobús, y me pareció increíble que de esa pequeña anécdota acabaran saliendo tantas conversaciones a lo largo de más de diez años. Y aunque su carácter un tanto presuntuoso generara antipatías entre la gente que me acompañó, como Edu o como Violeta, sentía que su visión del mundo y de su tierra me representaba mejor que cualquier otra con la que nos encontramos durante estos viajes. Y su manera de pelear por ella contra enemigos tan ruidosos despertaba la mayor de mis admiraciones.

Violeta y yo llevamos viviendo juntos en Barcelona desde 2018. A menudo discutimos sobre política. Ella dice que soy un socialdemócrata, un blando. Que en 1917

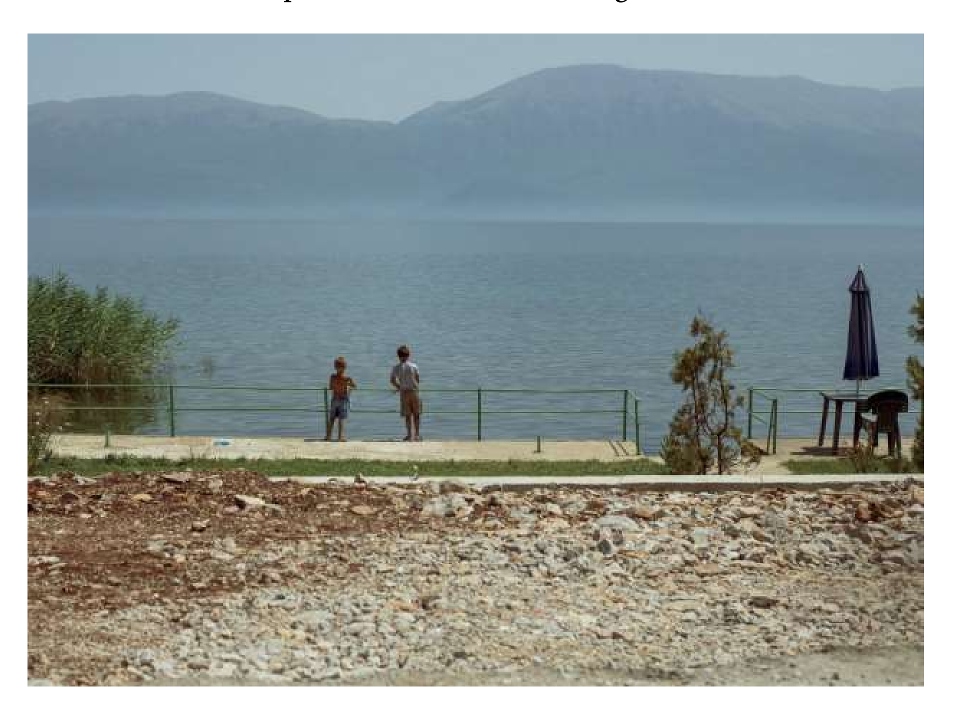
hubiese sido Kerensky. Ella, por supuesto, habría asaltado el Palacio de Invierno. Nos gusta escuchar la radio juntos. Y ver concursos de televisión. Buscamos series que nos puedan gustar a los dos, y también películas. A veces se queda a leer a mi lado mientras yo veo el fútbol. Viajamos mucho y hay sitios en los que somos muy felices y ella puede llegar a olvidarse de las cosas que no le gustan de este mundo, que son muchas. Nos encanta dormir con las piernas entrelazadas cuando hace frío. Mi TOC con respecto a

nuestra relación está completamente superado y me parece increíble que en algún momento yo llegara a tener tantas dudas. La quiero mucho. Me estimula intelectualmente y me da un cariño que jamás había sentido. No tiene demasiada importancia que no nos pongamos de acuerdo con respecto a Serbia y a Kosovo. Sigo acudiendo a terapia y medicándome, porque mis obsesiones con respecto a la hipocondría y a muchos otros miedos no han desaparecido del todo y a veces regresan con fuerza. Sé que nunca estaré bien del todo. Pero ahora tengo a alguien con quien abrazarme cuando el pánico me amenaza. Y entre los dos creamos una guarida en la que nos sentimos protegidos.



IMÁGENES

Contenedores en el puerto de Durrës en la llegada en barco desde Bari.



Lago Ohrid en Pogradec.

Llegada a Korçë.

Campo de fútbol abandonado con el estadio del Skënderbeu al fondo, en Korçë.



Aficionados viendo el partido del Skënderbeu en el bar de Korcë.

Plaza Skanderbeg de Tirana.

Antes del Kukësi-Metallurg.

Kukësi-Metallurg.

Cartel gigante de Bill Clinton y bandera estadounidense en Pristina.



Estatua de Skanderbeg en Pristina con niños remojándose.

Fadil Vokrri.

Milot Rashica en Vushtrri.

Milot Rashica en Vushtrri.

Público en el campo de Vushtrri.

Estadio de Pristina.

Paseando con Fadil Vokrri en el estadio de Pristina.




Pristina.



Labinot.



Vista panorámica de Pristina.

Un seguidor con la bandera de Kosovo y otro con la de Albania en los aledaños del estadio de Mitrovica.

Coche en el que se reparten las acreditaciones del Kosovo-Haití.

Pintadas en los muros. «República de Kosovo» en la izquierda y Vetëvendosje («Autodeterminación», nombre del partido de Albin Kurti) en la derecha.

Mural del pacifista Ibrahim Rugova y estatua del luchador de la UÇK Zahir Pajaziti en el centro de Pristina.



Aficionados durante el Kosovo-Haití en Mitrovica.



Hinchas albaneses se dirigen al estadio para ver el Albania-Serbia.



Aficionado albanés haciendo el gesto del águila bicéfala con las dos manos.

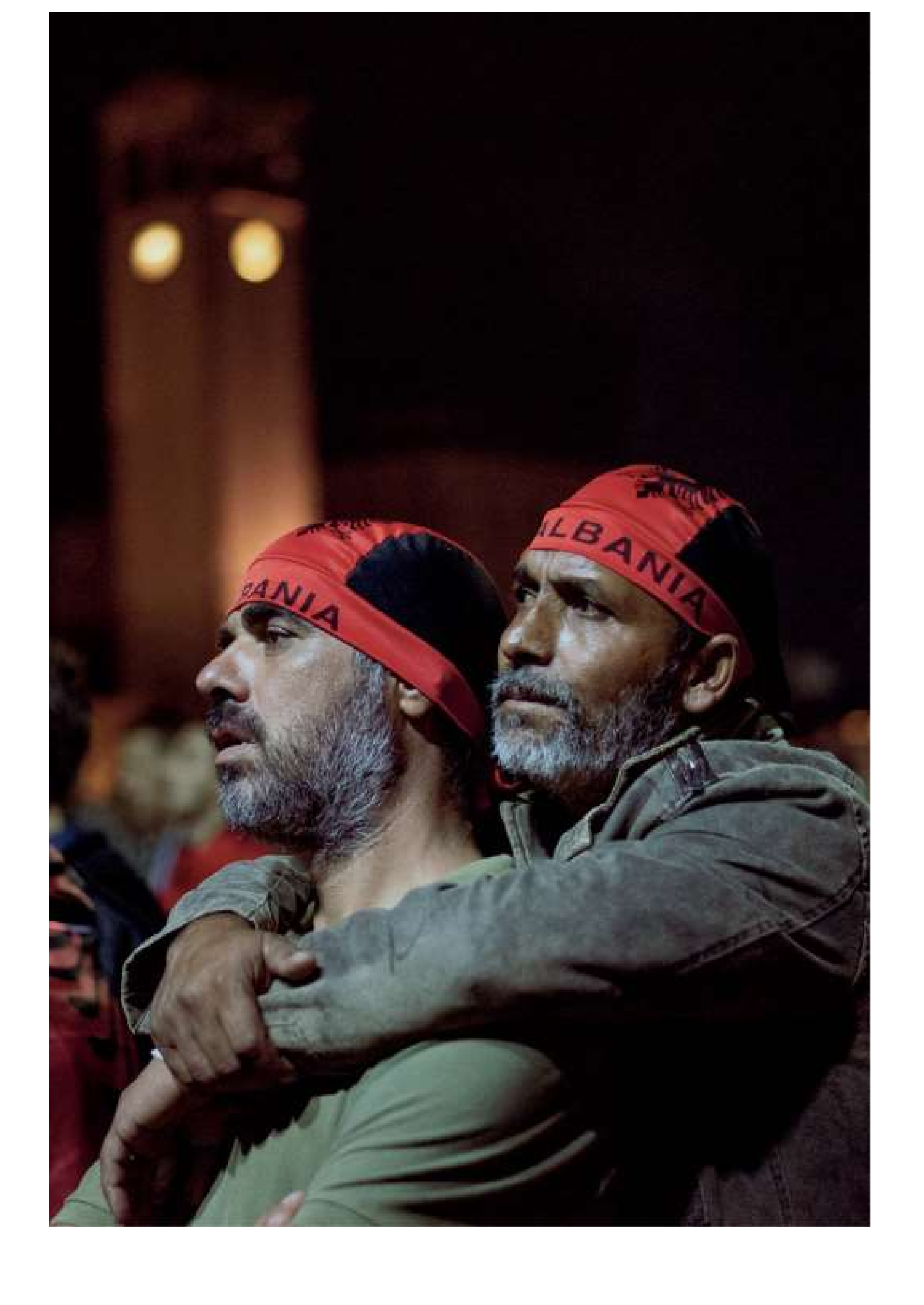



Imagen de decepción de los seguidores albaneses siguiendo el Albania-Serbia en una pantalla gigante en Elbasan.

Escena callejera en Elbasan.

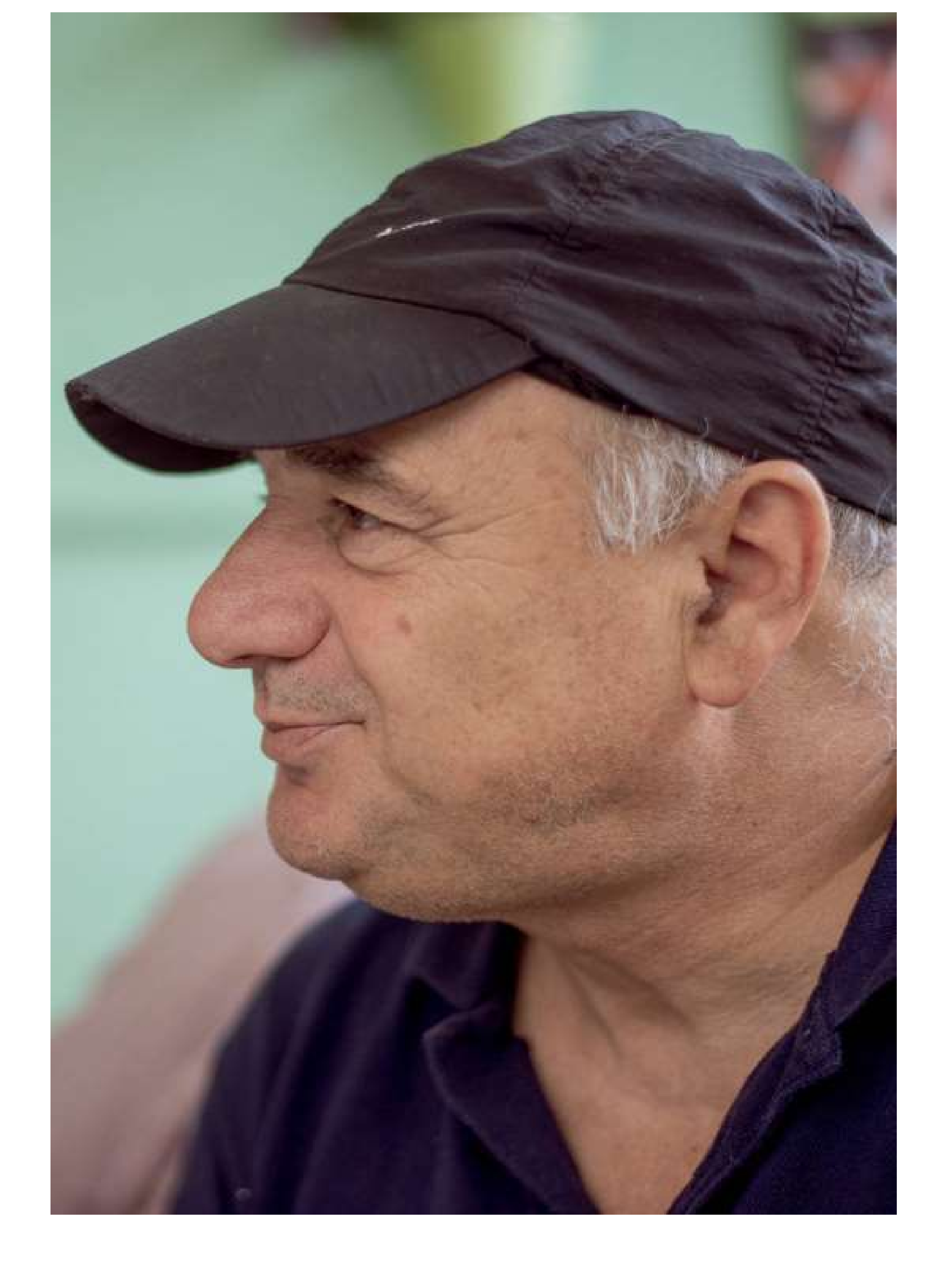
Un señor transportando un sofá con un carro y una bicicleta en Elbasan.



Avenida principal de Elbasan la mañana después del Albania-Serbia.



Don Juri.



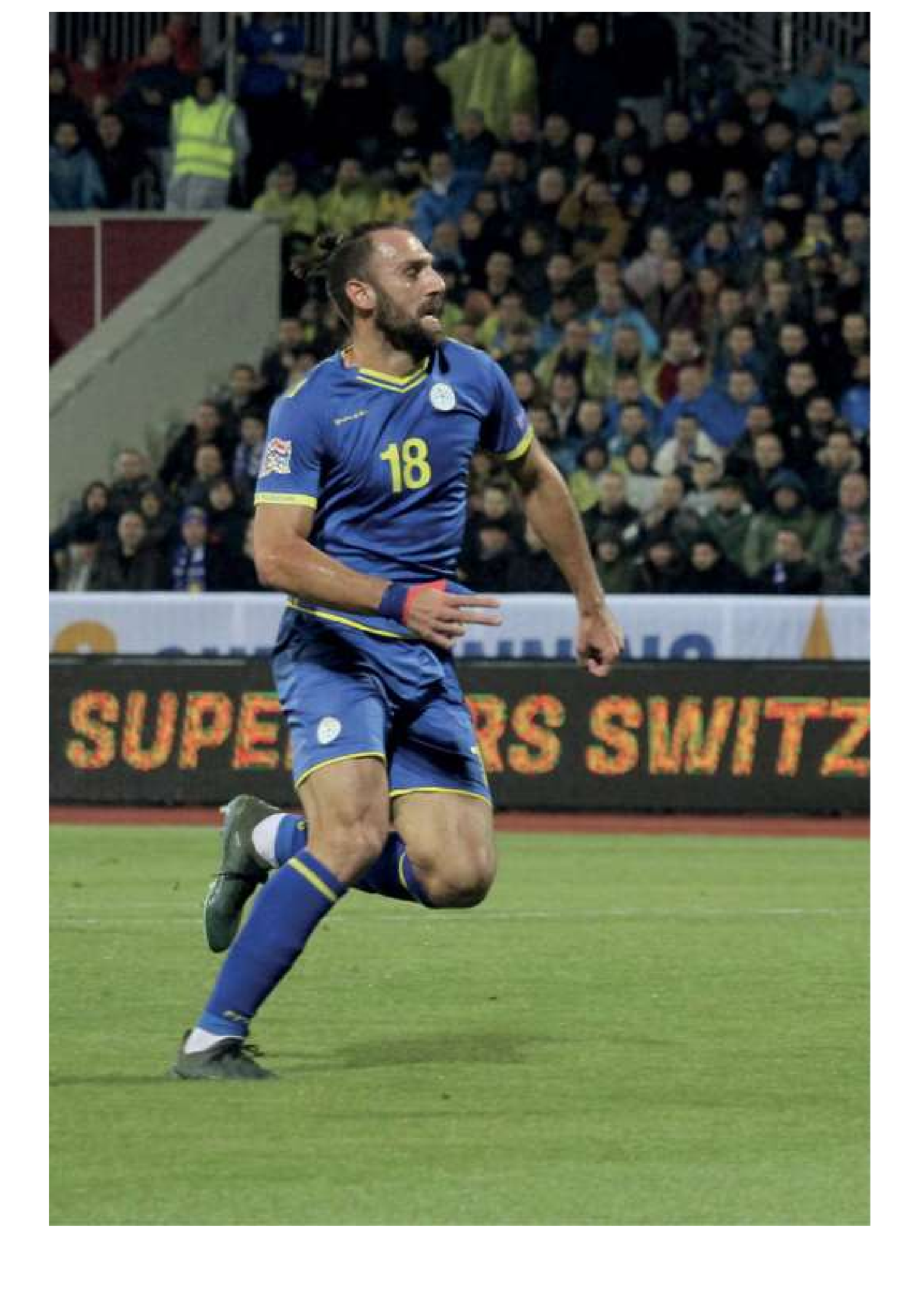
Sabiel, padre de Don Juri.

El medio ruinoso estadio del FK Kukësi.

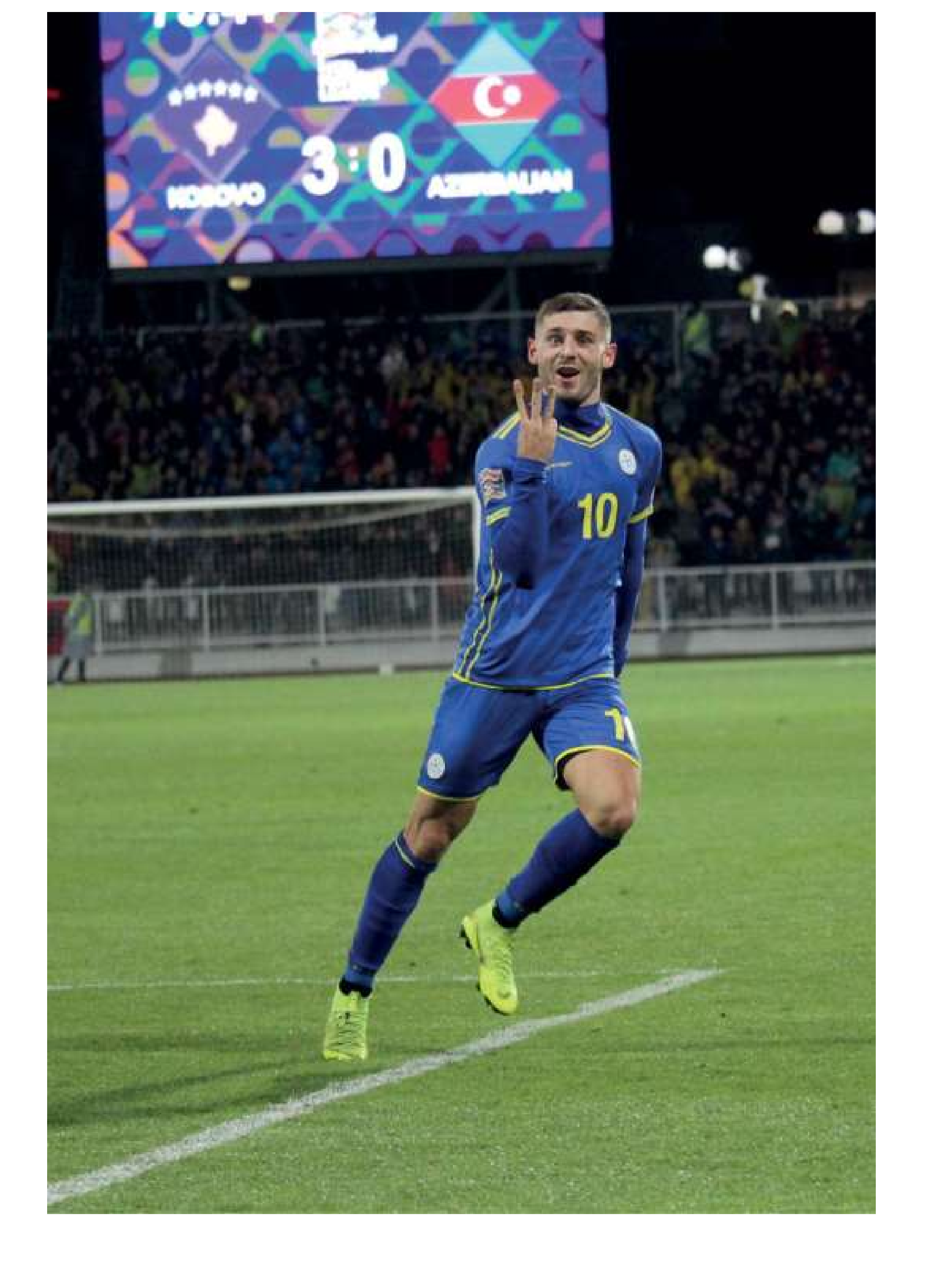
Exterior del estadio Fadil Vokrri.




Rashica durante el Kosovo-Azerbaiyán.




Muriqi, el «Giroud kosovar», persigue un balón en el Kosovo-Azerbaiyán.




Zeneli hace un tres con los dedos por los goles que marca en el Kosovo-Azerbaiyán.

AXEL TORRES

Nació en Barcelona el 13 de marzo de 1983, pero vivió en Sabadell desde dos días después y hasta los veintisiete años. Empezó a dedicarse al periodismo antes incluso de entrar en la universidad. En sus comienzos alternó la narración de partidos de Segunda B y Tercera en Radio Salud con apariciones comentando fútbol internacional en la Cadena COPE. En 2006 fichó por Radio Marca, la emisora en la que dirigió *Marcador Internacional*, su programa más personal, durante ocho temporadas. Desde 2008, cuando lo fichó GolT, compagina la radio con la televisión. Actualmente es comentarista en las transmisiones de LaLiga TV, Movistar y la Cadena SER y escribe en el *Diario As*. El fútbol le interesa como juego en sí mismo y como fenómeno social. Y aunque siempre se le ha asociado al seguimiento de campeonatos exóticos, el único club por el que sufre de verdad viste de arlequinado y jugó ante el Brujas en competición europea en 1969.

Contra publicó en 2013 su primer libro, *11 ciudades. Viajes de un periodista deportivo*; en 2014, el segundo, coescrito con André Schön y Guillermo Valverde, *Franz. Jürgen. Pep*; y en 2017 el tercero, *El faro de Dalatangi*. *Crónicas balcánicas* es su cuarta obra.